JENN FRESQUET
El amor no siempre puede con todo
HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE
Un Dark Romance que no te dejará indiferente

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

www.hicsic.com
@edicioneshicsic

Título original: Hasta que la muerte nos separe
©Jenn Fresquet, 2023

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.cedro.org
o por teléfono en el 91 702 19 39 / 93 272 04 45

Primera edición: junio 2023
por Hic Sic · Servicios editoriales | www.hicsic.com | @edicioneshicsic

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

JENN FRESQUET

1

Esa tarde salía de casa después de una pequeña siesta tras una larga y agotadora noche de trabajo. Trabajaba en un almacén; era la encargada del inventario del hipermercado. Quizá podía parecer un trabajo de mierda, que lo era, pero a fin de cuentas era trabajo y cada mes llegaba la nómina a mi cuenta. No podía quejarme, al menos, no del todo.

Desde hacía un año vivía sola en el piso que heredé de mi padre. Murió un año atrás, a manos del maldito cáncer que no le dio tregua. Pese a que él luchó con todas sus fuerzas, no pudo ganar la batalla contra esta enfermedad que lo arrebató de mi lado sin que yo pudiese hacer nada por impedirlo.

No me ilusionaba vivir sola en aquel lugar donde había cosechado tan buenos recuerdos con él. Primero falleció mi madre cuando yo era muy pequeña. Apenas la recordaba, pero mi padre hablaba muy a menudo de lo buena que era mi madre, de lo asombrosa, cariñosa, amable, generosa e increíble madre que fue. Mi padre murió estando loca y perdidamente enamorado de ella, y eso que había muerto doce años atrás. Para entonces, yo tenía ocho años. Nunca más volvió a compartir su vida con otra mujer que no fuese yo, y eso me apenaba muchísimo; mi padre tenía mucho amor que dar y un corazón que valía más que el oro puro.

A mis veinte años, me vi obligada a vivir sola y quedarme sin la única familia que me quedaba. Debía agradecer —según algunos— que heredé un piso sin cargas, porque no tenía que pagar alquiler ni hipoteca, y mis gastos mensuales se limitaban a la luz, el agua, la comunidad y la comida. Algunos de mis amigos decían que tenía muchísima suerte de ser una mujer independiente con tan pocos gastos que cubrir. Yo solo era capaz de ver que estaba sola, sin nadie más que yo misma entre esas paredes.

El hecho de que mis padres sintieran un profundo amor el uno por el otro, fueron los causantes de que yo nunca encontrara a esa persona ideal para mí. Siempre creí que ningún hombre podría ofrecerme lo que mi padre le dio a mi madre; amor incondicional, verdadero, puro. Un amor de película, como se suele decir. De esos que es tan, tan idílico, que parece incluso utópico.

Por suerte, ser muy discreta y aprender a pasar desapercibida allá donde iba me ayudó siempre, especialmente con los hombres, ya que, como norma general, se fijan en mujeres llamativas. Mujeres que se arreglan, se maquillan, visten bien y tienen una vida social activa; mi vida social se limitaba a mis tres amigos de siempre. Sobre la

vestimenta y eso… Bueno, era una chica normal vistiendo como una chica normal. Nada a destacar. ¿Qué había mejor que un conjunto deportivo, o unos vaqueros con una camiseta o jersey básico? Con eso queda todo dicho.

Aquella tarde había quedado con mi amigo Jordi. Él era el único hombre que me conocía bien. Nos encontramos por casualidad en la guardería y crecimos juntos. Por suerte para mí, descubrió que su orientación sexual era distinta a la mía, por lo que pude conservarlo como amigo sin que surgiera nada más que una increíble y emocionante relación de amistad. Sin tener el dichoso «el roce hace el cariño» que pudiese mandar nuestra amistad al garete por un triste polvo, o puede que por una relación que, posiblemente, debido a nuestra juventud, hubiese terminado más tarde que pronto. No obstante, nunca tuve que preocuparme por eso y podía alardear de tener al mejor amigo del mundo a mi lado, para siempre.

Carolina y Lidia eran mis otras dos amigas. Las locas. También crecimos juntas y éramos inseparables. Estaban para encerrar, eran unas maniáticas de la moda y el maquillaje, y triunfaban con los hombres. Siempre conseguían a todo aquel que se les cruzaba por el camino y llamaba su atención. Eran todo lo contrario a mí.

—¡Vickyyy! —Oí su grito antes de verle. Solía ser así con Jordi. Giré sobre mí misma, en mitad de la acera, mirando en varias direcciones… buscándolo. Cuando lo localicé sonreí, sacudiendo la cabeza para apartar un mechón de mi larga melena pelirroja que se había propuesto cruzar mi rostro—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Perdona. He llegado cansadísima a casa, me he dejado caer en la cama y no he oído el despertador. Pero tengo algo muy importante que decirte: ¡Ya estoy de vacaciones!

—¡Oh, sí, nena! ¡Nos lo vamos a pasar en grande! He hablado con Lidia y Carol, esta noche nos vamos de fiesta al Pandora. Así que ya sabes... —Me dio un repaso de arriba abajo con total descaro—. Pídele algo decente a Carol.

—¿No voy bien así? —bromeé. Él alzó una ceja, mostrando su desacuerdo—. Está bien, le pediré ropa a Carol. ¿Podemos ir ya a tomar algo? ¿o piensas coaccionarme mucho más?

Él soltó una carcajada, me agarró del brazo y me llevó por las calles de Barcelona, en busca de algún bar donde poder sentarnos a tomar ese merecido refresco. A mediados de Julio, con ese calor infernal y húmedo que se te pegaba por todo el cuerpo, tomar algo fresco era como beber de la fuente de la vida.

A las nueve de la noche nos presentamos en casa de Carol, donde ella y Lidia ya nos estaban esperando. Por supuesto, no tuve en cuenta que Jordi había hecho de las suyas, por lo que Carol tenía preparado

para mí un vestido despampanante de color blanco puro que, nada más verlo, negué con la cabeza y di unos pasos atrás.

—No puedo ponerme eso, ¡se me va a ver todo!

Mi amiga sacudió una mano quitándole importancia y me lo ofreció una vez más.

—No seas exagerada, te quedará genial. Lidia ha traído unos taconazos a juego. Intenta no matarte, ¿quieres? Ya sabemos lo patosa que eres cuando bebes.

Asesiné a mis amigos con la mirada y, ante la presión visual que estaba recibiendo, me cambié de ropa y me puse ese vestido al que ya le había cogido manía. Debo admitir que, después, mi manía se centró en los tacones que me había prestado Lidia. ¡Era imposible andar con ellos! Y eran tan blancos que temía ensuciarlos con solo dar un paso.

—Deja de quejarte —sentenció Carol.

Por supuesto, tuve que dejar, no sin rechistar un poquito antes, que me peinasen y maquillasen para la ocasión. Normalmente las dejaba hacerlo en nuestras reuniones de pijamas, pero esa iba a ser la primera vez que salía a la calle con maquillaje y el cabello arreglado. Habían logrado convencerme después de tantos años, y me maldecía a mí misma por ello.

Tenía la sensación de ser un pingüino en el desierto. O una jirafa en Alaska, como decía Jordi. Mis amigas estaban acostumbradas a llamar la atención allá por donde iban, pero yo no. Notar todas las miradas sobre mí me ponía nerviosa y tropezaba con mis propios pies. Por suerte, Jordi siempre estaba ahí para sujetarme. Tenía el cielo ganado.

—¿Pillamos una mesa? —preguntó Lidia, señalando unas a un lado del precioso jardín del Pandora—. Así Vicky no se nos mata dando vueltas como un pato mareado.

Entorné los ojos amenazándola y ella se rio.

—Sí, mejor —dijo Jordi, arrastrándome en esa dirección con total descaro.

Cinco minutos más tarde me encontré sola en la maldita mesa con taburetes bajitos que amenazaban con dejar mis vergüenzas al descubierto. Ese vestido tan corto me estaba haciendo la vida imposible. Resoplé, ojeando a mi alrededor para hacer lo que mejor se me daba: analizar a la gente que me rodeaba. Solía ser uno de mis pasatiempos cuando no estaba con mis amigos, ya que no era una persona que interactuase con desconocidos. Tampoco me interesaba hacer nuevos amigos.

En la mayoría de los casos, a todos los que veía en el Pandora esa noche eran jóvenes borrachos o parejas metiéndose mano con descaro. En algún porcentaje más bajo, había otro pringado como yo

custodiando una mesa. Hasta que llegué a una persona en concreto que llamó mi atención de inmediato. A pocos metros de mí había un hombre que, al igual que yo, observaba a su alrededor. Lo analicé del mismo modo que él hacía con el resto, o eso creía. Su rostro serio, tenso y sus ojos entornados barriendo hasta el último rincón del lugar. Hasta que nuestras miradas se encontraron y sentí un vuelco en el estómago. En ese momento no supe si eran esas famosas mariposas de las que todo el mundo hablaba, o la bebida que ya estaba haciendo efecto en mi organismo. Preferí apostar por lo segundo, ya que no era de las que se hacía ilusiones de buenas a primeras. Mejor dicho, me negaba a hacerme ilusiones.

El hombre de la mesa junto a las palmeras no apartó los ojos de mí en ningún momento. Aposté a que me analizaba como un depredador que estudia a su presa antes de atacarla. Bajo la ropa se le intuía un cuerpo atlético, fuerte, con voluminosos brazos, ancho cuello y mandíbula marcada. La barba de pocos días perfecta y delicadamente cuidada. Tenía la tez morena y el cabello negro como una noche cerrada.

—Menudo escaneo, nena —me sorprendió Jordi, sentándose a mi lado.

Disimulé tanto como pude y me removí en ese ridículo taburete que flaco favor me estaba haciendo con el dichoso vestido.

—No sé de qué me hablas.

Él sonrió, miró al hombre de la mesa a la que tanto interés presté y volvió a mirarme.

—Seguro que no —murmuró—. Pues, si te sirve de algo, pienso que tiene un polvo detrás de otro, sin parar, hasta que tu...

—¿Ese no es Salva? —Señalé junto a la barra exterior, donde el amor platónico de Jordi se apoyaba con fingida despreocupación.

—Oh. Dios. Mío. —Le dio un buen repaso—. Nena, siento decirte que vas a quedarte sola un ratito más.

Me reí cuando vi a Jordi acercarse a Salva con un disimulo mal gestionado, fingiendo ir a la barra a pedir una bebida. Como el que no quería la cosa, fingió no haberle visto hasta ese momento en el que se saludaron y empezaron a charlar con despreocupación. Yo no podía parar de reír por lo teatrero que podía ser mi amigo.

—¿A esto te dedicas normalmente? —me sorprendió una voz demasiado cerca de mí. Al girarme asustada, vi que el hombre de aquella mesa con el que había cruzado la mirada se había sentado en la mía—. ¿A espiar a los demás?

—N... No. ¡No! Es mi amigo.

—Yo no soy tu amigo.

Su voz profunda me hipnotizó al instante, dejándome en ridículo. Además, teniéndolo tan cerca, pude percatarme de que tenía los ojos

azules como el mar del caribe, de un azul casi trasparente.

En ese preciso instante, de algún modo, supe que aquel hombre iba a marcar un antes y un después en mi vida.

—Siento haberle molestado. —Cuando terminé de hablar, él arrugó la frente. Parecía enfadado por algo—. ¿Le he molestado?

—Me molesta que me hables de usted. ¿Tan viejo me ves?

—¡No! Madre mía..., en absoluto. Es educación, nada más.

Ese hombre se acomodó en la silla, mirándome sin pudor, analizándome con tanto descaro que parecía que quería llegar al fondo de mi alma. Me estaba asustando un poco, la verdad, pero me mantuve firme y cogí aire llenando mis pulmones.

—Me llamo Aaron. —Desvié los ojos hasta los suyos—. ¿Tu nombre es…?

—Vicky. —Él asintió una vez. Yo también—. No quiero sonar grosera, pero... ¿va a quedarse aquí, en *mi mesa*, mucho rato?

Me di cuenta de que había hecho hincapié en lo de «mi mesa» cuando ya era demasiado tarde para arrepentirse. Él mostró una media sonrisa con cierta picardía, después miró a la barra donde mi amigo seguía hablando con Salva.

—¿Es tu novio?

—¿Perdón?

—Ese de ahí. Tu amigo, ¿es en realidad tu novio?

—¡No! Somos amigos de la infancia, nada más. —No tenía que contarle que Jordi era gay. No le importaba en absoluto a ese desconocido—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque quiero invitarte a una copa, pero no quiero problemas por ello. ¿Tienes novio?

—No —solté en un hilo de voz.

Él asintió decidido y alzó una mano, captando la atención del chico que había en la barra sirviendo a los clientes, que se apresuró a venir casi a la carrera.

—Dígame, señor Medina.

—Ponle a la señorita lo que sea que esté tomando. Y un *whisky* doble para mí.

—Sí, señor.

¿Señor? No entendí el motivo por el cual el muchacho de la barra había salido de allí para atendernos. En el Pandora no había servicio en mesa; cada uno tenía que ir a buscar su consumición. Pero Aaron había logrado un trato distinto solo con alzar la mano. Lo más sorprendente fue que el muchacho de la barra apenas tardó dos minutos en traernos la consumición, y Aaron le pagó ahí mismo, dándole una más que generosa propina.

—Gracias, señor.

Él sacudió la mano y el muchacho se fue. Atónita por lo que

acababa de ver, miré a Aaron a los ojos y ladeé la cabeza. Había algo de ese hombre que no me cuadraba, pero no sabía el qué. Y…, curiosamente, me atraía. Quizá demasiado.

—¿Qué miras con tanto interés? —susurró, mostrando una preciosa e inusual sonrisa que me quitó el aliento.

—Nada en especial.

—Tienes razón, no soy especial. Pero tienes curiosidad por mí. Y ¿sabes qué? —Negué con la cabeza—. Que nunca había sentido curiosidad por alguien como la he sentido por ti. ¿Me darás tu teléfono?

—¿Perdón?

—Quiero conocerte y saber el motivo por el que has despertado mi interés de este modo.

—Lo siento, pero...

—¡Vickyyyyy! —Oí gritar a mi amiga. Agradecí al universo por esa ayuda tan necesaria. Carol se dejó caer sobre una silla entre Aaron y yo—. Oh, vaya... Hola, guapo.

Él la miró serio, me miró y se levantó sin responderle.

—Volveremos a vernos.

—No lo creo —susurré.

Su sonrisa amenazadora me advirtió de que estaba equivocada.

—Puedes estar segura… de que sí.

Cuando se fue, mi amiga me miró con la boca abierta como si fuese un pez fuera del agua, gesticulando con las manos sin decir palabra. Era algo que le solía ocurrir con demasiada asiduidad. Estaba unos minutos así, sacudiendo las manos sin control ni lógica, hasta que conseguía hablar y entonces era un torbellino verbal.

—¡Joder! —Empezó—. ¡Me cago en la puta! ¿Sabes quién es? ¿Estabas ligando con él? ¡Quiero saberlo todo!

—No estaba ligando con él —murmuré antes de darle un trago a la copa a la que *él* me había invitado—. Se ha sentado y me he mostrado amable. Nada más. ¿Quién es?

—Aaron Medina. Es un *millonetis*. ¡Lo conoce toda la jodida ciudad! ¿De verdad que no sabes quién es? —Negué con la cabeza, alucinada con esa información—. Pues nena, aprovecha. No siempre se consigue llamar la atención de un multimillonario guaperas.

—No es lo que necesito. ¿Podemos irnos a casa ya?

Mi amiga negó con la cabeza y alzó una mano, gritándole a Lidia para que viniera a nuestra mesa.

—Tú sales de aquí borracha como que me llamo Carol.

Y así fue. Mis amigas estuvieron más de dos horas hablando del *tío bueno, cachas y forrado* —así lo definieron— que se había sentado en mi mesa. Durante todo ese tiempo tuve que aguantar que me interrogaran y quisieran saber todo lujo de detalles sobre nuestro

encuentro. No logré que entendieran que no había detalles que contar, por lo que creyeron que no quería soltar prenda, así que llamaron a Jordi para que las ayudara.

Por aburrimiento empecé a beber como nunca, por lo que salí de allí cruzando las piernas al caminar, viendo doble y agarrándome a cualquier cosa con la que me cruzaba por el camino en dirección al baño como, por ejemplo, un estupendo y musculado brazo.

«Madre mía, qué brazo…»

—¿Te encuentras bien?

Intenté enfocar la vista, hasta que conseguí ver lo que parecía el rostro de Aaron muy cerca del mío. También creí que me sujetaba para que no cayera de bruces al suelo. Estaba tan borracha y hacía tanto tiempo que no bebía, que apenas podía sostenerme por mí misma. Estaba segura de que estaba quedando muy patética. También de que iba a vomitar en cualquier momento.

—Voy a desmayarme —balbuceé, incapaz de pronunciar bien las palabras.

2

Desperté sintiendo que el vómito subía por mi garganta y me levanté de la cama tan rápido como pude, pero me quedé en estado de *shock* cuando me di cuenta de que ese dormitorio no era el mío. Incapaz de ubicarme y encontrar un cuarto de baño al que poder ir para vaciar mi resentido estómago, acabé derramando todo el contenido en el suelo de aquella estancia. El bochorno instantáneo que sentí fue monumental.

—Menos mal que no elegí el parqué —comentó una voz masculina.

Alcé la cabeza y lo vi; Aaron, observándome desde el umbral de la puerta. Llevaba un blíster de pastillas en una mano y un vaso de agua en la otra. Bajé la mirada hasta el suelo cuando fui consciente de que iba en calzoncillos. Sin nada más que eso. Unos simples, finos y *prietos* calzoncillos negros que marcaban *todo* lo que había bajo la tela.

—Lo siento muchísimo. ¿Dónde estoy?

—En mi casa. —Casi me dio un infarto al oír eso, pero me contuve como pude y aparenté normalidad—. No te preocupes por el suelo.

Mi cabeza empezó a reconstruir lo ocurrido aquella noche. No con recuerdos, pues era incapaz de recordar nada poco después de que mis amigas empezaran a interrogarme. Pero sí con suposiciones coherentes, teniendo en cuenta que había despertado en el dormitorio de un hombre al que había conocido esa misma noche. El resultado de mis suposiciones era demasiado obvio y me sentí jodidamente mal.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté de todos modos. Necesitaba oírlo de su boca.

—Te desmayaste y no encontré a tus amigos, así que te saqué de allí, te subí a mi coche y te traje a mi casa. No te preocupes, te dejé aquí y yo he dormido en otro dormitorio.

Dios mío... ¡Gracias!

—Muy considerado —murmuré, mirando a mi alrededor con fingida despreocupación. Por muy caballeroso que hubiese sido conmigo, yo no debía estar allí—. Tengo que irme a casa.

—Te llevo.

—No es necesario. Gracias, de todos modos. Pediré un taxi.

No muy contento con mi respuesta, tuvo el detalle de indicarme dónde estaba el cuarto de baño para poder adecentarme. Me asusté cuando vi mi reflejo en el espejo, con todo el maquillaje corrido de cualquier manera. ¿Cómo no se había asustado él al verme con esas pintas? Quizás estaba más que acostumbrado a ver mujeres con el maquillaje corrido por toda la cara. Con esa escultura que tenía como cuerpo, no me extrañaba en absoluto.

Cuando terminé de limpiarme, intentar controlar la maraña de cabello que adornaba mi cabeza y recolocarme el vestido, salí del cuarto de baño con los zapatos en la mano y paseé con lentitud por un largo pasillo repleto de puertas. Aquel lugar era enorme y no lograba encajar ese tamaño en un bloque de pisos en Barcelona. En la zona alta había grandes viviendas. Lujosos apartamentos que no estaban al alcance de todo el mundo. Pero nunca imaginé que pudiese haber alguno tan grande como ese. Terminé de cruzar el pasillo y llegué a una gran estancia. Me resultó curioso verme en la línea de ecuador de ese espacio. Justo a mi derecha, había una grandiosa cocina con una isla. Todos los muebles eran blancos, y el mármol era negro. Una mezcla elegante. Giré la cabeza a la izquierda, donde pude ver un gran salón comedor, dispuesto con mobiliario negro destacando en las paredes blancas. Frente a mí, grandes cortinas de un gris oscuro que parecían cubrir una pared de cristal.

—¿Te gusta? —Oí a mis espaldas.

Tuve suerte de que él fuese más rápido que yo y me sujetara para que no cayera de bruces al suelo. El ridículo que hubiese hecho habría sido monumental y muy bochornoso.

—Perdón —susurré. Cuando terminé de enderezarme, lancé una nueva ojeada a la cocina y el comedor—. La verdad es que sí. Muy bonito todo. Minimalista.

—Me gustan las cosas sencillas.

Mi mente quiso entender que, cuando se refirió a *cosas sencillas*, también se refería a mí. No había nada más sencillo que yo. Tan sencillo, que empezaba a divagar con aquel hombre al que no conocía. Tragué saliva con dificultad y cogí aire entrecortadamente. No entendía por qué me sentía tan sofocada a su lado. Apenas le conocía, y nuestro encuentro no fue el mejor del mundo, la verdad.

—¿Podría llamar a un taxi? Me gustaría irme a mi casa y quitarme todo esto.

—No vienen taxis por esta zona —dijo totalmente serio.

Apreté los labios y miré a mi alrededor, como si haciéndolo pudiese encontrar alguna solución a mi problema. Quería evitar a toda costa que él me llevara a casa. No quería que supiera dónde vivía. Regla número uno de supervivencia.

—Gracias por su caballerosidad.

—¿Caballerosidad? —Se rio—. No soy un caballero, Vicky.

«Madre mía» pensé, «espero que ahora no diga cosas de esas en plan *mil sombras* y traumas del pasado». Me moví nerviosa, en busca de una solución que no implicara dejar que ese hombre tan raro me llevara a mi casa. Solo pude encontrar una:

—Iré andando. Muchas gracias por todo. ¿Dónde está la salida?

Él arrugó la frente con rostro divertido y señaló con el mentón a un

lado del salón, donde había una gran puerta maciza que, con total seguridad, estaba blindada. Asentí a modo de agradecimiento y me puse en marcha, sintiendo que aquel hombre no me quitaba el ojo de encima. Salí por aquella puerta entrecerrando los ojos. El sol me cegó por un momento, hasta que, poco a poco, se adaptaron a la luz y pude ver más allá de mis párpados. Me quedé sin palabras, aunque tampoco tenía con quién hablar. Me encontraba en lo alto de una colina rodeada de bosques y montañas. Fui incapaz de localizar un pueblo o una ciudad cercana. Asustada, me moví por el precioso jardín que rodeaba la inmensa y elegante vivienda de la que había salido. ¿Cómo iba a poder volver a casa?

—Si sigues por ese camino... —Oí, girando sobre mis talones para verle—. Encontrarás el pueblo más cercano a unos kilómetros. Aunque, pese a que nunca he llevado unos zapatos como esos... —Señaló mis pies—, creo que te resultará un poco complicado llegar con los pies íntegros. ¿Me dejas que te lleve a casa o prefieres probar suerte?

—¿Pero usted no vivía en Barcelona? —farfullé.

Él asintió con la cabeza lentamente.

—En la provincia de Barcelona, sí. ¿Es que acaso creías que vivía en la ciudad?

Cerré los ojos y dejé caer los hombros rendida ante la situación. Estaba claro que debía dejar que aquel hombre me llevara a casa, al menos cerca de ella. Lo suficiente para poder andar sin llegar con los pies llenos de ampollas.

—¿Podría llevarme a casa, por favor? —susurré, avergonzada por tener que pedir algo así a un desconocido.

Aaron asintió sin dudar y señaló la puerta de entrada a la vivienda.

—Primero, desayunemos. No se puede empezar el día sin un buen desayuno en el cuerpo.

Sin decir nada más, dio la vuelta y entró, dejando la puerta abierta para que yo pudiera entrar detrás de él. Respiré hondo un par de veces, cogí fuerzas de algún lugar y volví al interior de la vivienda. Él ya estaba dando vueltas por la cocina preparando el desayuno. Cuidadosa, me acerqué y retiré uno de los taburetes que había dispuestos a un lado de la isla, sentándome despacio para no dejar las vergüenzas al aire. Tenía unas desesperantes ganas de quitarme ese vestido y ponerme ropa normal. No me gustaba tener que vigilar todos mis movimientos para evitar que se pudieran ver mis bajos.

—¿Te gusta la fruta? —preguntó, obligándome a alzar la mirada del mármol de la isla para mirarle a la cara. Me limité a asentir con la cabeza y carraspear—. Bien, porque vamos a desayunar tostadas. —Sonrió y yo me reí con discreción—. Pero, si te apetece fruta, hay de todo.

—Puedo comer cualquier cosa —susurré.

Él alzó una ceja mirándome por encima del hombro. En ese momento estaba segura de haberme ruborizado como nunca. ¿Acaso había pillado algún doble sentido a mis palabras? ¡Menudo bochorno!

—¿Cualquier cosa? Interesante...

—Me refiero a la comida —dije atropelladamente.

—Por supuesto. Yo también. —Puso una pequeña bandeja frente a mí. Había un plato con dos tostadas, zumo de naranja recién exprimido y una taza con café. En el centro de la isla dejó mermelada, mantequilla y una jarra con leche—. Para tu información, yo también puedo comer cualquier cosa, excepto los pistachos. Les tengo una alergia tremenda.

—Ah, ¿sí? —Él asintió con la cabeza y se sentó a mi lado con su propia bandeja—. Qué lástima, con lo buenos que están.

—Lo sé. Me encantan, pero no me apetece morir. —Volvió a sonreír, y a mí esa sonrisa empezaba a gustarme demasiado—. ¿Tú tienes alergia a algo?

—Que yo sepa…, no. —Unté la tostada con mantequilla y le di un buen bocado—. Pero nunca se sabe.

—Cierto.

Los siguientes minutos que duró el desayuno transcurrieron en silencio. Pude darme cuenta de que él me observaba con interés, incluso parecía tener una discusión mental de la que solo él era consciente de lo que decía. De vez en cuando arrugaba la frente y sacudía la cabeza, como si no entendiera algo. Y entonces recordé una cosa que me había dicho la noche anterior: «nunca había sentido curiosidad por alguien como la he sentido por ti». Giré un poco la cabeza para mirarle, pero lo encontré de lleno observándome, así que bajé de nuevo la mirada y me centré en el desayuno.

Cuando terminamos, él propuso que me diera una ducha para relajarme. Sin embargo, me negué. En su caso, pidió que esperara un momento porque a él sí le apetecía aquella ducha.

Si la casa era asombrosa, el coche no se quedaba corto. No entendía de coches, pero era consciente de lo caro que era ese deportivo plateado que conducía con tanta destreza.

—¿Vives con tus padres o sola? —quiso saber, rompiendo un agradable silencio que nos rodeaba.

No muy convencida de las intenciones de esa pregunta, me limité a responder con la información justa y necesaria:

—Mis padres están muertos, pero no estoy sola. —En ese momento recordé que Zeus, mi perro, llevaba demasiadas horas solo en casa—. Mierda... —murmuré, riñéndome en mi cabeza por haberme olvidado de mi compañero.

—¿Ocurre algo?

—Que voy a llevarme una buena bronca cuando llegue.

—Puedo intervenir, si quieres. Para ayudarte a…

Reí con ganas por sus palabras. No era capaz de ver a ese tipo lidiando con el carácter de Zeus. Era un perro muy cabezota, no solo por su raza, pues era un Bull Terrier, sino que, además, tenía un carácter personal único. Daba unas charlas muy realistas. Resultaba muy divertido escucharlo.

—No creo que pueda, pero gracias.

Le pedí que me dejara a un par de calles de mi casa. Nos despedimos con cordialidad y me marché, con la esperanza de no verle nunca más. Las alteraciones físicas que ese hombre provocaba en mí eran demasiado. Lo mejor era no volver a vernos y seguir con nuestras vidas.

Cuando entré por la puerta encontré a Zeus sentado frente a ella mirándome con cara de pocos amigos. Estaba a punto de empezar una de sus broncas, así que me preparé. Como esperaba, Zeus empezó a hacer sonidos raros con la boca. Eran una especie de mezcla de extrañas vocalizaciones con gruñidos y algún resoplido. Resultaba tan divertido, que sonreí imaginando qué cosas podía estar diciéndome.

—Lo sé, chico. Perdóname. —Le acaricié la cabeza—. Me doy una ducha, me pongo algo cómodo y salimos.

Mi único compañero de vida, que tenía un año y medio, sacudió el rabo y empezó a saltar y ladrar, contento de oír la palabra mágica.

Esperó paciente a que yo me duchara y vistiera con ropa cómoda; un conjunto deportivo. Después, corrió hasta la puerta y se sentó, esperando a que yo cogiera la correa, las bolsitas para las cacas y un botellín de agua. La misma rutina de cada día. Y la noche anterior se la rompí por una salida desastrosa.

3

Zeus siempre marcaba la ruta que quería hacer ese día. Normalmente no íbamos muy lejos de casa, pero aquel día decidió que quería explorar nuevos horizontes. Conoció otros perros con los que, como de costumbre, se hizo amigo de ellos con rapidez. Estaba claro que Zeus era más sociable que yo; en mi caso evitaba entablar conversación con nadie. Incluso al típico «hace buen día hoy» de algún vecino que esperaba a que su perro terminase de jugar con el mío, mi respuesta era un asentimiento de cabeza y una escueta sonrisa. Nada más.

Al fin en casa, después de un paseo más largo de lo habitual, me dejé caer en el sofá y cogí el móvil para llamar a mis amigos. Las videollamadas grupales solían ser nuestra forma de comunicarnos.

—No son horas. —Se quejó Lidia, de la que sólo se veía una maraña de cabello rubio sobre la almohada.

—¿Quién coño ha llamado? —gruñó Carol, que parecía un panda por todo el maquillaje de ojos corrido. Su cabello, en su caso castaño oscuro casi negro, estaba recogido con una trenza mal hecha—. Jordi, ¡¿has sido tú, pedazo de cabrón?!

—Idos a la mierda —murmuró él, con la cara hundida en la almohada—. Yo no he sido.

—Buenos días, traidores —saludé. Yo era la única que tenía un aspecto más decente—. ¿Qué ocurrió anoche?

Mis amigos se mantuvieron callados durante unos larguísimos segundos. Incluso tuve tiempo de ir a la cocina en busca de agua. Estaba más que claro que intentaban recopilar toda la información posible de la noche anterior. Cuando volví a espachurrarme en el sofá, Carol levantó la cabeza de golpe y miró a la pantalla.

—¡Oh, joder! ¡Te has tirado al millonetis!

Jordi y Lidia también despertaron de sopetón y pegaron sus caras a las pantallas. El atropello de palabras que surgió de pronto impidió que pudiese entender nada de lo que decían, por lo que dejé el teléfono sobre la mesita de centro y empecé a acariciar a Zeus, que se había tumbado a mi lado en el sofá pidiendo un poco de atención.

—¡Vicky! —gritó Jordi. Agarré el teléfono y me enfoqué a la cara. Estaba segura de que mis amigos habían entendido el mensaje que mandaba con la única ayuda de mi mirada—. Te esfumaste, nena. Estuvimos preguntando y alguien nos dijo que te habías ido con Aaron Medina, el guaperas al que le estabas dando ese repaso.

—Queremos saberlo todo —exigió Carol, que ya se había sentado en la cama, pero seguía teniendo una cara de espanto—. ¿Qué tal es?

¿La tiene grande? ¿Sabe moverse? ¿Tiene algún hermano o amigo como él? ¡¿Te has corrido?!

—Qué vulgar eres, zorra —dijo Jordi—. A ver, Vicky, Lo más importante... ¿Te acostaste con él?

—No. —Todos mostraron su sorpresa ante las cámaras. Yo me limité a encogerme de hombros—. He despertado en una cama inmensa, en una habitación inmensa de una casa inmensa. Pero él ha dormido en otro dormitorio. ¿Sabéis que no vive en la ciudad? ¡Está en el quinto pino! ¡Ni los taxis llegan!

—O sea, a ver... —Lidia intentaba domar su rubia melena, pero le estaba resultando algo complicado—. ¿Has pasado la noche en su casa y no te has acostado con él? —Asentí con la cabeza lentamente—. No me lo creo.

—¿Acaso mi cara dice que me importa? —respondí. Jordi rio y alzó el pulgar a modo de aprobación—. ¿Tú de qué te ríes?

—Sigue así, Vicky. Mojigata hasta la muerte.

Estuve un buen rato lidiando con los interrogatorios y acusaciones de mis amigos, hasta que me cansé de escucharlos, les di los buenos días y colgué la llamada. Me tenían la cabeza como un bombo.

A las pocas horas recibí un mensaje de Carol en el grupo, donde avisaba de quedada de amigos en el Pandora, pero en plan tranquilos. Ese local estaba abierto las veinticuatro horas del día. Por la noche era una discoteca, y por el día era un lugar bastante tranquilo y acogedor donde pasar un rato con tus amigos o familiares, en cualquiera de las mesas del jardín. Una especie de negocio *Yin Yang,* como lo definió Lidia. Calma por el día y caos y diversión por la noche. Lo tenían muy bien montado, la verdad.

Calculando la hora, saqué a Zeus durante un buen rato por si la cosa se alargaba más de la cuenta, me metí en unos vaqueros de pitillo desgastados y una camiseta básica con la *Minnie* estampada en todo el frontal, y me calcé unas deportivas blancas. Esa tarde podía ir cómoda, como a mí me gustaba. Para rematar, recogí mi rebelde y pelirroja melena en lo alto de la cabeza, cayendo en una cascada de ondulaciones. Al fin era yo. Miré mi reflejo en el espejo, donde unos ojos de color verde aceituna, con muy poco maquillaje, me devolvían la mirada. Sí..., definitivamente, era yo. Sin sobrecargas de maquillaje, sin el cabello suelto, sin vestidos desesperantes. Una buena coleta de caballo, un poco de rímel en las pestañas, ropa cómoda y el resultado era yo; una tía de lo más normal.

Cuando llegué al Pandora mis amigos ya me estaban esperando en una de las mesas, con sus bebidas y la charla iniciada. Saludé a los chicos y me senté en una silla vacía, dejando mi bebida sobre la mesa.

—¿De qué habláis?

—De tu polvo de anoche —soltó Carol con naturalidad—. Porque no puedo creerme que anoche no follaras—. Me señaló con un dedo acusatorio—. En ese caso, eres una idiota que ha perdido la oportunidad de su vida.

—Ah, ¿sí? —pregunté, fingiendo inocencia.

—¿Cuántas veces al día se te acerca un millonetis y te lleva a su casa? ¡Joder, Vicky! ¡Hay que ser tonta!

—Hay que tener principios —repliqué—. Que tú seas una zorra a la que se le caen las bragas cada vez que ve una potencial presa, no significa que las demás seamos como tú.

—¡Zasca, zasca, zasca de los gordos! —exclamó Jordi, riéndose—. Acabas de comértela doblada, cariño. Y sin vaselina.

Carol nos miró a los dos con los ojos entornados, hasta que no pudo más y empezó a reírse a carcajadas.

—Tenéis razón, soy una zorra sin remedio.

La conversación tomó un giro drástico y acabamos haciendo planes para aprovechar mis vacaciones. Era la primera vez que tenía un mes entero, por lo que había que exprimir al máximo ese lujo que tanto había esperado. Jordi estaba estudiando bellas artes, pero en verano disfrutaba de la vida todo lo que podía. Mis locas amigas, Lidia y Carol, eran unas «nini» que disfrutaban las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. En mi caso, tenía que aguantarme con mi empleo en el almacén. Trabajar de noche no era de mi agrado, pero pagaban bien y necesitaba el dinero.

—Disculpe, señorita —dijo un chico que apareció de la nada y que, cuando lo miré, supe que era un camarero—. Esto es para usted.

Era un cóctel como el que había bebido la noche anterior. No tenía sentido. ¡Estábamos bebiendo refrescos! Además, no había pedido nada. Especialmente si teníamos en cuenta que la consumición se pedía en barra y no había servicio de mesa.

—Perdón —susurré, señalando la copa—. Yo no he pedido esto.

—Cortesía del señor Medina. —Señaló en una dirección que seguí con los ojos, hasta encontrar a Aaron Medina dentro del local, frente al grandioso ventanal que lo separaba del jardín, con el codo sobre la barra y el peso de su cuerpo apoyado en él, mirándome.

—Esperad… —susurró Jordi—, que la mojigata todavía tendrá otra oportunidad.

—Y la volverá a desaprovechar —comentó Carol.

—Siempre puede ir una de nosotras en su lugar —dijo Lidia, dándole codazos a Carol—. ¿La que llegue antes?

—Por mí, vale. Pero recuerda que te has puesto unos taconazos de vértigo y yo no.

—Mierda, es verdad —murmuró.

Me quedé mirando a mis tres amigos con asombro. ¿De verdad

estaba escuchando esa conversación? Sacudí la cabeza y volví a mirar en la dirección que el chico había señalado. Aaron seguía allí, observándome. Pero, cuando vio que lo miraba, sonrió y alzó su vaso a modo de saludo.

—Ahora vengo —anuncié levantándome.

—¡Así me gusta! —Carol aplaudió—. ¡A por él!

—Cierra el pico —gruñí entre dientes.

Me acerqué con decisión adonde estaba Aaron, pero mis piernas empezaron a flojear cuando vi que equilibraba el peso en ambas piernas y apartaba el brazo de encima de la barra. La camiseta básica negra pegada a su cuerpo se movió al compás de sus músculos, ciñéndose sobre ellos de un modo que debía ser delito. Madre mía, incluso se le marcaba la tableta de chocolate en la tela.

—Hola, señor Medina —saludé, manteniéndome a una distancia prudencial.

—¿Señor Medina? —preguntó con una impresionante sonrisa en su rostro—. Está bien, seamos diplomáticos. Buenas tardes, Victoria. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias. Quería decirle que no bebo alcohol. De todos modos, gracias por su invitación.

—Eso de que usted no bebe alcohol sería muy discutible teniendo en cuenta que ayer no veía más allá de sus narices, tropezaba con todo el mundo y se desmayó en mis brazos. De todos modos, podemos cambiarlo. ¿Qué está bebiendo?

—Nada, no se preocupe. Aprovecho para darle las gracias por el trato que me ofreció, y por haberme llevado a casa. Fue muy amable por su parte.

—Vamos, Vicky —escupió, dejando a un lado la cordialidad que teníamos—. Dejemos de fingir.

—¿Fingir? —Él asintió con la cabeza, totalmente convencido de lo que había dicho—. No entiendo.

—¿Vas a negar que no sientes la atracción sexual? —Mi respiración se cortó al instante. Maldije mentalmente al notar que mi sexo se contrajo por sus palabras—. Quedemos un día. Tú y yo a solas y, a poder ser, sobria.

—Lo siento, señor Medina, pero no me interesa su oferta.

Extrañamente envalentonada, giré sobre mis talones y volví a la mesa. Sabía que él me estaba mirando, pero no iba a darme la vuelta. Luché con todas mis fuerzas para que así fuese. No era consciente del porqué, pero algo me decía que no debía acercarme a él. Era un hombre adinerado y arrogante que se había visto atraído por mí. ¡Por mí! Una chica normal, con una vida normal y un trabajo de mierda. Por lo tanto, ese hombre no quería nada más que sexo. Un revolcón. A mí no me interesaban esas cosas. Por supuesto que no era virgen, pero

mi etapa de alocada que se acostaba con cualquier hombre en cualquier fiesta… acabó.

—Dos a cero —comentó Jordi—. Apuesto a que ya tiene las pelotas moradas. ¿De dónde sacas la fuerza para rechazar a semejante semental?

Me encogí de hombros.

—No estoy interesada en él. Básicamente eso.

Carol negó con la cabeza, mirándome con cara de asco.

—Eres idiota —comentó. Entonces miró a Aaron y le dio un buen repaso—. Supongo que no te importará que lo intente yo.

—Todo tuyo —murmuré, ojeando en el móvil. Prefería ver publicaciones de Instagram que sucumbir a la tentación de girar la cabeza y mirar a ese pedazo de hombre.

—Pues va a ser que no —dijo Lidia, dándome golpecitos nerviosos en el brazo—. Viene hacia aquí.

Alcé la cabeza justo a tiempo para ver de refilón que Aaron se inclinaba hacia mí, apoyaba una mano en el reposabrazos de mi silla y otra sobre la mesa, demasiado cerca de mi cara. Tan cerca, que podía oler el perfume que llevaba. Olía genial.

—Es la segunda vez que me rechazas —masculló, con el enfado en su voz—. Quiero saber por qué.

Cogí aire cargado de valor y alcé la mirada hasta sus ojos, dejando a un lado mi repentino interés por ese par de labios que se habían movido al hablar. Por un segundo flojeé, pero pude controlarlo con cierta rapidez y mantuve la mirada.

—Supongo que estará acostumbrado a que cualquier mujer caiga rendida a sus pies, señor Medina, sin embargo, como habrá visto, yo no soy cualquier mujer. Me llamo Vicky, y soy una chica normal.

—Encantado, Vicky. Ahora, dime, ¿qué tendrá que ver que seas una chica normal, con el hecho de que me hayas rechazado dos veces? Creo que he sido bastante claro. Y también creo recordar que he demostrado ser diplomático. ¿De qué tienes miedo?

Mis amigos nos miraban con la boca abierta. Estaban presenciando esa escena en vivo y en directo. Vamos, que solo les faltaban las palomitas. Capaces los veía de ir a comprarlas. En ese momento creí que, si no lo hacían, era para no perder detalle.

—Ya he respondido a su pregunta, señor Medina. Si insiste, es que no ha sido capaz de aceptarlo. Lo siento mucho si no ha sabido encajar mi rechazo.

—*Rechazos* —corrigió—. Ya van dos. Tres, en realidad, si contamos con la conversación de ahora.

Su mandíbula iba de arriba abajo de tanto que apretaba los dientes. Parecía que se estaba controlando de hacer algo. Era como un depredador…, conteniéndose para no atacar a su presa.

—Rechazos, entonces. ¿Quiere sentarse con nosotros? ¿o va a aceptar que no me interesa su oferta?

Él se enderezó, entornó los ojos y meditó en algo durante unos segundos. Después negó con la cabeza y resopló.

—Está bien, última oportunidad —murmuró—. Te invito a cenar. Mañana, a las nueve. Te doy la dirección, vas en taxi y, después de cenar, vuelves a tu casa en taxi. Cena tranquila, sin más.

Los tres traidores que me acompañaban asentían con la cabeza como si les hubiese dado un tic cervical, animándome a aceptar la oferta. La verdad, era muy tentadora, no implicaba acabar en su casa —o un hotel— y tampoco iba a saber dónde vivía yo. Se había ajustado bastante a un plan *aceptable*.

—Está bien —susurré.

Mis amigos no aplaudieron para no dar el cante, pero, por sus caras, podía adivinar que lo estaban celebrando a lo grande en sus mentes. Aaron, en cambio, dejó bien claro que esa respuesta le había gustado. Relajó el cuerpo, los hombros bajaron en picado y su rostro se suavizó. Entonces soltó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—¿Me das tu número de teléfono?

—Mejor me da usted el suyo y yo le hablaré cuando tenga tiempo.

Apretó los labios y soltó un leve gruñido de frustración, pero entonces llamó a uno de los chicos de la barra y le pidió un bolígrafo. Cuando se lo ofreció, cogió una servilleta y anotó algo. Después me lo dio. Ojeé con despreocupación, encontrando su número de teléfono.

—Espero que me llames antes de mañana a las nueve. No me gustaría quedar como un idiota esperándote en una mesa… *solo*.

—Que tenga una buena tarde, señor Medina.

—Igualmente, Vicky —dijo entre dientes.

Cuando él se marchó, todo el aire contenido en mis pulmones salió disparado en una sonora exhalación, y mis amigos comenzaron a farfullar, todos al mismo tiempo. Las piernas me empezaron a flojear —menos mal que estaba sentada— y ahí me di cuenta de lo que acababa de hacer. Había aceptado tener una cita con Aaron Medina. ¿Estaba loca? Era obvio que sí.

—…vestidazo que lo vas a flipar. —Logré oír en boca de Carol.

Sacudí la cabeza y la miré con la frente arrugada. La conocía demasiado bien para saber lo que se había propuesto y lo que había dicho.

—No voy a ponerme ninguno de tus vestidos nunca más. Mira lo que ha ocurrido por eso. —Resoplé, apartándome unos mechones que habían escapado a la coleta de caballo y caían a los lados de mi cara —. Iré como voy siempre. Esta soy yo, a quien no le guste… que se aparte.

—¡Bien dicho, nena! —aplaudió Jordi.

Cogí aire al máximo. Mis pulmones no daban para más, así que lo expulsé para arrancar los nervios que me habían envuelto en unos segundos. Justo cuando decidí mandarle un mensaje a Aaron, me temblaban las manos y me costaba una barbaridad escribir bien las palabras. Tuve que borrar muchas y reescribirlas, porque no las entendía ni yo.

Hola, Señor Medina. Soy Vicky.
¿Puede darme la dirección del restaurante?
Gracias.

Le di a enviar y tiré el móvil sobre la mesa de centro, como una adolescente que acababa de mandarle un mensaje al chico del instituto que tanto le gustaba. Era patética.

Debía reconocer que me lo había pasado bien haciendo sufrir a Aaron, pues durante todo el día anterior no le había mandado nada. Esperé a las cinco de la tarde del día siguiente, cuatro horas antes de la cena, para dar señales de vida. Por algún motivo sabía que eso lo tenía nervioso y, por algún otro motivo, me gustó que así fuera.

El vibrar del móvil sobre la mesa me asustó. Zeus me miró como si yo fuese idiota y sonreí, demostrándole que sí lo era.

Hola, Vicky.
Pensé que ibas a dejarme plantado.
Ahora mismo te mando la ubicación.

Estaba leyendo lo que me había mandado cuando recibí la ubicación exacta. Curiosa, indagué por internet para averiguar qué tipo de restaurante era, dónde estaba ubicado y cuánto tardaría en llegar. Me sorprendí cuando se trataba del *Marcos Aldini*, un excelente restaurante de cinco estrellas ubicado en la zona alta de Barcelona. Comer allí era un lujo al que muy poca gente tenía acceso. Y yo había conseguido el pase VIP. Pero tenía un gran problema del que fui consciente cuando empecé a imaginarme allí cenando; no podía ir en vaqueros y camiseta. No me dejarían entrar. En esos lugares tienen unas políticas muy claras y estrictas en cuanto a la vestimenta.

Nerviosa, fui corriendo a mi dormitorio y empecé a sacar ropa del armario como una loca. Las prendas volaban de un lado a otro del dormitorio, cayendo sobre la cama. Alguna que otra pieza cayó sobre Zeus, que se mantuvo quieto y paciente a que mi locura transitoria llegara a su fin. Cuando vacié el armario por completo, me aparté el cabello de la cara y giré sobre mis talones, quité la montaña de ropa que había sobre Zeus y empecé a remover en la que había sobre la cama. Como esas mujeres que van al mercado y empiezan a buscar entre las prendas de una parada, sin tener muy claro qué quieren, pero

dispuestas a encontrarlo. Así me encontraba yo.

Solucionado el tema de la ropa, me senté en el suelo con la espalda apoyada en la cama y llamé a mis amigos. Todos ellos respondieron a la videollamada rápidamente y mostraron sus sonrisas burlonas.

—¡Esta noche follas! —gritó Carol con su peculiar delicadeza.

—Fingiré que no he oído eso. A ver, chicos, el señor arrogante pretende que cenemos en el *Marcos Aldini*. —Una oleada de palabras malsonantes, gritos de histeria y aplausos invadió el momento. Cerré los ojos y esperé a que terminaran—. Vale, ahora la pregunta del millón: ¿veis apto el vestido que me puse para la boda de Dori?

—¿La de mi prima? —preguntó Jordi—. ¿Te refieres a ese precioso vestido que marca tus increíbles curvas y pechos?

—El único vestido que llevé en la boda de tu prima, Jordi. No sé, pues será ese.

—Yo lo veo perfecto para la ocasión y el lugar —comentó Lidia—. Define tu cuerpo, crea expectativas, pero mantiene la discreción. Y los bajos escondidos, que eso para ti es muy importante —dijo entre risas.

—Bueno, no está mal —aportó Carol, pensando—. Pero tú sabes que vas a follar, ¿no? Mejor algo práctico y rápido de quitar. Que el tiempo apremia, nena.

—Carol, pareces un tanto necesitada de sexo —bromeé. Los demás se rieron—. Quizás deberías follar más tú y dejar a los demás en paz. Que yo folle esta noche o no, no influye en tus necesidades sexuales.

—No me lo recuerdes, cabrona.

Como de costumbre, pasamos más de una hora riéndonos, diciendo tonterías y, por supuesto, seguimos planeando cosas para hacer durante mis vacaciones. Aun así, mis amigos estaban más centrados en hablar sobre mi cita de esa noche y el final feliz que, según ellos, me esperaba.

—Y no olvides depilarte, ¿eh? —apuntó Jordi—. No solo las piernas, ¿vale? El matojo te lo quitas.

—Muy importante ese detalle —añadió Carol—. Bien limpio y despejado. En una pista de aterrizaje siempre debe haber buena visibilidad, que sino luego hay problemas.

—Estáis fatal.

Media hora más tarde, cuando conseguí librarme de mis amigos, me fui al cuarto de baño pensando en la suerte que tenía de que ellos no supieran lo que iba a hacer. No iba con intenciones de acostarme con Aaron, pero mejor ser precavida, así que decidí dar un repaso a mis bajos. *Repaso*, que al parecer Jordi creía que tenía ahí abajo el Amazonas o algo parecido.

Cuando terminé, me puse algo cómodo para sacar a Zeus a pasear. No era su hora de salir, pero tampoco quería que tuviera que aguantar mucho hasta que volviera de la cita, pues no sabía cuánto se iba a

alargar.

Con las necesidades de Zeus cubiertas, me di una buena ducha y me puse el vestido. Durante un buen rato dudé con el cabello, pues no sabía si era mejor recogerlo en una coleta de caballo o dejarlo suelto. Al final, opté por la coleta. Con un toque de plancha logré controlar las ligeras ondulaciones que tenía. Un poco de rímel para marcar mis pestañas fue el punto final.

Ya estaba lista para la ocasión.

4

Pagué al taxista y salí del coche con el corazón latiéndome con fuerza dentro del pecho. Estaba frente al *Marcos Aldini* y era un lugar imponente. El restaurante estaba distribuido en tres plantas de un edificio, era muy grande y, al parecer, siempre estaba lleno. Cuánta gente adinerada en un mismo lugar… Y allí estaba yo, con mi sueldo mileurista y un vestido *low cost* de color melocotón que había reciclado de una boda a la que fui años atrás. Esperaba no hacer mucho el ridículo. Todavía tenía la esperanza de pasar desapercibida.

—Buenas noches —saludó una mujer esbelta, alta, de sonrisa agradable al acercarme.

—Buenas noches. Me está esperando el señor Medina, Aaron Medina.

La mujer perdió su simpatía en una fracción de segundo y me miró de arriba abajo con desdén. Al parecer conocía al señor Medina y no le había parecido bien que yo le hiciera compañía. Fue la impresión que me dio.

—Acompáñeme —escupió.

La seguí por esa misma planta, cruzando un grandioso salón donde varios comensales ya estaban cenando. Había pocas mesas vacías, y al fondo divisé a Aaron Medina, levantándose de la silla cuando nos vio.

—Señor Medina —saludó la mujer, con una amplia sonrisa que, a decir verdad, parecía estar pidiéndole que la llevara a la cama—, ya ha llegado su compañía.

—Imposible no verla. Gracias, Susana, puedes irte.

La mujer asintió una vez y me fulminó con la mirada antes de marcharse y dejarnos a solas. Aaron rodeó la mesa y se acercó a mí, tendiéndome la mano. Manteniendo la diplomacia, puse la mía sobre la suya y me dio un ligero apretón. Por un momento pensé que iba a besarme el dorso, como esos ricachones estirados.

—Gracias por venir y no dejarme plantado —susurró. Entonces apartó una silla y me invito a sentarme—. Dijiste que te lo comías todo… —comentó, rodeando la mesa de nuevo para ponerse frente a mí—. Así que me he tomado la libertad de pedir por los dos.

—Está bien.

Él sonrió, mirándome con diversión.

—Qué naranja toda tú. —Alcé la mirada hasta sus ojos al oírle decir eso—. El cabello, el vestido… La verdad, no me he fijado en los zapatos.

—Soy pelirroja —aclaré, por si se le había escapado ese detalle—. Y el vestido es de color melocotón, no naranja.

—Disculpe usted, señorita —respondió burlón—. Solo me parece curioso ver tanto anaranjado envolviéndote. Pareces un ave fénix.

Alce las cejas de inmediato. No sabía cómo tomar aquellas palabras, pero mi cerebro y mi boca se pusieron de acuerdo para hacerme perder la cordialidad:

—¿Acaba de compararme con un pajarraco mitológico?

Aaron soltó una carcajada que me hizo cosquillas ahí abajo. Apreté las piernas con fuerza para evitar sentir eso.

—Sí, acabo de compararte con un pajarraco mitológico. Pero ¿sabes qué? Ese pajarraco era capaz de renacer de sus propias cenizas. No todos tenemos esa suerte.

—¿Es que usted necesita renacer de sus cenizas? —Él alzó la mirada y la clavó en mis ojos—. Lo veo muy vivo, señor Medina.

El metre trajo los platos en aquel momento, por lo que ambos nos mantuvimos callados hasta que terminó de colocarlos y nos ofreció un vino que, por el nombre, parecía bueno. También parecía caro. Aaron dio el visto bueno y pidió una botella.

—Las apariencias engañan, Vicky —susurró, cogiendo una almeja de uno de los platos que había pedido. La acercó a su boca y succionó, provocando que mi sexo volviese a palpitar pidiendo la misma atención que estaba recibiendo ese marisco. Apreté de nuevo las piernas y me removí en la silla. Aaron sonrió—. Supongo que todos tenemos un pasado.

—Sí —musité.

—Bueno, háblame de ti. —Cogió otra almeja y yo ya empezaba a tener calor. Demasiado calor—. Dijiste que tus padres habían muerto. —Asentí con la cabeza y crucé las piernas. Tenía que controlar las sensaciones de algún modo—. ¿Tienes hermanos?

—Hija única. ¿Usted tiene hermanos?

El rostro de Aaron cambió por un momento, pero se fijó en otra almeja y, de nuevo, mi sexo pidió a gritos esos labios.

—¿Estudias o trabajas? —quiso saber, ignorando mi pregunta.

—Trabajo.

Cogí una almeja y me la comí, intentando no quedar en ridículo al hacer mucho ruido o que la salsita en la que venían se me derramara por la barbilla. Aplaudí por dentro cuando lo logré, pero me quedé de piedra, totalmente estática, cuando me di cuenta de cómo me miraba Aaron. Especialmente, de cómo miraba mis labios. Él carraspeó y cogió otra almeja. Tuve que desviar la mirada para que mi sexo no tuviera oportunidad de volver a revelarse.

—¿Y a qué te dedicas?

—Trabajo en un supermercado. Me encargo del inventario y la recepción de género.

—¿De verdad? —Asentí con la cabeza y agradecí que nuestro

metre apareciera de nuevo, sujetando dos platos con pescado al horno. Los dejó y se marchó en silencio—. ¿Qué edad tienes?

Esperé a que otro hombre, que se había presentado tan silencioso como las otras veces, le mostrara el vino a Aaron y este diera el visto bueno. Después, volcó un poco de contenido en su copa para que lo probara, pero Aaron sacudió la mano y agarró la botella.

—Gracias, nosotros nos encargaremos.

El hombre asintió sin decir palabra y se marchó.

—Veinte —respondí, antes de meterme un trozo de pescado en la boca.

Cuando alcé la mirada, vi que Aaron se había quedado bloqueado, mirándome, con la botella a medio camino de mi copa. Un par de segundos después reaccionó y me la llenó. La copa, quiero decir. Después llenó la suya.

—Eres más joven de lo que creía —comentó, casi en un susurro, centrándose en su pescado—. Quiero decir… Salta a la vista que eres joven, pero pensé que tenías más de veinte años.

—Supongo que mi edad es un impedimento para los planes que tiene en mente.

Él sacudió la cabeza despreocupadamente.

—En absoluto. Ha sido un apunte, nada más. Eres mayorcita para muchas cosas. —Sonrió mirándome a los ojos—. Aunque vayas por la vida con esa carita de inocente.

—Tenía entendido que, después de cenar, volvería a mi casa en taxi.

—Si es lo que quieres, por supuesto. No seré yo el que lo impida. Ya he dicho que eres mayorcita para muchas cosas.

Asentí satisfecha por aquella respuesta y volví a atacar el pescado que, a decir verdad, estaba buenísimo. El silencio se instaló entre nosotros, mirándonos de vez en cuando y soltando alguna que otra sonrisa traviesa. Aaron tenía una forma de mirar y sonreír que era única. Sus azules ojos se volvían pícaros, envueltos en un manto de espesas pestañas negras. Lo analicé tanto como pude, intentando que no se diera cuenta de mis escaneos. Hasta que caí en la cuenta de un detalle importante.

—¿Qué edad tiene usted, señor Medina?

Él detuvo el tenedor a medio camino de su boca ya abierta y me miró. Volvió a sonreír y entonces siguió comiendo. Cuando terminó de masticar y tragó, dejó el tenedor en el plato y se acomodó en el respaldo.

—¿Cuántos crees que tengo?

Dudé. Muchísimo, a decir verdad. Podía tener mi edad y estar muy bien desarrollado. También podía ser un poco mayor, lo que cuadraba más. A unas malas, podía ser bastante mayor que yo, y mantener una

apariencia joven a base de cirugías. Pero descarté aquella última idea de inmediato. Las muy ligeras patas de gallo lo delataban. No tenía mi edad, tenía un poco más.

—Entre veintisiete y treinta —aposté, observándole bien el rostro.

Él sonrió de nuevo y asintió con la cabeza, pero no parecía una aprobación, sino más bien un agradecimiento.

—Treinta y cinco —aclaró—. Quizás por eso insistes en hablarme de usted. ¿Demasiado viejo para ti?

Solté el aire de mis pulmones y dejé que mi espalda se apoyara en el respaldo de la silla. *Treinta y cinco*. Eso significaba que tenía quince más que yo. Pocos menos que mi padre, que tenía cuarenta cuando murió. Aaron no los aparentaba en absoluto.

—¿Treinta y cinco? —pregunté sorprendida.

—Eso será un sí —musitó—. Cuando me has dicho la edad que tienes esperaba esa reacción por tu parte al saber la mía.

—No creo que sea viejo. Es que no los aparenta.

—Supongo que debo darte las gracias por ese… ¿cumplido?

Me reí, porque había desencajado la cara y parecía un poco perdido, algo que me gustó. Se lo veía muy seguro de sí mismo en todo momento, excepto en ese instante.

—Sí, es un cumplido.

—Gracias. Pero… no has respondido a mi pregunta. ¿Demasiado viejo para ti?

Me mordí el labio inferior, analizándolo y meditando qué respuesta sería la más apropiada. ¿Era demasiado viejo para qué? Estaba claro que sus intenciones eran las de llevarme a la cama. En ese sentido, la edad poco importaba. Y dudaba mucho que él quisiera algo más que eso, así que descarté una relación a largo plazo que no iba a haber. No era motivo para tener en cuenta su edad. La pregunta era: ¿valía la pena acostarse con él? Viendo al adonis que tenía delante, la respuesta era muy clara: sí. Pero no iba a ser cuando él quisiera. Ese iba a ser mi reto… Tenía que ganarme.

—Para nada. Quizás, incluso tenga la edad adecuada.

Él sonrió con picardía. En sus ojos podía verse la curiosidad que había generado mi respuesta.

—¿La edad adecuada para qué? —quiso saber.

Me encogí de hombros, mostrando despreocupación.

—Para cenar con usted, por supuesto.

—Por supuesto que sí —susurró, sin perder aquella sonrisa que cada vez me gustaba más.

Después de cenar, Aaron propuso salir a la calle para estar más tranquilos y menos rodeados de gente. Acepté, aunque no me convenció mucho la idea de estar *más solos*. Ambos cruzamos el gran

comedor a paso tranquilo, pero me tensé irremediablemente cuando noté su mano en la parte baja de mi espalda, guiándome entre las mesas. Debo admitir que se me escapó una sonrisa cuando pasamos delante de Susana y ella ardió por la envidia.

—Entonces… —susurró, paseando con tranquilidad por la calle—. ¿Cómo llevas lo de estar sola? Me refiero a la pérdida de tus padres, teniendo en cuenta que no tienes hermanos. ¿Tíos? ¿Abuelos?

Negué con la cabeza y me encogí de hombros.

—Me limito a aceptarlo y seguir adelante. Tengo a Zeus, a mis amigos…

—¿Zeus?

—Mi perro. —Él arrugó la frente y me miró de reojo. Por un momento pensé que quizás no le gustaban los perros. Seguíamos paseando a paso tranquilo por la calle, y él no decía nada, por lo que seguí hablando—: Es la mayor compañía que tengo. Un compañero incondicional.

—No suelo caer muy bien a los perros —comentó, mirando al frente con total despreocupación—, así que intento no acercarme mucho a ellos.

—Los perros huelen y ven cosas que nosotros no somos capaces. —Me encogí de hombros—. Quizás su carácter o sus pensamientos no son los más acertados.

—¿Así que un perro tiene que decidir cuál sería mi carácter o comportamiento más acertado? —se burló. Yo dejé salir una carcajada —. Cambiando de tema, ¿te gustaría cenar conmigo otra noche?

Apreté los labios y fingí meditar unos segundos.

—No estoy acostumbrada a estos lujos, señor Medina. Lo he pasado bien, pero si puedo evitar volver…

—Donde tú quieras —farfulló interrumpiéndome—. A un lugar de comida basura, si es lo que quieres. Tengo una idea, ¿te gusta la pizza? —Asentí con la cabeza—. ¿Y qué te parece una pizza en mi casa? O en la tuya. O en mitad de un parque, me da igual. No quiero que pienses que utilizo las pizzas para llevarte a mi cama.

—Es precisamente lo que está pareciendo —me reí.

—No necesito una pizza para eso.

Cesé mis pasos y giré un poco sobre mis talones para mirarlo a la cara. Él se detuvo y me miró a los ojos.

—Ah, ¿no? ¿Y qué necesita?

—Solo que te des la oportunidad de conocerme —respondió, totalmente decidido—. Pero, desgraciadamente, para eso sí que necesito una ayudita de las pizzas —bromeó.

Volví a reírme y reanudé la marcha.

—Debo decir que es más divertido de lo que esperaba, señor Medina —confesé.

—Puedo ser mucho mejor de lo que esperas, en todo lo que puedas imaginar. —Alzó las manos de inmediato—. Con ayuda de las pizzas, por supuesto.

Ambos nos reímos y paramos frente a un banco, donde nos sentamos y mantuvimos el silencio durante unos minutos. No sabía si era capaz de hacerle sufrir tanto tiempo como tenía planeado. Estaba resultando más interesante de lo que parecía a simple vista. Él tenía razón; las apariencias engañan. Y era una idiota si no reconocía la tensión sexual que había entre nosotros. Él tenía ganas de llevarme a su cama. Y, muy a mi pesar, yo tenía ganas de que lo hiciera. Suspiré, apoyando la espalda en el respaldo.

—¿Qué piensa el ave fénix? —susurró, apoyándose también en el respaldo, poniéndose un poco de lado y apoyando el brazo en él—. Es difícil adivinarlo.

—Nada importante —respondí, también en un susurro, con la mirada perdida a la nada.

—¿Aceptarás la segunda invitación? —Giré la cara para mirarlo a los ojos. La suya estaba demasiado cerca de la mía. Tanto que, de haberme movido unos centímetros, podría haberle besado—. Me encantaría que lo hicieras. Sigues causándome curiosidad.

—¿Por qué? Soy una chica normal.

—Yo no veo a una chica normal. Créeme, no pediría ayuda a las pizzas si lo fueras.

Aquel hombre volvió a arrancarme una carcajada. Estaba loco, en el buen sentido de la palabra.

—¿Quiere que le dé una segunda cita, señor Medina?

—Por querer, quiero besarte.

Mis ojos se desplazaron hasta sus labios. Carnosos, definidos y muy dispuestos a besar. Los tenía ligeramente abiertos, como si necesitara una pequeña apertura para poder respirar mejor. Me llamaban, pedían a gritos que les prestara atención y les dejara hacer aquello que querían. ¿Valía la pena hacerlo? ¿Podía limitar aquella noche a un beso y nada más? Decidí que, aunque quería mantenerlo lejos de mi entrepierna un tiempo más, un beso no podía estar mal. Sentía curiosidad por saber cómo sabían sus labios, cómo besaban. Y lo hice; me incliné y pegué mis labios a los suyos. Aarón dejó escapar un gruñido y alzó una mano hasta mi cara al tiempo que su lengua me invadía la boca. La dejé entrar con gusto. Ese hombre besaba mejor que cualquier otro con el que me había besado. Su destreza era destacable. Pero, lo que llamó mi atención fue la química que había entre nosotros. La tensión sexual estaba ahí, era innegable. Las ganas también, y por ambas partes, además. Sabía que no podía alargar el momento mucho tiempo más. Lo que tenía claro, era que no iba a ser esa noche.

Nos separamos jadeantes, conteniéndonos, pero con ganas de más. Mucho más.

—Vale, ahora sí que *necesito* esa segunda cita —susurró, con una preciosa sonrisa—. Porque lo de las pizzas, después de cenar… No cuela, ¿no?

Me reí con ganas y volví a apoyar la espalda en el banco.

—No, no cuela.

—Está bien —soltó en un suspiro—. Dicen que la paciencia es la madre de la ciencia.

—¿Va a hacerse científico, señor Medina? —bromeé.

Él me miró con la cabeza ladeada y sonrió.

—Muy graciosa. —Ambos nos reímos. La cita estaba resultando mucho mejor de lo que esperaba—. ¿Cuándo vas a darme esa segunda cita?

Medité durante un rato, recordando los planes que mis amigos habían hecho para mis vacaciones. Al día siguiente iríamos a la playa y pasaríamos el día allí. Quizás podíamos quedar por la noche. Pero, seguramente, acabaría molida y no tendría apenas fuerzas para nada.

—Mañana tengo el día completo.

—¿La noche también? —dijo en un tono burlón que me resultó divertido—. Dime a qué hora paso a recogerte.

—Le avisaré —susurré, mirándolo a los ojos—. Le mandaré un mensaje. Pero, le advierto de que iré a la playa y me encanta nadar, así que por la noche estaré cansada. Y cuando estoy cansada tengo un humor de perros.

Él suspiró.

—Está bien. Mañana pasarás el día en la playa y por la noche cenarás pizza en una piscina. Acabarás como un garbanzo, que lo sepas.

—¿Pizza en una piscina? —farfullé.

—En *mí* piscina.

—Un momento, un momento… ¿Quién le ha dicho que he aceptado la cita en su casa?

—Me has besado —recordó.

—¿Y?

Alzó una ceja, pero su rostro era divertido.

—Mira, Vicky…, voy a irme solo a casa y tendré que darle vida a la mano para paliar lo que has provocado con ese beso. ¿Entiendes por dónde voy? —Asentí con la cabeza lentamente—. Entonces entenderás que no aguantaré una segunda cita igual. Mucho menos tan lejos de mi casa. Estoy seguro de que no me quieres en la tuya, así que lo mejor será ir directamente a la mía, comemos pizza en la piscina y, después, que surja lo que tenga que surgir. Si te quedas más tranquila, puedes mandar la ubicación de mi casa a tus amigos y dejar una carta

incriminatoria a buen recaudo, culpándome de cualquier cosa mala que pueda ocurrirte. No sé qué más puedo ofrecerte, solo busco intimidad, tranquilidad y otra oportunidad para conocernos mejor. Y todo esto, querida Vicky, por haberme besado. —Sonrió como un niño inocente—. Así que deja de fingir que no te atraigo y déjate llevar por lo que sea que hay entre nosotros dos. Química, atracción o como quieras llamarlo, pero los dos sabemos que algo hay.

—Quiere llevarme al huerto —susurré.

Él sonrió.

—Quiero llevarte a mi casa. —Suspiró—. ¿Pido un taxi? ¿o prefieres que te lleve yo?

—Vaya, ¿me está echando ya? —Sonreí, encogiéndome de hombros—. Se habrá cansado de mí. Lo entiendo.

Fui a levantarme para llamar yo misma a un taxi, pero él lo impidió agarrándome la cara con una mano y besándome con desesperación. Me arrancó hasta el último aliento con ese beso, y me mordisqueó el labio inferior cuando terminó.

—¿Cansado de ti? —murmuró, y volvió a besarme con tanta pasión que un gemido salió disparado de mi garganta sin previo aviso—. Ven conmigo —farfulló, pegado a mi boca—. Por favor, ven conmigo *ahora*.

No sé cómo, ni en qué momento, pero saqué las fuerzas necesarias para negar con la cabeza y separarme de él. Había puesto mis normas y debía cumplirlas. Si habíamos quedado para el día siguiente, nos veríamos el día siguiente. Él tenía que aprender a tener paciencia.

—Nos vemos mañana, señor Medina —susurré.

Lo besé por última vez y me levanté, andando con decisión y sin mirar atrás. No debía hacerlo o acabaría volviendo para irme con él a su casa. Por muchas ganas que tuviera, debía ser fiel a mí misma y no ceder.

El taxi me dejó en la puerta de casa. Durante todo el viaje estuve recordando los besos de Aaron, y tuve que cruzar las piernas en varias ocasiones. Ese hombre me ponía enferma, en el buen sentido. No solo era guapísimo a morir y besaba como los dioses, sino que, además, tenía la sensación de que debía ser una fiera en la cama. Un dominante. Un animal.

Zeus me recibió como de costumbre, pero en esa ocasión me olisqueó con mucho ímpetu y no parecía contento con lo que estaba oliendo. Me miró, como tirándome en cara algo, dio media vuelta y se fue. Sonreí al recordar que Aaron había comentado que no caía bien a los perros. Creí haber sido testigo de ello con Zeus.

De camino a mi dormitorio me despojé de los zapatos y, una vez allí, me quité el vestido. Iba a darme una buena ducha y a dormir para

estar al cien por cien al día siguiente. Iba a necesitar mucha energía para lo que me esperaba; todo el santo día en la playa y después pizza en la piscina de Aaron. Sonreí como una idiota. ¿De verdad iba a comer pizza en la piscina de un millonario guapísimo? ¡Era surrealista!

5

Me arrastré por la cama y alargué el brazo para coger el móvil que sonaba sobre la mesita de noche. Tenía tanto sueño que de buena gana no lo hubiera cogido, pero podía ser importante. Levanté la cabeza, desenterrando la cara de la almohada para poder ver la pantalla del móvil. Era Aaron. ¡Y eran las siete de la mañana! Descolgué a desgana.

—No son horas —gruñí.

Él se rio, y su risa fue como una brisa en verano; agradable. Aunque no lo suficiente.

—Buenos días. ¿Te he despertado?

—¿Quiere hacerme un favor?

—Los que quieras.

—Pues hágame el favor de irse a la mierda.

Colgué la llamada y escondí la cabeza bajo la almohada. Con un poco de suerte, podría dormir un par de horas más. Pero el móvil volvió a sonar y gruñí con todas mis ganas. Tanteé con la mano sobre la cama y descolgué la llamada sin mirar.

—Que se vaya a la mierda, señor Medina.

—¡Nena! —gritó Jordi. Arrugué la frente y desenterré la cabeza. Cuando miré la pantalla del móvil vi a mis amigos en ella, sonriéndome—. ¿Señor Medina?

Carol entornó los ojos y se acercó a la pantalla del móvil.

—No veo a ningún hombre en tu cama, Vicky. No has follado, ¿verdad?

—O se ha marchado ya —intervino Lidia—. No prejuzgues, Carol.

—No ha follado —sentenció.

—No, no he follado. ¿Podéis dejarme dormir?

—¡Levanta el culo! —vociferó Jordi—. Pasamos a recogerte en media hora. Nos vamos a la playa, ¿recuerdas?

—¿Es que queréis quitarles el sitio a los cangrejos? ¿Habéis visto la hora que es?

—Más te vale estar lista en media hora, Vicky —amenazó Carol—. Vamos, levanta el culo y vístete.

Media hora más tarde, después de vestirme a toda prisa con un bikini blanco, un short y una camiseta de tirantes negra, sacar a pasear a Zeus, y desayunar casi engullendo un par de tristes tostadas…, estaba en el portal de casa esperando a mis amigos, que ya llegaban tarde.

Un cuarto de hora después, llegaron con la música a toda castaña,

animándome con las manos asomadas por las ventanas a que subiera rápido al coche para poder robarles el sitio a los cangrejos. De verdad que no lo entendía. ¿Para qué tan pronto a la playa?

—¡Mirad cuánto sitio! —exclamó Lidia—. ¡Podemos elegir dónde ponernos!

—No me extraña. —Bostecé, y me dejé caer sobre la arena con torpeza—. Un poco más y pasamos la noche aquí.

Jordi y Carol fueron a buscar tumbonas, mientras que Lidia y yo preparamos las sombrillas y una tienda de campaña donde guardábamos las bolsas, comida y cosas varias. Como terminamos antes de que aquellos dos volvieran, nos acercamos a la orilla y mojamos los pies en el agua.

—¿Qué tal la cita de anoche con Aaron Medina? —preguntó mi amiga, regalándome una sonrisa cómplice.

Lidia no era tan bruta como Carol, y tenía más sentido de la comprensión que nuestra amiga. Pero siempre esperaba a que nos quedáramos a solas para que Carol no estropeara nuestras charlas con su vocabulario. Era una tía genial, pero la boca le perdía.

—Estuvo bastante bien —confesé—. Me reí mucho. Hemos quedado esta noche en su casa.

—¿Vas a ceder ya? —Asentí con la cabeza, mirando al horizonte—. Pues disfrútalo, nena. Te lo mereces.

—Ya veremos —murmuré.

Un grito de Carol nos alertó de que ya habían llegado con las tumbonas alquiladas. Después me enteré de que veníamos más pronto para no quedarnos sin ellas. Tenía lógica, no había suficientes tumbonas para toda la gente que iba a la playa, por lo que solo los más madrugadores tenían el privilegio de alquilar tantas como pudieran necesitar. Además, lo bueno era que Carol se había acostado con el chico de las tumbonas varias veces, por lo que nos hacía precio especial para las cuatro durante todo el día. O eso decía Carol, que siempre insistía en pagarlas ella. A mí me picaba la nariz que no pagaba nada, monetariamente hablando, porque estaba segura de que en carnes las pagó bien. Cuando quería algo que no podía conseguir con dinero o su cara bonita, usaba el sexo. Y siempre le funcionaba. Era una zorra muy loca, como decía Jordi, pero era una de mis mejores amigas y la quería.

A la una del mediodía, después de charlar, bañarnos y picotear algo, los cuatro nos espachurramos en nuestras tumbonas para absorber el sol como si no hubiera un mañana. Como de costumbre, a cada chico agradable a la vista que se nos cruzaba, le seguíamos con la mirada hasta perderlo y comentábamos sus virtudes. El primero no estuvo nada mal, aunque para mi gusto le faltaba un poco más de

chicha en el trasero. El segundo llevaba la cabeza rapada al cero; no era de mi estilo. El tercero me recordó a Tom Cruise, era mono, pero muy bajito para mi gusto. El cuarto… Los cuatro nos bajamos las gafas de sol hasta la punta de la nariz para poder analizar bien al semental que iba a pasar frente a nosotros en ese momento. Su pícara sonrisa no evitó que me fijara en aquel cuerpo escandalosamente apetecible. Pensé que debía ser un crimen ser tan perfecto. Esos abdominales definidos, esos muslos musculados, un pecho donde cualquier mujer pagaría por dormir encima. Que llevara solamente un bañador negro… ayudó en la valoración. Los cuatro fuimos girando la cabeza lentamente, a medida que él iba avanzando frente a nosotros, hasta que me lanzó una mirada traviesa y dijo:

—Vicky…

—Señor Medina… —respondí, y me quedé embobada con el pedazo de tatuaje que le cubría toda la espalda. Era una cruz que ondeaba en la piel sobre los omoplatos.

—Acabo de correrme —dijo Carol, retorciéndose sobre la tumbona para poder verlo un poco más—. Hostia puta cómo está el millonetis. ¡Y tú sin follártelo! —Me riñó.

La ignoré y giré la cabeza para saber adónde iba, hasta que él paró en un chiringuito de playa y se sentó en un taburete. Cuando lo vi alzar la mano para llamar la atención del camarero, supe que iba a quedarse allí un rato, por lo que puse las gafas de nuevo en su sitio y me ofrecí al sol, sus nutrientes y quemaduras.

—Oye… —Carol me dio un manotazo en el hombro. Abrí los ojos, me bajé las gafas un poco y la miré a los ojos—. ¿Te lo vas a tirar o no? Porque si la respuesta es *no*, pienso aprovechar la cercanía para lanzarme a su cuello.

—¿El de las tumbonas ya no rinde? —bromeé.

Jordi y Lidia empezaron a descojonarse. Carol se bajó las gafas y me devolvió la mirada, observándome durante unos largos segundos.

—Así que tienes pensado tirártelo… —susurró—. Vale, te respeto y no voy a quitártelo. Pero, cuando termines con él, me avisas. Ya de paso me dices qué tal, para saber adónde me meto.

—En todo caso te la meterá él —comentó Jordi.

—Ya le gustaría —dije, recolocándome las gafas.

Durante las siguientes dos horas en las que fui ojeando de refilón el chiringuito, Aaron estuvo allí sin moverse. Parecía que me estaba vigilando. En la última ojeada, observé que estaba hablando con otro hombre, por lo que me recoloqué las gafas y dejé que el sueño que tenía hiciera de las suyas, arrastrándome poco a poco a la que iba a ser la siesta del siglo en la playa, al sol y, con total seguridad, a posteriores quemaduras. Porque así eran los capullos de mis amigos;

ya podían verme roja como una gamba que eran incapaces de despertarme o, al menos, darme la vuelta. La última vez acabé con la espalda negra y el frontal blanco como la cal.

—Te vas a quemar —susurró Aaron a mi oído, asustándome tanto que acabé sentada en la tumbona.

—¡Qué susto!

Él se rio, captando la atención de mis amigos. Como era de esperar, los tres sacaron bolsas de patatas en cero coma, y se acomodaron para ver la situación en primera fila.

—Quería preguntarte algo.

Asentí con la cabeza.

—Dígame.

—¿Sueles mandar a la mierda a toda persona que te da los buenos días?

Fingí meditarlo durante un buen rato. Rato que Aaron se removió nervioso, esperando una respuesta. Le sonreí, recibiendo una sonrisa suya que me quitó el aliento.

—¿Le ha parecido demasiado cordial? Quizás debería ensayar algo mejor para la próxima vez que me despierte.

Él se acercó a mi oído, rozándome la oreja con aquellos labios que tan bien me besaron la noche anterior. El vello se me puso de punta y tuve ganas de abrazarme a su cuello y no soltarlo nunca más.

—Dos cositas, Vicky —susurró—. La primera: si supieras lo cachondo que me pone que me hables de usted, dejarías de hacerlo. La segunda: espero que esta noche no me dejes plantado, o seré capaz de mover cielo y tierra para encontrarte.

Cuando se apartó, clavé mis ojos en los suyos y sonreí. No tenía ni idea del efecto que tenía sobre él al hablarle de usted. Sabiéndolo, podía jugar con ello.

—Señor Medina, ¿está *usted* amenazándome?

—Advirtiéndola, señorita Vicky —respondió con la misma picardía —. Sígame hablando de usted y verá lo que ocurre.

Asentí con la cabeza.

—No se canse mucho. Tengo entendido que esta noche tiene una reunión importante.

—Lo mismo digo. Intente dormir un poco para reponer fuerzas, porque las va a necesitar.

Dicho eso, se irguió y cruzó por delante de nuestras narices, llevándose otro escaneo por nuestra parte. Tenía un culo que ni hecho adrede. Madre mía, ¿le dolía ser tan guapo?

Miré a mis amigos, que seguían comiendo patatas, pero me miraban a mí como si esperaran una explicación a lo que acababan de ver.

Maldita la hora en que les conté los planes de esa noche… Jordi y

Carol empezaron a ametrallarme con preguntas, incluso se tomaron la libertad de explicarme sobre algunas posturas del *kamasutra*, como si tener sexo con alguien fuese como montar un mueble, que debes mirar las instrucciones que te dicen cómo hacerlo.

Pude deshacerme de ellos cuando me levanté de la tumbona y me fui al agua, donde pasé un buen rato nadando y dejándome llevar. Esos minutos de relajación eran extraordinarios. Ni siquiera oía a la gente que me rodeaba, ni los chapoteos, ni a los niños gritando. Sólo oía los sonidos del mar y mis propias pulsaciones.

A las siete ya estaba agotada, por lo que no me quedó otra que disculparme con mis amigos; necesitaba ir a casa. Ellos lo entendieron, especialmente en ese momento, que ya sabían que iba a ir a casa de Aaron por la noche. Además, tenía que sacar a Zeus a pasear, sobre todo, teniendo en cuenta que seguramente estaría toda la noche en casa del señor Medina, con pizzas y piscina.

Una vez en casa, sin ni siquiera quitarme la ropa que llevaba puesta, cogí a Zeus y me fui a dar una larga vuelta por el barrio. Él volvió a marcar la ruta que quería seguir, y esa tarde se explayó bien. Nos llevó hasta un *pipican* muy grande que había a bastante distancia de casa. Normalmente no íbamos allí. Por decisión de Zeus, no mía. Siempre dejaba que él decidiera adónde quería ir en cada paseo.

En el *pipican* le solté la correa y dejé que jugara con el resto de los perros que habían ido con sus propietarios a pasar el rato. Normalmente se juntaban las cuatro marujas en una esquina para hablar de sus cosas y de las de los vecinos. Sonreí, pidiéndome a mí misma no convertirme jamás en ellas cuando tuviera su edad. Quizás porque era joven, pero no me interesaba lo más mínimo la vida de los demás. Tampoco me gustaba que hablaran de la mía. Mi modo de vida era claro y sencillo; vive y deja vivir. Sin más. La vida resultaba más fácil de ese modo.

Llegué a casa arrastrando los pies. Hacía tiempo que no veía a Zeus con tanta energía, y ese día se había propuesto pasear y correr más de lo habitual. Colgué la correa de cualquier manera en el perchero y me tiré en el sofá, mentalizándome de que tenía que darme una ducha, mandarle un mensaje a Aaron con la ubicación donde tenía que recogerme y buscar el otro bikini.

Abrí los ojos cuando oí el sonido de una llamada. Me sentía desubicada, por lo que tardé un poco en reaccionar y alargar el brazo en busca del aparato. Lo localicé sobre la mesita de centro, descolgué sin mirar y me lo acerqué a la oreja.

—¿Diga? —dije, con la voz ronca.

Un fuerte suspiro llegó a mí desde el otro lado de la línea.

—Vicky —susurró. En ese momento reconocí su voz y me enderecé

dando un brinco, quedándome sentada en el sofá.

Miré la hora, maldiciendo mentalmente al ver que eran las nueve de la noche, pasadas…

—Me he dormido —farfullé.

—¿Eso es una excusa para no vernos? ¿o vas a decirme que nos comeremos las pizzas frías por tu despiste?

—Me gusta la pizza fría —respondí en un hilo de voz—. Le mando la ubicación ahora mismo, señor Medina.

Colgué, sin saber si lo había dejado hablando o no. Con dedos torpes, marqué la ubicación un par de calles más abajo y se lo envié. Respiré aliviada cuando vi que lo había leído y me respondió:

«Estoy a cinco minutos de esa ubicación.
Nos vemos allí».

De pronto me di cuenta de que no me había duchado y que seguía llevando la ropa con la que había ido a la playa. Casi me dio un ataque de histeria y le mandé un mensaje:

«Necesito quince minutos más.
Tengo que ducharme y vestirme».

Él respondió al instante:

«Aunque parezca imposible, tengo ducha y
bañera en mi casa. Te quedan cuatro minutos».

—¡Joder! —grité, levantándome del sofá.

Corrí hasta mi dormitorio, donde abrí el armario y saqué varias prendas al tuntún. Tardé un poco más en encontrar el bikini amarillo, pero lo conseguí. Lo embutí todo dentro de una mochila y me la colgué del hombro para salir corriendo. Derrapé en el recibidor al recordar de algo importante. Me acuclillé y abracé a mi querido Zeus.

—Cuida la casa por mí, campeón. —Le besé en la cabeza—. Intentaré no llegar muy tarde.

Él movió el rabo y se fue a una de sus camas, donde se tumbó y me miró con expresión tranquila. Parecía que estaba de acuerdo en que me fuera.

Salí de casa y bajé las escaleras corriendo. No me maté de milagro en varias ocasiones, hasta que tropecé en el portal y me comí un árbol. Una señora que paseaba con su caniche se me quedó mirando, seguramente pensando que era una joven borracha e irresponsable.

—Juventud… —se quejó, negando con la cabeza—. Habéis perdido el norte.

—¡Lo que perderé será una pizza en una piscina! —grité, mientras

salía corriendo calle abajo.

Llegué al punto de encuentro ahogándome por el sobreesfuerzo que había realizado, corriendo más de lo que mi cuerpo podía aguantar. Aaron bajó del coche y me miró con la frente arrugada, rodeó el vehículo y se acercó a mí.

—¿Estás bien?

—Yo he… con una señora y… un momento. —Apoyé el trasero sobre el capó del coche y me agarré las rodillas, bajando la cabeza e intentando recomponerme. Unos segundos más tarde, la alcé y miré a Aaron a los ojos—. Siento haber llegado tarde.

—¿Has venido corriendo? —Asentí con la cabeza—. Pues sí que tienes interés en esta segunda cita —bromeó, abriendo la puerta del copiloto—. Vamos, sube. Recogemos las pizzas y nos vamos a casa.

Subí al coche y me acomodé en el asiento mientras Aaron cerraba mi puerta, rodeaba el vehículo y se sentaba en su sitio. Dio una última ojeada a mi cara antes de arrancar el coche, riéndose él solo por a saber qué motivo.

—¿Y esa risa?

Él sacudió la cabeza y me miró un segundo.

—No tienes espejos en casa, ¿verdad?

Avergonzada, bajé la visera del coche y me miré en el espejito, abriendo la boca, sorprendida, cuando vi lo que el reflejo me mostraba: tenía el cabello alborotado y la marca de alguna costura del sofá en la cara. Se notaba a leguas que acababa de despertarme.

—Madre mía… —susurré, intentando domar la maraña de cabello —. Qué pintas.

—Te has decidido por un *look* salvaje bastante… divertido.

Preferí no responder, así que seguí luchando contra mi cabello para poder parecer una persona normal. Después me froté la cara con las palmas de las manos, estimulando la circulación para que la marca desapareciera.

6

Aaron paró en una pizzería de donde salió con un par de cajas que me pidió que sujetara mientras él conducía. Sentía el calor que desprendían y me hacían sudar las manos y las piernas. Pero no podía dejarlas en ningún asiento trasero, porque el coche era un deportivo biplaza. No me quejé para no molestarlo, aunque lo estaba pasando francamente mal. Iba a llegar a su casa totalmente sudada, lo cual me daba mucho apuro.

Mis ojos se abrieron como platos cuando, al llegar a lo alto de la colina donde tenía su casa, esta estaba iluminada con unos grandes focos que le daban un aspecto increíble. Me quedé embobada, hasta que Aaron abrió mi puerta y entonces me di cuenta de que ya había aparcado y bajado del coche. Lo primero que hizo fue coger las cajas de las pizzas, sujetarlas con una mano y, después, ofrecerme la otra para ayudarme a salir. Una vez fuera, me incliné para coger la mochila con mi ropa que había dejado a los pies. Cuando me erguí y giré, vi que Aaron me había estado mirando el culo.

Sonrió cuando se dio cuenta de que lo había pillado.

—¿Me estaba mirando el trasero, señor Medina?

Su sonría se amplió.

—No estoy ciego, Vicky. Si me pones el culo en pompa, mis ojos actúan por voluntad propia. —Se removió en el sitio, llevando la mano a su paquete para recolocarlo—. Y lo que no son los ojos, también. A ver, ¿ves ese camino de baldosas? —Señaló a un lado de la casa. Miré y asentí con la cabeza—. Ve por ahí. Yo iré a preparar las pizzas.

—Vale.

Empecé a caminar con cautela por el camino que me había indicado, observando a mi alrededor el precioso jardín que rodeaba la vivienda. La finca era inmensa y toda ella estaba perfectamente cuidada. Me pareció estar en el paraíso.

Mi respiración se cortó cuando encontré un pétalo de rosa sobre una de las baldosas, y a su lado otro, y un poco más adelante… otro. Mis ojos barrieron el suelo, encontrándose con un camino de pétalos de rosa roja que llevaba hasta la zona de la piscina, rodeada de césped, con una mesa y dos sillas de madera preparadas para la ocasión. ¡Con velas y todo!

—Increíble —murmuré acercándome.

La intimidad y calidez que ofrecía el entorno eran inigualables. Lo

había preparado todo con sumo cuidado, incluso en la piscina flotaban pétalos de rosa roja, iluminados por los focos que había bajo el agua. Esas luces, junto con un par de farolas y las velas, eran la única luz que iluminaba aquel lugar.

—Pizza en la piscina —anunció Aaron, acercándose con un par de platos en los que llevaba las pizzas ya cortadas. Se había cambiado y llevaba un bañador blanco—. ¿Te ha gustado la piscina?

—¿La piscina? —pregunté incrédula—. Con todo lo que ha preparado, ¿y me pregunta si me ha gustado la piscina?

Él miró a nuestro alrededor, fingiendo buscar lo que yo estaba diciendo, hasta que miró al suelo y vio los pétalos.

—Oh… ¿esto? Habrá sido el viento.

Lo miré a los ojos y así aguantamos unos segundos, hasta que él se rio a carcajadas.

—El viento, sí… —susurré, intentando aguantarme la risa.

—¿Te gusta?

—Muchísimo —confesé, mirándolo todo—. Me gusta muchísimo.

—Me alegro. —Dejó las pizzas sobre la mesa y se acercó a mí, mostrando una sonrisa un tanto amenazante. Estaba tramando algo, pero no sabía el qué—. Debajo de esa ropa… ¿llevas el mismo bikini que te he visto en la playa?

—Sí, ¿por qué?

De pronto, me agarró por la cintura y me cargó sobre su hombro como si, para él, no pesase absolutamente nada. Pataleé y grité riéndome, hasta que sentí que había cogido impulso y flotábamos en el aire. En ese momento supe que iba a caer dentro de la piscina. Grité dentro del agua sacando todo el aire de mis pulmones y nadé hasta la superficie, donde cogí una gran bocanada de aire. Me aparté el cabello de la cara con una mano justo cuando Aaron apareció delante de mí. Con el cabello mojado y la cara llena de perlas de agua estaba más atractivo si es que eso era posible. No sabía que el aspecto de aquel hombre podía mejorar por momentos.

—Esto sobra —susurró, quitándome la camiseta. La lanzó al borde de la piscina y volvió a mirarme—. Esto también.

Bajó las manos hasta mis caderas, donde cogió la cinturilla del pantalón y tiró abajo, hundiéndose bajo el agua para sacármelo por los pies. Cuando reapareció, los lanzó junto a la camiseta. Pese a estar dentro de la piscina, que tenía una temperatura muy agradable, empecé a sentir un calor intenso que me hacía arder desde dentro. Él se acercó más y pegó su nariz a la mía.

—¿Tienes hambre? —susurró. Asentí con la cabeza—. ¿De pizza?

Dudé un poco. Era absurdo, pero estaba nerviosa. Nunca había estado con un hombre de su edad, al que se le supone mucha experiencia y camino recorrido. Para él, yo era una niña. ¿Y si yo no

cumplía con sus expectativas? Bueno, a fin de cuentas, solo iba a ser sexo, ¿no? Al menos podía tener la oportunidad de decir a mis amigos que me había acostado con el señor Aaron Medina, un guaperas multimillonario.

—No —musité, y me lancé a besarlo.

Él correspondió de inmediato, como si esperase eso desde hacía siglos, agarrándome el trasero y apretándome contra su erección. Tuve que separarme de sus labios un segundo para coger aire. El tamaño que estaba sintiendo entre nosotros era titánico. Gemí de placer cuando la excitación se apoderó de mí, pidiendo mentalmente a gritos poder sentirle dentro.

—No tenemos prisa —susurró Aaron, apartándose un poco.

Sin soltarme el culo, se movió por el agua hasta el borde de la piscina. Sus manos se desplazaron desde mi trasero hasta la cintura, de donde me cogió y me alzó, sacándome del agua y sentándome sobre las baldosas de piedra natural que rodeaban la piscina. Después cogió mis tobillos y los subió, apoyándome los talones en el borde con las piernas abiertas. Lo miré a los ojos, consciente de las intenciones que tenía conmigo en ese momento. Cuando vi que sus manos se acercaban a la parte baja del bikini, planté las palmas de las manos sobre el césped y ejercí presión con los talones, levantando el culo del suelo lo necesario para que él pudiera quitármelo. Lo hizo con una sonrisa de infarto, y lo lanzó junto al resto de ropa mojada que se había amontonado. Sin dudarlo un segundo, hundió la cara entre mis muslos y atacó mi sexo con ansia. Un gemido salió de lo más profundo de mi garganta. Mis brazos cedieron por el ataque, cayendo sobre los codos y dejé caer la cabeza atrás al tiempo que mi espalda se arqueaba por el placer que estaba sintiendo. Ese hombre tenía una lengua y habilidad increíble.

Jugó con mi sexo durante lo que me pareció una eternidad que no quería que terminase nunca, arrancándome jadeos y gemidos que no me veía capaz de contener. Tampoco quería hacerlo. La escala de placer era inmensa y perdí todo el control sobre mi cuerpo, mi mente y mis vocalizaciones. Como decía Carol; me estaba follando con la boca… y lo hacía de puta madre.

—Aaron… —logré decir.

Apenas fue una exhalación. Como un suspiro que había escapado de mi boca. Pude sentir que él sonrió contra mi sexo al oírme y el orgasmo no tardó en llegar como una gran ola, provocándome convulsiones que me dejaron totalmente tumbada sobre el césped, con las piernas laxas temblándome y la respiración agitada. Apartándose de mí lo justo, alzó la mirada hasta mis ojos y pasó el dorso de la mano por sus labios.

—Ven al agua —susurró, cogiéndome de la mano.

Dejé que me ayudara a incorporarme y me agarró de la cintura para meterme al agua con él. Pasé los brazos alrededor de su cuello y enrosqué mis temblorosas piernas alrededor de su cintura, notando rápidamente la erección que se erguía orgullosa entre ambos. Sin decir nada, me solté de su cuello y él me agarró de la cintura para sostenerme. Metí ambas manos entre nosotros, liberando la erección del bañador y encarándola a la entrada de mi sexo. Su pene era muy grueso y largo. Me excité sólo de pensar cómo sería la sensación de tenerlo dentro.

—¿Estás segura? —murmuró, mirándome a los ojos—. Te aseguro que no me molesta en absoluto, y puedo garantizar que estoy sano. Pero no lo has preguntado siquiera. Deja la lujuria a un lado por un momento y sé racional, Vicky.

—Tiene razón —respondí, avergonzada por haberme dejado cegar por el momento.

—Vamos a hacer una cosa… —Me soltó y recolocó su erección dentro del bañador—. Nos comemos las pizzas y vamos a la cama. Puedo enseñarte las últimas pruebas que me hice, que fueron la semana pasada y no he vuelto a tener relaciones. —Me miró con los ojos entornados—. ¿Cuánto hace que no te acuestas con un hombre?

Estaba segura de haberme puesto roja como un tomate en aquel maldito momento. La situación era bochornosa. ¿De verdad me había preguntado eso? La respuesta era patética.

—Algo más de seis meses —susurré. Él alzó una ceja, como si no se lo creyera—. Más de un año, en realidad. —Me encogí de hombros—. Con mi trabajo y horarios… es complicado.

Mentí, pero no me apetecía hablar del verdadero motivo. Me separé de él, sin valor de mirarlo a los ojos, y nadé hasta las escaleras. Salí tan rápido que resbalé en un par de ocasiones, hasta que conseguí estar en tierra firme y me acerqué a la mochila que había dejado en el suelo. La abrí, cogí unas bragas y me las puse tan rápido como pude. Después me quité la parte de arriba del bikini y saqué una camiseta amarilla que me puse con la misma rapidez. Por último, encontré un pantalón corto de color negro. Cuando terminé de vestirme, cerré la mochila, me erguí y giré sobre mis talones, dándome de morros contra el pecho desnudo y mojado de Aaron.

—¿Por qué te avergüenzas? —susurró, alzándome el mentón con un dedo—. ¿Acaso me he reído de ti?

—No —musité, sonriendo con amargura—. Pero ya lo hago yo por usted. Mi vida sexual es muy triste, señor Medina.

—Eso puede cambiar, pequeña. Vamos a comer. Vas a necesitar un extra de fuerzas para esta noche. —Mi sexo palpitó al oírle. Él sonrió como si se hubiese dado cuenta—. Tengo más ganas que tú, créeme…

Me cogió de la mano y me acercó hasta la mesa, donde cada uno se

sentó en una silla, mirándonos a los ojos. Fui capaz de imaginarme a Aaron tirando al suelo todo lo que había sobre la mesa para montárnoslo ahí encima. Cogí calor al instante, por lo que bajé la mirada y cogí un trozo de pizza, ya fría, para darle un bocado y entretenerme con algo hasta que llegara el momento de que me llevara a su cama.

—¿Qué estará pensando ahora mismo esa cabecita? —susurró él, sonriendo, mientras cogía una porción de su pizza—. Cuando te pones roja como un tomate sin más, se me ocurren varias cosas que podrías estar tramando.

—Nada decente, señor Medina —confesé, incapaz de mirarle a los ojos.

Ese hombre imponía mucho y, siendo consciente de la habilidad que tenía, estaba convencida de que mis pensamientos indecentes eran mucho menos de lo que él podía hacerme en realidad. Estaba segura de que tenía todo el control en la cama. También fuera de ella.

—¿Siempre eres tan correcta hablando? —Alcé la mirada hasta sus ojos, masticando la pizza despacio—. He oído cómo hablan tus amigos, pero tú no eres así. Siempre intentas ser correcta, ¿por qué?

—Mi padre me enseñó así —admití.

A decir verdad, tuve una etapa de rebeldía en la que hice pasar a mi padre malos tragos. Nunca hice nada ilegal, por supuesto, pero hubo una época en la que sentía la necesidad de ser libre, sin nadie que me dijera lo que tenía que hacer ni cómo me tenía que comportar. Y el santo de mi padre lo llevó solo… como pudo. No diría que fui una mala hija, porque nunca lo consideré así. Pero mis escapadas nocturnas, las fiestas con los amigos y la bajada de nota en los estudios no le gustaban en absoluto. Él quería que yo llegara a algo en la vida; a lo que llegué, fue a trabajar de noche en un supermercado. Mi padre nunca lo vio como un fracaso. Incluso me felicitó efusivamente cuando se enteró de que lo había conseguido, compitiendo contra otros más de veinte candidatos al puesto. Ni que hubiera conseguido una plaza como directora de una gran empresa… Pero él lo celebró como tal y ese día me llevó a comer a mi restaurante favorito. Para entonces yo tenía dieciocho años, llevaba dos años dando tumbos de trabajo en trabajo, todos temporales, todos con sueldos patéticos. Incluso estuve un tiempo paseando los perros de los vecinos.

La única vez que sí decepcioné a mi padre, y así me lo hizo saber con su característica amabilidad y buen tacto, fue cuando perdí la virginidad a los quince años. Desperté en la playa, sola, sin tener muy claro lo que había ocurrido. Aquella noche bebí demasiado y perdí el control sobre mí. Perdida, asustada y avergonzada, llamé a mi padre y le pedí que viniera a recogerme. Cuando subí al coche no tuve ni valor

para mirarle a la cara. Me acurruqué en el asiento y esperé a que él dijese algo. Y tardó, mucho, pero lo dijo. Quería saber si teníamos que ir a casa o al hospital. Se preocupó cuando apunté la segunda opción y me preguntó qué había ocurrido. Al contárselo, no me llevé ni un grito, ni una mala cara siquiera. Solo me dijo que había perdido algo muy importante y que nunca más podría recuperar; aquella primera vez en condiciones, consciente de mis actos y con una persona que mereciera la pena. Yo ni recordaba al chico con el que me había acostado. Por suerte, al parecer, usó preservativo. Pero esa experiencia me cambió y dejé de ser yo. Intentaba pasar poco tiempo en casa, me sentía mal por lo que le había hecho a mi padre y me veía incapaz de poder mirarle a la cara. Tardamos más de un año en recuperar nuestra relación, y todo gracias a él.

—Vicky… —susurró Aaron, captando mi atención—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza y cogí aire, llenando mis pulmones. En ese momento me di cuenta de que estaba a punto de llorar y, al parecer, Aaron se dio cuenta.

—Estoy bien —musité, antes de darle un bocado a la pizza.

—Si necesitas hablar…

Sacudí la cabeza para quitarle importancia al asunto y seguí comiendo. No era el mejor momento para decirle a Aaron, entre lágrimas y balbuceos, que echaba de menos a mi padre. Cada día, a cada segundo. Que me veía sola en ese piso donde me crie con él, con su cariño, su amor, su comprensión… Echaba de menos nuestras sesiones de cine los viernes, rodeados de comida basura y refrescos con hielo. Echaba de menos nuestras risas, las charlas y las confesiones.

—Estoy bien —insistí.

La siguiente media hora la pasamos comiendo en silencio. Pude notar que él me miraba constantemente, intentando averiguar qué me ocurría. Pero no dijo nada. Después de cenar, ambos nos dispusimos a recoger la mesa con calma. Seguíamos sin decir palabra, pero nos coordinamos muy bien sin necesidad de hablar. Le acompañé hasta el interior de la casa, donde le seguí hasta la cocina y nos pusimos a limpiar los platos, guardar la pizza sobrante y dejar la cocina limpia y recogida. Él seguía mirándome, curioso, pero en silencio.

Cuando terminamos, salí al jardín para recoger mi ropa mojada y la mochila. Con el montón de ropa en mis manos y la mochila colgada en mi hombro, me quedé frente a la piscina, observando los pétalos de rosa roja que todavía flotaban en el agua, desplazándose sobre ella con despreocupada tranquilidad. Transmitían mucha serenidad.

Era precioso.

Me había enamorado de esa piscina.

—Si no estás a gusto aquí puedo llevarte a casa cuando quieras —

dijo Aaron a mis espaldas, sorprendiéndome.

Giré sobre mis talones y lo miré a los ojos.

—Estoy bien.

—Es la tercera vez que lo dices, y no has dicho nada más que eso. —Sacudió la cabeza en una negativa—. No estás bien.

—Ir a mi casa y quedarme sola, ahora mismo, no es la mejor opción. Prefiero tener la mente ocupada en otras cosas. Sea como sea.

Él arrugó la frente y dio un paso adelante, acercándose a mí.

—Entonces, ¿pasarás la noche aquí?

Asentí y él suspiró.

—Pero debo hacer una llamada. Zeus no puede estar tantas horas sin salir.

Aaron asintió una vez y se alejó, dejándome espacio para poder realizar esa llamada, que iba a ser a Jordi. Saqué el móvil del bolsillo de la mochila y lo llamé, esperando que todavía siguiera despierto.

—¿Cómo está mi *Mérida*?

Sonreí, apoyando el trasero sobre una enorme roca que adornaba el jardín. Parecía que brotaba de la tierra y era realmente grande. En un lateral, haciendo media luna alrededor de la roca, había variedad de plantas con flores moradas. Era precioso y se veía que había sido hecho con mucho cariño.

—Tu *Mérida* ha visto las estrellas —susurré. Además, había sido verdad; vi las estrellas cuando abrí los ojos después de tener el mejor orgasmo de mi vida—. Necesito que me hagas un gran favor.

—Dime.

—¿Podrás ir mañana por la mañana a mi casa para sacar a Zeus? No sé cuándo volveré y no quiero que esté tantas horas solo y sin salir.

—Claro que sí, cariño. ¿Puedo llevármelo a mi casa?

—Te lo agradecería muchísimo, la verdad, así estará acompañado, el pobre. Me siento fatal dejándolo de lado.

—Pues no lo hagas. ¿Cuánto tiempo llevamos diciéndote que necesitabas esto, Vicky? Ahora que lo tienes, no lo dejes escapar. Así que vamos, cuelga y ve a cabalgar a ese semental. Desmelénate, córrete, grita como una loca… Mientras tanto, yo me ocupo de Zeus. Iré a buscarlo ahora mismo.

—Eres un sol.

—Soy tu amigo.

Colgué la llamada y me quedé un rato sentada en la gran roca del jardín, mirando a la nada y pensando en los grandes amigos que tenía. Cierto era que Carol podía sacarme de mis casillas con su forma de expresarse y ver el mundo. Lidia a veces era tan discreta que podía resultar exasperante. Jordi era un caso aparte, estaba enamorado, pero no se atrevía a decírselo al hombre que quería, y a consecuencia nos ponía la cabeza como un bombo. Pero eran mis amigos, mis mejores

amigos, y los quería muchísimo.

—¿Te apetece un baño?

Giré un poco la cabeza para mirarle. Aaron seguía con el bañador puesto, mostrando su impresionante cuerpo a todo aquel que pudiera mirarle en aquel momento. La afortunada fui yo, por supuesto. Y la oferta resultaba muy tentadora.

—¿Por qué no? —respondí levantándome.

Él me agarró de la muñeca con suavidad y detuvo mis pasos cuando pasaba por su lado para ir al interior de la casa. Giré un poco la cara, quedando muy cerca de la suya. Aaron inclinó la cabeza, hasta que nuestros labios quedaron separados por un diminuto espacio en el que nuestras respiraciones chocaban.

—¿Estás mejor? —susurró, rozándome los labios con los suyos. Me besó con cariño cuando asentí con la cabeza, diciéndole que sí—. Vamos a darnos un baño.

Me soltó la muñeca para darse la vuelta, pero me agarró la mano con rapidez y me llevó hasta el interior de la vivienda, donde cruzamos el gran comedor metiéndonos por el pasillo que recordaba de la mañana que desperté ahí. También recordaba el dormitorio, y sabía que adonde me había llevado, no era en el que yo había dormido.

—Ventajas de pasar la noche en la cama del jefe —dijo al ver mi cara. Sonrió y abrió una puerta que descubrió un grandioso cuarto de baño en el que había un tentador jacuzzi—. ¿Has estado alguna vez en un jacuzzi?

—La verdad es que no. Ya le dije que no estoy acostumbrada a los lujos.

—Pues eso va a cambiar.

Me llevó hasta el borde del jacuzzi y me besó. Mientras me devoraba la boca con ansia, me soltó la mano y me sacó la camiseta por la cabeza, separándonos solo para poder quitarla del todo. Sus besos, desesperados y animales, ya estaban arrancándome jadeos que parecían alimentar a la bestia que llevaba dentro. Y no me refería precisamente a su miembro; que también.

Antes de que pudiera darme cuenta ya me había despojado de toda la ropa, dejándome totalmente desnuda ante él, que no dudó en darme un buen repaso. Estuve tentada de cubrirme con los brazos. La verdad era que lo hubiera hecho si él no me hubiese cogido ambas manos, como si intentara evitar que lo hiciera.

—Tengo muchísimas ganas de follarte, Vicky —confesó. El vello de todo mi cuerpo se erizó, provocando una sonrisa en los labios de Aaron—. Pero antes nos relajaremos un poco en el jacuzzi.

En un hábil movimiento, Aaron se deshizo del bañador dejando su erguido y orgulloso miembro al descubierto. No pude evitar bajar la

mirada hasta él. Era impresionante, y tenía muchísimas ganas de sentirlo dentro de mí. Fui consciente de que me estaba relamiendo los labios cuando noté que él pasaba el pulgar por el inferior.

—El jacuzzi —dije en un suspiro.

—Lo que sea que estés pensando… después. —Asentí con la cabeza. No podía dejar de mirar ese monumento que había entre sus firmes piernas—. Después, Vicky —insistió. Alcé la mirada hasta sus ojos. Él sonrió—. Resultará que eres más viciosa de lo que creía. Me temo que de inocente no tienes nada.

—Usted me colgó esa etiqueta, señor Medina.

—Cierto. Me equivoqué.

Nos metimos en el jacuzzi y Aaron se rio cuando vio mi cara al sentarme dentro y sentir los chorros por todas partes. Cuando él se hubo acomodado, me agarró de la cintura y me sentó sobre sus piernas, con su miembro golpeándome en la espalda. Me estaba provocando demasiado. Sobre todo, cuando puso la mano sobre mi sexo y me apretó contra él, encajando el pene entre mis nalgas. Podía notar sus dedos rozando mi zona sensible.

—No tardaremos mucho en ir a la cama —susurró, y me mordió el lóbulo de la oreja—. Te tengo muchas ganas, pequeña.

—¿Qué hacemos aquí, entonces? —le provoqué, con una sonrisa estampada en mi cara.

—Tú me provocas hablándome de usted, y yo te provoco haciéndote sufrir un poco. Lo de la piscina ha sido un momento de debilidad que he tenido, pero… créeme que podría tenerte así horas, hasta que me supliques para que te folle.

—Señor Medina, no creo que yo sea demasiado correcta a la hora de hablar, es que usted es un cerdo.

Aaron soltó una carcajada que agitó el agua e hizo vibrar mi cuerpo. Mi sexo también reaccionó contrayéndose.

—A mí también me enseñaron educación, Vicky, pero ser tan correcto para hablar de sexo puede resultar incluso más incómodo que hablar como un cerdo. Mira, escucha: Señorita Vicky, sería un orgullo para mí poder introducir mi miembro viril en su delicada y pequeña vagina para practicar el coito tantas veces como aguante su cuerpo.

La que soltó una carcajada detrás de otra en ese momento, fui yo. No podía parar de reír, y Aaron acabó riéndose conmigo. La verdad era que, hablando con diplomacia, el sexo parecía de lo más ridículo.

—Lo mejor será que diga que quiere follarme, señor Medina, o acabará perdiendo el encanto hablando así.

—Pues tú lo has dicho, Vicky; quiero follarte.

En cuanto dijo eso, se levantó conmigo entre sus brazos y me alzó, dejándome como un saco de patatas sobre su hombro. Me reí y pataleé mientras él salía del jacuzzi para cruzar el cuarto de baño y el

dormitorio, lanzándome sobre la cama.

—Ha pasado de ser un diplomático a un neandertal —dije, girándome para ponerme de espaldas al colchón, clavando los codos para erguirme un poco—. ¿Más facetas escondidas?

Él sonrió con picardía y me abrió las piernas, dejando mi sexo al descubierto.

—Bastantes más —murmuró, y después hundió la cara en mi sexo para hacerme lo mismo que en la piscina.

Me retorcí, jadeé y gemí, agarrándole la cabeza con una mano para impedir que se apartara, aunque estaba segura de que no tenía ninguna intención de hacerlo. El aire de mis pulmones salió disparado cuando acompañó su boca con los dedos, introduciéndolos y sacándolos, presionando y acariciando zonas sensibles que ni sabía que las tenía.

—Más… —jadeé, retorciéndome en un estado de éxtasis que me volvió loca.

Aaron aceleró el movimiento de sus dedos, añadiendo uno más y atacó con más fuerza a mi clítoris, haciéndome estallar en un orgasmo que superó al anterior en la piscina. Grité su nombre, me retorcí y creo que incluso le dejé calvo de tanto que le agarré del cabello.

Cuando los espasmos empezaron a cesar, Aaron fue ascendiendo por mi cuerpo, besando allá por donde pasaban sus labios. En cualquier otra ocasión hubiese tenido cosquillas, pero él sabía cómo hacerlo, y lo hacía genial. Llegó a mi boca, donde hundió la lengua con ansia. Sabía a mí, y por alguna razón eso me gustó.

—Estás muy receptiva —murmuró.

Sin dejar de besarme, alargó el brazo y oí que abría un cajón, para después cerrarlo. Dejó de besarme para sentarse a horcajadas sobre mis caderas sin apoyarse del todo y desgarrar el envoltorio del preservativo. Cuando se lo enfundó con verdadera destreza, volvió a inclinarse sobre mí para besarme con pasión animal, comiéndome, arrancándome hasta el último aliento. Y me penetró con decisión, tragándose el fuerte gemido que salió de mi boca.

—Relájate, ave fénix, no vas a arder todavía —susurró, deteniéndose un momento.

Tardé un poco en destensarme. Su miembro era demasiado grande y yo muy pequeña. Me sentía llena, pero era placentero. Muy placentero. Tras unos segundos en los que sentí que ya estaba lista, moví las caderas en busca de más y Aaron sonrió. Retrocedió un poco y volvió a embestirme. Esa vez no se detuvo y mantuvo un ritmo constante que me hizo ver las estrellas, esa vez sin tenerlas literalmente a la vista. No había duda de que Aaron era un semental, un animal que sabía lo que hacía, y se le daba estupenda y peligrosamente bien.

7

Abrí los ojos cuando desperté sintiendo que alguien me acariciaba la espalda con mimo. Estaba tumbada bocabajo en aquella cómoda cama y mullidas almohadas, abrazada a una de ellas. Aaron miraba allá donde estaba acariciándome. Parecía que pensaba en algo y se lo veía muy sexy en ese momento. Cuando desplazó la mirada hasta mis ojos, sonreí.

—Buenos días, señor Medina.

—Buenos días, viciosilla. Debo reconocer que me sorprende que no me hayas mandado a la mierda por despertarte.

Llené mis pulmones de aire y me desperecé.

—La otra vez no pasé la noche… ¿Cómo lo dijo? Practicando el coito.

Aaron se rio a carcajadas, dejando caer la cabeza sobre la almohada. Era una alegría para la vista verlo de ese modo tan natural. Estaba muy guapo por la mañana. Mi móvil empezó a vibrar y ambos miramos sobre la mesita de noche. Ojeé para ver quién era, lanzando una sonrisa cuando vi que era una videollamada.

—Son mis amigos —informé, mostrándole la pantalla—. Iré afuera un momento.

—No es necesario que te levantes, tranquila —dijo él saliendo de la cama—. Voy a mear. No, perdón, qué vulgaridad la mía; voy a expulsar el contenido de mi vejiga en el retrete.

Me reí como una verdadera loca mientras él cruzaba el dormitorio para irse al cuarto de baño. Cuando descolgué la llamada, todavía me estaba riendo.

—¡Buenos días! —saludé.

Mis amigos me miraron muy serios durante unos segundos, hasta que Carol soltó una carcajada y aplaudió.

—¡Al fin has follado!

Aaron asomó la cabeza lentamente por la puerta del cuarto de baño. Al verlo me reí, y entonces él hizo lo mismo.

—Carol… —susurró Jordi—. El semental acaba de oír lo que has dicho.

—Me la sopla —respondió ella—. A ver, nena. Detalles.

—Deja la vida sexual de Vicky en paz y preocúpate de mejorar la tuya —soltó Lidia.

Aaron se acercó a la cama y se tumbó a mi lado de modo que la cámara no lo pillaba. Lo miré un segundo, pero volví a centrarme en

mis amigos. Los tres tenían una pícara sonrisa en su rostro.

—Esa no es tu cama, zorrona —dijo Carol, acercándose tanto al móvil, que se le podían ver los poros—. ¿Estás en su casa?

—¡¿Y a ti que te importa?! —vociferó Jordi—. Lo importante es que el *chirri* de Vicky está contento. Por cierto, nena, alguien quiere saludarte.

De pronto Zeus apareció en la pantalla del móvil y casi lloré de la emoción al verlo. Le hice ruiditos que captaron su atención de inmediato, aunque también capté la atención de Aaron, que me miraba con la cara desencajada.

—¿Quién es mi niño guapo? ¿Eh? ¿Eh? ¿Quién es mi niño guapoooo?

Zeus movía la cola, contento y satisfecho por lo que le estaba diciendo.

—Le hablas mejor al perro que a mí —comentó Aaron.

Mis amigos estallaron en carcajadas.

—Mueve el rabito y quizás te hable mejor —se burló Carol.

Aaron lanzó una media sonrisa y respondió:

—Cuando dejéis a Vicky en paz podré *volver* a mover el rabo, que no rabito.

Jordi se atragantó con su propia saliva, riéndose por lo que acababa de oír. Lidia se tapó la boca y se puso roja como un tomate. Carol, sin embargo, entornó los ojos.

—Mira, guaperas…

—Ya empezamos con lo de guaperas —dijo Aaron, quitándome el móvil de la mano. Se lo puso delante de la cara y buscó a Carol en el cuadro de imágenes—. Vamos a ver, guapita de cara, ¿crees que ese carácter de mierda que tienes te ayudará a follar más?

Jordi volvió a reírse. Lidia ya no pudo más y también estalló en carcajadas. Parecía una gallina poniendo huevos.

—La cuestión no es que folle más —comentó Jordi—. ¡El problema es que no folla!

—Ahora entiendo la mierda de carácter que gasta, entonces —respondió Aaron.

—Que os follen —soltó Carol.

—A eso voy —dijo Aaron, y colgó la llamada—. Menudos amigos tienes.

—Son buena gente. —Le quité el móvil de la mano y lo devolví a la mesita de noche—. Lo que ocurre es que Carol tiene una lengua muy suelta.

—Por eso no practica *el coito* —bromeó Aaron, abalanzándose sobre mí—. Esas tonterías que le has dicho a tu perro… ahórratelas conmigo. Me basta con ver cómo te ríes.

Le cogí los pómulos con los dedos y sonreí.

—¿Quién es mi señor Medina guapo? ¿Eh? ¿Eh?

El ataque de cosquillas que recibí fue mortal. Me destrozó. Casi expulsé los pulmones por la boca de tanto que me reí. Y todavía me estaba riendo cuando Aaron me quitó las bragas y se sumergió entre mis piernas.

—Tengo una reunión a las doce y media —anunció con seriedad, preparando el desayuno.

En ese momento yo estaba sentada en un taburete de la isla, con el codo apoyado sobre el mármol y la cara en la mano, deleitándome con las maravillosas vistas de su desnudo trasero. Por algún motivo decidió que debíamos desayunar desnudos. En pelotas, como dijo él. Pero tuve que dejar de alegrarme la vista con esa obra de arte realizada a conciencia para mirarle a la cara.

—En ese caso, dígame si puede llevarme a casa después de desayunar, o llamo a Jordi para que venga a recogerme.

Aaron me miró por encima del hombro y apretó los labios. ¿Es que le habían sentado mal mis palabras? Había entendido que debía irme porque tenía una reunión.

—O puedes acompañarme a la oficina y después vemos en qué podemos invertir el tiempo. —Se encogió de hombros—. Si tú quieres, claro. Pero… una cosa. —Dejó el cuchillo sobre el mármol y se acercó a mí, encajándose entre mis piernas—. ¿Por qué me sigues hablando de usted? Me llamo Aaron. Aaron. Aaaaaron. Sé que eres capaz de decirlo. Vamos, dilo.

—Señor Medina —me burlé.

Él entornó los ojos y atacó con nuevas cosquillas que casi me tiraron del taburete. Suerte tuve que me sujetó. De no haber sido así, me hubiera comido el precioso suelo. Y me hubiera hecho daño de verdad.

—Aaron —insistió—. Puedo aceptar que me llames *señor Medina* cuando lleguemos a la oficina, así me pondrás lo suficientemente cachondo como para empotrarte en cualquier sitio cuando termine con la reunión.

—Está bien, *señor Medina* —asentí.

—La madre que te parió… —murmuró. Pero apretó los labios y me miró a los ojos cuando se dio cuenta de lo que había dicho—. Lo siento.

Sonreí y le di un beso rápido en los labios.

—Es una expresión sin más. No pasa nada.

Después de desayunar nos fuimos a la ducha, donde él no pudo contener sus instintos más animales y volvió a follarme, esa vez contra la pared. Tenía la vagina hinchada y dolorida, pero estar con él era apasionante, me sentía como nunca, y no podía resistirme a aquello.

Estaba teniendo una oportunidad de oro con ese hombre. Era guapo, nos reíamos mucho y el sexo con él era insuperable. No podía pedir más.

Una vez en la ciudad, me di cuenta de que Aaron nos llevaba a la zona alta. Allá donde se cocían los millones que sólo unos pocos afortunados podían disfrutar. Cuando vi en qué *parking* subterráneo se metía, aluciné en colores.

—¿Trabaja aquí?

Aaron sonrió ampliamente y me miró a la cara. Parecía que se estaba divirtiendo con esa pregunta.

—¿Lo preguntas en serio? —Asentí con la cabeza y él se tornó serio de inmediato—. ¿De verdad?

—Sí.

—Vicky…, esta empresa es mía. —Contuve tanto la respiración que creí ahogarme en cualquier momento—. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Quizás porque intento dejar el mundo de los ricos para los ricos. No sé. —Me encogí de hombros—. A una moza de almacén no le interesa lo más mínimo lo que se cuece en las altas esferas.

—Deberías dejar ese trabajo —comentó antes de bajar del coche.

Salí del vehículo tan rápido como pude y me puse a su lado para seguirle adonde fuera que íbamos.

—No puedo dejar lo que me sustenta cada mes solo porque usted me lo diga —respondí. Él me miró y siguió caminando—. Es un trabajo de mierda, pero es un trabajo.

—Siempre puedes trabajar aquí. —Le dio al botón del ascensor y esperamos—. ¿Quieres ser mi secretaria? Eso sería muy interesante. —Sonrió divertido y me miró a los ojos—. Podría pedir que me trajeras esto y lo otro… y así te tendría a todas horas. Estoy seguro de que, en mi mesa, trabajaríamos los dos de puta madre.

—¿Quién es el vicioso ahora? —me burlé—. No se preocupe, señor Medina, porque estoy orgullosa de mi trabajo y no tengo ninguna intención de dejarlo.

Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y yo contuve la respiración al vernos reflejados en los espejos del interior. Aaron iba con un traje negro, impoluto, elegante, sexy… y yo iba con unos *shorts* vaqueros y una camiseta de *Hello Kitty*. ¿Cómo podía estar en una empresa de semejante nivel con esas pintas?

Aaron me agarró del codo y me llevó hasta el interior del ascensor antes de que yo pudiera reaccionar. Cuando lo hice, las puertas se habían cerrado demasiado para poder salir.

—¿Qué haces? —preguntó, alzando una ceja.

—¿Cómo que qué hago? —Me señalé la ropa—. ¡¿Has visto cómo voy?!

—¿Me tuteas? Esto se pone emocionante… ¿Qué le ocurre a tu atuendo, Vicky?

—No encaja con este lugar. —Me moví nerviosa por el ascensor—. Le dejaré en ridículo apareciendo aquí con esta ropa.

—Ya ha dejado de tutearme… —murmuró—. Está bien, escúchame con atención. Yo voy con traje porque soy el jefe y tengo que dar cierta imagen. De buena gana me pasearía por aquí en *gayumbos*, pero…

—¿Perdona? —interrumpí—. ¿En *gayumbos* por qué?

Aaron sonrió con picardía.

—¿Celosa?

Las puertas del ascensor se abrieron justo a tiempo para evitar responder a eso. La verdad era que no tenía ni idea de por qué había dicho eso. Salió solo, sin pensarlo siquiera. Aaron cogió mi mano y me arrastró fuera del ascensor. Me puse roja como un tomate cuando todas las miradas de los empleados de la oficina se centraron en nosotros. En nuestras manos entrelazadas, para ser más concretos.

—Nos están mirando —murmuré en un mal gestionado disimulo.

Él miró a su alrededor con cara de malo malote.

—¿Alguien tiene algo que decirme?

En ese momento todos los empleados recordaron que tenían cosas que hacer, por lo que siguieron a lo suyo. Me sentía tan ridícula con esa ropa, acompañando a un multimillonario guapísimo... Ni más ni menos que el gran jefazo.

—Susana, necesito el expediente de José Luis Cisteros en mi mesa en treinta segundos —dijo a una mujer que estaba en una mesa, sin mirarla y pasando de largo como si no existiese.

Siguió andando unos pasos más, hasta que llegamos a un despacho muy grande y lujoso, con un diseño parecido al de la casa de Aaron. A la izquierda, nada más entrar, había dos sofás que respetaban el ángulo de la esquina de la estancia. Frente a ellos, tenía una mesa de centro tan grande que parecía un escenario. El escritorio quedaba en el lado opuesto, justo enfrente de la puerta y detrás de él la pared era todo un ventanal que daba visibilidad a la ciudad. O, al menos, a los edificios de alrededor.

—Puedes sentarte ahí —dijo, señalando los sofás—. Es una reunión telemática, así que estaré en mi mesa. Si necesitas algo se lo puedes pedir a Susana, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza y me acerqué a los sofás, me senté en uno y esperé, paciente, a que él hiciera su trabajo. Todavía no tenía claro a qué se dedicaba, pero parecía algo importante y que generaba muchísimo dinero.

—El expediente de José Luis —anunció Susana, entrando decidida al despacho.

—Sesenta y ocho segundos… —gruñó Aaron—. Al menos vas mejorando tu tiempo.

La mujer se marchó sin decir nada, pero con la cabeza bien bajada. Aaron había sido muy estúpido con ella. ¿Siempre trataba a sus empleados de ese modo? Lo mejor era tener un jefe que, antes que jefe, fuese persona. Y Aaron no había sido persona en ese momento. No me gustaba como jefe.

—Señor Medina —intervino de nuevo la mujer, aguardando cautelosa en el umbral de la puerta—. Tiene una llamada de los abogados de Amanda. ¿Se la paso?

Aaron la miró fijamente unos segundos, parecía que meditaba algo, hasta que negó con la cabeza y sacudió la mano.

—Dile a Fernando que estoy en una reunión y que no puedo atenderle.

—Es que ya le dije eso ayer, señor.

Él cerró los ojos y suspiró. Parecía que pedía paciencia al cosmos. Pensé que quizás su posición en la empresa le causaba mucho estrés y por eso tenía ese carácter cuando estaba allí. Quizás no era tan mal jefe.

—Dile que estoy en una reunión —insistió—. Estaré ocupado todo lo que queda de mes. Si tiene algo importante que decirme, que me mande un correo electrónico.

—Eso también se lo… —Se quedó callada cuando Aaron la fulminó con la mirada—. Está bien, señor Medina. Se lo diré.

Observé a Aaron durante toda la reunión. Desde mi posición, se veía a un hombre maduro, elegante y muy sabedor de lo que estaba haciendo. Llevaba como quería a los demás hombres que había al otro lado de la pantalla. Ellos asentían sin discutir mucho. Uno de ellos mencionó en un momento dado al señor Medina padre, eso hizo que algo cruzara el rostro de Aaron y su actitud cambiara por completo. Estuvo más serio, más cortante, y finalizó la reunión bajando la pantalla del portátil con mala leche. Temí que hubiese roto el ordenador y pensé en lo caro que debía ser. Yo trataba el mío como si fuese oro en paño, porque me costó muchos meses de trabajo poder comprarlo. Y eso que era de los más baratos que encontré.

—¿Todo bien? —pregunté con cautela desde el sofá.

Él alzó la mirada. Por su rostro, parecía confuso de verme allí, como si fuese una intrusa que se había colado. Hasta que, al parecer, recordó que él mismo me había llevado.

—Es agotador —dijo en un suspiro, levantándose de la silla y acercándose a mí.

—¿Las reuniones?

Aaron se sentó a mi lado e hincó los codos en las rodillas.

—Que te comparen con tu padre —dijo mirando a la nada—. Que

siempre seas *el hijo de*… y no simplemente Aaron Medina.

—¿Es la empresa de tu padre?

—Lo era. Pasó a ser mía cuando él murió. —Apretó los labios y se levantó—. Cojo ropa y nos vamos de aquí.

Me pareció curioso que mencionara lo de la ropa, teniendo en cuenta que estábamos en su oficina. Pero cuando lo vi salir de una puerta que había en su despacho con una bolsa de deporte y la americana colgando de la misma, entendí que tenía ropa guardada allí.

Salimos de su oficina y cruzamos el pasillo de nuevo cogidos de la mano. En realidad, él me la cogió a mí. Como era de esperar, los empleados volvieron a mirarnos y a cuchichear. Excepto Susana, que se limitó a mirarme mal. Quizás esa mujer quería cazar a su jefe y estaba celosa. Eso parecía.

Me reí mucho cuando pude presenciar a Aaron cambiándose en el *parking* del edificio, escondido detrás de su coche. El tío se quedó descalzo y en calzoncillos, pudiendo ser visto por cualquiera, con total normalidad. Con cierta prisa se vistió con un pantalón vaquero y una camiseta básica blanca. Después sacó unas deportivas de la bolsa y se las puso.

—¿Quieres venir conmigo al Pandora? —ofreció.

Me encogí de hombros y subí a mi asiento.

—No puedo llegar muy tarde a casa. Jordi se está haciendo cargo de Zeus, pero no puedo abusar. Él vive con sus padres, así que…

—En ese caso, te llevo a casa. Tengo que ir al Pandora a tratar un asunto y después he de ir a casa de un cliente importante para que me firme unos papeles. Seguramente terminaré tarde. Tenía intención de que pasaras otra noche conmigo, pero… Bueno, en otro momento será.

—Sí, en otro momento.

—Está bien.

Aaron me dejó en la misma calle donde me había recogido. Ni siquiera esperó a que empezara a andar, arrancó el coche y se fue. Me quedé observando, viendo que el vehículo se alejaba, conducido por un hombre que, al parecer, no le había sentado bien que le dijera que tenía que volver a casa. Sin darle muchas vueltas, pues nuestra relación iba a limitarse a sexo esporádico y nada más, metí la mano en el bolsillo del short y saqué el móvil.

—¡Hola! —saludó Jordi al otro lado de la línea.

—¿Me invitas a comer y me llevo a Zeus?

—Eso no se pregunta. Mi madre va a hacer macarrones. Le diré que haga para uno más, aunque… bueno, normalmente hace para cincuenta.

—Perfecto. Iré andando, así que calculo que tardaré unos veinte

minutos.

—El tiempo justo para llegar y sentarte a la mesa.

Como siempre, la estancia en casa de Jordi fue más que agradable. Oscar, su padre, era muy buen hombre. Pero nadie podía competir con Alicia, la madre de Jordi. Esa mujer era como una madre para mí. La conocía desde que tenía uso de razón, y por lo que supe, fue muy buena amiga de mi madre. De vez en cuando me contaba algunas cosas de ella para que yo pudiera conocerla mejor.

Jordi lo pasó muy mal durante la adolescencia. Cuando supo que era homosexual reunió al grupo para pedirnos ayuda. No para él, pues no la necesitaba, sino para contárselo a sus padres. Tenía miedo por su reacción. Al parecer Jordi no era consciente de los maravillosos padres que tenía, pero Lidia, Carol y yo se lo recordamos. Una semana después, mi amigo sonreía a la vida por tener unos padres comprensivos que habían entendido sin problema que era homosexual. Luego, hablando con Alicia, me enteré de que ella ya lo sabía desde hacía tiempo, pero prefería esperar a que su hijo confiara en ellos lo suficiente para contarlo por sí mismo.

—Vicky, cariño —cuchicheó Alicia, aprovechando que Jordi había ido a ayudar a su padre en algo—. ¿Sabes qué tal va la relación de Jordi con Salva?

—Fatal… Muy mal —susurré, acercándome a ella—. Cuando lo ve se vuelve un robot estropeado, no logra coordinar las palabras y acaba hablando sin sentido. O reacciona de una vez, o nunca conseguirá a Salva.

—Mi hijo es tonto. Mira que se lo tengo dicho… De frente. Dile lo que sientes y ya está. El *no* ya lo tienes.

—Algún día lo logrará. Para eso estamos los amigos, ¿no?

Alicia sonrió y asintió satisfecha.

—Sé que podréis ayudarlo a dar el paso y expresarle sus sentimientos a Salva. Creo que los dos pueden ser muy felices y quererse mucho. Es un buen chico.

—Y muy guapo —le di con el codo en el brazo, guiñándole un ojo.

—Si es que mi hijo tiene buen gusto. No me extraña, ¡lo he parido yo!

Dos horas después, Zeus y yo íbamos rumbo a casa. Paseábamos tranquilamente por la calle, por lo que tardamos más de lo normal en llegar. Zeus había decidido que nuestro paseo debía alargarse, quizás por mi abandono temporal. Cuando vi que se dirigía al edificio donde vivíamos, sonreí y metí la mano en el bolsillo para coger las llaves, pero no estaban. Solté la correa de Zeus y empecé a meter las manos en los bolsillos repetidamente, uno tras otro, desesperada, buscando las llaves que, al parecer, había perdido. Cerré los ojos y lancé un

gruñido al aire cuando recordé que estaban en la mochila. Y me la había dejado en casa de Aaron.

Resoplé y lo llamé para preguntarle si podía acercarme las llaves, o me vería obligada a dormir en la calle con mi querido compañero. De acuerdo, exageré; sabía que cualquiera de mis amigos me dejaría un sofá o una cama. Pero Aaron no respondió a la llamada, por lo que insistí un par de veces más, sin éxito. O estaba ocupado, o se había enfadado. La cuestión era que quería mis llaves. Lancé otro gruñido y llamé a Carol.

—¿Ya te has cansado de follar? —saludó.

—¿Puedo ir a dormir a tu casa? Voy con Zeus.

Carol se quedó en silencio unos segundos, hasta que reaccionó:

—¿Ha ocurrido algo? Si ese guaperas te ha hecho algo juro por mi vida que…

—Carol —interrumpí—. No me ha hecho nada. Es solo que me he dejado las llaves de mi casa en la suya y no consigo localizarlo.

—Ah… Es eso… Bueno… —se rio—, siempre puedo llevarte a su casa para recogerlas. Puede ser divertido.

—Oye, si no puedo dormir en tu casa dímelo y llamo a Lidia, o a Jordi, o me voy debajo de un puente y mañana será otro día. O me dejas tu copia de las llaves, que por algo la tienes.

—No digas bobadas, anda. Duermes en mi casa y Zeus también, claro. Pero vamos a casa del guaperas. *Porfi*, *porfi*, *porfiiii*…

—Está bien —dije en un suspiro—. Ven a recogerme. Estoy en el portal de mi casa.

Una hora más tarde, porque Carol siempre necesitaba su tiempo para arreglarse antes de salir, íbamos de camino a casa de Aaron. No sabía la dirección, pero tenía una especie de memoria fotográfica por lo que iba indicándole a Carol por dónde tenía que ir, recordando la ruta que había hecho Aaron la noche anterior.

Durante todo el trayecto Carol iba ideando planes para putear a Aaron de algún modo. Le había sentado mal lo que le dijo durante la videollamada de la mañana, además de que colgó sin más, así que quería vengarse. Algunos de los planes vengativos eran: lanzar huevos a los cristales de su casa, dejarle un mojón de Zeus en la puerta de entrada —así tal cual lo dijo—, pintarle el coche… Carol estaba loca. Pero loca de remate.

Mi amiga se quedó a cuadros cuando vio la casa de Aaron, con sus lujos e historias. Casi se comió el suelo al bajar del coche, porque lo iba mirando todo sin ver por dónde pisaba. Por suerte fue rápida y se recompuso de inmediato. Zeus, que iba suelto, empezó a correr por el jardín, haciendo la croqueta sobre el césped y saltando como un cachorro. Estaba claro que ese lugar le gustaba. De pronto, salió

corriendo y rodeó la casa, dirigiéndose a la zona donde estaba la piscina.

—¡Zeus! —grité en un susurro. No quería gritar como una loca y provocar que Aaron saliera con una escopeta o algo así, si es que la tenía.

Pero mi perro loco no me hizo caso y siguió su camino. Carol y yo corrimos tras él, aunque mis pies se detuvieron de inmediato al oír un grito de mujer y, después, el sonido de algo —o alguien— cayendo a la piscina. Carol llegó a la esquina de la casa, se echó las manos a la cabeza y empezó a reírse a carcajadas. Me acerqué cautelosa, alzando las cejas cuando vi a Aaron, una mujer y Zeus dentro de la piscina. Ellos iban vestidos. Maldije por lo bajo y me acerqué. Aaron cogió a Zeus por el pellejo de mala manera y lo lanzó fuera de la piscina. Por suerte mi perro era fuerte, pero no me gustó en absoluto cómo lo trató.

—¡¿Podrías explicarme por qué tu chucho está en mi casa?! —gritó, ayudando a la mujer a salir de la piscina—. ¿Y qué haces tú aquí? Ah… ¡Y la loca! —dijo, señalando a Carol.

Mi amiga lo fulminó con la mirada y le enseñó lo bonito que era su dedo corazón.

—He venido a buscar mi mochila. Me la dejé, y la necesito porque las llaves de mi casa están dentro —expliqué. Até a Zeus con la correa y me erguí—. Disculpe las molestias, señor Medina. Mándeme la factura de la tintorería.

Giré sobre mis talones y me alejé de allí, oyendo que la mujer se quejaba por su pelo y sus zapatos *Saint Laurent* destrozados. Iba a tocarme pagar una buena cantidad de dinero por ellos. Dinero que no tenía, pero buscaría el modo de conseguirlo.

—¿Quién es esa tía? —preguntó Carol, poniéndose a mi lado.

—Ni lo sé ni me importa —susurré. Abrí el maletero para que Zeus subiera. Él ni se lo pensó—. ¿Nos vamos?

Carol asintió con la cabeza y subió al coche mientras yo lo rodeaba. Me estaba sentando de copiloto cuando vi a Aaron acercarse a toda prisa.

—¿Lo atropello? —susurró Carol, arrancando el motor.

Estuve a punto de decirle que sí, pero mi cabeza volvió a la normalidad y le dije que no en un susurro. Aaron se acercó a mi puerta y golpeó el cristal con los nudillos. Respiré hondo y le di al botón para bajar la ventanilla.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo, cuando el cristal apenas empezó a abrirse.

—Tengo que irme a casa.

—¿Con qué llaves?

Maldije por dentro y apreté los labios. Tenía razón, no había

cogido la mochila.

—Puede dormir en mi casa —dijo Carol, con el enfado más que visible en su voz—. No es necesario que hables, Vicky. Que le den. Cambiamos el bombín de la puerta y ya está.

—¿Estoy hablando contigo? —preguntó Aaron, agachándose un poco para verla mejor. Se agarró al marco de la puerta y ladeó la cabeza para mirarme a la cara. Lo tenía demasiado cerca—. ¿Podemos hablar? Por favor.

Lo pensé y repensé, recordando en todo momento que había una mujer con él, y que me iban a salir carísimos sus zapatos. Por ese motivo llegué a la conclusión de que lo mejor era intentar quedar bien con ella y pedirle disculpas. Miré a Carol y ella asintió, entendiendo lo que le había dicho sin decir nada.

Aaron se apartó de la puerta cuando vio que fui a abrirla. Salí del coche y él empezó a andar, mirando de vez en cuando atrás para asegurarse de que le seguía. Me sorprendió que no volvíamos a la piscina, sino que me llevó a la entrada principal. Cuando entramos, la mujer estaba envuelta en una gran toalla, con su ropa sobre un taburete de la isla de la cocina.

—Espero que no te importe —le dijo a Aaron en cuanto la vio. Él negó con la cabeza y siguió andando, metiéndose por el pasillo que daba a los dormitorios.

Llegamos al suyo y, cuando entré, cerró la puerta con rapidez y puso los brazos en jarras. Seguía empapado de pies a cabeza. Incluso las deportivas que llevaba chorreaban agua. Había dejado un buen rastro a su paso.

—Siento lo que ha hecho Zeus. Dígale a su *amiga* que le pagaré los zapatos y el vestido. Y la peluquería. Hágame llegar los recibos de todo.

—Pasa la noche aquí.

Alcé la mirada hasta sus ojos. No sabía si me había ignorado, no me había oído o se había equivocado en sus palabras. De todos modos, opté por responder a la proposición.

—Gracias, señor Medina, pero no va a ser posible. Cojo mi mochila y me voy a mi casa.

—Pero…

—Zeus me está esperando en el coche —le interrumpí—. Y usted dejó claro que no le gustan los perros. Lo mejor será que él y yo sigamos con nuestras vidas, y usted siga con la suya. A fin de cuentas, fue solo sexo.

Lo dejé noqueado, mirándome como si no entendiera nada. Cogí mi mochila y salí de allí con toda la dignidad de la que fui capaz. Tropecé, eso sí, cuando llegué al comedor y vi a la rubia que me sacaba dos cabezas y lucía un cuerpo mejor que el mío. Estaba claro

que iba a pasárselo muy bien con ella. Era más de su tipo, de eso estaba segura.

—Vicky —me llamó Aaron, siguiéndome.

—Buenas noches, señor Medina.

Salí de la casa y caminé con rapidez hasta el coche. Cuando logré llegar y me senté, vi que él se había quedado en la entrada, mirándome.

—¿Todo bien? —susurró Carol. Asentí con la cabeza—. Vale, pues nos vamos ya.

A la vuelta, Carol y yo fuimos en silencio. Ella sabía en qué momentos necesitaba que no hablara. Y en ese momento lo necesitaba de verdad. Que esa misma mañana Aaron hubiera despertado conmigo y por la noche estuviera con otra, me había sentado mal. No podía negarlo. Pero me había sentado peor el trato que le dio a Zeus. El modo en que lo cogió del pellejo y lo sacó de la piscina, lanzándolo. Entendía perfectamente que Zeus la había liado, que los había tirado a la piscina, con ropa y todo. Sabía que eso no estaba bien, pero la culpa había sido mía por haberlo bajado del coche suelto y no atado.

Una vez en casa, me despedí de Carol y subí las escaleras a toda prisa. Zeus fue mucho más rápido, eso sí, y me esperó en la puerta. Nada más entrar corrió hasta su cama, donde se lanzó, la hizo deslizar y chocó con el mueble de la televisión. Estaba loco, pero lo adoraba por eso y mucho más.

Me di una buena ducha, picoteé algo y, como siempre, le di un beso de buenas noches a Zeus. Normalmente lo dejaba en su cama y al poco rato venía a la mía, se me tumbaba encima y dormíamos juntos. Casi todas las mañanas despertaba abrazada a él. Pero en verano eso solía ser más raro. Teníamos calor, por lo que él acababa tirado en el suelo de cualquier manera y yo en plan estrellita de mar sobre la cama. Poner aire acondicionado salía caro, especialmente la instalación, y el ventilador no hacía milagros, la verdad.

8

Había anulado los planes de los tres días siguientes a aquel encuentro con Aaron. No me apetecía salir, no me apetecía hacer nada más que quedarme con Zeus en la cama, viendo la tele. Seguía pensando en Aaron y en esa mujer. No tenía ningún sentido que pensara en ellos dos. Lo de Aaron fue una aventura, un buen rato —horas, más bien—, un plan a corto plazo. Yo era consciente de ello, por eso cedí. Entonces, ¿por qué no podía quitarme de la cabeza la visión de ellos dos? ¿Por qué me sentaba mal verla a ella con una simple toalla alrededor de su cuerpo? ¿Y por qué me sentaba mal que estuvieran junto a la piscina? La pregunta que más me formulé fue: ¿Acaso iba a hacerle lo mismo que me hizo a mí?

A decir verdad, no vi ningún camino de rosas, ni comida sobre la mesa del jardín. Pero tampoco pude prestar mucha atención, porque Zeus la había liado bien y tenía que buscar el modo de escabullirme de allí como fuera.

—¿Cenamos en algún garito? —propuso Carol antes de subir al coche para marcharnos del parque acuático—. Unas pizzas. O podemos ir al italiano de la esquina.

Habían logrado sacarme de casa con la excusa de que ya habían comprado las entradas al parque, haciéndome sentir mal por tirar el dinero sin aprovecharlo, incluso a sabiendas de que precisamente a Carol y Lidia les daba igual. Tenían más de lo que podían gastar.

—Apuesto por el italiano —dijo Jordi, frotando las palmas de las manos.

—¿Para pedir *pene* a la carbonara? —bromeó Carol.

Él le guiñó un ojo y subió al coche.

En la pizzería nos reímos lo que no estaba escrito. Jordi no hacía más que alzar la mano, pidiéndole al camarero que viniera para pedirle las cosas a plazos. Que fuera un tipo cachas, tatuado y guapo a morir, era el motivo de que mi amigo lo llevara de un lado a otro. Nos lo pasábamos más que bien observándolo cuando venía y se iba. Especialmente el trasero, que no estaba nada mal.

—Un nueve sobre diez —dijo Jordi.

—Pues yo le daría un buen sesenta y nueve —soltó Carol, con la mejilla apoyada en la palma de su mano y el codo sobre la mesa, mirándolo descaradamente—. Joder, cómo está. Creo que me aficionaré a la comida italiana.

—¿Y tú qué nota le das? —preguntó Lidia. Después soltó una

sonrisa—. Mejor… dinos qué nota le pones a Aaron.

Me quedé mirando a mis amigos, valorando qué hacer. No iba a volver a ver a Aaron, así que lo que dijera de él tampoco iba a comprometerme.

—El camarero, un ocho sobre diez. Es muy guapo, pero ser borde no le ayuda. Le quito dos puntos por eso. En cuanto al señor Medina…, un cinco sobre diez.

Jordi y Lidia alzaron sus cejas sorprendidos. Pero Carol dijo que sí con la cabeza, sin decir nada.

—Esperaba el pleno, la verdad sea dicha —comentó Jordi—. ¿Tan malo es en la cama para semejante puntuación?

Sacudí la cabeza.

—El mejor hombre con el que he estado, sexualmente hablando —confesé—. Pero si no trata bien a mi perro, pierde puntos tan rápido como las bragas de Carol caen al suelo al ver al camarero.

Mis amigos se interesaron rápidamente por ese comentario. Por suerte, Carol quiso ganar protagonismo y empezó a contar lo ocurrido. Jordi se rio a carcajadas cuando escuchó que tanto Aaron, como su amiga, habían caído a la piscina gracias a Zeus.

Dos días más tarde, reventada por el tute que me estaban dando esos tres dando vueltas por todas partes, les pedí un día tranquilo. Alguna salida para tomar algo, pero después todos a casa a espachurrarnos en el sofá a ver películas, por ejemplo. La idea gustó, por lo que decidieron llevarme, ni más ni menos, que al Pandora.

Entré en el local resoplando, lo crucé resoplando y salí al jardín resoplando. No quería estar ahí. Todavía no se me había pasado el detalle del trato de Aaron hacia Zeus.

—Tenemos que hacernos un tatuaje los cuatro —propuso Carol—. Como un tatuaje de la amistad o algo así. ¿Qué os parece?

—Que estás loca —soltó Jordi, que ya empezaba a sudar. Le daban muchísimo miedo las agujas—. Yo me pongo uno de pega.

—Un par de chupitos antes de ir y no te enteras de nada, te lo aseguro —respondió Carol—. Tenemos que sentarnos un día y ver qué podemos hacernos. ¡Podríamos hacer un diseño único! Algo que nos identifique.

—El cuatro —propuse. Mis amigos me miraron confundidos—. Somos cuatro y era la edad que teníamos cuando hicimos el grupo. Recordad que antes de conocernos íbamos a distintas guarderías, hasta que coincidimos en esa e hicimos piña.

Jordi asintió.

—Es cierto, tú y yo siempre fuimos juntos, pero conocimos a estas dos locas cuando nos llevaron a otra guardería.

—Os vinisteis con los *finolis* —bromeó Lidia—. Me alegro

muchísimo de que así fuera. Somos inseparables, chicos.

—¡Y por eso mismo tenemos que tatuarnos! —gritó Carol, alzando su copa.

Dos horas después, ya nos habíamos tatuado. A Jordi tuvimos que darle tiempo para recomponerse, pues se desmayó al ver la aguja. Por supuesto, le pedimos al tatuador que aprovechara para ponerse a ello, así nuestro amigo no iba a sentir nada. Cuando despertó, lo hizo con un cuatro tatuado en la muñeca, tal y como habíamos acordado. Y se emocionó mucho, pese a que estuvo quejándose durante un buen rato porque le escocía.

Después de cenar nos fuimos todos a pasear a Zeus, así podíamos charlar de nuestras cosas mientras mi querido compañero hacía sus necesidades. Iba a sacarlo más tiempo del normal, porque después del paseo volveríamos al Pandora. Me habían convencido, una vez más, para salir de fiesta. Esa vez logré salirme con la mía y decidí que iría con ropa normal. Nada de vestidos, taconazos y mierdas. Quería ir con pantalones vaqueros, camiseta básica y deportivas. No pretendía llamar la atención de nadie.

—¡Ooootra ronda de chupitos! —dijo Carol, cayendo sobre mí cuando llegó con cuatro chupitos entre sus manos—. Vamos a celebrar nuestra amistad.

Nos bebimos los chupitos de una sentada, pusimos cara de asco y Jordi anunció que iba a por la siguiente ronda. Querían matarme, estaba segura. Ya había perdido la cuenta de los chupitos y cubatas que había bebido. Incluso me daba miedo ir al baño por si me caía a medio camino o me perdía por el local. Estaba demasiado borracha. Pero me hacía pis, y no podía aguantarme más.

—Voy al baño —anuncié levantándome.

La cabeza empezó a darme vueltas y tuve que sujetarme al respaldo de la silla para no caerme.

—Te acompaño —dijo Lidia, levantándose también.

Se sujetó a su respaldo, después empalmó con el mío y me agarró del brazo. Casi nos caímos las dos, pero conseguimos encontrar el equilibrio para poder andar con fingida dignidad hasta el baño. Una vez allí, nos metimos las dos en un cubículo y, mientras una aguantaba la puerta, la otra hacía pis. Costaba horrores hacerlo sin tocar la taza del inodoro con las nalgas, borrachas y sin apenas espacio. Parecíamos gilipollas, por lo que no paramos de reírnos en todo momento. Cuando terminamos, salimos del cubículo y nos acercamos a los espejos. Me asusté al verme la cara. Apenas me había maquillado, pero el rímel se me estaba corriendo y empezaba a parecer un panda. Lidia ya lo parecía.

—Anda que me avisas, cabrona —se quejó, limpiándose debajo de los ojos—. Con razón no ligo.

—Pero si ni siquiera lo has intentado —respondí, balanceándome mientras me limpiaba los míos—. Vamos a la mesa ya o esos dos se beberán nuestros chupitos.

—Oh, sí… Esos traidores serán capaces de hacerlo.

Salimos tal cual habíamos entrado; con los brazos entrelazados, balanceándonos y andando con fingida dignidad. Estábamos cruzando el local interior cuando, de pronto, Lidia paró sus pasos y me dio golpes nerviosos en el brazo que me sacaban de quicio. Sin que dijera nada, la miré y seguí la trayectoria de su observación. Ahí estaba Aaron, con esa rubia con la que había caído a la piscina. Estaban en un rincón de la sala, de pie en una mesa alta con unas bebidas. Charlaban, aunque Aaron parecía enfadado por algo.

—Vámonos —dije, tirando de ella. Pero él pareció olerme u oírme y alzó la mirada para encontrarse con la mía. Me quedé durante unos segundos anonadada, hipnotizada por su mirada, hasta que logré reaccionar y tiré de nuevo de mi amiga, con más desesperación—. Vamos, Lidia. ¡Los chupitos nos esperan!

Ella olvidó lo que había visto y me siguió, ambas cantando y moviendo las caderas al ritmo de la música que sonaba a nuestro alrededor, acercándonos a nuestra mesa en el exterior.

—¡Ya era hora! —exclamó Jordi—. Un poco más y nos bebemos vuestros chupitos.

La fiesta siguió hasta tarde. Nos reímos, bebimos, bailamos e hicimos el tonto. Estaba siendo una noche memorable.

Desperté con un pie pegado a la cara. Di un manotazo para apartarlo y alcé la cabeza para darme cuenta de que estábamos los cuatro tumbados en mi cama. Noté todo mi cuerpo sudado, y no era para menos. Éramos cuatro personas en una cama, en pleno verano, con la ventana cerrada y el ventilador apagado. Cuando conseguí sentarme sin aplastar a nadie, tuve que apartarme el pelo mojado de la cara.

—Despertaos… —gruñí, sacudiendo a alguien. Había tal maraña de cuerpos, que no pude distinguir qué brazo o qué pierna era de quién—. Eh… ¡Despertaos! —grité.

Cerré los ojos justo después. Me había explotado la única neurona que parecía haber sobrevivido a la borrachera. Alguien se retorció y alzó la cabeza. Era Jordi, que miró a su alrededor y sonrió.

—¿Una orgía? —bromeó.

Carol asomó la cabeza bajo una pierna de Lidia. La reconocí por el tatuaje de la mariposa.

—¿Con vosotros? —dijo con la voz ronca—. Ni loca.

—Apagad la luz… —gruñó Lidia, hundiendo la cara bajo la pierna de Jordi.

Nos levantamos, nos duchamos como pudimos y las tres mujeres nos fuimos a la cocina, donde cogimos cualquier cosa para comer sin mirar el qué. Lo que sí miramos, y mucho, fue que hubiera suficiente café para contrarrestar la resaca. Teníamos que reactivar nuestras neuronas de algún modo.

Jordi propuso bajar a Zeus mientras nosotras lo preparamos todo. Al parecer, mi querido perro se había dado cuenta del estado en el que estábamos, porque no quiso alargar la salida. Según Jordi, se limitó a hacer sus necesidades y volver rápidamente a casa. El desayuno, como era de esperar, lo hicimos en silencio. No encendimos ni la tele. Los cuatro nos quedamos durante lo que pareció una eternidad con la mirada fija en algún punto incierto del salón, comiendo lo primero que pillábamos y bebiendo café.

—Dejé de ser así —susurré, observando a una mosca que se paseaba por encima del mueble del televisor—. Sois una mala influencia.

Jordi chocó su hombro con el mío y soltó una sonrisa un tanto desastrosa.

—Una vez al año no hace daño.

—Eso díselo a mi cabeza, que está a punto de explotar.

Pasamos el resto de la mañana en casa, preparamos algo para comer y, después, hicimos la siesta en mi dormitorio. Por suerte, Lidia tuvo la brillante idea de llevar el otro colchón, el del dormitorio de invitados, a mi dormitorio. Lo pusieron junto al mío y nos repartimos en grupos de dos en las camas. Jordi durmió conmigo. Carol y Lidia, en el otro.

A las siete de la tarde, después de una siesta de cuatro horas, despertamos más frescos que unas rosas. Llevamos el otro colchón a su sitio, nos dimos otra buena ducha, cenamos, charlamos, nos reímos y nos preparamos para salir. Pero pedí, supliqué, que aquella noche fuera más tranquila. No iba a poder soportar una noche más como la anterior. De verdad que yo había dejado de ser así.

Por supuesto, mis amigos querían ir al Pandora. Cuando llegamos, como de costumbre, nuestra mesa estaba libre. Al parecer no era un lugar de agrado de los clientes, pero era nuestro rincón favorito. Junto a unas palmeras, no muy lejos de la fuente y con suficiente panorámica para tener todo el lugar bien vigilado.

—¿Chupitos? —propuso Carol, levantándose de la silla.

Yo negué con la cabeza y cogí mi refresco de cola. Con eso tenía más que suficiente.

—Afloja, Carol, solo son las once —dijo Lidia, después de negar con la cabeza.

Carol miró a Jordi, que también negó con la suya.

—Sois unos sosos.

—¡Hola, chicos! —saludó alguien detrás de mí.

Me retorcí en la silla para poder mirarle, aunque creí haberle reconocido por la voz. Al verle la cara, sonreí. Era exactamente la persona que había imaginado.

—Salva… —canturreé y señalé una silla vacía en la mesa de al lado—. Cógela y siéntate con nosotros.

Él no se negó y fue a coger la silla, pero Jordi me miró con miedo y negó con la cabeza.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó el amor platónico de mi amigo.

—Algunos más que otros —respondió Carol—. ¿Tú qué? Todavía estás con ese… ¿Cómo se llamaba? ¿Carlos?

—Miquel —dijo Lidia.

—¿No era Oscar? —pregunté yo.

—Oriol —dijo Jordi—. Se llama Oriol.

Salva sonrió y asintió con la cabeza, dándole un aprobado a Jordi.

—Lo dejamos hace unos días. Descubrí que me estaba poniendo los cuernos… desde hacía un tiempo. —Los cuatro lanzamos un «oooh…» fingido, pues eso era una buena noticia para Jordi—. Con una mujer —añadió.

—¡Hostia! —dijo Carol, casi tan sorprendida como el resto—. ¿Pero no se suponía que era gay? O sea, ¿cien por cien gay?

Salva se encogió de hombros.

—Al parecer es bisexual. No lo sé, tampoco me importa ya. Espero que les vaya muy bien.

—Pues Jordi está soltero —dije como si nada—. Y es muy fiel, ¿sabes? Un partidazo de los pies a la cabeza. Yo aquí veo boda y todo. Espero que nos invitéis.

Mi amigo se ahogó con su propia bebida y me miró, riñéndome por lo que acababa de decir. Pero yo había logrado lo que me proponía, pues Salva lo miró y le lanzó una sonrisa radiante.

—¿No estabas con Sergi?

—Lo dejamos hace un año —aclaró mi amigo, recomponiéndose del ahogo—. Quería que escondiéramos nuestra relación y yo no me sentía cómodo. Al final lo dejamos de mutuo acuerdo.

—No todos están preparados para mostrarse al mundo —comentó Salva—. ¿Te apetece una copa?

A Jordi le faltó tiempo para levantarse de la silla cuando Salva lo hizo, y ambos se fueron a la barra. Allí se quedaron, sentados en unos taburetes mientras charlaban y reían. Se los veía muy bien, muy a gusto. Y hacían muy buena pareja.

—Lo has conseguido —dijo Lidia con una sonrisa—. Al fin Jordi tendrá una oportunidad.

—Esperemos que no la desaproveche —soltó Carol. Lidia y yo la

miramos serias—. ¿Qué? ¿Cuántos años lleva enamorado de ese chaval? Y nunca se ha atrevido a dar el paso.

—Dales tiempo —dije, antes de dar un sorbo a mi refresco.

—Se acerca Aaron —susurró Lidia, disimulando.

Me tensé de inmediato y fingí no ser conocedora de aquel detalle. Pero Aaron no se lo pensó, llegó a nuestra mesa y se sentó en la silla donde había estado Jordi. Me miró a la cara fijamente, en silencio, hasta que fingí verlo ahí.

—Oh, ¡hola! ¿Cómo va la noche, señor Medina?

—Dos mil setenta y cuatro euros con cinco céntimos

Arrugué la frente cuando dijo aquello. No tenía ningún sentido.

—¿Cómo?

—Los zapatos de Laura, la mujer que *tu perro* tiró a la piscina, cuestan mil quinientos treinta y seis euros con cuarenta céntimos. Ciento quince euros de peluquería… y cuatrocientos veintidós euros con sesenta y cinco céntimos del vestido, que podía haberlo limpiado y ya, pero ella decidió que el cloro del agua lo había estropeado. En total, anoche tuve que desembolsar dos mil setenta y cuatro euros con cinco céntimos, exactos, hasta el último céntimo. Estarás contenta. *Tu perro*, mejor dicho, estará contento.

En ese momento quise que me tragara la tierra y no me escupiera nunca. ¿Más de dos mil euros? Iba a dolerme la gracieta de Zeus. Me veía pidiendo un crédito para poder saldar la deuda. Y eso que todavía faltaba saber cuánto había costado lo de Aaron.

—Ya le dije que me diera los recibos. Dígame cuánto es de lo suyo y… y yo le…

—Yo me encargo —intervino Carol al verme tan apurada. Miró a Aaron con desdén—. Dame un número de cuenta y tendrás el dinero ahora mismo.

Él la ignoró descaradamente y siguió mirándome a mí.

—Me importa una mierda el dinero, pero he tenido que lidiar con esa mujer más tiempo del que me hubiera gustado. Era fácil sacármela de encima, hasta que tu perro complicó las cosas y he tenido que soportarla durante varios días. Tuve que ceder a pagarle los costes de todo. No quiero el dinero, pero me debes una cita, Vicky. Y la quiero *ya*.

Se levantó de la silla arrastrándola de mala manera y salió disparado de allí. Supe que quería que le siguiera, pero no las tenía todas conmigo. Aunque mi sexo me decía que quería volver a pasar una noche como aquella. El muy traidor...

—Creo que quiere follar —comentó Carol—. No me importa ayudarte con el asuntillo de los dos mil pavos, pero… oye, yo aprovecharía la oferta.

—Déjale los cataplines morados —animó Lidia—. Ponlo a mil y

después déjalo con las ganas. Así sabrá con quién está tratando. No puede exigir una cita de ese modo e irse como si fueras una perra en celo que le seguirá allá donde vaya. —Sacudió la cabeza—. Ve, tiéntalo, hazle creer que conseguirá ese polvo… Y después vuelves con tu orgullo por las nubes. De paso intenta conseguir su número de cuenta, anda. Habrá que solucionar el desastre de Zeus.

—¿Creéis que es buena idea?

Carol alzó una ceja.

—¿En serio? *Me debes una cita, Vicky* —dijo, intentando poner voz de hombre—. *Y la quiero ya*. ¿Pero qué se ha pensado ese neandertal? Cambio de opinión, no te lo folles, haz caso de lo que ha dicho Lidia y déjale los huevos morados. Que tenga que hacerse una tremenda paja o pagar a una prostituta para quitarse el calentón de encima.

Dudé durante un buen rato, hasta que mis amigas se hicieron tan pesadas que acabaron convenciéndome para vengarme por ese modo en el que me había hablado. Decidida, me levanté y salí del local, buscándolo con la mirada. Paseé por delante del Pandora en busca de Aaron, pues estaba segura de que no debía estar muy lejos y le había visto dirigirse hacia la salida.

—Hola, guapa… —Alguien me agarró del brazo con fuerza—. ¿Qué haces tan sola? ¿Necesitas compañía?

En un abrir y cerrar de ojos, tres tíos me rodearon impidiendo que pudiera escapar. Uno de ellos me seguía agarrando del brazo que, por mucho que sacudía, no lograba que me soltara.

—Dejadme en paz —gruñí, sacudiéndolo de nuevo.

Otro tío me agarró por detrás y pegó su paquete en mi espalda, apretándome contra él. Iban muy borrachos y eran bastante grandes y fuertes, por lo que no tenía ninguna opción de salir de aquella situación por mí misma. El que me había agarrado del brazo me soltó, para cogerme de la mandíbula con una mano y apretar, impidiendo que pudiera girar la cara.

—No te preocupes, nena, pronto dejarás de estar sola.

Entre todos me arrastraron a una zona oscura que había cerca, donde no había más que un descampado y unos contenedores de basura. Yo grité, muchísimo, pero nadie parecía oírme. La música que salía del Pandora tampoco ayudaba. Al ser en un polígono, no había mucha limitación al sonido y en ese lugar lo aprovechaban para poner la música a toda pastilla en algunas ocasiones.

Una vez en esa oscura calle de tierra, me tiraron al suelo y dos me sujetaron los brazos mientras uno se encajaba entre mis piernas, desabrochándose el botón del pantalón.

—¡Soltadme! —grité, sacudiendo las piernas.

Mis ojos se desviaron unos centímetros para ver a Aaron acercarse por detrás del tío que se estaba desabrochando el pantalón. Venía

corriendo y, aunque los amigos del tipo le estaban diciendo que no siguiera, no le dio tiempo a reaccionar. Cuando Aaron llegó, lo agarró de la camiseta y tiró de él. Después le regaló un puñetazo en la cara que lo tumbó. Una vez en el suelo, le dio una patada en las costillas y alzó la mirada, listo para enfrentarse a los otros dos. Pero ellos echaron a correr y dejaron a su amigo ahí tirado.

—Pequeña… ¿estás bien? —preguntó, acercándose despacio.

El cuerpo entero me temblaba, era incapaz de decir nada por mucho que lo intentaba. La adrenalina estaba desapareciendo, dando paso al miedo que arrasó conmigo como un gran tsunami.

Aaron se acercó un poco más, cauteloso, mientras el tipo al que había dado un puñetazo y una patada se levantaba y salía corriendo.

—Soy yo —susurró, acuclillándose a mi lado—. Tranquila.

Conseguí que mi cuerpo reaccionara lo suficiente para incorporarme y abrazarme a su cuello. Seguía temblando como gelatina y las lágrimas habían ganado la batalla, pero me sentía segura entre los brazos de Aaron, que me abrazaban contra su pecho, protegiéndome.

—He salido a buscarte y… —balbuceé.

—Estoy aquí —susurró—. Voy a llevarte dentro, ¿vale?

Asentí con la cabeza y Aaron me ayudó a levantarme, abrazándome por los hombros contra su pecho y guiándome hasta el interior del Pandora. La gente con la que nos cruzamos nos miraba extrañados, pero Aaron los ignoró y me llevó por una puerta custodiada por un hombre de seguridad que se hizo a un lado cuando nos vio llegar. Detrás de la puerta había una sala con un par de sofás, una mesa de centro y un escritorio. Algo sencillo, muy vacío, pero apartado de la gente e insonorizado. Me di cuenta cuando Aaron cerró la puerta y dejé de oír la música y a la gente.

—Ven, siéntate aquí. —Me llevó hasta un pequeño sofá, donde me hizo sentar y acomodó una mantita por encima de mis hombros. No tenía frío, pero estaba temblando. De todos modos, la tela no me molestó en absoluto—. Ahora vuelvo. Aquí no te pasará nada malo, ¿de acuerdo? Esteban está custodiando la puerta y no puede entrar nadie sin mi consentimiento.

Asentí con la cabeza y me acurruqué en el sofá mientras Aaron salía de la estancia, cerrando la puerta a sus espaldas.

De no haber sido por él, esos tipos me hubieran violado sin que nadie me ayudase. Pese a que grité con todas mis fuerzas, no hubo ni una sola persona que acudiera a mi llamada de socorro y les parara los pies a esos tipos. Nadie, excepto Aaron.

La puerta volvió a abrirse y él reapareció, pero esa vez lo hizo seguido de mis amigos que entraron como una estampida y se acercaron a mí, rodeándome, sentándose a mi lado, abrazándome y

preguntándome mil cosas al mismo tiempo. Me sentía abrumada.

—Dejadla respirar —dijo Aaron, acuclillándose delante de mí y ofreciéndome un botellín de agua que acepté sin dudar—. Si quieres, te llevo a la comisaría para que interpongas una denuncia. —Asentí con la cabeza antes de dar un trago al agua—. Bien, pues voy a pedir las grabaciones de las cámaras de seguridad. He sabido lo que te estaban haciendo porque los he visto por ahí. Tardaré un poco, pero estás con tus amigos. Estás a salvo.

Asentí de nuevo y Aaron se fue, dejándome ahí con mis amigos, que no se separaban de mí.

—Retiro lo dicho —susurró Lidia, apartándome un mechón de la cara y poniéndolo detrás de la oreja—. No le dejes los cataplines morados. Se lo ha ganado.

Sonreí, secándome las lágrimas que seguían cayendo por mis mejillas. Cuando vi que el dorso de la mano estaba negro, supe que debía llevar una cara de espanto por el rímel.

—Ha venido a avisarnos —añadió Carol, captando mi atención—. Nos ha parecido raro cuando lo hemos visto acercarse a nuestra mesa, pero ha venido a contárnoslo y a decirnos dónde estabas.

—Me ha salvado —susurré.

Mis amigos nos acompañaron hasta el coche, donde Aaron me ayudó a acomodarme en el asiento y luego se sentó en el suyo. Me despedí con la mano cuando nos alejábamos. Según me habían comentado, iban a pedir un taxi para volver a casa.

—¿Quieres ir al hospital? —preguntó, rompiendo el silencio.

—No, estoy bien.

Él asintió con la cabeza y siguió conduciendo en silencio. Se lo veía enfadado, o frustrado quizás. Quise creer que estaba pensando en lo ocurrido y que no le parecía bien lo que me habían hecho esos hombres.

—Tendría que haberle partido la espalda a ese cabrón —comentó, sin apartar la mirada de la carretera—. Así se le hubieran quitado las ganas de volverlo a hacer.

Me acurruqué más en el asiento y cerré los ojos. Me sentía muy cansada. Y dolorida, más en mi cabeza que en mi cuerpo. Nunca había tenido que vivir nada parecido. Siempre intenté ser discreta para evitar que se fijaran en mí, porque ni siquiera soportaba la idea de que se acercaran, aunque fuera para preguntarme cómo me llamaba o pedirme mi número de teléfono. Si quería tener algún tipo de relación, era yo la que daba el paso. Hasta que llegó Aaron Medina y rompió todos los malditos esquemas.

9

Salimos de la comisaría varias horas después. Ya había empezado a amanecer y me sentía realmente cansada. Aaron facilitó las grabaciones del Pandora, en ese momento me enteré de que él era el propietario actual, pues lo había comprado seis meses atrás. Eso aclaró la duda que tenía sobre su facilidad de conseguir lo que quería de los camareros, entre otras cosas.

Una vez en el coche, suspiró y me miró a los ojos. También se le veía cansado.

—¿Te llevo a tu casa? ¿A la de algún amigo? ¿A la mía?

—A mi casa —susurré.

—¿A la dirección donde te recogí y dejé para la segunda cita? —Negué con la cabeza—. Lo imaginaba… En ese caso voy a necesitar una ayudita.

Me ofreció su móvil y abrí el GPS para poner la dirección. Cuando la voz femenina empezó a indicar por dónde teníamos que ir, se lo di a Aaron, que pasó la información al GPS integrado en el vehículo para poder ver bien el mapa.

Mientras él condujo, yo saqué mi móvil y envié un mensaje al grupo para que se quedaran tranquilos. Sabía que todavía no se habían dormido y que estaban a la espera de noticias:

Estoy bien.
Me voy a mi casa.
Me lleva Aaron.

Ellos respondieron prácticamente al instante:

Lidia: Descansa, cariño. Ha sido un susto.
Carol: Iremos a verte más tarde. Descansa.
Jordi: Ya ha pasado todo, ahora duerme un poco.

Les mandé un emoticono lanzando un beso y guardé el móvil en el bolsillo. Poco después, sentí que el sueño se apoderaba de mí y cerré los ojos.

—Pequeña, despierta… —oí, en un susurro.

Abrí los ojos y encontré a Aaron acuclillado junto a mí, con la puerta del copiloto abierta. Me acariciaba la cara con cariño y sonrió

cuando vio que le miraba.

—¿Ya hemos llegado?

—Sí. ¿Tienes las llaves a mano?

Me retorcí en el asiento con pesadez y saqué las llaves del bolsillo trasero del pantalón. Por suerte, no las perdí en lo ocurrido. Aaron las cogió y me alzó entre sus brazos, cerrando la puerta del coche con el pie. Sintiéndome como una princesa, hundí la cara en el hueco de su cuello y me dejé llevar. Estaba protegida entre sus brazos y podía estar tranquila.

Lo oí murmurar algo cuando se dio cuenta de que no había ascensor, pero empezó a subir las escaleras sin ninguna dificultad, pese a que estaba cargando conmigo.

—¿Qué piso es?

—Tercera planta —susurré—. Piso dos.

Supe que ya habíamos llegado cuando oí las llaves y noté que se retorcía un poco para abrir la puerta conmigo en brazos. Una vez abierta, la empujó y oí un «*mierda*» que salió disparado de su boca, casi como si lo hubiese escupido. En ese momento recordé que Zeus estaba en casa.

—Hola, chico… —saludó, nada convencido.

—No te hará nada —susurré de nuevo.

Tenía muchísimo sueño.

—Me está mirando mal. Yo también lo haría si un desconocido tuviera a mi… compañera, entre sus brazos. ¿Estás segura de que no me hará nada?

Haciendo un sobreesfuerzo, descubrí la cara y miré a Zeus. Estaba en mitad del pasillo, con cara de pocos amigos y el rabo recto, sin moverlo un solo milímetro. En efecto, parecía bastante enfadado.

—Zeus, ve a la cama. Estoy bien.

Mi perro hizo caso a la primera, no sin antes lanzar una última ojeada al tipo que me sostenía en brazos. Incluso juraría que le lanzó una amenaza visual antes de irse. Cuando llegó a su cama, se sentó y lo siguió mirando. Aaron entró en el piso, cerró de un puntapié y cruzó el pasillo sin quitarle el ojo de encima a Zeus.

—No puedo cubrirme las pelotas porque tengo las manos ocupadas, Vicky, y tu perro me sigue mirando mal.

—Ignóralo. No te hará nada. Deja de mirarlo.

Aaron me hizo caso y cruzó el comedor para meterse por otro pasillo.

—¿Cuál es tu dormitorio?

—Primero a la derecha.

Oí otro puntapié, la puerta cerrándose y, poco después, noté que me dejaba con cuidado sobre la cama. Unos segundos después, oí el pitido del ventilador que indicaba que se había encendido y noté la

brisa sobre mí, aunque, como de costumbre, no hacía más que remover el aire caliente del ambiente.

—¿Solo tienes esto?

Imaginé que se refería al ventilador, por lo que asentí con la cabeza, manteniendo los ojos cerrados.

—Ahá…

—Madre mía… Está bien, voy a por agua. —Asentí de nuevo, pero dejé de hacerlo cuando Aaron volvió a hablar—. Vicky… Vicky, ayúdame.

Abrí los ojos y encontré a Aaron frente a la puerta del dormitorio abierta y Zeus delante de ella, mirándolo. Maldije y me levanté de la cama, arrastrándome en ella y enderezándome como pude. Me acerqué a ellos, me puse entre ambos y cogí la mano de Aaron, acercándosela a Zeus despacio.

—Me morderá —farfulló.

—No lo hará —aseguré, acercándola más—. Es un amigo, Zeus.

Mi compañero de vida olfateó la mano de Aaron ejerciendo presión con la trufa, como avisándole de que podía con él si se lo proponía. Aaron no las tenía todas consigo, pude notar su tensión a través de mi mano. Cuando terminó de olerle, bajó la nariz hasta sus pies y le dio un buen repaso, rodeándolo, incluso le olfateó el trasero. Aaron se tensó más y apretó las nalgas, por lo que me reí.

—¿Te hace gracia? —se quejó.

Zeus lanzó un gruñido casi imperceptible, por lo que Aaron volvió a tensarse y me apretó la mano en una muda llamada de auxilio. Cuando terminó de olerle, se puso delante de él y empezó a mover la cola, abriendo la boca y sacando la lengua como si sonriera.

—Ya está —susurré, soltándole la mano.

—¿Estás segura?

Zeus corrió por el pasillo y derrapó en alguna de sus camas. Pude saberlo porque, como de costumbre, se estampó contra algún mueble. Cuando volvió, lo hizo con una pelota en la boca que dejó a los pies de Aaron y dio un paso atrás, esperando que él se la lanzara.

—Quiere que le tires la pelota.

—No voy a tirarle la pelota. En cuanto vaya a cogerla me morderá.

—Tonterías. —Me agaché y la cogí. Zeus empezó a saltar emocionado—. Toma, lánzasela por el pasillo.

No muy convencido de lo que le estaba pidiendo, miró la pelota, después a Zeus y decidió tirarla por el pasillo. Zeus corrió, agarró la pelota y volvió con ella, dejándosela de nuevo a los pies.

—Estás loco si crees que voy a estar toda la vida lanzándote la pelota —dijo, cogiéndola él mismo—. Una más y a dormir, tío.

La lanzó de nuevo y, como la anterior vez, Zeus la agarró y se la llevó, dejándosela a los pies. No pude evitar reírme y Aaron me miró

con las cejas alzadas.

—¿Cuánto tiempo puede estar así?

—Hasta que te canses y le ignores, entonces se pone a jugar él solo.

Aaron sacudió la cabeza, como si le costara creer lo que le acababa de contar.

—Está bien, voy a ignorarlo. No me apetece estar todo el día lanzando una pelota. ¿Crees que me hará algo si voy solo a la cocina?

—No. Te seguirá para ver si le cae algo de comer, pero no te hará nada. Tiene chucherías sobre la encimera, en un bote de cristal con su nombre. Puedes darle una, si quieres. Te lo ganarás más así.

Me fui hasta la cama y me dejé caer, abrazándome a la almohada.

—Si me oyes gritar… —Abrí un ojo para mirarle, parecía realmente asustado—, te agradecería que tuvieras piedad y vengas a rescatarme.

—No vas a gritar. Zeus es bueno, confía en mí.

Un gruñido de Zeus rebotando en mi pecho me despertó, sobresaltándome. Zeus no solía gruñir, solo lo había hecho en un par de ocasiones. La primera: cuando un tipo con muy malas pintas se acercó una noche a mí, mientras paseaba a Zeus. Él apareció de la nada —iba suelto, aprovechando que de noche apenas había gente— y se interpuso entre ese tipo y yo. La segunda: a Aaron. Pero me sorprendí al mirar y darme cuenta de que Zeus no estaba gruñendo, sino roncando. Se había metido entre Aaron y yo —chico listo—, panza arriba, con la cabeza sobre la almohada y Aaron le pasaba un brazo por encima, tocándome a mí. La escena era conmovedora. Despacio, sin que ninguno de los dos se enterara, me levanté de la cama, cogí el móvil e hice una foto.

Cuando Aaron empezó a removerse, tanteando con la mano, buscándome al otro lado de mi peludo amigo, dejé el móvil sobre la mesita y me tumbé, dejando que me tocara. Cuando me sintió, volvió a quedarse dormido. Me arrimé a Zeus, pasándole un brazo por encima y tocando a Aaron, que movió su brazo y puso la mano sobre mi cadera. Abrazaditos, con Zeus en medio.

—…irme y no quiero hacerlo así —Me retorcí, pero no abrí los ojos. Estaba un poco dormida todavía—. Pequeña…, sé que me has oído. Reacciona.

Abrí los ojos y me ubiqué poco a poco, mirando a mi alrededor. Estaba en mi cama, con alguien tocándome el abdomen y besándome en el cuello. Di una sacudida, intentando golpear a quien fuera que me estuviera tocando. Pero ese alguien me agarró de la muñeca y habló:

—Soy yo.

Me quedé inmóvil pensando en esa voz. Hasta que caí en la cuenta de que era Aaron. Había dormido conmigo. Giré la cabeza a la

derecha, encontrándolo a mi lado.

—Buenos días —susurré.

—Buenas tardes, mejor dicho. —Sonrió y me besó en la muñeca antes de soltarla—. Te estaba diciendo que tengo que irme, pero no quería hacerlo sin que te dieras cuenta. —Se arrimó más a mí y me besó—. Además… podríamos aprovechar que el perro ha decidido dejarnos a solas.

Sonreí y le atraje a mí. Sin dudarlo, se encajó entre mis piernas y empezó a besarme en el cuello mientras con una mano tanteaba para bajarme las bragas.

—No tengo tiempo para preliminares —susurró.

—Y yo no tengo preservativos —respondí, deteniéndolo en el acto.

Pensó durante unos segundos, hasta que suspiró y clavó sus ojos en los míos.

—Más de un año, ¿no? —Asentí con la cabeza—. ¿Y me crees si te digo que estoy limpio? —Asentí de nuevo—. ¿Tomas anticonceptivos?

—Sí.

—En ese caso, que les den a los preservativos.

Dicho eso, me penetró sin piedad, clavándose hasta el fondo y arrancándome un gemido que tuvieron que oír todos los vecinos. Pero me daba igual. Cuando me acostumbré a su invasión, retrocedió despacio e inició una serie de movimientos lentos y acompasados que eran pura gloria. Podía sentirle, sin ninguna barrera, piel con piel, carne con carne… y era maravilloso.

—Más… —susurré, arqueando las caderas.

—Porque tengo prisa —respondió jadeando—. De no ser así, te tendría pidiéndome más durante horas. Eso por hacerme dormir con el perro.

Me reí y justo en ese momento aceleró los movimientos. Podía oír nuestros cuerpos chocando. Las vibraciones estimulaban más mi sexo, potenciando el placer que sentía en ese momento. El orgasmo no tardó en llegar con fuerza. Empezó por un cosquilleo que estalló en el centro de mi sexo y acabó electrizando todo mi cuerpo, hasta la punta de los dedos de los pies, haciéndome retorcer y gritar de placer. Aaron llegó al clímax unos segundos después, dejando escapar un sonido gutural que vibró contra mi cuerpo.

—Joder —dijo en un suspiro—. Creo que será imposible cansarme de ti.

—¿A qué te refieres?

—Que me vuelves loco, Vicky. —Salió de encima de mí y se sentó en el borde de la cama, recolocó su miembro dentro de los calzoncillos y añadió—: Por desgracia.

Al parecer, aquello era malo, al menos para él. Eso me hizo sentir extrañamente mal. Tenía claro que lo nuestro eran encuentros

esporádicos. Solo sexo. Ese era el acuerdo mental al que había llegado y creía que él quería lo mismo. Por supuesto que lo quería, ahí estaba el problema. Le encantaba lo que hacíamos, pero no quería engancharse. Tuve que recordarme que yo tampoco lo quería; era quince años mayor que yo. ¿Es que me apetecía estar con alguien que casi podía ser mi padre? No lo tenía claro.

—Tienes que irte, ¿no?

—Sí. —Se levantó de un salto y empezó a ponerse los pantalones. Yo aproveché para ponerme las bragas y una camiseta enorme que usaba de pijama—. Tengo una reunión a las seis. Supongo que durará alrededor de una hora. Entre que termino, gestiono un par de asuntos y voy a casa, sobre las nueve y media podré estar aquí de nuevo. ¿Traigo pizzas y cenamos juntos?

Alcé las cejas, sorprendida por esa pregunta. ¿No se suponía que no quería seguir con eso? Estaba desconcertada. Él me miró a la espera de una respuesta, pero al ver que no la recibía volvió a sentarse en el borde de la cama sin quitarme el ojo de encima.

—¿Tienes otros planes?

—No, la… la verdad es que no. Es sólo que…

—¿Qué?

—¿Tú qué buscas? Quiero decir… Pensé que querías algo esporádico. Sexo y poco más. ¿Lo entendí mal o…? Es que creo que me he perdido.

Aaron me miró en silencio unos segundos, manteniendo una lucha mental que solo él libraba. Bajó la mirada y se mordió el labio inferior para después asentir con la cabeza.

—Esa era la idea, sí —susurró.

—¿Pero?

—Se supone que sigue siendo la idea, *pero*… me has dejado un poco descolocado ahora mismo. —Volvió a levantarse, rascándose el mentón—. ¿Traigo las pizzas y hablamos sobre ello esta noche?

Asentí con firmeza. Esa idea me parecía interesante.

—Vale. —Me levanté de la cama y miré la puerta. Me pareció raro verla cerrada—. ¿Has cerrado tú la puerta?

Él la miró mientras se abrochaba el cinturón y negó con la cabeza.

—Cuando me he despertado ya estaba así. Pensé que había sido el perro.

Solté una carcajada que captó su atención.

—Zeus es listo, pero no tanto.

—Una corriente de aire, quizá.

—La única ventana que dejo abierta por la noche es la de mi dormitorio.

La abrí y salí decidida, cruzando el pasillo a toda prisa para ver dónde estaba Zeus, pero mis pies se detuvieron en el umbral de la

puerta que daba al comedor y me sobresalté.

—¡Hostia puta! —grité, dándome la vuelta.

Aaron, que ya había salido del dormitorio, lanzó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Pero si dices tacos! ¡No me lo puedo creer!

Me tapé la boca y señalé con los ojos al comedor, lo que causó curiosidad en Aaron, que decidió asomarse. Mis amigos saludaron con la mano, conteniendo la risa.

—Buenos días… —saludó Jordi, burlón.

—El «hostia puta» se ha quedado corto —dijo Aaron, dando unos pasos más para entrar en el comedor. Zeus lo saludó, pero él lo ignoró por completo—. Os lo habréis pasado bien con la banda sonora, cabrones.

—Nos hemos enterado de que nuestra amiga es bastante escandalosa en la cama —dijo Carol—. O eso, o tienes un extintor entre las piernas. —Bajó la mirada hasta su entrepierna, ladeando la cabeza—. Algo que no descarto, la verdad.

—Y que nunca podrás confirmar —contraatacó Aaron—. En fin, me largo ya o acabaré volviéndome loco con tus amigos.

Me dio un casto beso en los labios y se marchó, dejándome sola en la estacada. Estaba claro que iba a tener que aguantar una serie de interrogatorios por parte de mis amigos.

—Os voy a requisar la copia de las llaves de mi casa —dije, tomando rumbo directo a la cocina—. No os podéis presentar así como así.

—Hemos olvidado que, después de una eternidad, vuelves a ser sexualmente activa —gritó Carol para que la oyera desde la cocina.

Salí con la bolsa de pan de molde y el bote de crema de cacao. De la leche y el café se habían encargado mis locos amigos, pues estaba en la mesa de centro.

—Sabíais que Aaron me traía a casa.

—Desconocíamos que follaríais como conejos después de lo que *casi* ocurrió anoche —dijo Jordi, arriesgando su integridad física—. Tomamos nota para no volver a hacerlo.

Durante las siguientes horas, como era de esperar, me estuvieron interrogando sobre lo sucedido aquella noche. Querían todo lujo de detalles que, obviamente, no les di. Estaba claro que nos habían oído y que sabían que habíamos tenido sexo, pero las posturas, las veces que lo hicimos durante el día y cuán grande la tenía Aaron, era innecesario desvelarlo. No necesitaban saberlo, aunque ellos insistieran en que sí.

Empezaba a cansarme de tanta pregunta sobre ese tema, cuando recordé que había hecho una fotografía que me había encantado y decidí compartirla con mis amigos. Cuando la vieron, se pusieron muy

tiernos. Especialmente Jordi y Lidia, que pusieron ojitos. Carol fue más bruta:

—Mira qué monos… Los dos perros durmiendo en tu cama.

Jordi le dio un empujón, tumbándola en el sofá. Ella se reía.

—Están muy tiernos —comentó mi amigo, mirando de nuevo la fotografía—. Qué escena más bonita. ¿Sabe que le has hecho la foto?

—¡No! Seguro que me hace borrarla y no quiero.

Al final acabamos los cuatro tirados por los sofás y el suelo viendo una película romántica empalagosa de esas que tanto nos gustaban a Lidia y a mí. Jordi y Carol eran más de acción, superhéroes, suspense… Aunque habíamos acordado ver una de terror después de esa, que nos gustaban a todos.

Íbamos por la mitad de la película cuando sonó el timbre de arriba y retorcí el cuello para mirar por encima del respaldo del sofá. ¿Quién podía llamar a esas horas? ¿Algún vecino? Esperaba que no fuera la señora Carmeta, pues alguna que otra vez venía para quejarse del volumen del televisor. La mayoría de las veces, ni lo había encendido en todo el día.

—Dile a Carmeta que le regalaré un Satisfyer —soltó Carol, cambiando de posición entre las piernas de Jordi—. Ahora que empezaba lo bueno…

—Y eso que no te gustan las pelis romanticonas —dije, alejándome por el pasillo.

Todavía me estaba riendo cuando abrí la puerta de casa y encontré a Aaron con dos cajas de pizzas y una bolsa de deporte colgada del hombro. Me quedé en *shock*. Pálida. Sin palabras. Congelada…

Había olvidado que venía a cenar.

—Te has olvidado.

—¡No! ¡Claro que no!

—Mire, Carmeta… —vociferó Carol, acercándose—. No me toque la pipeta porque… Oh, mierda.

Aaron la miró y volvió a mirarme a mí, a los ojos, muy serio.

—Será mejor que me vaya —susurró, dando la vuelta.

—¡No! —Lo agarré del brazo, provocando que las pizzas se tambalearan un poco—. Por favor, entra. Ahora les digo que…

—¡Chicos! —Oí decir a Carol—. Nos tenemos que ir. El semental vuelve a estar por aquí y solo ha traído pizzas para dos, así que…

—Mierda, con lo interesante que estaba —se quejó Lidia.

—Podemos aplazar la peli por el bienestar vaginal de Vicky —dijo Jordi.

Yo no pude ponerme más roja de lo que ya estaba. Aaron alzó una ceja y puso cara de circunstancia. Yo sabía que era difícil de creer, pero mis amigos eran así todo el tiempo. Ya estaba, en cierto modo, acostumbrada.

—Pues nada —dijo Lidia, pasando por nuestro lado—. Que aproveche la pizza.

—Chaitoooo —se despidió Jordi.

—Otro día trae para cinco, ¿vale? —dijo Carol, fulminando a Aaron con la mirada. Él se la devolvió—. Me largo.

—Adiós, chicos —me despedí.

Los tres se fueron, alzando los brazos mientras bajaban por las escaleras y comentando entre ellos a saber el qué. Seguramente algo relacionado a mi nueva vida sexual. Al menos podía estar contenta por darles tema de conversación.

—Si no te apetece puedo…

—Puedes entrar y callarte —dije, arrastrándolo hasta el interior de mi piso—. Me he olvidado, pero de aquí no te vas. Me apetece mucho esa pizza.

Un rato después ya habíamos conseguido vaciar y limpiar la mesa de centro, y prepararla para la cena. Podíamos haber comido en la mesa grande, pero Aaron propuso ver una película para hacer algo distinto. Acepté, por supuesto, y le di el mando para que eligiera una. Optó por un thriller con muy buena pinta.

—Si soy totalmente sincero, me he venido abajo cuando he sido consciente de que te habías olvidado —confesó, mirando la televisión.

Aparté la mirada del aparato para centrarme en su cara. Fingía indiferencia, pero eso me había parecido una confesión de lo mal que le había sentado.

—No volverá a pasar.

Aaron dejó la porción de pizza en el plato y se limpió los labios con la servilleta. No se había dignado a mirarme a la cara todavía, y yo estaba algo nerviosa por la conversación que íbamos a tener. No sabía por dónde iba a salir.

—He estado pensando en lo que ha ocurrido esta mañana. Bueno…, esta tarde. En definitiva, después del sexo. La cuestión es que he hablado sin pensar. Ha salido solo.

—¿Quién es la rubia que Zeus tiró a la piscina? —solté sin más.

En ese momento fui consciente de la necesidad que tenía de una aclaración sobre eso. Aaron rio sacando el aire por la nariz y su rostro se transformó. Se volvió tan serio que me arrepentí de haber formulado esa pregunta si eso iba a provocar malestar entre nosotros. Se acomodó en el respaldo del sofá y me miró a los ojos, al fin.

—Mi cuñada. Excuñada. —Sacudió la cabeza y arrugó la frente—. No sé muy bien cómo definirla, la verdad.

—¿Cuñada?

Aaron asintió con la cabeza, mirando a la nada. Parecía que estaba recordando algo del pasado. Algo que lo seguía teniendo serio y distante.

—La mujer de mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Lo tuve. Ya no. En fin, no quiero hablar de esa bruja. Hablemos de nosotros. ¿Tú con qué finalidad te acercaste a mí?

Me reí dejándome caer sobre el respaldo del sofá. Al parecer Aaron tenía problemas para recordar las cosas que habían sucedido, porque de no ser así estaba flipándolo mucho.

—Yo no me acerqué a ti, tú me acosaste y terminé cediendo.

—Aceptaremos pulpo como animal de compañía. Estabas deseando acercarte a mí…, pero… está bien, te daré el placer de creer que te resististe hasta el final.

—¡Pero si fue así!

—Supongamos que sí. De acuerdo, ¿qué fue lo que te planteaste que tendríamos cuando yo te acosé?

—Sexo. —Me encogí de hombros—. Sexo esporádico.

—¿Y ahora?

—Sexo a mansalva con un hombre que se presenta en mi casa con dos pizzas, propone ver una película e intenta no morir entre los dientes de mi perro.

—Eso último es muy cierto —aseguró entre risas—. ¿Y crees que puedes seguir así? ¿o tienes la esperanza de que ocurra algo más?

Lo medité. Mucho, a decir verdad. Volví a verme en esa tesitura. Una parte de mí decía que tenía que ser así, *solo* sexo. Otra, gritaba desde lo más profundo de mi ser y decía que podía haber algo más, algo mejor. Pero había un dato que me frenaba y me hacía pensar si era buena idea o no.

—Eres quince años mayor que yo —susurré, alzando la mirada hasta sus ojos—. Creo que con el sexo es suficiente, ¿no?

Él entornó los ojos y me miró en silencio durante lo que me pareció una eternidad. Algo en mis palabras había activado su curiosidad.

—¿La edad es el único impedimento en el que te apoyas para no ir a más? —Dije que sí con la cabeza y él ladeó la suya—. ¿En serio?

—¿Qué más sino?

—Que a tu perro no le caigo bien, por ejemplo. Que ronco. Que me tiro pedos mientras duermo. ¡Yo qué sé! Cualquier otra cosa que no sea esa gilipollez de la edad. —Cuando dijo eso, apretó los labios y miró la pizza sobre la mesa—. Da igual, todo aclarado. Vamos a comer y después, si quieres, tendremos *sexo sin más*.

10

Aaron le había cogido el gusto a ir a mi casa. ¡Incluso empezó a llevarse mejor con Zeus! Los dos se aficionaron al *lanza la pelota, que yo la recojo*. Aunque a Aaron no le hacía mucha gracia que nos interrumpiera en pleno coito. O que durmiera entre nosotros, y ellos dos acabaran abrazados el uno al otro.

Nos pasábamos las horas que teníamos disponibles, metidos en la cama. El sexo se había vuelto una adicción a la que cada vez estábamos más y más enganchados. Por suerte, pude compaginar el tiempo con mis amigos y Aaron. Mientras él trabajaba, yo estaba con ellos. Después nos veíamos en mi casa y seguíamos con nuestros sexuales planes, probando cosas nuevas y disfrutando el uno del otro. El problema fue que dejé de conformarme con el sexo. Ya no me importaba su edad. Ya no veía ninguna barrera entre nosotros. Quería más, pero no sabía cómo encajarlo. Prácticamente vivíamos juntos. Si él no estaba en el trabajo, estaba conmigo. Y las noches, todas ellas, venía a mi casa.

Aquella noche Aaron me había preparado algo. Lo supe cuando me llamó y me pidió que me arreglara un poco, porque íbamos a salir por ahí y no quería que la gente me viera desnuda o en pijama. Me reí mucho cuando dijo eso, pues era como pasaba la mayor parte del tiempo cuando estaba con él.

Desde que me vino a recoger le estuve interrogando sin éxito. Él no había hecho más que reírse y evitar responder. Lo que me tuvo con la mosca detrás de la oreja, además, fue que había dicho que nos llevábamos a Zeus. También que íbamos en un todoterreno que yo no había visto hasta ese momento.

—¿Vas a decirme adónde vamos, o no?

Aaron sonrió, me miró y volvió a centrarse en la carretera. Se le veía contento y feliz, pero era una caja fuerte imposible de abrir. Me estaba poniendo muy nerviosa.

—¿Te gusta la montaña?

Alcé las cejas y lo miré, sorprendida y emocionada al mismo tiempo. Aplaudí por dentro antes de tiempo cuando oí montaña, y esperé con todas mis fuerzas e ilusión que me llevaría a un lugar bonito entre árboles y riachuelos.

—¿Nos vamos a la montaña? ¡Me encanta! ¿Adónde me llevas?

—A los pirineos. Pero no voy a darte más información, con eso tienes suficiente por el momento. Habrás cogido ropa de abrigo, como

te he dicho por teléfono.

Me retorcí en el asiento y me hice la sueca, pero no pude aguantar mucho. Era capaz de sentir la mirada de Aaron castigándome en silencio.

—No… —musité—. Pensé que estabas exagerando. Es que si no me dices adónde vamos…

—Joder, Vicky, si te digo que cojas ropa de abrigo es porque sé que la vas a necesitar. ¿Y ahora qué?

—Pues paramos en alguna tienda y compro algo. No sé.

Aaron chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Eres un caso, de verdad.

Una hora y media más tarde, a las diez y media de la noche, Aaron estaba aparcando el coche junto a una preciosa cabaña de madera con la que rápidamente imaginé que yo era Heidi, y Zeus era Niebla. No veía a Aaron como Pedro, pero hice un esfuerzo muy grande, demasiado grande… para que así fuera. Un Pedro cachas, alto y buenísimo en la cama, que le tenía miedo a Niebla y se había enfadado porque no le hice caso con la ropa de abrigo. Sí, me costó imaginarlo, pero él se convirtió en Pedro.

Sin decir nada, Aaron bajó del coche y le abrió el maletero a Zeus, que salió disparado y empezó a correr como un loco por los alrededores. Me pareció ver a Aaron sonreír cuando vio la reacción del perro, pero no quise hacerme muchas ilusiones y preferí pensar que quizás se estaba haciendo caca y había sido una mueca relacionada a ese tema.

—¿De quién es esta cabaña? —pregunté poniéndome a su lado.

—De un cliente. Le hicimos un muy buen trabajo y, como agradecimiento, me dejó la cabaña para un par de semanas. Pensé que te gustaría desconectar de todo durante unos días.

—Pero… Aaron… Empiezo a trabajar la semana que viene.

—Lo sé, por eso quiero que te relajes antes de ponerte a trabajar. No nos quedaremos dos semanas, solo cinco días. Lo suficiente para que vuelvas al trabajo con las pilas cargadas.

Si la cabaña era bonita por fuera, por dentro albergaba mayor encanto. Era tan rústica y acogedora que me entraron ganas de quedarme a vivir allí para siempre. Después de dejar las maletas y prepararle un par de camas a Zeus, Aaron volvió a recordarme que debía haber cogido ropa de abrigo. Tenía un frío de mil demonios, por lo que se vio obligado a encender la chimenea. El ambiente era acogedor, eso sí.

—Hace un poco de frío esta noche —susurró, abrazándome por detrás—. ¿Qué tal si nos calentamos?

—Señor Medina, es usted un adicto al sexo.

—Me declaro culpable. Y tú mi cómplice. Será mejor que comamos

algo y nos vayamos a la cama. Mañana quiero ir a dar una vuelta por el bosque.

Por la mañana escondí la cabeza bajo la almohada cuando Aaron me llamó. No me apetecía salir de la cama, especialmente con lo calentita que estaba bajo la manta y lo cansada que me sentía por el sexo salvaje que habíamos tenido esa noche. Era de obligación calentarnos, y ese fue el mejor modo que había. La excusa sonaba genial, pero mi entrepierna empezaba a pedir una tregua.

—Marmota, ¡levántate!

Me hizo cosquillas en los pies y los sacudí, dándole una patada en el proceso. Entonces se abalanzó sobre mí y me cubrió, bloqueándome con su cuerpo.

—Me estás aplastando, ogro.

Noté sus labios paseándose por mi cuello, cosquilleándome, y me quedé quieta al sentirle. El hormigueo que me entraba cuando lo hacía casi podía provocarme un orgasmo.

—Te he preparado una cosa —susurró—. Estoy seguro de que quieres verlo.

—Quiero dormir un poco más…

—No seas vaga. —Apretó su miembro contra mi trasero, restregándomelo—. Si no sales rápida y voluntariamente de la cama en los próximos cinco minutos, no te dejaré salir en las próximas cinco horas.

Desenterré la cabeza de debajo de la almohada y lo miré a la cara con una gran sonrisa mañanera digna de una loca recién llegada al manicomio.

—Eso es tentador.

—Sí que lo es —dijo riéndose. Salió de encima de mí y se puso de pie junto a la cama—. Venga, levántate ya.

Me senté en la cama y lo miré con cara de pocos amigos. No llevaba muy bien eso de levantarme pronto cuando tenía fiesta o vacaciones.

—¿Tan importante es, que no puedo quedarme cinco minutos más en la cama?

—Tus cinco minutos se convierten en veinte horas. ¡Levanta el culo!

Gruñí al techo y me arrastré por el colchón, levantándome a desgana y fulminándolo con la mirada cuando pasé por su lado. Él rio entre dientes y me siguió.

Mi enfado se esfumó de inmediato cuando vi que, desde la puerta del dormitorio hasta la cocina, había un camino de pétalos de rosa roja como el que hizo en su casa. Lo miré incrédula y después miré a Aaron, que asintió con la cabeza y me animó en silencio a seguir ese

camino que había marcado. Me pareció curioso que Zeus no estuviera destrozando lo que había hecho, esparciendo los pétalos por todas partes. Siguiendo el camino, llegué a la cocina y tuve que seguir hasta una puerta doble que llevaba a una gran terraza suspendida sobre el lago de la propiedad, que ofrecía unas vistas de cine. La noche anterior no había podido verlo bien, pero a plena luz del día, con los rayos de sol de la mañana reflejándose en el agua, lucía espectacular.

—Qué preciosidad —susurré.

Aaron me miraba a mí y sonrió.

—Ni que lo digas.

Suspiré y bajé la mirada hasta el suelo para seguir por el camino marcado con pétalos de rosa, que me llevó hasta una mesa de seis comensales perfectamente dispuesta para un desayuno de marqueses. Me reí, y lloré de la risa en el proceso, cuando vi a Zeus sentado junto a la mesa, pero con cierta distancia de seguridad, atado con su correa a la barandilla de la terraza y con una pajarita en su cuello.

—¿Y eso?

—Me ha costado una barbaridad ponérselo, así que deberías considerar la opción de valorar el esfuerzo. Ya que estaba tan encabronado en meterse en medio, lo he incluido en la presentación.

—¿No ha destrozado el camino de pétalos?

—Dos veces —asintió—. A la segunda lo he dejado ahí atado y después me he vengado de él poniéndole la pajarita. Pero al cabrón parece gustarle.

Efectivamente, cuando volví a mirarlo parecía que sonreía. Movía el rabo de un lado a otro, con la boca abierta y por el lado le colgaba la larguísima lengua. Tenía una cara de simpático cuando se ponía así, que era para comérselo.

Me acerqué a la mesa para ver el estupendo banquete que Aaron había preparado. Observé que disponía de todo tipo de fruta, tostadas, mermeladas, mantequilla, embutido, café y zumo.

—¿Celebramos algo?

—Es probable. —Apartó una silla y me invitó a sentar en ella. Cuando lo hice, él desató a Zeus de la barandilla y después se sentó a mi lado—. Es algo que tenía planeado para más adelante, pero no puedo alargarlo más. Llevo demasiado tiempo dándole vueltas.

—¿A qué? —pregunté con la boca llena de comida.

Él alzó una ceja y me miró con incredulidad.

—¿Ya estás comiendo?

—Tengo hambre. —Me encogí de hombros—. ¿No era para comer?

—Sí, sí… Come, come…

—¿Qué querías decirme?

Él sacudió la cabeza y miró la comida, por lo que también cogió una tostada, puso tomate y aceite, y añadió unas lonchas de jamón de

york. Cuando terminó, le dio un bocado y quedó pensativo durante un buen rato.

—Soy incapaz de seguir contigo por sexo —soltó sin más.

Ni siquiera me miró a la cara. Se limitó a soltarlo y a seguir comiendo como si no hubiera dicho nada. Lo peor fue que para mí había sido como una ruptura. Como si en realidad hubiéramos sido una pareja al uso y ya no quisiera seguir con la relación. Eso confirmó mis sospechas; me había enamorado de él.

Me había enamorado de él…

Me había enamorado de un hombre que había decidido que ya no quería seguir conmigo. Aunque nuestra relación se limitara al sexo. Aunque acordáramos que así iba a ser. No pude evitar que mis sentimientos fueran a más. ¿Cómo había podido ser tan idiota? ¿Por qué había dejado que mi corazón ganara a la razón? ¡Iba a ser solo sexo!

Me levanté despacio de la silla y bajé las escaleras del porche, acercándome al lago que parecía ser parte de aquella propiedad. Era precioso, pero no estaba ahí por eso, sino para aclararme.

Acabé sentada sobre unas grandes piedras, cuyo sonido del agua chocando contra ellas, siguiendo su curso, lograba relajarme. Perdí la cuenta de las veces que pensé en cómo afrontar esa situación. Y no fui capaz de valorar qué era mejor, si coger a Zeus y volver a casa, o decirle a Aaron lo que sentía por él. Cada vez que pensaba en la segunda opción, el corazón latía con fuerza en mi pecho y me daba una especie de ansiedad que me costaba horrores controlar.

Él era quince años mayor que yo, y esa fue la barrera que marqué para no pasar el límite más allá del sexo. Pero fue esa misma limitación que mi corazón decidió saltarse y seguir adelante. Podía ocurrir, por supuesto, y fui consciente de ello, aunque intenté con todas mis fuerzas que no fuera así.

—Vicky… —Oí a mis espaldas—. ¿Por qué te has ido así?

Sin responder, pues no me veía capaz en ese momento, empecé a acariciar a mi amigo peludo mientras él disfrutaba de ese contacto. Aaron apareció en mi campo de visión, sentándose cerca de mí, con Zeus entre los dos. Pero no dijo nada, se limitó a observarme en silencio.

Cuando terminé de soltar todo el estrés a base de caricias a Zeus, me levanté y di unas palmadas en mi pierna, animándole a levantarse. Ambos lo hicieron, y ambos me miraron. Como dos perros, con la destacable diferencia de que uno movía el rabo… y el otro no.

—Vámonos a casa, campeón —susurré.

Poco a poco, con disimulo y discreción, Aaron se fue acercando a mí, hasta rozar su mano con la mía. Le ignoré y seguí mi camino.

Cuando llegué al porche entré rápidamente en la cabaña para irme

directa al cuarto de baño. Necesitaba con urgencia una ducha.

Media hora después, salí del cuarto de baño y encontré a Aaron sentado en el sofá frente a la chimenea encendida. Tenía los codos sobre las rodillas, los dedos entrelazados y la mirada fija en las llamas. Seguramente estaba pensando en lo ocurrido y en lo que le seguía. Estaba pensando en nuestra ruptura sexual, aunque para mí era mucho más que eso. Era *demasiado* más que eso. No muy convencida, me acerqué a él y me senté a su lado, esperando recibir otra puñalada como la anterior.

—No tengo claro si me has entendido mal… —dijo, en un susurro —, o me has entendido a la perfección y no te ha gustado lo que he dicho.

—Quieres que dejemos de vernos —respondí, tragándome el nudo de sentimientos que tenía atravesado en la garganta.

Aaron apretó los labios y negó con la cabeza.

—Como me temía, me has entendido mal. —Alcé la mirada de inmediato al oírle y le miré a la cara, confundida—. Me he enamorado de ti, Vicky, y por eso mismo soy incapaz de seguir estando contigo solo por sexo. El problema es que tú tienes el impedimento de la diferencia de edad. —Negó con la cabeza—. Tú no quieres estar con un viejo. Y lo entiendo, de veras que lo entiendo, pero no puedo seguir así. Necesito que demos un paso más allá, o dejemos lo que tenemos y que cada uno siga con su vida.

Giró la cabeza para mirarme a los ojos y, aunque yo intenté decir algo, no fui capaz. Apenas podía respirar con normalidad. Él estaba sintiendo lo mismo que yo sin que me diera cuenta. Nos habíamos enamorado el uno del otro… sin darnos cuenta.

—¿Quieres que tengamos una relación? —Logré decir—. ¿Algo serio y estable?

—Eso es. No lo esperaba ni lo buscaba, pero… —Se encogió de hombros—, no he sabido controlarlo y tampoco puedo ocultarlo más. ¿Tú no sientes nada? ¿Tan grande es el muro de la edad?

No lo era. Por supuesto que no. Lo que él sentía era recíproco, y en mi caso tampoco había sabido controlarlo ni quería ocultarlo más. Habíamos empezado como un simple juego, con sexo del bueno, y habíamos acabado enamorándonos el uno del otro sin darnos cuenta. No fue algo premeditado ni forzado, simplemente… ocurrió.

—Te quiero —susurré con la voz rota.

Aaron alzó las cejas y giró su cuerpo para quedar encarado a mí.

—¿Qué has dicho?

—Que te quiero.

Me lancé sobre él y le besé, sellando lo que le había dicho dos veces. Nunca imaginé que podía decirle eso a un hombre, mucho menos a Aaron, que seguía siendo quince años mayor que yo.

—Joder, Vicky… —jadeó, y me agarró de la cintura para ponerme a horcajadas sobre él.

Aquella noche fue igual de buena que las anteriores.

Puede que incluso más.

11

Verme con Aaron Medina paseando por un pueblecito de montaña, acompañados de Zeus, estaba siendo una visión preciosa y perfecta de nosotros. Llevábamos ya tres días en la cabaña, los cuales los había pasado sentada o tumbada. Pasamos en la cama más horas de las moralmente permitidas, aunque debía confesar que haber expresado nuestros sentimientos intensificó nuestra pasión y ganas.

Ya no era solo sexo.

—No hemos hablado de tu trabajo —dijo sin más, obligándome a desviar la mirada de un escaparate lleno de cosas que estaban llamando mi atención. Giré la cabeza y lo miré a los ojos, no muy convencida de a qué se refería—. Tus horarios son complicados. Trabajas de noche, ¿no?

—Sí. De diez de la noche a seis de la mañana.

—¿Puedo saber cuánto te pagan por eso?

Asentí con la cabeza, pero no estaba segura de que mi respuesta fuera a gustarle, puesto que él era un hombre con varias empresas y mucho dinero.

—Unos mil doscientos setenta euros con algunos céntimos, a esos normalmente no les hago mucho caso, la verdad.

—¿Perdón?

—Que a los céntimos no…

—Eso no. Trabajas de noche… ¿y cobras esa mierda? —Negó con la cabeza, claramente ofendido por mi sueldo—. Y mis empleados se quejan de lo que cobran… Es increíble.

—A mí ya me va bien —afirmé. Y era cierto, no tenía ningún problema con mi sueldo. Con el trabajo sí, porque el horario no me dejaba tener una vida normal, pero no podía quejarme de poder vivir con tranquilidad gracias a ese dinero que ganaba—. Cuando murió mi padre heredé el piso sin cargas. Pago luz, agua, gas, comunidad, comida y poco más. Al vivir en la ciudad puedo usar transporte público, así que me ahorro los gastos de mantener un coche.

—Así que tienes carné.

—Insistencias de mi padre. Decía que esa era una de las cosas que me salvarían la vida a largo plazo.

—Pero no tienes coche.

—El suyo se estropeó poco antes de que muriera.

—¿Y si tienes que ir a algún lugar fuera de la ciudad? ¿o llevar a Zeus a algún sitio? No sé, cualquier emergencia en la que necesites

vehículo. ¿Cómo lo haces?

—Pues saco el móvil del bolsillo y llamo a cualquiera de mis amigos que, con mucho gusto, me llevan allá donde necesite.

—Por lo tanto, dependes de tus amigos para ser independiente. —Sacudió la cabeza—. Eso no tiene ningún sentido, Vicky.

Paramos en un pequeño parque donde nos sentamos en un banco y solté a Zeus. Estaba encarado al bosque, por lo que el césped se fundía con los árboles que delimitaban el área urbana. Zeus no iba a molestar a nadie por ahí.

Pensando en lo que había dicho Aaron, tenía bastante sentido. Me había convencido de ser independiente y poder valerme por mí misma, cuando en realidad no era así. Siempre necesitaba a mis amigos. Especialmente cuando cobraba y hacía la compra fuerte del mes, que entonces llamaba a Lidia o Carol para que me llevaran en coche y ponerlo a petar.

—Con mi padre todo era muy distinto —comenté, mirando a Zeus que corría de un lado a otro. Pude ver por el rabillo del ojo que Aaron me observaba con atención ante mis palabras—. Él se encargaba de todo. Siempre. Pero cuando enfermó me vino todo encima. El trabajo, sus cuidados, las visitas médicas… Estuvieron a punto de despedirme por las mil veces que falté al trabajo porque él no se encontraba bien o tenía que acompañarlo al hospital. Llegué a ponerme de rodillas y suplicar que no me despidieran, porque mi sueldo era el único que entraba en casa. En los últimos meses él estaba enfadado porque le prestaba demasiada atención y me olvidaba de mí misma. Cuando el cáncer pudo con él… no fue mejor, por supuesto. Me dieron tres días de baja por muerte de familiar directo. Tres días…, en los que se suponía que tenía tiempo suficiente para recuperarme y seguir con mi vida como si nada hubiera ocurrido.

—Eso es imposible —musitó.

—Pero tuve que hacerlo. Invertí esos tres días en mentalizarme de que necesitaba ese trabajo. Y aquí estoy…, sin coche, con un sueldo de mierda, trabajando de noche y con un perro loco que tira a la gente a las piscinas.

Aaron se rio cuando oyó lo del perro, pero se puso serio con rapidez y me abrazó por los hombros, regalándome un beso en la cabeza.

—Fuiste una jovencita muy fuerte, Vicky. Puedes estar orgullosa de ti misma.

—Háblame de tu hermano. —Me enderecé y lo miré a los ojos. Pero su expresión había cambiado—. Dijiste que había muerto. ¿Cómo lo llevaste?

—Siento decirte que yo no soy como tú, pequeña. No quiero pensar en lo que ocurrió. Prefiero olvidarlo.

—¿Para qué ibas a querer olvidar la muerte de un ser querido? No tiene sentido.

Aaron se levantó del banco y empezó a andar, por lo que llamé a Zeus y le seguí. Respeté el silencio que él necesitaba, aunque no lograba entender por qué no quería hablar de ello. Quizás necesitaba ayuda y le daba vergüenza pedirla. Quizás lo tenía dentro y no sabía cómo sacarlo. Fuera como fuese, a Aaron no le gustaba hablar de ese tema y siempre intentaba evitarlo. Debía encontrar el modo de conseguir que se abriera a mí y me lo contara. Poco a poco, todo a su debido tiempo.

En los siguientes dos días Aaron estuvo un poco más serio de lo normal. No tenía muy claro si había sido por preguntarle lo de su hermano, por saber sobre mi patético trabajo o por algún asunto de la empresa, ya que había recibido varias llamadas desde ahí. En todas ellas, acabó gritando y colgando el teléfono. Eso sí, mis masajes eran terapéuticos, por lo que conseguía relajarlo y, después, una buena sesión de sexo remataba la faena.

—Esta tarde volvemos a Barcelona —me informó tras colgar otra llamada—. ¿Tú qué día empiezas a trabajar?

—Mañana por la noche. A las diez en punto debo estar ahí.

Meditó unos segundos, golpeándose los carnosos labios con la esquina del móvil.

—Entonces sales el viernes por la mañana y ya no vuelves hasta el domingo por la noche.

—Eso es.

—¿Podrías venir a la oficina cuando salgas? Bueno, déjalo, seguramente estés cansada y no te apetezca cruzar media ciudad solo para venir a verme. Mucho menos sin coche..., claro. —Me señaló con el móvil y puso rostro serio, aunque pude ver un chispazo de burla en sus ojos—. Tenemos que solucionar lo del coche.

—La solución se llama transporte público. —Le di un casto beso en los labios—. Me voy a la ducha. ¡Ah! Y sí, el viernes cuando salga del trabajo iré a verte.

—Me refería a mañana. Quiero decir… el lunes por la mañana. ¡Joder! Qué lío de horarios, de verdad. Da igual, no es necesario. Ve directa a tu casa y ya iré yo cuando pueda.

Le lancé un beso desde la puerta del cuarto de baño antes de cerrarla. En ese momento ya estaba planeando cómo sorprender a Aaron. Iba a aparecer en la oficina de buena mañana y quizás conseguía alegrarle el día para que le fuera más llevadero. Su trabajo parecía muy estresante, y no era para menos; ser el propietario de una empresa de ese calibre con cientos de empleados a su cargo debía ser agotador. Sobre todo, si las cosas no salían bien, como parecía que

estaba ocurriendo.

Por la tarde cargamos el coche con las maletas y volvimos a Barcelona. Sonreí al llegar a la ciudad y pensar que habíamos salido como dos personas que se acostaban por placer, y volvimos siendo una pareja. ¿Debía decírselo a mis amigos? Por supuesto que sí, nunca les oculté nada. ¿Iríamos cogidos de la mano por la calle como cualquier pareja de enamorados? Esperaba que también. Aunque con Aaron, teniendo en cuenta la subida de trabajo después del verano, llegué a verlo un tanto complicado.

—¿Por qué sonríes?

Giré la cara para mirarlo y sonreí mostrando los dientes. Estaba realmente contenta y no podía ocultarlo.

—¿Quién iba a decirme que volvería a Barcelona siendo la novia de Aaron Medina?

El soltó una carcajada, cogió mi mano y me besó en el dorso. Ese gesto me parecía muy tierno.

—Puedo asegurarte que me lo dicen a mí unas semanas atrás y me río en su puta cara.

—¿Nunca creíste en el amor? —pregunté, curiosa por saber la respuesta.

—Hace años —susurró—. Bastantes años atrás. —Me miró y esbozó una sonrisa que me quitó el hipo—. Y ahora… por culpa de un ave fénix.

—Tú tienes un rollo raro con ese pajarraco mitológico, ¿eh? Lo llevas tatuado en la cruz de la espalda. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué dices? —preguntó sorprendido—. ¿Un ave fénix en mi tatuaje? Le dije al tatuador que quería a *Mickey Mousse*. ¡Menuda estafa! Claro, como no puedo vérmelo...

Me reí a carcajadas y le di un puñetazo en el hombro que lo hizo reír a él. Parecía que su humor había mejorado y se mostraba graciosillo, el muy sinvergüenza.

—¿Por qué el ave fénix? —Quise saber.

—Renace de sus cenizas. —Se limitó a decir.

—¿Tuviste que renacer de las tuyas?

—¿Vamos a tu casa o a la mía? Zeus está aquí, así que no hay excusa. Solo dime dónde prefieres dormir.

Como siempre ocurría con cualquier pregunta que invadía su pasado, Aaron se encargó de desviar el tema y evitar responder. Lo que él no sabía, era que eso avivaba más mi curiosidad. Tarde o temprano me enteraría de todo.

Al final decidí que quería dormir en mi casa y Aaron se hubiera quedado conmigo si no hubiese recibido una llamada con la que tuvo que salir pitando para ir a la oficina. Al parecer, algo se estaba

desmoronando en el imperio Medina, y él tenía que ir para solucionarlo. Definitivamente, llevar una empresa así tenía que ser un verdadero comedero de cabeza. En momentos como ese, me alegraba de ser una simple empleada de supermercado que se limitaba a hacer su trabajo y, al terminar la jornada, volvía a casa sin tener que pensar más en ello.

No supe que tenía un TOC hasta ese preciso momento. Me estaba poniendo mala. Pero mala de verdad. Aunque la tentación me lo pedía a gritos, pude retenerme lo suficiente para no moverme. Me limité a mirarlo. Fijamente. Incluso dejé de oír para centrarme en esas migas de galletas sobre el sofá. ¿Por qué Jordi era tan cochino comiendo?

—¡Vicky!

Alcé la mirada hasta sus ojos y él se rio, provocando que varias migas más cayeran sobre el montón.

—¿Podrías recogerlas? —Señalé nerviosa la montañita que ya se había instalado sobre la tela del sofá—. Lo limpié hace apenas dos semanas y cuesta mucho quitarle y ponerle las fundas, ¿sabes?

—Oh, perdón.

—Bueno, la cuestión —intervino Carol—. Que os habéis ido de vacaciones los dos a vete a saber dónde, no nos dices dónde estás, pasas del teléfono como de comer mierda, vuelves con cara de *muy, pero que muy follada* y el cutis como nuevo. ¿Algo que decirnos? A parte de que has fornicado como una loca, por supuesto.

Mis amigos fueron a verme tan pronto se enteraron de que había vuelto. Por un momento me arrepentí de haberlos avisado, pues sabía que se presentarían en casa con un montón de preguntas y me taladrarían la cabeza. Pero, tener amigos así, era lo que tenía.

—A los pirineos —aclaré—. Y… no sé cómo deciros esto…

Lidia puso ambas manos frente a su boca, cubriéndosela, en un exagerado estado de sorpresa.

—¡¿Estás embarazada?!

—¡No! Por favor, ni lo menciones. Todavía soy demasiado joven para eso. Además, sería complicado de gestionar con mi trabajo.

—Y con el padre de la criatura —añadió Carol—. Explícale a *un polvo tras otro* de hombre que va a ser padre. Ese sale por patas seguro. Tú mantenlo como *follamigo*, que así vas bien.

—La cuestión es que ya no es mi *follamigo* —susurré.

Los tres me miraron con los ojos abiertos como platos, aunque estaba segura de que tenían varias versiones en su cabeza, o al menos dos.

—¿Ya no vais a acostaros más? —preguntó Jordi, soltando una de las dos potenciales preguntas.

—En realidad… estamos juntos.

Un «ooooh» salió disparado de la boca de Lidia y Jordi. En su defecto, Carol me regaló un «¡puaj!» bastante sonoro. Estaba claro que mi amiga y los novios no se llevaban bien. Ella prefería tener uno para cada día, nada de ataduras. Creía que tener novio era una pérdida de tiempo y posibilidades.

—¿Eres la señora Medina? —Jordi parecía más emocionado que nadie—. ¿Y el anillo *pa'* cuando?

—Deja a *JLo* en paz, anda —dijo Carol con cara de asco—. ¿El anillo *pa'* qué? Vicky no se casa. —Arrugó la frente y me miró a los ojos—. No te casas, ¿no?

—No —respondí riéndome—. Estamos empezando, no os emocionéis. Lo más seguro es que no salga bien.

—O sí, y tengas al fin tu preciosa historia de amor como la que tuvieron tus padres —dijo Jordi.

—Ojalá —susurré mirando a la nada.

12

El primer día de trabajo después de las vacaciones siempre era mortal. Para el que trabajaba de noche, como yo, acababa fulminado. Así terminé yo; hecha mierda. No tenía un trabajo muy agotador, físicamente hablando, claro. No tenía que cargar peso, pero sí que me hacía varios kilómetros andando por la nave para contabilizar el *stock* y el género entrante. Lo que más me molestaba era recibir los primeros rayos del sol nada más salir del trabajo. Era como un recordatorio de que tenía un turno horroroso. Por suerte eso ocurría durante poco tiempo, en verano, pues el resto del año salía cuando todavía era de noche.

Ese día, sin embargo, salí más feliz de lo normal. Y eso fue porque, pese a que estaba muy cansada, con muchas ganas de tumbarme en la cama y dejarme absorber por ella, tenía decidido darle una sorpresa a Aaron. Eso sí, durante todo el trayecto en bus me pregunté a mí misma por qué no podía haberlo dejado para otro día. Casi me quedaba dormida de pie. A esas horas ya había realizado mi jornada laboral, llegado a casa, sacado a Zeus, duchado y cambiado de ropa. Eran las ocho de la mañana y estaba para el arrastre.

Una vez en el edificio de Aaron, entré por la puerta giratoria y me dispuse a seguir la ruta que recordaba haber realizado con él cuando me llevó semanas atrás. Pero una mujer muy elegante y emperifollada me detuvo, alzando la mano y gritando un:

—¡Disculpe!

Me acerqué al mostrador con mi mejor sonrisa, esperando que me dijera algo interesante que nunca llegó. Se limitó a mirarme, sonriendo, sin decir palabra.

—Dígame —la animé.

—No, dígame usted. ¿Adónde va?

—Oh… pues… voy al despacho de Aaron Medina.

—¿Tiene cita programada?

No pude evitar reírme, aunque juro que lo intenté con todas mis fuerzas. Pedir cita, ¿yo? De buena gana hubiera gritado a los cuatro vientos que era la afortunada novia de Aaron Medina, incluso hubiera sido capaz de colgarme un cartel en la espalda para que todo el mundo se enterara. Pero decidí ser más discreta, me incliné sobre el mostrador de recepción y susurré:

—Soy la novia de Aaron. He venido a darle una sorpresa.

—Por supuesto —dijo sarcástica—. La novia de Aaron…

Cuando levantó el teléfono supe que aquello no era buena señal. Pero cuando oí que llamaba a los de seguridad tuve claro que iba a ocurrir una de las dos opciones que tenía. La primera: me sacaban de allí a la fuerza. La segunda: corría hasta el ascensor y llegaba al despacho de Aaron justo a tiempo para que él interviniera. Opté por la segunda, por supuesto.

—¡Eh! —gritó la mujer, al ver que salí corriendo—. ¡Seguridad! ¡Seguridad!

Sonreí como una mala malota cuando vi que las puertas se cerraban sin que los de seguridad pudieran alcanzarme. Por desgracia para mi escasa paciencia, el ascensor era muy lento y tardé una eternidad en llegar a la planta doce. Cuando lo conseguí, salí de él con la cabeza alta, pero tuve que volver a correr cuando, de otro ascensor, salieron los de seguridad.

—¡Señorita! —gritó uno, corriendo detrás de mí.

Llegué al despacho de Aaron, abrí la puerta y tropecé con mis propios pies, cayendo de bruces al suelo. Mi orgullo, por supuesto, cayó conmigo. Juntos hasta la muerte.

—Bonitos zapatos —comenté, observando el par de mocasines negros que había delante de mis narices.

Dos pares de manos me alzaron y sujetaron bajo la incrédula mirada de Aaron que, al ver que era yo, alzó una mano para detenerles.

—¿Vicky?

—¡Hola! —saludé, sacudiendo la cabeza para apartar algunos mechones de cabello que me tapaban la cara. Al no conseguirlo, empecé a soplar. Por supuesto, fue una pérdida de tiempo.

—Podéis marcharos —dijo Aaron.

Los hombres me soltaron y se fueron con discreción, dejándome ahí de pie, con la ropa torcida y el pelo hecho un *ñapo*.

—Uf, qué emocionante ha sido. ¡Menudo subidón de adrenalina! Me recuerda a los viejos tiempos cuando…

Me callé al darme cuenta de que Aaron no sonreía. Se mantenía quieto, serio y diría que enfadado.

—Vaya, pero si es la del chucho —dijo alguien a quien no había visto. Giré la cabeza a mi izquierda para mirarla. Era la rubia de los dos mil euros, y estaba tranquilamente sentada en uno de los sofás del despacho, con las piernas cruzadas—. ¿Has venido a saldar tu deuda?

—¿Perdón?

Aaron me cogió del brazo y me llevó hasta la puerta. Parecía tener prisa en sacarme de allí.

—Espera fuera un momento —susurró.

No me dio tiempo a responder, me dejó fuera y cerró la puerta delante de mis narices. En ese momento me pilló tan desprevenida

que, por un buen rato, me quedé frente a la puerta, mirándola fijamente. Me había echado del despacho. Mi sorpresa a la mierda.

—¿Quiere un café? —preguntó alguien a mi derecha. Giré la cabeza para mirarla y vi a Susana, la mujer a la que Aaron trató mal la otra vez que fui con él—. Tiene cara de necesitarlo.

—La verdad es que… —Miré de nuevo la puerta, pero volví a centrarme en ella—, no me iría nada mal.

La mujer me llevó a una sala muy cerca del despacho de Aaron y de su mesa, donde había una pequeña cocina equipada, un par de mesas con sillas y máquinas dispensadoras. Al parecer, un comedor para empleados. Por un momento creí que iba a tener que beber café de la máquina que había junto a la de sándwiches, pero me alegré de ver que Susana cogía la jarra de la cafetera, un par de tazas y leche de la nevera.

—Aquí tiene —susurró, dejándome la taza delante mientras ella se sentaba a mi lado—. Ha tenido una entrada triunfal en el edificio, señorita.

Sonreí, avergonzada, y me centré en la taza que tenía al frente.

—Quería darle una sorpresa a Aaron, pero me han puesto pegas desde abajo, así que…

—Lo ha pillado en mal momento.

—¿Quién es esa mujer?

Susana apretó los labios por un segundo. Me pareció que se estaba autolimitando en las respuestas que iba a dar.

—Laura, la excuñada del señor Medina.

—No sabía que tenía cita programada con ella.

—Laura no necesita programar nada. Ella llega y entra sin dar explicaciones. —Susana se calló y volvió a apretar los labios, cosa que captó mi atención—. En fin, ¿cómo se llama?

—Vicky —solté sin más—. ¿Laura tiene algún cargo en la empresa?

—Eso deberá preguntárselo al señor Medina. Yo solo soy su secretaria y no estoy autorizada para dar ese tipo de información.

—Entiendo…

De pronto, Laura entró en el comedor de mala manera y fulminó a Susana con la mirada. Esa mujer me daba muy mala espina, algo que no solía ocurrirme muy a menudo. Y no creí que fuera por su metro ochenta de altura, ni por sus curvas de escándalo o su preciosa melena rubia de bote. Era algo dentro de ella. Algo que no podía verse.

—¿Tengo que cruzar media empresa para pedirte que hagas tu trabajo? —escupió, poniendo los brazos en jarras—. Quiero un café. Ahora mismo. Lo llevas al despacho de Aaron.

—Es mi hora de descanso, señora…

—Tú descansarás cuando yo te lo diga —interrumpió.

Viendo que Susana agachó la cabeza y se dispuso a levantarse de la

silla, le agarré la mano y miré a los ojos a esa impertinente que se creía la dueña y señora del lugar.

—Tienes manos, ¿verdad? —Señalé a la cocina—. Ahí lo tienes. Vas y te lo haces tú.

Laura me señaló con el dedo y arrugó la frente. Mis palabras la habían puesto muy nerviosa.

—Tú te callas, retaco insolente. —Aaron apareció detrás de ella con las manos en los bolsillos del pantalón, apoyó el hombro en el marco de la puerta y nos miró a ella y a mí. Pero la señora *yo-mando-aquí* no se dio cuenta—. Ya puedes ir sacando el dinero que me debes por culpa de tu puñetero chucho y largarte de aquí. No quiero que te acerques a Aaron, ¿entendido?

Me levanté de la silla, irguiendo mi ridículo metro sesenta y cinco frente a su metro ochenta y me acerqué a ella, que seguía con sus aires de superioridad.

—Primero, señora *polioperada*: ese dinero se lo debo a Aaron, no a ti. Así que no intentes duplicar la cantidad que le soplaste con la tontería de la piscina. Para tu información, el vestido no fue afectado por el cloro. Segundo: como vuelvas a llamar chucho a mi perro, vamos a tener un problema de los gordos. Dicho esto, si quieres un café, lo haces tú. Susana está en su rato de descanso y ni tú ni nadie puede interrumpir eso. Son sus derechos de trabajadora. —Ladeé la cabeza—. ¿Sabes lo que es trabajar, Laura?

A Aaron se le escapó la risa, por lo que ella giró sobre sus tacones de aguja y lo miró. En su rostro podía verse lo ofendida que estaba por mis palabras.

—¿Vas a dejar que este *troll* me hable así?

Aaron se encogió de hombros, sin descubrir las manos de sus bolsillos. Se lo veía bastante tranquilo, dada la situación en la que nos encontrábamos.

—Esto es increíble… —se quejó. Entonces miró a Susana de nuevo y le hizo un gesto de mano—. ¿Tengo que esperar mucho para mi café?

Detuve a Susana con una mirada cuando fue a levantarse, la pobre ya no sabía si hacerme caso a mí, o a la bruja patilarga.

—¿Cómo lo quieres? —le pregunté con aire inocente.

Ella me miró con desdén durante unos segundos, hasta que sacudió la cabeza y se cruzó de brazos.

—Solo, largo, con dos azucarillos.

—¿Con cremita por encima?

—Sería un detalle.

—Bien.

Me acerqué a la cocina y le preparé el café con tranquilidad y minuciosa perfección. Descarté la jarra con café ya hecho, por

supuesto, así que usé el molinillo, cargué el casquillo y le hice un expreso que olía de maravilla. La cremita que había en la superficie era muy tentadora, pero me reservé las ganas que tenía de probarla. Le puse el azúcar, removí con calma y se lo acerqué, lanzando una sonrisa cuando vi que ella sonreía con superioridad. Creía haberse salido con la suya, hasta que estuve lo suficientemente cerca como para poder tirárselo encima del escote, manchándole el estupendo vestido que llevaba.

—¡Serás… zorra! ¡Este vestido vale más de lo que tú ganarás en un año!

—Si es necesario pediré un crédito para pagártelo, pero el gustazo no me lo quita nadie. Espero que ahora te quede claro que la clase obrera está hasta las narices de que se los explote y no se cumpla con sus derechos como trabajadores.

—Mándale la factura a Ricardo —dijo Aaron, sin moverse un solo centímetro de donde estaba.

Laura, muy cabreada por lo sucedido, se alejó de nosotros vociferando una clase de improperios muy vulgares para su estatus social. Con lo pobre que era yo… y podía demostrarle más educación de la que ella tenía.

—Dios… —susurré, acercándome a mi silla. Me dejé caer en ella y apoyé la espalda en el respaldo—. No sabéis lo bien que me he quedado. ¡Menuda bruja!

Susana me miró con los ojos abiertos como platos y miró a Aaron, que al fin sacó las manos de los bolsillos y se acercó a nuestra mesa. Se sentó sin dudar, y eso pareció sorprender todavía más a su secretaria.

—Acabas de complicarme las cosas, *troll* —bromeó Aaron.

—No me llames así —me quejé—. ¿Cómo puedes soportar a esa arpía?

—Esa arpía tiene un cinco por ciento de las acciones de la empresa. Un porcentaje ridículo, pero el suficiente para que no pueda negarle la entrada. Ahora, gracias a ti, comprarle esas acciones para quitármela de encima va a ser más complicado de lo que ya era.

Susana nos miraba a ambos, tomándose su café con calma y, seguro, flipando en colores.

—Vaya… —susurré—. No lo sabía.

—Claro que no. Ahora dime, ¿tanto te gusta el suelo de mi despacho, que nada más entrar lo besas?

La carcajada que solté rebotó por toda la sala. Incluso la discreta de susana sonrió con disimulo.

—He tropezado con mis pies. Los de seguridad me pisaban los talones y… —Me encogí de hombros—, ganaba o moría en el intento.

Aaron se rio y asintió con la cabeza.

—¿Qué tal en el trabajo?

—Cansada —dije, en un suspiro—. El primer día después de las vacaciones es mortal. ¿Tienes alguna otra reunión o puedo quedarme un rato contigo?

Aaron miró a Susana, que rápidamente sacó el móvil del bolsillo y empezó a tocar la pantalla con dedos nerviosos.

—Tiene una reunión con el señor Sánchez en quince minutos…

—Anúlala.

—De acuerdo. A las diez y media tiene otra reunión con los inversores alemanes en el restaurante…

—Aplázala.

—Es… Está bien. A la una tiene una comida con la señora…

Aaron sacudió la mano, interrumpiéndola.

—Anúlala. Si te resulta imposible, que así será, le dices que me llame.

Susana asintió con la cabeza y siguió tecleando en el móvil, hasta que se levantó y, musitando una disculpa, desapareció de la sala.

—Así de fácil —dije, cruzándome de brazos—. Anula, aplaza, anula, aplaza… Y, a lo tonto, te quedas con el día libre.

—Y con el doble de trabajo para el día siguiente. —Se levantó de la silla y me cogió de la mano—. Vamos a mi despacho.

Sin soltarme de la mano, Aaron me llevó bajo la incrédula mirada de algunos trabajadores con los que nos cruzamos. Susana, desde su mesa, sonrió y asintió una vez con la cabeza. Yo le devolví la sonrisa, por supuesto. Tenía una conversación pendiente con esa mujer. Y con Aaron. No era normal que se la tratara de ese modo.

Una vez en el despacho, Aaron cerró el seguro de la puerta y señaló su mesa de trabajo.

—Si te sientas en la silla verás un botón a mano derecha, sobre el primer cajón. Púlsalo. Voy a quitarme esta ropa tan incómoda.

—Vale.

Lo observé marcharse mientras se quitaba la americana. Cuando desapareció de mi campo de visión, me senté en su silla y busqué el botón que había mencionado. Le di y esperé. Pero ahí no ocurrió nada.

De pronto, Aaron apareció con una camisa blanca abierta, mostrando sus muy apetecibles abdominales. Llevaba un vaquero puesto, con el botón desabrochado y la cremallera abierta.

—¿Le has dado?

—Sí, pero no ha pasado nada.

Se acercó a mí y se inclinó, apoyando una mano en el reposabrazos de la silla y otra en la mesa.

—Se han tintado los cristales. Desde fuera no se ve nada más que el reflejo. —Me besó, al tiempo que cogió mi mano y me obligó a

levantarme de la silla—. Siempre y cuando le hayas dado bien, claro.

—¿Puedo comprobarlo?

—Tendrás que arriesgarte.

De un rápido movimiento, me dio la vuelta y me dejó pegada al gran ventanal que daba al exterior. Puse las manos sobre el cristal y Aaron se pegó a mi espalda, besándome en el cuello mientras su mano se colaba bajo el borde de mis pantalones, en dirección a mi sexo.

—Pueden vernos —susurré.

—No pueden. —Llegó a mi zona más íntima, acariciándola y presionándome ese punto tan delicado—. Después te llevaré a casa.

—Creo que lo necesitaré —confesé.

Sabía que, con lo que me esperaba, no tendría fuerzas para volver en transporte público. Él siguió jugando con mi sexo, tentándome, llevándome al borde del abismo una y otra vez, hasta que apartó la mano, me dio la vuelta y me bajó los pantalones y las bragas con cierta prisa y torpeza que me hizo reír. Él también se rio y, cuando terminó de quitármelos, me alzó del suelo pasando un brazo por debajo de mi trasero.

Me dejó sentada sobre la mesa de trabajo al mismo tiempo que él se sentó en la silla. Cuando me abrió las piernas y me miró a los ojos, supe lo que iba a hacer. Me mordí el labio inferior y contuve un gemido cuando su cabeza se hundió entre mis piernas. Con la misma destreza de siempre, jugó con mi sexo hasta que logró arrancarme gemidos y jadeos incontrolados, y el orgasmo llegó a mí con tanta fuerza que me dejó exhausta.

—Un último esfuerzo y te llevo a casa —susurró, agarrándome de la cintura para ponerme sobre él.

Yo negué con la cabeza y me despojé de sus manos. Incrédulo, me observó mientras bajé de la mesa y me arrodillé entre sus piernas. Cuando agarré la cinturilla del pantalón y los calzoncillos, él hizo presión con las piernas para levantar el trasero lo suficiente para que pudiera bajárselos. Su miembro quedó al descubierto. Preparado, orgullosamente erguido frente a mis narices, sacudiéndose en busca de un poco de atención. Sin pensarlo dos veces, lo agarré con una mano y rodeé con mis labios, arrancándole un jadeo a Aaron que fue gloria para mis oídos.

En el tiempo que habíamos estado juntos no había hecho nada igual. Él se había esmerado mucho en mis bajos. Cada vez que lo hacíamos, empezaba por ahí. Pero a mí nunca me había dado tiempo. Siempre me penetró cuando todavía no había podido recomponerme. Así que había llegado mi momento de gloria.

—Joder, Vicky… —jadeó, agarrándome del cabello.

Su respiración se había vuelto irregular y se removía debajo de mí, hasta que unos golpes en la puerta me detuvieron y Aaron fijó la

mirada con la frente arrugada. Después, le dio a algo sobre la mesa y oí la voz de Susana:

—Es la señora Laura —farfulló—. Ya le he dicho que está ocupado, pero insiste en verle.

—Por el amor de Dios, ¡acaba de marcharse!

—Lo sé, señor.

Se oyó un ruido raro, como si algo hubiera caído, y entonces la voz de Laura apareció de la nada.

—Abre la puerta, Aaron. Tenemos que hablar.

—Ahora mismo no puedo atenderte.

—No me marcharé hasta que pueda hablar contigo.

Un momento después, volvió a aporrear la puerta, dispuesta a tirarla abajo si era necesario. Aaron me miró, quizás pidiéndome que saliera de ahí abajo. Pero yo sonreí y me arrastré sobre mis rodillas dando marcha atrás, escondiéndome debajo de la mesa.

—Serás viciosa… —susurró, arrastrando la silla hasta que la mesa cubrió sus bajos—. Recuerda que no estaremos solos.

Alargó la mano a la izquierda y le dio a un botón. Seguidamente pude oír los taconazos de Laura sobre el suelo.

—No te veo muy ocupado. ¿Acaso tienes calor?

—He tenido que detener una reunión muy importante por tu culpa. Ve al grano, Laura, no tengo tiempo para tus gilipolleces.

—Está bien. Para empezar, quiero que tu *putilla* pague el vestido que ha estropeado.

Aaron se removió un poco cuando ejercí más presión de la normal en su miembro. Al darme cuenta, aflojé la mano y me mordí la lengua.

—Se llama Victoria, y no es ninguna puta. Dime cuánto te ha costado el vestido, le diré a Ricardo que te haga una transferencia.

—Quiero que lo pague ella, Aaron. Y quiero el dinero mañana mismo. Seiscientos setenta euros. Seré buena persona y le perdonaré los céntimos. Tampoco la quiero en la empresa, así que he dado orden en la recepción para que no la dejen entrar.

—En ese caso daré una orden contraria y avisaré de que tus órdenes no sean tenidas en cuenta sin mi consentimiento. ¿Algo más?

—Soy accionista de esta empresa.

—También eres un grano en el culo y no veo que me lo recuerdes cada cinco segundos. —Me reí en silencio al oír eso, provocando que Aaron se estremeciera al sentir mi aliento sobre su miembro—. No tienes nada que hacer aquí, Laura. ¿Por qué no vas a la peluquería o a que te hagan las uñas? Invierte tu tiempo con inteligencia.

El silencio invadió el despacho cuando Aaron terminó de hablar. Inclinándome adelante entre sus piernas, pude ver que él la miraba con seriedad. Parecía enfadado con ella. Para relajarlo un poco, volví a jugar con su miembro, provocando que volviera a estremecerse.

—¿Lo que ocurrió entre nosotros no significó nada para ti?

Se me escapo. De verdad, se me fue de las manos —de los dientes, más bien— y se los clavé en el pene. Aaron dio un respingo en la silla y bajó su mano para cogerme de la barbilla y masajearme la mejilla con el pulgar.

—Fue un error, nada más —aclaró, creí que más para mí que para ella—. No creerás que después de un polvo estando ebrio iría detrás de ti con un anillo, ¿no? Yo no me llamo Miguel, así que ni lo intentes.

—Ese ha sido un golpe muy bajo —respondió, claramente indignada—. Esto no va a quedar así, Aaron. Y olvídate de quedarte con mis acciones. En cuanto a esa zorrita pelirroja… Más le vale que no vuelva a verla por aquí.

—¿Algo más que decir? Sigo estando muy ocupado.

Laura no dijo nada más. Oí sus tacones alejándose y la puerta cerrándose, ofreciendo un sonoro portazo. Aaron suspiró y le dio de nuevo al botón que cerró el seguro. A mí ya se me habían quitado las ganas de seguir, por lo que salí de entre sus piernas y me arrastré por el suelo hasta que pude levantarme.

—Vicky…

—¿Qué hacía aquel día en tu casa? —interrumpí—. Porque según tú es tu cuñada, pero ahora me entero de que os habéis acostado.

—Fue hace tiempo. Bastante antes de conocerte. Y, como he dicho, fue un error. —Se levantó de la silla subiéndose los pantalones y guardando su miembro dentro de los calzoncillos—. Quiere quedarse con la empresa y hará lo que sea para conseguirlo. Siempre lo ha hecho.

—¿A qué te refieres?

Aaron suspiró. A medida que el silencio era la única respuesta que recibía, mis nervios iban a más. Si no confiaba lo suficiente en mí para contármelo, no tenía ningún sentido que estuviéramos juntos. La confianza en una pareja era primordial. Al menos para mí.

—Mejor me voy a casa —susurré, dándome la vuelta.

Me acerqué a la puerta despacio, dándole tiempo para reaccionar. Pero no lo hizo hasta que toqué el pomo de la puerta.

—Se casó con mi hermano porque sabía que él heredaría la empresa. —Giré sobre mi eje para mirarlo a los ojos. Tenía la mandíbula tensa y las aletas de la nariz se abrían y cerraban, mostrando su claro enfado—. Pero, cuando él murió, fue a por su siguiente víctima.

Miguel. Fue el nombre que dijo Aaron cuando hablaba con ella. Lo más lógico fue pensar que era otro hermano de Aaron, del cual no era conocedora. Pero quise confirmarlo.

—¿Quién es Miguel?

—Era mi padre. —Sonrió con amargura y yo abrí los ojos como

platos, sorprendida—. Se habían prometido, ¿sabes? Pero la jugada le salió mal. Murió de un ataque al corazón y no le dejó nada más que ese cinco por ciento que consiguió a base de mamadas. Y ahora, por supuesto, viene a por mí. Es muy incrédula si cree que podrá conseguirlo. Mira, Vicky… Yo no quería esta empresa. Por mí puede arder en el infierno. Pero solo por evitar que se la quede ella, voy a estar por aquí dando por el culo. Puestos a joder, no me ganará nadie.

—Sigo sin saber qué hacía en tu casa aquel día. Además, en la zona de la piscina.

—Yo estaba allí. —Se acercó más a mí y se sentó en el borde de la mesa para quedar a mi altura—. Estaba pensando en ti, en lo que hicimos allí, y ella apareció de la nada. ¿Qué hacía allí? Pues lo de siempre; intentar que yo cediera.

—Entonces, por una parte, Zeus te salvó de la situación.

Aaron asintió.

—Pero me puso en otro apuro. Por cierto… —Alzó una mano y me agarró de la barbilla, acariciando mi labio inferior con el pulgar—, cuidado con esos dientes, pequeña.

—Dale las gracias a tu excuñada, casi madrastra y polvo por error.

Aaron alzó una ceja, sorprendido, y lanzó una sonrisa que me quitó el hipo.

—Que estés celosa me resulta incluso divertido, pero que me estés enseñando un carácter que desconocía de ti, me parece increíble. Eso me lleva a algo que estabas diciendo cuando has besado el suelo del despacho. ¿Viejos tiempos?

Me encogí de hombros con despreocupación.

—No siempre fui una señorita de bien, señor Medina.

—¿Qué te llevó a serlo?

—Mi padre. —Suspiré, desviando la mirada—. Tengo que irme a casa. Estoy muy cansada.

—Te llevo yo.

Cuando vi que se acercaba a la puerta del despacho alcé las cejas y lo miré con incredulidad. Él miró atrás antes de abrir, por lo que me vio y apartó la mano del pomo.

—¿Ocurre algo?

—¿Vas a salir así? —Él se miró la ropa y encogió los hombros—. La última vez te cambiaste en el *parking* porque tus empleados debían verte impecable.

—Que les den. Esa ropa es muy incómoda. A partir de ahora iré con lo que me siente bien.

—Eres un alto ejecutivo.

—Alto sí, lo de ejecutivo... Todavía me sorprende que la empresa siga a flote conmigo al mando. ¿Nos vamos o no?

Me encogí de hombros y fui hacia la puerta. Si él quería cambiar y

mostrarse tal cual es frente a sus empleados, a mí ya me parecía bien.

13

—¿Estás segura?

Me agarré a la almohada con fuerza, cerré los ojos y asentí con la cabeza, no muy convencida de estarlo realmente.

—Adelante —dije con los dientes apretados.

Jordi me miró, tendida en la cama, expuesta a él y totalmente decidida a dar ese paso.

—Vicky… No puedo. Es algo que nunca has hecho, te haré daño.

Cogí aire, llenando mis pulmones por completo. Tenía razón, nunca lo había hecho, pero tenía que ser valiente. Siempre había una primera vez, ¿no? Y estaba decidida a que ese día fuera mi primera vez, por muy doloroso que resultara. Además, podía confiar en mi amigo.

—Hazlo ya.

—Madre mía… —murmuró—. Está bien, lo haré rápido.

Respiré hondo y me relajé tanto como pude. No me avergonzaba decir que, en ese aspecto, era virgen. Nunca me lo había planteado, tampoco aceptaba que nadie me lo propusiera ni lo intentara. Siempre me negué, pero estaba decidida a cambiar y aceptarlo. Tenía que intentarlo.

—¡Me cago en tu… madre! —grité, arqueando la espalda.

—¡Lo siento, lo siento! ¡Joder! ¿Por qué no se lo has pedido a Carol?

—¡A mí dejadme en paz! —gritó la mencionada desde el comedor —. ¡Yo me lo hago solita sin nadie que me ayude!

Jordi empezó a dar vueltas por el dormitorio con la tira de cera en la mano, sacudiéndola para abanicarse. Parecía más afectado que yo. Quizás le había puesto en un apuro pidiéndole que me ayudara con la depilación a cera.

—Hostia, hostia… —Me senté y me soplé la pierna, justo donde me había arrancado el vello—. Joder, ¡cómo duele!

—Nena, lo tuyo es la cuchilla.

—Ya, pero tengo que repasarme muy seguido y no tengo tiempo. Vamos, sigue o no lo haré nunca.

—Estás loca.

Volvimos a prepararnos los dos. Esa vez yo no estuve tan relajada. ¡No podía! La tensión me provocaba *tics* en las piernas que Jordi intentó detener sentándose a horcajadas sobre ellas. Estaba segura de que le clavaba los dedos de los pies en los cataplines, pero él aguantó

como un campeón.

—Vamos allá —murmuró.

—¡Pero no me avises! —bramé.

Y en ese momento, mi amigo tiró con fuerza del pegote de cera, arrancándome hasta el alma. Los vecinos debieron creer que alguien me estaba asesinando, porque los gritos eran dignos de una película de terror.

—¿Qué cojones estáis haciendo?

Jordi y yo miramos a la puerta, donde Aaron nos observaba con circunstancia. Detrás de él, Carol se partía el ojete.

—Estoy depilando a tu novia —dijo Jordi, saliendo de encima de mis piernas.

—Ay, cariño… ¡duele mucho! —lloriqueé, cubriéndome la cara con ambas manos.

Cuando noté que la cama se hundía a mi lado, supe que Aaron se había sentado. Era tan grande que incluso el somier crujía, quejándose.

—¿Te has quedado sin cuchillas? —bromeó.

Cuando miré entre mis dedos lo encontré aguantándose la risa, por lo que moví un brazo y le di un golpe en el hombro con la mano.

—Lo hago para no parecer un yeti. Entre el trabajo, Zeus, tú y mis amigos, apenas tengo tiempo para mantenerme medianamente bien.

—Si no follaras tanto… —dijo Carol desde la puerta. Aaron le lanzó una mirada de las suyas y ella alzó las manos en señal de rendición—. Vale, ya me callo. Vosotros sabréis.

Cerrando la puerta para darnos intimidad, Carol y Jordi se fueron y Aaron me miró a los ojos.

—He venido a verte antes de que te fueras a trabajar, pero no sé si ha sido una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque quiero quedarme contigo toda la noche, y muy a mi pesar no va a ser posible. —Me besó y se levantó de la cama, animándome a que yo hiciera lo mismo—. ¿Sabes qué hora es?

Miré el reloj que había sobre mi mesita de noche y di tal grito al ver la hora, que mis vecinos debían estar llamando a la policía a esas alturas.

—¡Voy a llegar tarde!

Por suerte Aaron se ofreció a llevarme, por lo que pude ganar tiempo y llegar a mi hora. Por los pelos, eso sí. Y le di mil gracias a Jordi por encargarse de bajar a Zeus. De no ser por mis amigos y Aaron, todo hubiese sido un desastre.

—Vicky.

Mis pies quedaron pegados al suelo cuando oí mi nombre justo en el momento en el que iba a fichar. El encargado, que a esas horas

nunca estaba por ahí, apareció en mi campo de visión.

—Buenas noches, Nacho.

—Buenas noches. ¿Podemos hablar un momento?

—Sí, por supuesto. Déjame que fiche, dejo esto en la taquilla y… —Dejé de hablar cuando él negó con la cabeza—. ¿Ha ocurrido algo?

—Vamos a mi despacho.

Le seguí sin decir palabra, sujetando mi bolsa con fuerza contra el estómago. La última vez que Nacho se presentó de ese modo, fue cuando quiso despedirme por faltar tanto cuando mi padre enfermó. Eso significaba que llevaba algo más de un año sin verlo por ahí, lo cual era mala señal que, en ese preciso instante, le estuviera acompañando hasta el despacho de gerencia.

—Siéntate, por favor.

Tomé asiento con miedo, buscando con la mirada sobre la mesa, intentando localizar alguna carta de despido o el finiquito. No vi nada.

—¿He hecho algo mal?

—La verdad es que sí. —Tecleó en el ordenador y me miró sobre las gafas de pasta negras—. Cuando han llegado los del turno de la mañana han encontrado la puerta del almacén abierta y las alarmas desactivadas.

—No puede ser —susurré, negando con la cabeza—. Yo siempre cierro y pongo las alarmas. Lo hago por inercia. ¡Llevo más de dos años haciéndolo!

—Excepto hoy. Tu despiste ha supuesto un problema para la empresa. Eres la primera en llegar y la última en marcharte, y del turno de noche solo tú tienes las llaves de la empresa. Gerencia no ha podido pasar por alto esta situación, así que… Lo siento, Vicky, pero estás despedida. Recibirás la documentación por correo electrónico y el finiquito en tu cuenta.

—Estás bromeando, ¿no? Tiene que ser una broma.

—No es ninguna broma.

—Llevo más de dos años trabajando aquí. Siempre he hecho bien mi trabajo. Estoy totalmente convencida de que ayer conecté las alarmas y cerré con llave. Nacho, tienes que creerme. ¿Alguna vez he hecho algo así?

—Tengo que pedirte que te marches. —Él se levantó y yo le seguí por inercia, no porque quisiera irme—. Estoy seguro de que encontrarás otro trabajo.

14

Estaba en *shock*, perdida, asustada, enfadada… Mi mente era un revuelto de sentimientos que se encontraban unos con otros. En aquel momento estaba sentada en la acera, con la espalda apoyada en el muro de la nave donde debía estar trabajando, pensando en aquella mañana y todo lo que había hecho al salir. Por supuesto, conecté las alarmas y cerré la puerta. Lo hice todo bien, como siempre.

No me gustaba echarme flores encima, pero si de algo podía estar orgullosa era de hacer bien mi trabajo. Mi padre me educó de ese modo.

—No puede ser —susurré y saqué el móvil de la bolsa.

Abrí la conversación con mis amigos, el grupo que teníamos, y busqué los mensajes de esa mañana. Tal y como pensaba, les dije que estaba cerrando la puerta y ya me iba a ver a Aaron.

No pude evitar sentirme una fracasada. Mi padre había celebrado ese empleo como si hubiera conseguido un puesto en la Nasa. Aguanté más de dos años, pese a que no era el trabajo de mis sueños. Siempre hice lo que me mandaban y siempre, sin rechistar, aguantaba las correcciones que me hacían. Me había ganado la confianza suficiente para que me dieran las llaves y el turno de ocho horas, siendo la primera en llegar y la última en irme. Dentro de mi trabajo de mierda, había llegado bastante lejos. Y en ese momento no tenía nada. Bueno, en realidad sí; facturas que pagar.

—Pequeña… —susurró Aaron, sentándose a mi lado en el suelo—. ¿Qué ha pasado?

Le había llamado. Me sentía como una mierda y necesitaba apoyo, aunque durante un buen rato pensé si era mejor llamar a mis amigos o a Aaron. A decir verdad, no sabía ni por qué le había elegido a él. Tampoco sabía cómo había podido entender nada de lo que le había dicho, porque estaba tan bloqueada que no me salían las palabras.

—Me han despedido —musité, jugando con la cinta de la bolsa entre mis dedos.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. Sabía el motivo del despido, al menos el que saldría en la carta. Pero seguía sin creer que me hubiera dejado la nave abierta y las alarmas sin conectar.

—¿Puedes llevarme a casa?

En ese momento me derrumbé. Las lágrimas aparecieron sin que tuviera fuerza ni voluntad para retenerlas, y todo el estrés, la

frustración, la pena y el enfado salieron disparados con ellas.

Aaron pasó un brazo alrededor de mis hombros y me achuchó contra su pecho.

—Tranquila, cariño. Recuerda que el ave fénix renace de sus cenizas.

Una vez en el coche, le pedí a Aaron que me llevara a casa de Carol. Jordi y Lidia estaban allí, y necesitaba verlos. Éramos una piña y ellos siempre conseguían subirme los ánimos. Al menos un poco. Lo suficiente para que no me hundiera. Por desgracia, Aaron todavía no había llegado a ese nivel. O quizás no sabía hacerlo. Necesitaba tiempo para ver qué opción era.

—¿Tu amiga vive aquí? —preguntó, asombrado por el edificio al que nos estábamos acercando—. ¿Puede permitírselo?

—Sus padres sí —susurré, y llamé al interfono—. Carol y Lidia vienen de familias acomodadas. Jordi y yo venimos de familias más humildes.

—¿Nena? —dijo Carol, por el interfono.

—Sí.

El sistema de la puerta sonó y la empujé con fuerza con mi cuerpo para entrar. Era muy grande y pesaba mucho, pero con la ayuda de Aaron —una mano suya— fue más fácil.

Una vez en el ático, encontramos la puerta abierta y entramos directos, aunque Aaron se mostró un poco incómodo, pero me siguió en silencio, bien pegado a mí. En el inmenso comedor, mis amigos nos esperaban espachurrados en los sofás, aunque se levantaron rápidamente y vinieron a mí, abrazándome los tres y rodeándome por completo.

—Ven aquí —dijo Carol, cogiéndome de la mano y tirando de mí para llevarme al sofá—. ¿Qué te ha dicho el gilipollas de Nacho?

Aaron se sentó a mi lado, manteniéndose en silencio.

—Pues, según él, no conecté las alarmas ni cerré la puerta cuando terminé mi turno.

Jordi arqueó una ceja descaradamente.

—No me lo creo. Es imposible, ¡tú eres muy meticulosa con eso!

—Recuerdo una vez que la estuvimos esperando un buen rato. —Añadió Lidia—. Y todo porque volvió tres veces para comprobar las alarmas y la puerta.

Todos mis amigos miraron en mi dirección, pero no me miraban a mí, sino que sus ojos seguían algo que había detrás de mí. Intrigada, me retorcí y ojeé, encontrándome a Rubén, el hermano mayor de Carol.

—Hola, pelirroja —saludó, apoyando las palmas de las manos sobre el respaldo del sofá.

Rubén era tres años mayor que yo, y durante muchos años fue mi

amor platónico. Ese morenazo de ojos castaños que quitaba el aliento a más de una con su deslumbrante sonrisa. Debía reconocer que había mejorado mucho en todo ese tiempo que llevaba sin verlo. Especialmente su cuerpo, que estaba muy trabajado.

—¿Tú no estabas en Londres?

Fue cuando me rompió el corazón. Yo tenía quince años y me entraron los siete males cuando Carol me informó de que su hermano iba a estudiar allí. En mi inocente adolescencia, me sentí como si me abandonara. Aunque él nunca supo que yo estaba locamente enamorada de él. Después, cuando crecí, me di cuenta de que lo mío no era amor; simplemente era guapo a morir.

Carol sacudió una mano, quitándole importancia.

—Volvió ayer y ya está molestando.

Rubén sonrió, rodeó el sofá y se sentó a mi lado.

—Mi querida hermana tan dulce como siempre.

Ella le lanzó una mueca que arrancó una carcajada de Rubén. Seguía teniendo esa fantástica risa que dejaba prendada a cualquier mujer. Y a Jordi, que ya estaba babeando.

—Bueno, pelirroja —dijo, rodeándome el cuello con un brazo—. ¿He oído que te han despedido? ¿Qué has hecho?

—¿Qué necesidad tienes de tocarla? —intervino Aaron, fulminándolo con la mirada.

Rubén apartó el brazo y arrugó la frente, observándonos a los dos.

—Es mi novio —expliqué, justificando su reacción.

—Ah… ¡Hola! —Tendió la mano frente a mí, ofreciéndosela a Aaron—. Un placer.

Aaron aceptó el apretón que hizo apretar los labios a Rubén, quizás le estaba estrechando la mano más de la cuenta.

—Me gustaría poder decir lo mismo —gruñó.

Cuando Rubén logró deshacerse del apretón de Aaron, se levantó del sofá y preguntó si queríamos algo para beber. Mis amigos se levantaron y se ofrecieron a ayudarle. Incluida Carol. Estaba más que claro que ellos me conocían muy bien, y me di por satisfecha cuando comprobé que mi cara estaba siendo una muda señal para ellos.

—No tienes que ser tan borde —le dije a Aaron, mirándolo a los ojos—. Es el hermano de mi amiga. Nos conocemos de toda la vida.

—Sigo sin entender qué necesidad tiene de tocarte.

—¿Estás celoso?

—*Soy* celoso —afirmó, asintiendo con la cabeza—. Así que no me gusta que toquen lo que es mío.

—¿Tuyo? ¿Soy una posesión?

—No soporto que otro hombre se fije en la persona que está conmigo.

—Pero Rubén es mi…

—¿Amigo? —interrumpió—. ¿Acaso no te has dado cuenta? Vamos, Victoria, no puedes ser tan inocente.

—¿Victoria?

Nunca me había llamado por mi nombre completo, por lo que me sorprendió muchísimo que aquella vez lo hiciera. Normalmente, eso significaba enfado. Así me llamaba mi padre cuando estaba molesto por algo.

—¿Por qué te enfadas conmigo?

Él soltó el aire por la nariz y se levantó del sofá.

—Me voy a casa, es muy tarde y yo madrugo. ¿Te llevo a casa o prefieres quedarte aquí?

—He venido a hablar con mis amigos.

—Perfecto —murmuró, con los dientes apretados.

—Aaron… —Me levanté y le seguí. Él se alejaba a grandes zancadas, pero tuvo que detenerse para abrir la puerta de entrada, lo que me ofreció un poco de ventaja para poder alcanzarle y le agarré del brazo—. ¿Por qué te enfadas?

Cuando sintió mi agarré, giró sobre sus talones y me miró a los ojos. En ese momento su enfado era más que evidente a través de su mirada. Pero yo no lograba saber por qué se había puesto de ese modo.

—¿De no estar el tío ese aquí, te quedarías con tus amigos o vendrías conmigo?

Di un paso atrás, sorprendida por esa pregunta.

—¿De verdad crees que me quiero quedar aquí por él?

—Buenas noches, Victoria.

Se marchó dando un sonoro portazo al cerrar la puerta y me dejó ahí de pie, mirando a la nada y preguntándome qué había hecho mal para que reaccionara de aquel modo. No entendía nada. Pero absolutamente nada.

—Eso no es normal, tía —me sorprendió Carol. Giré sobre mis pies y la miré a los ojos—. Una persona puede ser celosa, pero lo que ha hecho ese gilipollas no es normal. Anda, ven aquí.

Abrió los brazos y yo me lancé sobre ella, fundiéndonos en uno de esos abrazos que no ocurría muy a menudo. No con Carol. Ella no era una chica cariñosa y tampoco mostraba momentos de debilidad. Siempre era fuerte y, en parte, me transmitía esa fortaleza para seguir adelante. Era lo que necesitaba en ese preciso momento. Su fortaleza para superar el despido y seguir adelante con mi vida, encontrar otro trabajo, no dejarme hundir por un pequeño bache en mi vida.

Un par de horas más tarde, después de haberme desahogado respecto a lo de mi empleo perdido, Jordi dijo que debíamos celebrar mi libertad laboral en el Pandora. A lo grande, emborrachándonos. Pero yo me negué por dos razones. La primera: me había quedado sin

trabajo y tenía que aguantar con el dinero que tenía hasta encontrar uno nuevo. La segunda: no quería más malos rollos con Aaron. El plan B de Jordi, que ya lo tenía en mente por si yo me negaba, era quedarnos en casa de Carol y montar una fiesta.

El resultado de esas malas ideas de mis amigos fue despertarme entre una maraña de cuerpos sobre la inmensa cama de Carol. Otra vez igual. Liberé mi pierna sin circulación de debajo del cuerpo de alguien y el brazo del agarre de otro alguien, me senté como pude y los observé a todos en silencio, pensando en el modo de vengarme de ellos. Eran mis mejores amigos, las mejores personas que pude haber encontrado y compartido mi vida, pero eran una mala influencia. Siempre me llevaban al lado oscuro.

Con discreción y cuidado, me levanté de la cama y me colé en el cuarto de baño de Carol, donde me limpié la cara y controlé mi enredada melena pelirroja. A hurtadillas, salí del cuarto de baño, crucé el dormitorio y salí cerrando la puerta a mis espaldas. Necesitaba un café con urgencia.

—Buenos días, pelirroja —saludó Rubén, que estaba desayunando en la mesa de la cocina—. ¿Levantada tan pronto?

—He perdido una pierna y un brazo en la batalla de esta noche —bromeé, acercándome a la cafetera—. Además, tengo hambre y necesito café.

Me serví una buena cantidad de café en una taza, añadí un poco de leche y bastante azúcar, para contrarrestar la amargura del café. Lo necesitaba para la resaca, pero no me gustaba el sabor amargo que tenía.

—¿Quieres? —Rubén alzó un plato repleto de bollería que, con total seguridad, sus padres no sabían que estaba ahí.

Eran unos obsesivos de la comida saludable. Por suerte para Carol y Rubén, sus padres pasaban la mayor parte de sus vidas de viaje. No exageraba si decía que, en todos nuestros años de relación, solo vi a los padres de Carol en tres ocasiones.

—¿Eso es un *croissant* de mantequilla?

—Creo que sí. —Acercó el plato a mí para que lo cogiera y volvió a dejarlo en su sitio—. Pero no te fíes mucho de mí, porque no soy de *croissants*.

Le di un bocado y cerré los ojos de placer cuando sentí la mantequilla en mi boca. Definitivamente, era de mantequilla.

—Qué bueno —dije con la boca llena.

—Oye, Vicky, ese hombre de anoche… ¿No es muy mayor para ti? No estarás metida en algo turbio, ¿no?

Desvié la mirada hasta sus ojos, sorprendida por la última pregunta. ¿Algo turbio? ¿Qué estaba insinuando?

—¿A qué te refieres con algo turbio?

—No te enfades, pero es que anoche no vi una pareja como tal. Y si a eso le sumamos que es bastante mayor para ti… No sé, me parece raro.

—Era tarde y estaba cansado —justifiqué—. No debí haberlo llamado a él.

—No me gusta ese tío —dijo sorprendiéndome—. Ve con cuidado, ¿vale?

Sacudí la cabeza y volví a centrarme en el desayuno, manteniendo un agradable silencio. No le había pedido opinión a Rubén sobre mi relación y tampoco me parecía justo que lo juzgara por un brote de celos.

Mientras desayunaba recordé que mi pobre Zeus estaba en casa solo, por lo que le pedí a Rubén que me llevara a casa. Mis amigos seguían durmiendo como marmotas y no quería molestarles.

Después de dar un largo paseo con mi compañero, me di una buena ducha y tomé la decisión de aclarar lo de la noche anterior con Aaron. No me parecía justo que se enfadara conmigo, cuando yo ni siquiera sabía que Rubén había vuelto de Londres.

Llegué al edificio, que miré desde abajo alzando la cabeza al cielo. Era titánico, precioso y elegante. Predominaba el negro y, aunque no era muy fanática de ese color, debía admitir que le daba una clase innegable. Los mejores arquitectos del país estaban ahí, por lo que ese edificio debía ser digno de ello.

Suspiré, bajé de las nubes y entré con decisión. Por un momento esperé a que la mujer de recepción me detuviera, como la otra vez. Pero me sorprendió cuando, al verme, sonrió y asintió una vez con la cabeza.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días.

Me acerqué al ascensor y esperé a que llegara, rodeada de un grupo de hombres y mujeres impecablemente trajeados que hablaban sobre asuntos de los que yo no me enteraba por mucho interés que pusiera. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, me di cuenta de que tenían muchos estudios, pero poca educación. Me empujaron, adelantaron e ignoraron para ser los primeros en meterse dentro. Cuando ya lo habían conseguido, puse la mano para evitar que las puertas se cerraran y entré, apretándome descaradamente contra una mujer que intentaba ocupar el lugar para evitar que yo subiera.

—Disculpe —dijo, dándome un golpe en el hombro con su uña acrílica—. El servicio no tiene autorización para utilizar estos ascensores.

—Gracias por la información —respondí con mi mejor falsa sonrisa.

Salí del ascensor la primera, por supuesto, y la mujer se acercó a

un chico que había en la mesa más cercana al mismo con bastante prisa. Oí que se quejaba de mí, pero no presté más atención de la necesaria y fui directa a la mesa de Susana.

—Buenos días —saludé.

Ella alzó la mirada y me regaló una sonrisa.

—Buenos días, Vicky.

—¿Sabes si Aaron está ocupado?

—El señor Medina no ha venido a trabajar hoy.

—Ah, ¿no? —Ella negó con la cabeza—. ¿Y sabes dónde está?

—No tengo ni la menor idea. Anoche me mandó un mensaje al móvil y dijo que anulara todas las reuniones de hoy y mañana. —Se encogió de hombros—. No es extraño en él, así que…

Sorprendida, me despedí de Susana y me dispuse a salir de allí cuando, justo en el momento en el que le daba al botón del ascensor, una mano se posó en mi hombro y tiró de mí, haciéndome girar con brusquedad.

Resoplé cuando le vi la cara a Laura.

—¿Qué haces aquí, *troll*?

—Estoy un poco escasa de ganas para discutir. Déjame en paz.

—No te quiero en *mi* empresa. Cuando salgas por la puerta, mentalízate de que no volverás a entrar en este edificio. ¿He hablado claro?

—Sí, Laura, tu cinco por ciento de acciones han hablado con claridad. ¿Le has comentado esto al noventa y cinco de Aaron?

Ella arrugó la frente y dio un paso atrás. Sonreí victoriosa al darme cuenta de que no esperaba esa respuesta.

—Si crees que vas a quedarte con todo esto por el simple hecho de ser una putilla más en la cama de Aaron, estás muy equivocada.

—Por mí puede regalarlo todo, si quiere. No soy yo la que se arrastra detrás de él para conseguir la empresa. Pero te recomiendo que tengas un poco de dignidad y, si tienes un mínimo de estudios y cabeza, utilices tu profesionalidad para demostrar que eres digna de llevar esta empresa. Mientras tanto, serás ese cinco por ciento conseguido a base de… —Llevé la mano a mi labio inferior, que pellizqué con picardía y sonreí—. En fin, que tengas un buen día, Laura.

Dejándola sin habla, me metí en el ascensor y le regalé una sonrisa mientras ella me miraba con la boca abierta y los ojos como platos. Si esa rubia de bote creía que me iba a dejar pisotear por gente de alta cuna como ella, era que no me conocía.

Mientras el ascensor me llevaba abajo, recordé por qué mis padres habían decidido cambiarme de escuela con cuatro años. A mi madre le cayó una inesperada herencia que no quería, pero decidió aceptar por mi futuro. Ella era de ese mundo; de la alta cuna, pero fue repudiada

por sus padres cuando decidió compartir su vida con un *muerto de hambre* de clase baja. Así lo definieron mis abuelos, por lo que tenía entendido. Es por ello por lo que acabé siendo alumna de uno de los mejores colegios de Barcelona, donde conocí a Lidia y Carol. Lo de Jordi fue un caso aparte, además de una tremenda y buenísima coincidencia. A sus padres les había tocado la lotería, una cantidad bastante buena, por lo que decidieron invertir en los estudios de su hijo. Y así terminamos, siendo cuatro grandes amigos de mundos distintos, pero que nos queríamos a rabiar.

Salí a la calle y respiré profundamente. Me había criado entre pijos y repelentes, pero tratar con ellos siempre había sido un suplicio. Por suerte Carol y Rubén no eran así, Lidia tampoco. Pero mujeres como Laura las había a mansalva y siempre, siempre, me sacaban de mis casillas. Nunca lograron demostrar aquella supuesta educación que, como gente de clase, se suponía que debían tener.

Después de quitarme el malestar que sentía por el encuentro con Laura a base de insultos mentales dirigidos a ella, anduve por la calle en dirección a la primera parada de autobús que tuviera más cerca. Y en todo ese trayecto pensé dónde podía estar Aaron y por qué había decidido no ir al trabajo.

Una vez sentada en el autobús, saqué el móvil del bolsillo y lo llamé. Quería hablar con él y aclarar lo sucedido. Necesitaba saber por qué se había enfadado conmigo, cuando yo no había hecho nada que pudiera ofenderle. Pero no cogió el teléfono. Volví a llamar, esperando que pensara que era importante y decidiera responder. Para mi poca suerte, no lo hizo.

El resto del día lo pasé frente al ordenador portátil. Un viejo cacharro que pedía a gritos su jubilación. Había perdido la cuenta de las veces que había pasado por las manos del informático, que no hacía más que decirme que le estábamos alargando la agonía y que debía comprarme otro. Y ahí estaba, el pobre, aguantando a trompicones y cargando las páginas como buenamente podía.

Necesitaba encontrar un trabajo lo más pronto posible. El finiquito y el sueldo de ese mes me daba para aguantar unos pocos meses. Eso teniendo en cuenta que no gastara más de lo estrictamente necesario. Del paro no podía lanzar cohetes, ya que lo que iban a pagarme no me salvaría de la ruina. Tenía que encontrar algo rápido.

—¿Qué te parece de teleoperadora? —Miré a Zeus, que me observaba desde su cama—. Es para vender seguros. También hay otro de cajera en un supermercado del barrio. —Me encogí de hombros—. Estaré más cerca y podré dedicarte más tiempo. ¿Qué me dices?

Él sacudió el rabo un par de veces y se dejó caer sobre su cama, mostrándome que le importaba tres pepinos y medio lo que le estaba diciendo. Si alguien me hubiese observado a través de una cámara,

con total seguridad habría pensado que era una loca que hablaba con su perro.

Por la tarde, cansada de mandar currículums y buscar en todas las páginas de empleo que conocía, apagué el ordenador y cogí el móvil. Llamé un par de veces a Aaron, que seguía sin coger el teléfono. Con más razón sentí la necesidad de hablar con él. Si lo nuestro había terminado, tenía derecho a saberlo. Decidida, llamé a Jordi y le pedí que me llevara a casa de Aaron. Por supuesto, mi amigo no dudó en aceptar y me informó de que en quince minutos estaría en la puerta de mi casa.

15

Jordi se mantuvo todo el viaje en silencio, hablándome solo por las indicaciones para llegar a casa de Aaron. Cuando llegamos a los caminos de tierra que llevaban a la colina donde tenía instalada su casa, decidió abrir la boca para abordar otro tema:

—¿Sabe que vas?

Negué con la cabeza y señalé el camino que debía coger.

—Llevo todo el día llamándolo y no me coge el teléfono.

—Muy maduro por su parte, sí señor.

Tenía razón. A sus treinta y cinco años, Aaron estaba demostrando mucha inmadurez. No se enfrentaba a los problemas, sino que huía de ellos.

Llegamos frente a la casa en la que se podía ver las luces encendidas y las cortinas cerradas. Las veces que había ido, siempre estaban abiertas y se veía el interior.

—Menudo casoplón —comentó Jordi.

—Lo más bonito es el jardín. En fin, muchas gracias por traerme, Jordi. Te debo unos cuantos chupitos.

—No me debes nada, tonta. ¿Estás segura de querer que me vaya? Puedo esperarte, no tengo prisa.

—Es tarde. —Le di un sonoro beso en la mejilla y abrí la puerta—. No te preocupes, le pediré a Aaron que me lleve de vuelta. No creo que le importe, aunque lo nuestro haya terminado.

—Está bien. Ya me contarás.

Me despedí con la mano mientras él daba la vuelta al coche y me lanzó una ráfaga de luces antes de desaparecer por el mismo camino por el que habíamos llegado. Ya no había vuelta atrás, Aaron tenía que enfrentarse a lo sucedido y darme una explicación.

Antes de que me diera tiempo de llegar a la puerta, un hombre que no conocía de nada salió de ella y la cerró a sus espaldas, regalándome una sonrisa cuando me vio.

—¡Hola! ¿Te has perdido?

—Eh… no. He venido a hablar con Aaron.

Él torció el gesto y se puso algo serio.

—No está de muy buen humor, la verdad. —Me tendió la mano y acepté el apretón—. Me llamo Alex. Un placer.

—Vicky.

—¿Tú eres la famosa Vicky? Vaya, no esperaba que fueras tan…

—¿Pobre? —dije, dando por hecho que ese tal Alex era de la

misma clase social que el resto de las personas que rodeaban a Aaron.

—De pobre a pobre… Lo que quería decir es que eres muy pelirroja.

—¿Es que hay gente menos pelirroja? ¡Guau! No lo sabía.

Él soltó una carcajada que me hizo sonreír.

—Vale, me estás dejando en ridículo. Supongo que lo tengo merecido por ser tan bocazas. Bueno, Vicky, ha sido un placer, pero como bien sabes los pobres tenemos que trabajar y ya es tarde. —Se acercó a su coche y las luces parpadearon cuando le dio al mando. En ese momento reparé en que había otro que yo no tenía visto de antes —. ¡Espero que volvamos a vernos otro día!

—Alex... —Me acerqué a él, mirando el otro coche—. ¿Hay alguien más aquí?

—Sí. No te recomiendo que les interrumpas ahora mismo, pero tú sabrás. —Se encogió de hombros—. Si quieres te llevo a la ciudad. Vives ahí, ¿no?

—Sí… —susurré, mirando el coche y la casa—. No será necesario. Gracias.

Él hizo un gesto militar a modo de despedida y se subió al coche, desapareciendo en pocos segundos.

Se suponía que Aaron había cancelado todas las reuniones de ese día, incluso las del día siguiente. Por lo tanto, la visita que había ahí no era por algo de negocios. Se suponía, claro. Cogiendo fuerzas, me acerqué a la casa y llamé al timbre al mismo tiempo que respiré hondo. No sabía muy bien cómo abordar el tema, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué cojones te has…? —Aaron se calló y arrugó la frente, alzando un brazo para agarrarse al marco de la puerta, en un gesto que me hizo pensar que estaba intentando evitar que yo entrara en su casa—. ¿Qué haces aquí?

Me sorprendió el modo en el que iba vestido. Desvestido, mejor dicho. Llevaba un pantalón deportivo que le quedaba un poco por debajo de la goma de los calzoncillos. Iba descalzo y sin camiseta, mostrando a todo aquel que le mirara sus impresionantes y apetecibles abdominales.

—Tenemos que hablar.

Aaron miró al interior, se mordió el labio inferior y negó con la cabeza, mirándome de nuevo a los ojos.

—Será mejor que vuelvas a casa. Ya te llamaré.

Mis ojos se desviaron de su cara cuando una persona apareció en mi campo de visión. Estaba claro que se había asomado para ver quién era yo, pero tomó la precaución de estar lo suficientemente lejos como para que fuera algo casual. Como quien paseaba por una estancia y de pronto «oh, vaya, hay alguien ahí», fue una maniobra estudiada.

Era una mujer alta, morena y con un cuerpo de escándalo. Decir que era guapa era quedarse muy, muy corto. Parecía una modelo y, además, se veía a leguas la clase que tenía. Aaron ladeó un poco la cabeza para seguir el rumbo de mi observación, cuando la vio se arrimó más a la puerta y la ajustó.

—¿Quién es? —susurré, dando un paso atrás.

—Nadie. Buenas noches.

Cerró la puerta en mis narices, dejándome con un millón de dudas y un nudo en la garganta que luchaba por salir. Metí la mano temblorosa al bolsillo para sacar el móvil y llamar a Jordi, arrepintiéndome de haberle hecho marchar. Incluso a ese tal Alex, que tan amablemente se ofreció a llevarme.

Me aparté de la casa y anduve por el camino de tierra mientras desbloqueaba el móvil y buscaba el teléfono de Jordi, pero en ese momento salió el aviso de que no tenía batería y la pantalla quedó negra.

—No, no, no… —Lo sacudí y le di a los botones y pantalla, en un intento de hacerlo reaccionar—. Vamos, ¡enciéndete!

Convencida de que estaba teniendo un día de mierda, metí el teléfono de nuevo en el bolsillo y miré atrás. No podía volver a aquella casa; Aaron volvería a cerrarme la puerta en las narices. Tampoco podía quedarme donde estaba. La única opción que me quedaba era volver andando. Por suerte aquella vez llevaba unas deportivas.

No tenía ni idea de qué hora era, ni cuántos kilómetros había andado. Al menos esa era la sensación; haber andado durante kilómetros. Aunque quizás solo había hecho algunos metros. La verdad era que ni siquiera miraba a mi alrededor para saber por dónde estaba. Simplemente anduve, pensando en todo lo que había ocurrido en casa de Aaron.

Observé mi sombra en el suelo. La potente luz que aparecía desde atrás creó una alargada sombra de mi silueta en el suelo, encogiéndose a medida que el vehículo se acercaba. Cuando oí las ruedas crujir a mi lado, giré la cabeza. Era ella; la mujer que había en casa de Aaron. Iba en un todoterreno oscuro, en la parte de atrás, y habían reducido tanto la velocidad que no se movía de mi lado pese a que yo seguía andando. La mujer me miraba a mí, y yo la miraba a ella. De pronto, el vehículo me adelantó levantando una nube de polvo que me hizo toser y frotarme los ojos. Me había entrado arena.

Estaba cansadísima. Mis pies ya no daban para más y, muy a mi pesar, todo lo que me rodeaba eran árboles y oscuridad. Estaba muy lejos de la civilización. Además, debía ser muy tarde. Mi estómago rugía de hambre y mi mente había viajado hasta Barcelona, donde

Zeus seguramente me estaba esperando en la puerta, ansioso por salir a hacer sus necesidades. Maldije el momento en el que había decidido ir a hablar con Aaron.

Me quedé de nuevo mirando mi sombra cuando un par de faros me alumbraron de nuevo desde atrás. Desconocía si había más casas por la zona, pero recé para que no fuera Aaron el que se acercaba. Mis rezos se fueron al garete cuando, al ojear por el rabillo del ojo, vi a Aaron mirándome con la frente arrugada.

—¿Vicky?

Le ignoré y seguí andando, dejando el coche atrás pues al parecer se había detenido. Pero no tardó ni dos segundos en posicionarse a mi lado de nuevo.

—¿Qué estás haciendo?

Seguí mi rumbo, deseando llegar cuanto antes a algún lugar donde tuvieran teléfono y pudiera llamar a alguno de mis amigos para que fuera a mi rescate. Me ardían los pies y seguramente me saldrían un montón de ampollas. Por si aquello fuera poco, de la nada apareció una tormenta que me dejó empapada al instante. Pero seguí andando como si no hubiera nada ni nadie que pudiera detenerme.

De pronto alguien me agarró del brazo y me sacudió, haciéndome girar para encontrarme cara a cara con Aaron y su rostro serio, empapándose por la lluvia.

—¿Qué haces? —insistió.

—Lo que me has dicho: irme a mi casa.

—¿Andando?

Me encogí de hombros, sacudí el brazo para soltarme y retomé la marcha. Estaba enfadada, dolida, cansada, asustada… No entendía nada de lo sucedido. Ni en casa de Carol, ni en casa de Aaron.

—Sube al coche. —Corrió para ponerse frente a mí y bloquearme el paso—. Haz el favor y sube al coche. Te llevaré a casa.

—No es necesario. —Señalé con la cabeza detrás de él, sin mirarle a la cara siquiera—. Tu *amiga* se ha ido por ahí hace un rato. Si te das prisa todavía podrás alcanzarla.

—No me dirás que estás celosa.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tu situación y la mía, Aaron? —Él se encogió de hombros—. Que tú nunca me has visto a solas y medio desnuda con Rubén. No se puede decir lo mismo a la inversa.

—Sube al coche y hablemos.

—No.

Pasé por su lado y seguí mi camino, pero Aaron no se dio por vencido y me agarró de la cintura para cargarme sobre su hombro. Pataleé, le golpeé con las manos e incluso grité, pero fue absurdo. Cuando me soltó, lo hizo sobre el asiento del copiloto.

—Deja de comportarte como una niña. —Me crucé de brazos,

indignada y cabreada. Aaron se me quedó mirando con el cinturón a medio poner, pero no me moví—. Tú misma.

Lo ató, dejando la cinta sobre mis brazos y cerrando la puerta de un sonoro portazo. Al menos agradecía no tener que seguir andando, y mucho menos bajo la lluvia. En ocasiones como esa, odiaba las lluvias de verano.

El coche se sacudió cuando él se sentó en su sitio de mala manera y cerró la puerta haciendo notar su enfado. Descrucé los brazos y me puse bien el cinturón para poder tener las manos libres y apartarme el pelo mojado de la cara. Me estaba molestando.

—¿Por qué no me habías dicho que no tenías cómo volver?

Me encogí de hombros y miré por la ventanilla. A la nada, a la oscuridad. Pero era suficiente para no tener que mirarle.

—No quería estropearte el buen rato que estabas pasando. Además, tenías mucha prisa para que me fuera y me has cerrado la puerta en las narices. Quizás había interrumpido algo importante.

Él chasqueó la lengua y dio un golpe sobre el volante que me asustó, obligándome a mirarlo.

—¡¿Buen rato?! —gritó—. Puedo asegurarte de que Laura, al lado de ella, es una santa.

—Por eso me has echado de tu casa —susurré, volviendo la mirada a la nada.

Apoyé la cabeza en el cristal y dejé que el silencio se apoderara del espacio. Necesitaba ese silencio, necesitaba sentirme sola y no oírle más. Me parecía tremendamente absurdo que él se enfadara por lo ocurrido en casa de Carol, pero que esperara que yo me quedara tranquila después de lo ocurrido en su casa.

Suspiré cuando llegamos a Barcelona y supe que quedaba poco para estar en casa. Iba a poder sacar a Zeus, darme una ducha y meterme en la cama. Pese a que necesitaba el trabajo, deseé que no me llamaran para ninguna entrevista en, al menos, una semana. Necesitaba un descanso.

Una vez frente al edificio, me desabroché el cinturón a toda prisa y bajé del coche sin despedirme. Tampoco miré atrás cuando entré en el portal. Eso sí, dejé que las lágrimas que llevaba horas conteniendo salieran disparadas a medida que iba subiendo las escaleras.

—Hola, campeón —saludé a Zeus y, sin cerrar la puerta, cogí la correa del perchero—. Nos vamos a dar un paseo.

Él saltó de la alegría y salió disparado, bajando las escaleras como un toro que arrasaba con todo. Por suerte era lo suficientemente tarde como para que no se encontrara con algún vecino al que pudiera tirar al suelo sin querer.

Cuando llegué abajo, lo encontré sentado frente a la puerta, ansioso por salir. Le puse la correa y abrí la puerta, alegrándome de

que apenas lloviera y solo hubiera alguna gota despistada que iba cayendo.

Zeus miró detrás de nosotros a pocos metros de casa, parándose y agitando la cola con alegría. Parecía que había visto a alguien conocido. Y ese alguien se puso a mi lado, regalándole una escasa caricia en la cabeza a Zeus.

—¿Puedo acompañaros en el paseo? —preguntó Aaron, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Lo miré con seriedad un par de segundos y emprendí la marcha sin responder. Pero él me siguió. Mejor dicho, se quedó a mi lado. En silencio, andando con tranquilidad y parándose junto a mí cuando Zeus decidía que ese árbol que había visto era el mejor lugar para dejar su marca personal. Así estuvimos durante un buen rato en el que deseé que se aburriera y decidiera marcharse. Pero mis deseos no llegaron a ningún sitio. Aaron seguía a mi lado, acompañándonos en nuestro paseo.

—Es mi exmujer —dijo, deteniendo por completo mis pasos y dejándome bloqueada—. Una larga historia que intento dejar atrás. Déjame subir contigo a casa y te lo explico.

—Está bien —dije en un suspiro.

El resto del paseo lo hicimos en silencio. Aquella noche Zeus tenía muchas ganas de andar y aunque a mí me dolían los pies una barbaridad, me callé y le seguí el paso. El pobre no tenía culpa de nuestras historias y, además, había tardado demasiado en salir.

Una vez en casa, como de costumbre, Zeus se lanzó sobre su cama y se estampó contra el mueble del televisor, haciéndolo tambalear. Estaba segura de que cualquier día acabaría tirándolo al suelo. Sin decir nada, me adentré por el pasillo y me metí en el dormitorio. Cogí un par de toallas mullidas, dejé una en el cuarto de baño y me dirigí al comedor, donde Aaron me esperaba en el mismo lugar donde se había quedado esperando. Le ofrecí la toalla que cogió dubitativo.

—Voy a darme una ducha —le informé—. Puedes quitarte la ropa y secarte. No tengo nada de ropa que dejarte, pero si no tienes prisa pongo una lavadora y después a la secadora.

—No tengo prisa. Tenía la esperanza de poder pasar la noche contigo.

—Ya veremos —susurré, dándome la vuelta.

Me di un buen baño. Tan bueno, que disfruté de media hora larga sumergida en el agua, gozando de la tranquilidad. Me hubiese quedado más de no ser porque el agua se quedó muy fría y yo empezaba a parecer un garbanzo, que sino… de buena gana lo hubiera alargado a una hora. No me atrevía a tener esa conversación con Aaron. ¿Por qué no me contó que había estado casado? Aaron era una caja fuerte de la que no tenía la clave y daba la información conforme

surgían las situaciones. No era justo.

Llenando mis pulmones de aire, entré en el comedor para enfrentarme a la situación que había alargado tanto como pude. Pero ya no había marcha atrás. Lo encontré sentado en el sofá, con Zeus tumbado a su lado. Se había quitado toda la ropa y estaba envuelto únicamente con la toalla. La situación iba a ser más incómoda de lo que esperaba.

—¿Estás mejor? —preguntó nada más verme.

Asentí con la cabeza y me senté en el otro sofá, evitando estar cerca de él. Saber que bajo esa toalla estaba totalmente desnudo me ponía muy nerviosa.

—Querías hablar —susurré, subiendo las piernas al sofá para esconder los pies bajo el trasero—. Háblame.

—Está bien —musitó, hincando los codos en las rodillas, entrelazando los dedos de las manos y lanzando un suspiro—. Ya sabes que esa mujer, Amanda, es mi exmujer. Nos conocimos en la universidad y nos casamos en cuanto terminamos las carreras. Todo iba bien, hasta que se torció. —Carraspeó. Parecía incómodo—. ¿Tienes cerveza o vino?

—Agua o refresco.

—Refresco.

Asentí una vez con la cabeza y fui a la cocina a buscar un par de refrescos. Me dio tiempo suficiente para pensar que Aaron había ido a la universidad —también lo desconocía—, que conoció a su exmujer allí y que se casaron jóvenes. Resoplé, cogiendo un par de vasos del mueble. Me sentía más joven de lo que era. Ya no solo estaba con un hombre quince años mayor que yo, sino que además estaba divorciado.

Volví al comedor con dos refrescos de cola y dos vasos con hielo. Le dejé lo suyo delante, sobre la mesa de centro y volví a mi sitio. Él se hizo el remolón durante un rato. Llenó su vaso con calma, dio pequeños sorbos y alargó el tiempo tanto como pudo, quizás esperando que yo dijera algo o diera el tema por zanjado. Pero eso no iba a ser así.

—Éramos felices —dijo al fin—. Al menos…, eso creía. Yo todavía estaba intentando encajar la pérdida de alguien muy importante para mí, y sin esperarlo me cayó encima esa noticia. —Dio un largo trago a su refresco, dejó el vaso sobre la mesita con mano temblorosa y llenó sus pulmones de aire—. Fui al hospital cuando me informaron del accidente. Mi mujer estaba en el quirófano con pronóstico reservado y mi hermano había muerto. —Alcé las cejas, sorprendida por la información que había recibido y que, si había entendido bien, era muy fuerte—. Mi mujer me estaba poniendo los cuernos con él. Y no solo eso, sino que tuvieron el accidente cuando se estaban fugando

juntos. Puedes imaginar la situación que viví.

—¿Laura lo sabe?

Aaron asintió con la cabeza lentamente. Parecía que estaba recordando aquel día.

—Cuando llegó al hospital, yo estaba tan cabreado que se lo dije. Aunque ella tampoco quedó muy afectada, la verdad. Por lo que tengo entendido no fue ni al entierro.

—¿Por lo que tienes entendido?

—Yo tampoco fui. ¿Para qué? Mi hermano me había traicionado. Se había acostado con mi mujer, se la estaba llevando y… —Apretó los labios y cerró los ojos—. Me dejó sin nada más que un corazón hecho añicos. Por mí podía pudrirse en el infierno.

Me levanté del sofá y me senté a su lado, cogiéndole la mano para hacerle saber que estaba ahí con él. Cuando abrió los ojos, parecía que estaba vacío por dentro.

—¿Por eso te enfadaste anoche? ¿Creías que podía hacerte lo mismo con Rubén?

—Yo no era celoso, Vicky. Le di a mi mujer libertad, le di todo lo que quiso y más, pero cuando sucedió aquello cambié totalmente. Desde ese momento, no confío en las personas.

—No confías en mí —susurré.

—No quería enamorarme —confesó—. No quería volver a estar atado a alguien y darle la oportunidad de hacerme daño. Por eso he pasado los últimos tres años huyendo de este tipo de sentimientos. —Ladeó la cabeza y me miró a los ojos—. Hasta esa jodida noche en la que te vi ahí. Cuando estoy solo y no sé dónde estás o qué estás haciendo, me arrepiento de haber caído otra vez en esa red. Pero, cuando te veo… Se me olvida todo.

—A no ser que un amigo me ponga la mano encima en un gesto amistoso sin ninguna intención, y entonces dejas de olvidarlo todo.

—No puedo controlarlo.

—A mí no me gustan estos numeritos, Aaron. Siento mucho por lo que tuviste que pasar, no descarto que yo pudiera reaccionar del mismo modo si me ocurriera a mí. Pero tienes que confiar en mí. Intentarlo, al menos.

—Lo intentaré —dijo en un suspiro—. Siento mucho haberte echado de ese modo cuando has venido. No quería que ella tuviera la oportunidad de meterse en medio.

—¿Qué hacía en tu casa?

—Asegurarse de dar por el culo lo suficiente para ponerme de mala leche. Cada vez que tengo que aguantarla, pienso que prefiero lidiar con Laura y sus gilipolleces.

—Hoy he tenido un cruce de palabras con ella —confesé.

—¿Cómo?

—He ido a tu despacho para hablar contigo, pero Susana me ha dicho que no estabas. Justo cuando me iba me ha abordado. Quizás he hablado más de la cuenta. No lo sé. Ha dicho que no quería verme más por allí y le he preguntado si su cinco por ciento de acciones han informado al noventa y cinco por ciento de las tuyas sobre esa decisión.

Aaron soltó una carcajada.

—Laura te tiene miedo. Te ve como una amenaza. Y se las estás haciendo pasar putas, eso me gusta. ¿Qué te ha respondido?

—No tenía nada que decir, así que me he ido. Quizás también he hecho mención del asuntillo que me contaste de tu padre. Creo que me he ido de la lengua, pero es que esa mujer saca lo peor de mí.

—¿Has hecho referencia a las mamadas? —preguntó divertido. Asentí con la cabeza, totalmente avergonzada—. ¿En serio has tenido los santos ovarios de decirle eso en la cara?

—Sí —musité.

—Te apartaba de ella para que no se te comiera, y resultará que puedes quitártela de encima tú solita. Con un par. Cambiando de tema… ¿Has cenado? —Cuando negué con la cabeza, él sacudió el brazo y miró el reloj—. Voy a ver si pueden hacerme un favor. Dame un momento.

Se levantó, cogió el móvil y fue junto a la ventana para llamar por teléfono. Estuvo hablando en voz baja y calmada con alguien, hasta que asintió con la cabeza y me pareció ver que sonrió.

—Ya está —dijo volviendo—. En media hora tendremos comida china en casa. —Justo cuando dejó el móvil sobre la mesa, arrugó la frente y me miró a los ojos—. ¿Te gusta la comida china?

—No me desagrada.

—Vale… Espera. —Volvió a levantarse con el móvil en la mano y llamó de nuevo—. Cambio de planes…

Me levanté del sofá y desaparecí por el pasillo para poner una lavadora, pero en el momento en el que llegué frente a ella recordé que me había dejado la ropa de Aaron. Resoplando por tener que andar más de lo que me hubiera gustado aquel día, volví al comedor y lo barrí con la mirada, en busca de su ropa. Él me observaba desde la ventana, mientras seguía hablando por teléfono.

—Espera un momento —oí que dijo—. Vicky.

Desplacé la mirada hasta sus ojos.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—No encuentro tu ropa. ¿Dónde la has dejado?

Aaron fue a responder cuando, al parecer, quien estaba al otro lado de la línea dijo algo que lo hizo reír.

—Cállate, gilipollas. —Señaló una bolsa de plástico sobre la mesa

del comedor—. Está ahí.

Asentí con la cabeza y cogí la bolsa, desapareciendo de nuevo por el recibidor. Quería terminar con ese día cuanto antes. Estaba realmente cansada, física y mentalmente.

Mientras llenaba la lavadora con la ropa de Aaron y mía, pensé en lo que me había contado e intenté encajar las piezas. Se me escapaba algo y quería saber el qué. Lo que tenía claro era que su exmujer le había puesto los cuernos con su hermano, y tuvieron un accidente de tráfico mientras se fugaban juntos, donde él murió y ella sobrevivió. Hasta ahí, bien. Imaginé que el ser querido que le faltaba debía ser su padre, aunque siempre tuve la sensación de que no se llevaban muy bien. Pero me faltaba una pieza: su madre. ¿Por qué no la había mencionado?

Puesta la lavadora, volví al comedor donde encontré a Aaron sentado de nuevo en el sofá, discutiendo con Zeus. Al parecer mi loco perro no hacía más que subírsele encima para jugar.

—Zeus, ve a tu cama.

Por supuesto, mi compañero de vida obedeció de inmediato y bajó de un salto del sofá, lanzándose sobre su cama, chocando con el mueble, una vez más…

—Algún día acabará tirando la tele al suelo —comentó Aaron, mirándolo.

—Mucho está tardando. Oye, Aaron… —Me senté a su lado y me mordí el labio inferior, buscando el modo de hacerle esa pregunta—. Quería... Me has hablado de tu padre, tu hermano, tu exmujer, tu excuñada…, pero no has dicho nada de tu madre. ¿Tienes relación con ella? ¿Tus padres se divorciaron? ¿O tu padre le puso los cuernos con Laura?

Él se me quedó mirando con la cara desencajada, como si no supiera qué responder a mi avalancha de preguntas. Por un momento me sentí mal por haber abordado ese tema, quizás, sin ninguna delicadeza. ¿Le había preguntado si su padre le había puesto los cuernos a su madre con Laura? Sacudí la cabeza, eso no había estado bien.

—Olvídalo.

—Mi madre murió hace mucho tiempo —soltó de pronto.

Alcé la mirada hasta sus ojos y sentí compasión de él inmediatamente. Al fin compartíamos algo en común, aunque no era un motivo de celebración, sino más bien de tristeza.

—Lo siento mucho.

Él negó con la cabeza y cogió el vaso con refresco para darle un trago.

—No lo hagas, ni siquiera la conocí. Me crie sin madre, por lo que no tuve que vivir su pérdida.

—¿No la conociste? ¿Ni siquiera de pequeño?

—Murió en el parto, Vicky. Lo único que sé de ella, y por boca de otros, es que yo fui el responsable de su muerte. De no haber nacido, ella seguiría viva.

Se levantó como si un muelle lo hubiera impulsado y pasó por delante de mí a toda prisa. Lo que me había dicho era muy fuerte.

—Aaron…

Me levanté del sofá a toda prisa para seguirlo por el pasillo, pero lo perdí en mi dormitorio por lo que aceleré el paso y lo pillé allí.

—No quiero hablar de eso.

—Aaron…

—Por favor —susurró, mirándome a los ojos—. No quiero hablar de eso. —Puso los brazos en jarras y suspiró—. Me dejé unos calzoncillos aquí, ¿recuerdas?

En ese momento se me encendió la bombilla y corrí hasta el armario. Efectivamente, tenía unos calzoncillos suyos guardados en el cajón. Se los ofrecí y volví a mirar en el armario en busca de una camiseta. Tenía algunas de tamaño grande para dormir. Creí haber encontrado la más grande y la desdoblé, comparando el tamaño con el cuerpazo de Aaron. Él me miró serio, con los calzoncillos ya puestos y la toalla en las manos.

—¿Crees que te irá bien? —pregunté.

Él le dio una rápida ojeada y asintió.

—Pero no necesito camiseta. Hace calor.

—Ah… Vale… —La guardé de nuevo en el armario y oí el timbre de casa. Zeus se puso a ladrar, avisando de que alguien estaba llamando a la puerta—. Voy a ver quién es.

—Será la cena.

Aaron y yo fuimos al comedor y nos metimos por el pequeño pasillo que llevaba a la puerta. Él fue quien cogió el telefonillo y respondió a la llamada, dándole al botón de abrir un segundo después.

—Efectivamente, es nuestra cena.

—Qué bien. Tengo hambre.

Mi estómago rugió, apoyando mis palabras. Aaron sonrió y se movió para volver al comedor.

—Yo también. Voy a preparar la mesa.

Abrí la puerta de casa para esperar a quien fuera a traer nuestra cena, y me sorprendí muchísimo cuando vi que Alex, el chico que había conocido unas horas antes, llegaba a mi rellano con tres cajas de pizzas en sus manos.

—Joder, chica, ¿es que no os llegan los fondos de la comunidad para un ascensor? —se quejó, sacando los pulmones por la boca—. Hola, por cierto. Traigo la cena.

Me hice a un lado para dejarle pasar y señalé por el pasillo para

invitarle. Zeus, como de costumbre, fue corriendo para saludar.

—Oh… ¡Qué guapo! ¿Qué pasa, chico? Hola, hola… Vamos.

Me quedé embobada viendo cómo aquel hombre aceptó tan bien a Zeus e incluso le hablaba como yo; como si entendiera perfectamente todo lo que le estaba diciendo. Incrédula, cerré la puerta y fui al comedor, donde encontré a Aaron mirándolo con una ceja alzada. Algo no le encajaba.

—¿Tres pizzas? —le preguntó.

—Hombre, colega, no creerás que voy a hacerte de mensajero gratis, ¿no? Además, estoy seguro de que a Vicky no le importará que me quede a cenar con vosotros.

—Claro que no —dije, acercándome a ellos.

Aaron me miró y ladeó la cabeza, en un mudo «¿en serio?». Yo me encogí de hombros. De pronto Alex se sentó en el suelo y empezó a jugar con Zeus, el cual agradeció que al fin un desconocido que entraba en su casa le prestara algo de atención. Normalmente Aaron lo ignoraba. Como mucho, le lanzaba la pelota un par de veces.

—¡Qué guapo y simpático eres, *chavalote*! —dijo, abrazándose a él.

Estaba claro que le gustaban los perros, algo que hizo resoplar a Aaron y apartarse de nosotros para ir a la cocina, seguramente, a coger otro plato para Alex.

—Se llama Zeus —informé, sentándome en el sofá para ver mejor el panorama—. Te gustan, por lo que veo.

Alex asintió una vez con la cabeza, sonriendo como un niño con su juguete nuevo.

—Me encantan. Tuve uno como él hace años. Murió de viejo. Tendría otro, pero no creo que pueda cubrir todas sus necesidades, así que estoy esperando a tener un trabajo mejor. —Se encogió de hombros—. Un sueldo mejor, en realidad.

—¿De qué trabajas?

—Es enfermera —dijo Aaron, pasando por nuestro lado.

Alex entornó los ojos, lanzándole una muda amenaza visual.

—Enfermero —corrigió.

—Oye, pues está muy bien —comenté, interesándome por su trabajo—. ¿Y qué tal?

—No está mal. Lo difícil a veces es tratar con las personas. Hay gente normal, como tú, y luego están los gilipollas como Aaron. —Se encogió de hombros y soltó una sonrisa—. Es así de dispar la gente.

—A todo esto, ¿puedes irte? —soltó Aaron. Pero Alex se rio y siguió jugando con Zeus—. Estoy hablando en serio. Voy en calzoncillos, tío.

—¿Y?

—¿Eso no te dice nada?

—Que tienes calor. —Alzó la mirada y se rio—. Otro día le pides

las pizzas a otro palurdo, no al idiota de tu colega. Por cierto, me debes cincuenta pavos.

—El idiota de mi colega tendrá una charla conmigo en otro momento. Me he dejado la cartera, así que ya te los daré mañana cuando nos veamos tú y yo, *a solas*.

En silencio, me levanté y fui al cajón donde tenía guardado algo de dinero. Cogí cincuenta euros y me acerqué a Alex, tendiéndole el billete e interrumpiendo, con ese gesto, a esos dos que seguían con sus cosas de hombres.

—¿Qué haces? —preguntó Aaron, agarrándome de la muñeca.

—Pagarle las pizzas.

—No digas tonterías —dijo Alex, levantándose del suelo y expulsándose los pelos del pantalón—. Me lo debe Aaron, no tú.

—Pero Aaron ha cubierto demasiadas deudas mías ya. Así que ahora me toca a mí. —Me deshice del agarre de Aaron y sacudí la mano—. Cógelo, por favor.

Mi chico miró a Alex y negó con la cabeza, advirtiéndole en silencio de que, si lo cogía, iba a tener problemas. Pero su amigo sonrió con malicia y los cogió.

—Está bien.

—No, no está bien —gruñó Aaron—. Te estás aprovechando de una chica que acaba de quedarse sin trabajo.

Alex palideció y me miró, pero yo negué con la cabeza y sacudí la mano, quitándole importancia.

—Ya he mandado como mil currículums. Alguno caerá, así que no te preocupes por eso. Al fin y al cabo, yo también comeré pizza, ¿no?

—Sabiendo eso no me siento bien, Vicky. —Cogió mi mano y puso los cincuenta euros en la palma, cerrándome los dedos para que los agarrara—. De pobre a pobre, cincuenta euros de menos se notan.

—Y como se notan, no quiero que los tengas que pagar tú, que te han utilizado para traernos la cena.

—Pero yo me lo cobro, tranquila. Aaron no se librará de mí tan fácilmente.

—Que no, Alex. Haz el favor y coge el dinero.

—No me da la gana. Pero puedo llevarme al perro como garantía, por si Aaron decide no pagarme.

—Ah, no. Mi perro no se toca. Mejor coge el dinero y cállate de una vez.

—Que no.

—Que sí.

—Vamos a ver —intervino Aaron, metiéndose en medio de los dos —. Acabo de hacerte un *Bizum*, imbécil. —Entonces me miró a mí—. Y tú hazme un favor y guarda el dinero. Vamos a cenar, joder, que tengo hambre.

Alex resultó ser una revelación. El chaval, que tenía veinticuatro años, era bueno a rabiar. Simpático por naturaleza, le salía solo, sin esforzarse siquiera. Era todo lo contrario a Aaron, pero le daba ese toque especial que Aaron necesitaba para soltarse y ser más informal. Acabaron los dos riéndose, y eso me sentó de maravilla porque en el tiempo que lo conocía, no había visto a Aaron reírse con nadie más que no fuera conmigo. Al menos me quedó la tranquilidad de saber que sabía reírse y que no lo hacía por complacerme o hacerme sentir bien.

16

Tenía una entrevista de trabajo y aquello era estupendo. Sabía que alguno de los muchísimos currículums que había mandado daría sus frutos. Solo había pasado una semana y ya me estaba preparando para enfrentarme a una nueva posibilidad. Al parecer, para trabajar en una oficina. No recordaba haber mandado ninguno para un puesto como ese, pero me volví loca mandando solicitudes, así que alguna podía colarse. Solo esperaba que no fuera un trabajo que necesitara de unos estudios que no tenía.

La situación con Aaron había mejorado. Después de que Alex se marchara aquella noche, mi chico se abalanzó sobre mí y me hizo el amor en el sofá, sobre la mesa del comedor, en el recibidor y, para rematar, en la cama. Terminé exhausta, pero muy satisfecha. Por la mañana, cuando me despertó, me sentía plena.

Los días siguientes intentó pasar menos tiempo en la oficina y más conmigo, aunque eso significaba tener que aguantar llamadas al móvil cada dos por tres, especialmente de Susana, que se veía en unos apuros bastante importantes, sobre todo, cuando mi querido novio decidía anular y retrasar reuniones para estar conmigo. Pobre chica, tuvo que aguantar mil y una quejas al respecto.

Cuando miré la dirección que me habían mandado para ir a hacer la entrevista, no entendí nada. Era donde se encontraba el edificio de Aaron. La empresa de Aaron. De haber mandado un currículum ahí, él se habría enterado. O eso creía. Quizás se encargaban los de recursos humanos, sin necesidad de pasar por el jefazo. De todos modos, nunca en la vida se me hubiera ocurrido mandar una solicitud de empleo allí. No quería ser la enchufada del jefe. Y, sobre todo, no quería cruzarme con Laura.

—Buenos días, Vicky —saludó Susana, levantándose de la silla. —El señor Medina está reunido ahora mismo.

Le hice un gesto para que volviera a sentarse y yo me senté en el borde de su mesa. Había elegido un vestido bastante discreto, pero quizás demasiado corto. La mezcla perfecta para provocar a Aaron y sonsacarle información.

—Buenos días, Susana. Quería preguntarte algo.

—Adelante.

—¿Sabes si en la empresa hay vacante de asistente personal? Me ha llegado algo de información y…

Susana negó con la cabeza, interrumpiéndome. Eso me extrañó

muchísimo, porque era por la vacante por el que supuestamente yo había mandado currículum.

—Laura se instaló en una oficina vacía y exigió al señor Medina un asistente, pero él se lo negó. Según él, Laura no necesita ni el aire que respira.

Ambas nos reímos por ese comentario de Aaron cuando, el susodicho, abrió la puerta de su despacho y salió despidiéndose de dos hombres bastante mayores que él, trajeados y muy elegantes. Seguramente unos clientes.

Cuando terminó de despedirse de ellos, escondió las manos en los bolsillos y se dispuso a meterse de nuevo en su despacho, pero entonces, se dio cuenta de que yo estaba allí. Me miró de arriba abajo y viceversa con descaro, y sonrió con picardía.

—Buenos días, cariño —dijo, acercándose como un depredador—. ¿Qué te trae por aquí?

—Una conversación con mi chico —respondí melosa, agarrándolo de las solapas de la chaqueta del traje—. ¿Tienes cinco minutos para mí?

Él puso las manos en mi trasero descaradamente, importándole un bledo que alguien pudiera vernos.

—Y dos horas, si quieres.

—Con cinco minutos tengo suficiente. —Miré a Susana y le guiñé un ojo. Ella entendió el mensaje de inmediato y asintió con la cabeza —. Vamos a tu despacho —susurré al oído de Aaron.

Él miró a Susana y me siguió con premura. Una vez en su despacho, cerró la puerta y me miró con una sonrisa burlona.

—¿Qué ha sido esa comunicación no verbal con mi secretaria?

—Tú lo has dicho; comunicación no verbal. —Me acerqué a él y le abracé por el cuello—. Cariño…

—Dime —susurró, acercando sus labios a los míos.

—¿Por qué tengo una entrevista de trabajo en tu empresa, si yo no he mandado ningún currículum?

Su intención de besarme se detuvo inmediatamente, alzó la mirada hasta mis ojos y sonrió como un niño que había hecho una travesura.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que no.

—De todos modos, he oído que el jefazo necesita asistente personal para quitarle trabajo a Susana. Al parecer, el jefe se enteró ayer mismo de que su secretaria está embarazada y no tardará en coger la baja, así que es muy probable que la nueva asistenta cubra su puesto cuando ella falte.

—Ajá… Y es pura casualidad que hoy me hayan citado para una entrevista, ¿no?

—Por supuesto. Que el jefe haya llevado tu currículum a recursos

humanos y haya exigido que te quiere en la empresa no tiene nada que ver. —Se sentó en el sofá y me invitó a ir con él. Molesta, me acerqué y senté como una amazona sobre sus piernas—. Necesitas trabajar y yo necesito a alguien que aprenda el trabajo de Susana para cubrirla cuando coja la baja. ¿Qué hay de malo en eso?

—Me has enchufado en tu empresa. ¿Sabes el bombo que dará eso entre los empleados? Y no hablemos de Laura, que se lo pasará en grande molestándome día sí, día también.

—No me hagas decirte por dónde me paso la opinión de los empleados. En cuanto a Laura, no te preocupes, haré que te pongan un escritorio aquí, en mi despacho.

—Así que enchufada y protegida —me quejé.

—No te enfades. Verás que te lo pasarás bien. Voy a tenerte entretenida todo el día. Trabajarás de verdad. Que te haya enchufado, no te eximirá de tus responsabilidades laborales.

—¿Seguro?

—Seguro.

No estaba muy convencida del trabajo. No porque no me gustara, pues podía ser interesante y, además, iba a quedar muy bien en mi currículum. Pero los enchufes no me gustaban en absoluto y menos si era el jefe, *tu pareja*, quien te enchufaba.

Aaron llamó a Susana para que entrara en el despacho y ella tardó nada y menos en aparecer. Él le informó de los cambios y yo la felicité por su embarazo. Susana estaba muy emocionada, se le notaba muchísimo. Me sentí feliz por ella.

La secretaria de Aaron no tardó mucho en irse, y en cuanto lo hizo, Aaron se acercó a mí y puso sus manos alrededor de mi cintura.

—Ve a casa, descansa y prepárate para mañana. Recuerda que la presencia en esta empresa es muy importante, así que no puedes venir a trabajar con unos *shorts* enseñando el culo y una camiseta de la gatita pija esa.

—*Hello Kitty* —aclaré.

—Debes tener algo más serio y elegante en tu armario, ¿no? —Negué con la cabeza y él alzó las cejas—. ¿Todo lo que tienes es tan…? Quiero decir, ¿tan…?

—¿Hortera?

—Sí, eso.

—Sí. Pero no te preocupes, estoy segura de que Carol y Lidia podrán dejarme algo más sofisticado mientras reúno dinero para renovar mi armario. Claro que, siendo culpa del jefe que yo vaya a trabajar aquí, todos esos gastos deberían correr a cargo de la empresa o del propio jefe —bromeé.

Aaron asintió con la cabeza con decisión.

—Cierto. Mañana por la tarde no tengo ninguna reunión, así que

nos iremos de compras.

—Era broma.

—Lo mío no. —Me dio una palmada en el culo—. Me tengo que ir. Nos vemos luego.

Después de darme un casto y rápido beso en los labios, se marchó a toda prisa del despacho, dejándome sola.

—¡¿Qué trabajaras con él?! —vociferó Jordi, por encima de Lidia y Carol.

Los tres se atropellaban entre ellos, hablando sobre la noticia que les había dado. Lo que no tenía muy claro, era si estaban sorprendidos, enfadados o contentos, apenas lograba entender alguna palabra suelta entre tanto grito.

—¿Podéis hablar de uno en uno, por favor?

El silencio fue sepulcral, y mis amigos se miraron entre ellos, hasta que Carol se encogió de hombros y agarró su cerveza de la mesa de centro de su casa. Habíamos quedado allí, y ya me estaba arrepintiendo.

—Yo opino que es genial —dijo Jordi.

—Pues yo creo que no es profesional —intervino Lidia.

—En mi opinión… —comentó Carol—, eso implica follar más y trabajar menos.

Lidia alzó las manos, exasperada con las salidas de Carol. Ella siempre con el sexo en la mente y la boca. Nos extrañaba que no practicara el sexo tanto como ella quería. O daba a entender que quería…

—No me estáis ayudando en absoluto. —Subí las piernas al sofá, escondiendo los pies debajo del trasero—. Según Aaron, me quiere allí para trabajar. Y dice que tendré mucho trabajo.

—Sobre la mesa del despacho —dijo Carol, justo antes de dar un trago a su cerveza. Mis amigos la miraron fijamente y ella se encogió de hombros—. ¿Qué? Es verdad.

La verdad era que mis amigos no me habían ayudado a aclarar las dudas que tenía sobre lo de trabajar en la empresa de Aaron. Al final había quedado en que era una enchufada que se iba a pasar la vida retozando con el jefe sobre cualquier superficie del despacho, tanto horizontal como vertical. Lo negué rotundamente, pero habían logrado causar ciertas dudas al respecto. Sobre todo, con lo sexualmente activo que era Aaron.

El paseo con Zeus tampoco ayudó, puesto que estaba sola y mi perro no podía ni entenderme, ni responderme. Al menos lo segundo, porque de lo primero había momentos que tenía mis dudas.

Llegué a casa resoplando y pensando que, seguramente, lo mejor era hablar con Aaron y declinar la oferta de trabajo. Debería encontrar

otro por mi propio esfuerzo y no como la enchufada que se acostaba con el jefe. Iba a ser la comidilla de la empresa, especialmente de Laura, que se lo iba a pasar en grande haciéndome la vida imposible. A fin de cuentas, ella tenía el cinco por ciento de la empresa.

—Buenas tardes.

Alcé la vista de inmediato, encontrándome a Aaron sentado en un escalón, junto a la puerta de mi casa. Al parecer me estaba esperando.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo, pero al ver que no había nadie he deducido que habías ido a sacar al *caraponi* este.

Zeus le ladró y me dio la sensación de que había sido una queja por el mote que le había puesto. Sonreí al ver su reacción.

—Se llama Zeus —le recordé.

Aaron se encogió de hombros y lo miró a los ojos.

—Tiene cara de rata, cerdo, caballo… De todo, excepto de perro. —Alzó la vista hasta mis ojos—. ¿Me invitas a un café y charlamos?

—Claro.

Entramos en casa, donde colgué la correa de Zeus en el perchero, dejé las llaves sobre la mesita auxiliar que tenía junto a la entrada y crucé el pasillo al tiempo que oí a Zeus estamparse contra el mueble de la tele. De verdad que algún día lograría tirarla al suelo…

—¿Solo?

Aaron asintió una vez y se acercó al sofá, donde se sentó y esperó a que yo terminara.

Me había parecido rara su actitud, pero una parte de mí se alegró de pensar que quizás Aaron había cambiado de parecer y había decidido no contratarme. Eso iba a facilitar las cosas, puesto que ya no iba a tener que decirle que no me parecía bien trabajar en su empresa siendo una enchufada.

Dejé su café sobre la mesita de centro y me senté a su lado con mi taza entre las manos. Yo había optado por cacao con leche bien frío.

—¿Estás bien? —susurré, acariciándole el cogote con una mano.

Él asintió con la cabeza y me agarró una rodilla, donde ejerció un poco de presión y después cogió su café.

—He tenido que soportar a Laura durante un buen rato. Me ha puesto la cabeza como un bombo. Creo que será capaz de provocarme una migraña crónica.

—Esa mujer es odiosa.

—Es una hija de puta —dijo tan natural—. No sabes las ganas que tengo de que se aburra y decida venderme sus acciones, pero tengo la ligera sospecha de que eso no ocurrirá a corto plazo. En fin, no quiero hablar más de ella. He venido a hablar contigo de algo importante.

—Tú dirás —susurré, dejando la taza sobre la mesita.

—Me gustaría que te mudaras a mi casa. —El aire de mis pulmones

salió disparado y se negaron a llenarse de nuevo. ¿Quería que me fuera a vivir con él? —. Podemos ir juntos al trabajo y empezar a convivir como una pareja, sin necesidad de tener que venir expresamente para poder verte.

—Tengo a Zeus.

Fue lo único que se me ocurrió decir en ese momento. Si bien era cierto que irme a vivir con Aaron me provocaba cierto temor, porque nunca había convivido con nadie que no hubiera sido mi padre, el tema de Zeus y la intolerancia de Aaron con ese tipo de animales era importante. Estaba segura de que no lo querría dentro de casa y yo no iba a tolerar que tuviera que dormir en el jardín.

—Contaba con ello —respondió, antes de dar un trago al café—. Así que voy a hacer el gran esfuerzo de aceptarlo en mis dominios, siempre y cuando no se suba a mi cama. Tendrá libre acceso a toda la casa, excepto al dormitorio. Es la única condición que tengo.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida. Aaron asintió sin dudar—. Pero… No puedo dejar el piso vacío. ¿Y si se me cuelan ocupas?

—Instalamos un sistema de alarmas.

—¿Lo tienes todo pensado?

—Hasta el último detalle —asintió, mirándome a los ojos. Se escondía una sonrisa en ellos—. Tengo respuesta para cualquier excusa que puedas tener. A no ser que me digas que tú no quieres, en ese caso no tengo nada que decir, más que aceptar tu decisión.

—Verás… —susurré, bajando la mirada. Me veía incapaz de decirle eso mirándolo a los ojos—. No quiero trabajar contigo, así que no me parece justo irme a vivir a tu casa, al menos hasta que tenga trabajo, pueda comprarme un coche y… Bueno, tenga cierta independencia.

Pude ver de soslayo que Aaron dejó el vaso sobre la mesa de centro y se movió, sentándose de lado para poder tener mejor visión de mí. Ante el silencio, alcé la mirada hasta sus ojos, que me analizaban al detalle.

—Dime el motivo de esa decisión.

—No quiero ser la enchufada.

—Ahora dime algo que tenga sentido. —Me encogí de hombros, incapaz de encontrar un motivo distinto a ese—. Está bien… Vamos a hacer una cosa. Mañana por la mañana irás a la empresa, te acercarás al mostrador de recepción y preguntarás por Manuel Castellón. Estela, la mujer que hizo que los de seguridad te siguieran por todo el edificio, te indicará dónde está su despacho. Una vez allí, él te hará una entrevista sin que exista implicación por mi parte. Si no le gustas, no te contratará.

—¿En serio?

Aaron asintió una vez.

—Me jode decirlo, pero sí.

—¿Por qué te jode?

—Porque no tienes estudios y Manuel no acepta a nadie que no tenga *algo* a lo que aferrarse. En fin, tendrás la entrevista que deseas, pero no podrás trabajar en la empresa. —Se encogió de hombros—. Yo solo te he evitado ese paso.

—Quiero hacerlo. —Aaron arrugó la frente, observándome con curiosidad—. Quiero una entrevista normal. Quiero pasar por un proceso de selección. Quiero conseguirlo por mí misma.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque así me enseñó mi padre y no quiero decepcionarlo.

17

Estaba nerviosa. Muchísimo. A las ocho en punto tenía una entrevista con Manuel, el responsable de recursos humanos de la empresa de Aaron. Había intentado prepararme la entrevista, pero la realidad era que no tenía material para sorprenderlo. No tenía estudios de ningún tipo, más que los obligatorios. Y mi única experiencia laboral demostrable con una duración decente, era de un supermercado. Iba a ser un completo fracaso, pero tenía que intentarlo. Al menos, dar buena impresión y dejar bien claro que, si tenía que trabajar allí, no iba a ser por Aaron.

Entré por la puerta cogiendo aire hasta llenar mis pulmones, y soltándolo despacio mientras miraba a mi alrededor. Estela, que ya me había visto entrar, sonrió cuando me acerqué al mostrador de recepción.

—Buenos días, Estela. Tengo una reunión con el señor Manuel Castellón.

—Buenos días. Acompáñeme, por favor.

Seguí a la mujer por un largo pasillo hasta una sala repleta de pupitres, con una pizarra blanca a un lado y una mesa de despacho enfrente. Parecía un aula.

—Buenos días —saludó un hombre, acercándose a nosotras. Cuando llegó, me tendió la mano—. Debes de ser Victoria.

Se la estreché intentando transmitir serenidad, confianza y firmeza, pero dudé de haberlo logrado.

—Así es. ¿Es usted el señor Castellón?

—Sí. Acompáñame.

Le seguí hasta la mesa de despacho, donde había preparada una silla al otro lado en la que dudé si sentarme o no, hasta que él la señaló con una mano al tiempo que se sentaba en la suya. Mis nervios iban en aumento. Aquello no era un despacho, por lo que no iba a tener una entrevista decente. Parecía que me querían lo más cerca de la salida posible, para que pudiera salir de allí tan rápido como pudiera.

—Disculpa —susurró, intentando organizar los papeles que tenía sobre la mesa—. Hoy tenemos una formación y voy un poco apurado. Veamos… Aquí. —Sacó una carpeta que, cuando la abrió, vi mi currículum dentro—. A ver… Voy a ser sincero, con tu currículum no encajas en ningún puesto en esta empresa. ¿Eres consciente de ello?

—Totalmente —respondí, muy segura de mis palabras.

—Entonces, ¿por qué quieres trabajar aquí?

—En realidad no quiero. —El hombre alzó las cejas y se acomodó en el respaldo, observándome curioso—. Mire, usted no es idiota y yo tampoco, ambos sabemos que Aaron ha hablado con usted. —Manuel sonrió, pero no dijo nada—. Él quiere que yo trabaje aquí, pero yo no quiero ser una enchufada, así que, si tengo que trabajar en esta empresa, será porque realmente tengo algo que aportar. A la empresa, no a su jefe.

—¿Y qué puedes aportar?

—No tengo ni la menor idea.

—Si esperas conseguir el trabajo, no vas precisamente por el buen camino —dijo divertido.

—Mire, señor Castellón… Mi padre quería que yo estudiara una carrera. Mi madre hizo un gran sacrificio para que mi formación estuviera, en cierto modo, asegurada. Pero, por cuestiones de la vida, no pude… No quise, mejor dicho, seguir. Soy consciente de que seguramente hubiera podido ser abogada, médico o arquitecta. —Me encogí de hombros—. Pero me quedé en mozo de almacén, haciendo inventario nocturno y con un pequeño equipo a mi cargo. No era el trabajo de mi vida, ni una formación que me abriera las puertas laborales, pero me daba de comer. Después de todo lo que he vivido, con eso me basta y me sobra. Así que, yo qué sé… Si necesitan alguien para fregar el suelo, limpiar los cristales o desenrollar la alfombra roja para que su arrogante jefe no se manche las suelas de los zapatos al entrar, aquí me tienen. De lo contrario, no tengo nada más importante que eso para aportar a la empresa.

—Principios.

—¿Perdón?

—Tienes principios. Las ideas claras, decisión, compromiso… Y lo más importante, no eres una lameculos. Cualquiera de las mujeres que tengo que entrevistar esta semana va a decirme maravillas del señor Medina. Estarán encantadísimas de trabajar con él, conformándose simplemente con verle pasar por delante de su mesa todas las mañanas. Tú, sin embargo, opinas que es un arrogante.

—Lo es.

—Lo sé. —Cerró la carpeta y suspiró—. Nadie en esta empresa desprecia al señor Medina abiertamente sin pagar las consecuencias. Sinceramente, Vicky, cuando me llamó para que te hiciera la entrevista y de paso me amenazó para que te contratara sí o sí, pensé que me iría por la puerta grande rechazando a una candidata que no daba la talla. Es más, sigo creyendo que no la das, laboralmente hablando. Si por mí fuera, te diría ahora mismo que no has sido seleccionada para el puesto.

—En ese caso, puedo irme ya. Puede decirle al idiota de su jefe que

usted me ha querido contratar, pero que yo me he negado.

El hombre sonrió y se cruzó de brazos, apoyándose de nuevo en el respaldo de la silla.

—La cuestión es que voy a contratarte.

—No quiero el trabajo. Seguiría siendo una enchufada. Aaron dijo que no iba a meterse y lo ha hecho.

—Y yo te he dicho que no iba a contratarte, pero pienso hacerlo.

Arrugué la frente y lo miré a los ojos. No entendía nada de lo que me estaba diciendo.

—¿Por qué?

—Tengo un pálpito contigo. Creo que eres capaz de aprender sin dificultad, lo cual es interesante. Hablaré con el señor Medina y le diré que voy a contratarte, pero antes tendrás que formarte. —Alzó una mano, interrumpiendo mi réplica—. La formación corre a cargo de la empresa. —Con esa misma mano, señaló la estancia donde estábamos —. No te sientas tan especial, lo hacemos continuamente para que los empleados puedan mejorar su rango en la empresa. Tú empezarás desde abajo, por supuesto.

Miré a mi alrededor y pensé en las opciones, que eran bastante tentadoras. Trabajar en la empresa implicaba unas formaciones que inflarían mi currículum y me iban a dar otras oportunidades en caso de que esa no saliera bien.

—¿Las formaciones solo valen para esta empresa?

—No, son formaciones regladas que podrás aprovechar en cualquier otra empresa fuera de esta. Vamos a hacer una cosa, ve a casa, piénsatelo… Y yo te llamaré en un par de días para saber qué quieres hacer. ¿De acuerdo?

—Me parece bien.

—Quedamos así, pues.

Ambos nos levantamos y el señor Castellón se despidió con un apretón de manos. Satisfecha con la entrevista, pues estaba segura de que iba a salir muchísimo peor, salí de la sala de formaciones y atravesé el pasillo sola. Una vez en el vestíbulo, fui a acercarme al mostrador de recepción cuando, de pronto, vi a Aaron paseándose por ahí, con las manos en los bolsillos y andando despreocupadamente. Se extrañó de verme, eso sí, porque arrugó la frente como si no entendiera por qué estaba ahí.

—¿De dónde vienes? —preguntó, acercándose a mí.

—Tenía una entrevista de trabajo, ¿recuerdas?

—Sí, pero ahí no está el despacho de Manuel.

—Ah… No, me ha hecho la entrevista en la sala de formaciones.

Aaron desvió sus ojos de mi cara para trasladarlos a algo, o alguien, detrás de mí. Cuando miré en aquella dirección, vi que Manuel se acercaba al mostrador de recepción con unas carpetas, no

sin antes lanzarle una extraña mirada a Aaron. Él, entornando los ojos, lo observó con una cara que no me gustó en absoluto.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó, sin dejar de mirarle.

—¿Te refieres a si se ha dejado influenciar? —Aaron decidió dejar de mirar a Manuel y centrarse en mí, clavando sus ojos en los míos. Su rostro serio no cambió en absoluto—. Te dije que no quería ser una enchufada.

—Trabajar aquí puede ayudarte en un futuro. Precisamente has estado en la sala de formaciones, por lo que sabrás que aquí se forma gente. Quizás debí habértelo enfocado desde ese punto de vista.

—Hubiera sido lo más inteligente.

—Ya veo.

Volvió a desviar la mirada hasta Manuel. El observado se desplazó, lo supe porque los ojos de Aaron se iban moviendo poco a poco.

—Siento decirte que Manuel ha sido más rápido que tú y me ha ofrecido formación para poder trabajar aquí.

Aaron volvió a mirarme, solo que aquella vez lo hizo sorprendido. Parecía que no acababa de creerse eso.

—¿En serio?

—Sí. Todavía no he aceptado, tengo dos días para pensarlo. Ahora dime, ¿por qué te cae mal?

—No me cae mal.

—Tu cara no dice lo mismo.

—Yo le caigo mal a él. Era amigo de mi padre, por lo que yo no soy de su agrado. Ya sabes… *el hijo de*, y no simplemente Aaron Medina.

—Señor Medina —cuchicheó Estela desde el mostrador.

Aaron y yo la miramos, para después seguir el rumbo de sus señales oculares. Una mujer alta, esbelta, morena y con muchísima clase, acababa de entrar en el edificio custodiada por tres hombres. Uno de ellos, portaba un maletín. Me centré en ella, analizándola, pues me resultaba muy familiar y no sabía de qué, hasta que mi mente reaccionó y lo supe: su exmujer.

—Será mejor que vayas a casa —susurró Aaron.

—Quería preguntarte si podíamos tomar un café antes de irme.

Él negó con la cabeza y miró por un nanosegundo a esa mujer.

—No es un buen momento. Después, más tarde… Si no me ponen de mala leche, iré a verte.

—Ya estás de mala leche, así que… —murmuré—. Nos vemos mañana.

Sin mirarlo, apretujé mi bolso con ambas manos y me moví, dispuesta a irme de allí rápidamente y no tener que comerme el mal humor de Aaron por culpa de su ex, que la verdad, no sabía qué hacía allí. Tenía la sensación de no disponer de toda la información

referente a su exmujer. No era normal que se vieran tan seguido, si se suponía que estaban divorciados y que no habían terminado bien, precisamente, porque ella se estaba acostando con su hermano e iban a fugarse juntos.

—Qué coincidencia… —susurró ella, deteniéndose a mi lado—. Cualquiera diría que tienes algo con Aaron.

Me quedé como un conejo frente a los faros de un coche. Absurdamente asustada, hipnotizada, incapaz de decir nada, hasta que noté la mano de Aaron en mi espalda y su presencia a mi lado. Pude notar su propia tensión expandiéndose por mi cuerpo con ese simple contacto, lo que me advirtió de algo que fui incapaz de entender.

—Ve a casa.

Asentí con la cabeza y me marché, sin despedirme siquiera. Una vez fuera, ojeé disimuladamente al interior, donde vi a Aaron y a su ex hablando. Ella se presentaba tranquila, pero él tenía la frente arrugada y le decía algo de muy malas maleras. Ahí ocurría algo, y tenía que averiguarlo.

Miré el reloj y suspiré. Sabía que Aaron ya no iría a verme, por lo que su humor no era el más adecuado. Habían pasado trece minutos de las doce de la noche, tenía sueño, pero la ansiedad no me dejaba dormir. Me dejé caer en el sofá y le di vueltas al asunto de su ex.

¿Por qué había ido?

¿Quiénes eran los hombres que la acompañaban?

¿Por qué Aaron no quería que estuviera cerca de ella?

Nada tenía sentido.

Me senté, cogiendo el móvil de encima de la mesita de centro. Aaron era un empresario muy rico, hijo de otro empresario no solo rico, sino que, además, había sido muy famoso. O eso tenía entendido. Quizás en internet encontraba algo de interés. Al poner Aaron Medina en el buscador, empezaron a salir cantidad y variedad de imágenes del guapo de mi novio, la gran mayoría en traje, fiestas, reuniones de empresa y… Arrugué la frente y entorné los ojos, acercándome a la pantalla del móvil. La había encontrado; su ex. Según la noticia, fue unos años atrás, en una gala benéfica donde asistió gente de mucho poder adquisitivo, entre ellos, Aaron y su ex. En la noticia no daban muchos datos sobre ellos como pareja.

Durante un buen rato seguí investigando, hasta que se me ocurrió añadir el nombre de la mujer y los resultados se centraron en ellos dos. Un titular captó mi atención de inmediato: «FATAL ACCIDENTE DE TRÁFICO CAUSA ESTRAGOS EN LA FAMILIA MEDINA». Mi frente se arrugó al ver las fotografías que acompañaban la noticia; un vehículo destrozado, hecho añicos, rodeado de bomberos que intentaban hacer algo en el interior. En la noticia se mencionaba a

Amanda Jenner, Isaac Medina y Aaron Medina. Rápidamente supe que Isaac era el hermano de Aaron. Me apené por los que iban en ese coche, porque, aunque estaba traicionando a su hermano, no debía pagar con su vida.

Suspiré, salí de esa página y seguí indagando. Aparecieron fotografías de ambos hermanos, nunca juntos en ninguna de ellas. Al parecer, estaba claro que su hermano mayor y él no tenían una relación muy estrecha. Al menos cara al público.

18

Desperté por la mañana con peor cuerpo del que tenía al acostarme. Me había sido muy complicado conciliar el sueño. Muchísimo. Y además había cometido la locura de poner el despertador a las siete de la mañana, para poder estar en la oficina de Aaron a primera hora. Lo tenía decidido, debía hablar con él. Si salía todo bien, aceptaría la formación para trabajar en la empresa.

Después de mi acicalado matutino, de hablar con mis amigos, pasear a Zeus y darme una buena ducha, me subí en el autobús y tomé rumbo a mi destino. Una vez frente al edificio, pensé que quizás no era el mejor momento para visitarle. Si no había ido a verme significaba que no se encontraba de buen humor, por lo que no era recomendable enfrentarme a él en aquella situación.

—¡Vicky! —dijo alguien a mis espaldas.

Cuando di la vuelta me encontré con Susana.

—Buenos días. ¿Entras más tarde hoy?

—¡Me he dormido!

Entró corriendo al edificio y yo decidí seguirla para acompañarla hasta arriba. Al menos ella estaría allí para tomar café conmigo si Aaron no estaba de humor.

—El señor Medina va a matarme —comentó, mientras el ascensor nos llevaba a la planta.

—No lo creo —respondí, quitándole importancia al hecho de que llegara una hora tarde.

Ella me miró de reojo y yo le devolví la mirada, hasta que ambas asentimos con la cabeza, totalmente serias.

—Va a matarme —afirmó.

—Me temo que sí —confirmé.

Una vez en la planta, ella corrió hasta su mesa y lo preparó todo. Me acerqué allí y me incliné un poco para probar si lograba ver algo en el despacho de Aaron, pero tenía los cristales tintados y era imposible ver a través de ellos.

—¿Por qué los ha tintado? —pregunté, formulándome la pregunta a mí misma.

—Suele hacerlo si tiene reuniones importantes o… compañía. Es decir, cuando estás tú.

De pronto, la última persona que esperaba ver allí salió decidida del despacho con la cabeza bien alta y, por supuesto, acompañada de dos hombres que al parecer le hacían sombra allá por donde iba.

La ex de Aaron.

—Tú por aquí otra vez —dijo, acercándose—. Al final voy a creer que sí tenéis algo.

—¿Es de tu incumbencia?

Ella alzó las cejas, sorprendida por mi pregunta.

—Te daré un consejo muy útil: aléjate de él.

—Ha sido un placer conocerte, Amanda.

Ella entornó los ojos, analizándome durante unos segundos, hasta que decidió irse y dejar de andarse con tonterías. No quería saber nada de ella ni de sus advertencias. O consejos, como quisiera llamarlo.

Cuando me aseguré de que había entrado al ascensor y las puertas se habían cerrado, me acerqué al despacho de Aaron y asomé la cabeza con cautela, pero estaba vacío. Curiosa, entré y cerré la puerta a mis espaldas, observando el gran despacho de Aaron sumido en un profundo silencio, excepto algunos sonidos que me llegaron desde la puerta por la que siempre accedía para salir con una bolsa de deporte, o la chaqueta del traje. Como un gato dispuesto a perder sus siete vidas, entré cautelosa y lo busqué, hasta que lo encontré en un cuarto de baño inmenso, con las manos apoyadas en la pila y la cabeza baja. En aquel momento, parecía abatido.

—¿Aaron?

Él alzó la cabeza de inmediato y me miró con la frente arrugada. Estaba claro que no me esperaba allí.

—No es un buen momento, Vicky.

—Mientras tu ex esté merodeando por aquí, no lo será.

Quise acercarme a él, pero alzó una mano y dio un paso atrás, negando con la cabeza.

—Te estoy diciendo que no es un buen momento.

—Está bien.

Llevaba ya casi media hora en ese sofá, esperándole. Sabía que en algún momento tenía que salir, la cuestión era que, en parte, me sentía mal por presionarle de ese modo. Necesitaba su tiempo, y lo entendía, pero tenía que aprender a confiar en mí para contarme aquello que lo tenía mal y así yo pudiera ayudarle.

Cuando lo vi asomarse por la puerta, consciente de que yo estaba allí, no supe si levantarme o quedarme donde estaba. Al final, después de una lucha mental de tres segundos, decidí quedarme donde estaba y no mover un solo músculo de mi cuerpo.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó con la voz ronca.

—No me iré hasta que haya conseguido hablar contigo.

—¡¿Qué puta parte del «no es el momento» no has entendido?! Vete de aquí. ¡Ahora, joder!

Me levanté tropezando con mis propios pies y corrí hasta la puerta, saliendo tan rápido como pude. Cuando la cerré detrás de mí, Susana me miró a la cara y se levantó de su silla de inmediato, acercándose.

—Ven aquí —susurró, arrastrándome hasta el comedor.

Me di cuenta de que estaba llorando cuando Susana cerró el comedor y se apresuró a limpiarme las lágrimas.

—Lo siento —susurré.

Ella arrugó la frente y negó con la cabeza, sin cesar en su ayuda para limpiar las lágrimas de mi cara.

—¿Sentirlo por qué?

—Por el numerito. Yo… Bueno, no debería haberlo esperado.

—No te disculpes por preocuparte del señor Medina, es totalmente normal. Es solo que hoy no era un buen día, nada más.

—Yo solo quería preguntarle una cosa.

Sorbí la nariz y me acerqué a una silla para sentarme.

—¿Por qué no esperas a que se relaje? Habiendo estado Amanda por aquí, seguro que lo ha puesto al límite. Cada vez que viene ocurre lo mismo. Mucho más que con Laura.

Me quedé con Susana unos minutos, hasta que ella tuvo que irse para seguir trabajando y, por supuesto, aguantar la bronca de Aaron. Bronca que oí desde el comedor, pero no quise meterme en medio. Ni era asunto mío ni estaba en condiciones para enfrentarme a él.

Durante las siguientes dos horas las pasé allí, llenando mi estómago de café, mi mente de teorías sobre su ex, y viendo a Susana ir y venir para ver cómo estaba. Hasta que, en una de sus venidas, se sentó a mi lado y cuchicheó:

—Ha salido.

—¿Qué? ¿Adónde?

La mujer encogió los hombros y se levantó de la silla para volver a su puesto de trabajo, por lo que también me levanté y salí del comedor, mirando a mi alrededor. Todos trabajaban en sus sitios sin alzar las miradas de los ordenadores, por lo que no era difícil pensar que Aaron había salido mirando mal a todo el mundo y en ese momento estaban asustados.

—Susana, ¿estás segura de que se ha ido?

—Sí. Llevaba las llaves del coche en la mano.

Medité durante unos segundos si hacer lo que había pensado o no. Podía salir muy mal y enfadarlo más todavía, pero no quería irme de la empresa sin hablar con él. Al final decidí hacerlo y que pasara lo que tuviera que pasar.

Entré en el despacho, me senté en el sofá con los pies debajo del trasero y esperé. Mientras tanto, saqué el móvil y empecé a navegar por internet, intentando conseguir más información sobre Aaron y Amanda.

Abrí los ojos, y me quedé perpleja al ver que Aaron estaba acuclillado frente a mí, con mi móvil en las manos y la mirada fija en la pantalla. Su frente arrugada, aunque no de enfado sino de tristeza, me terminó de activar. Pude ver un dolor en sus ojos que me estremeció tanto, que Aaron se dio cuenta y me miró. Pero no dijo nada, simplemente me miró durante unos largos segundos.

—Pensé que te habías ido a casa —dijo, dejando el móvil sobre la mesa de centro y recuperando su semblante serio—. He ido a hablar contigo y me he encontrado con una puerta cerrada y un perro ladrándome al otro lado. ¿Qué haces aquí, Vicky?

—Esperarte —susurré, sentándome. Me había quedado dormida y totalmente dejada sobre el sofá—. Esperar a que estés de humor para hablar conmigo. Con tu novia. Con la persona con la que decidiste estar.

Él suspiró bajando la cabeza un poco y después se irguió para sentarse a mi lado en el sofá.

—Vicky, si te pido que te vayas porque no es el momento, hazme caso y vete. Me jode mucho pedir algo y que no obedezcan.

—¿Nuestra relación será siempre así? ¿Tú ordenas y yo acato? ¿No puedes confiar en mí para contarme lo que te ocurre?

—Todo lo que concierne a Amanda y a mi familia, no es asunto tuyo, Victoria —respondió levantándose—. Vete a casa. Cuando tenga un momento iré a verte.

—Eso ha sonado como si fueras a ver a una prostituta. —Él detuvo sus pasos y giró sobre los talones para mirarme a la cara, pero en su rostro no se veía nada más que la seria expresión de serie con la que iba esos días—. No quería hablar contigo sobre tu familia, sino sobre nosotros y Amanda que, al parecer, a diferencia de mí, sí es de *tu familia*. Pero ahora ya da igual. Me iré a casa y no hará falta que vengas a verme. Tienes demasiados problemas para perder el tiempo visitándome a ratos.

Me levanté del sofá, cogí el bolso y me dirigí a la puerta, pero en el momento en que mi mano agarró el pomo, la voz profunda de Aaron llegó a mí.

—Vicky… —El silencio que le siguió me puso la piel de gallina, aunque notarle detrás de mi espalda, rozándome, me cortó la respiración—. ¿Qué querías preguntarme? —susurró a mi oído.

—Nada.

—No me has esperado aquí durante horas por nada.

Me estaba rozando el lóbulo de la oreja peligrosamente con los labios. Jugaba conmigo, y usaba sus tácticas de seducción para sonsacarme la información, por lo que no podía dejar que se saliera con la suya. Tenía que irme de allí cuanto antes.

—No tenía nada mejor que hacer. —Me encogí de hombros y abrí

la puerta—. Espero que sus problemas con Amanda se solucionen, señor Medina. Que tenga un buen día.

Salí del despacho con la dignidad por las nubes, el mentón arriba y los pasos más firmes que había dado en mi vida. Pude resistirme a la tentación de Aaron Medina, y aquello era fabuloso.

Me acerqué al ascensor, pulsé el botón y esperé, impaciente, a que se abrieran las puertas. Por suerte para mí, no tardaron mucho en hacerlo. El problema fue el de siempre; un montón de gente que había decidido subir en ese preciso instante. Gente que me empujó con descaro y se coló en el interior. Resoplando, agarré mi bolso con fuerza y entré, quedándome boquiabierta cuando, al darme la vuelta, vi a Aaron ponerse a mi lado.

—Señor Medina —dijo una mujer a mis espaldas—. Aprovechando que le tengo aquí, me gustaría que viera unos planos que tengo preparados para que me dé su opinión.

—Pida cita con mi secretaria —respondió él, sin ni siquiera mirarla —. Tengo la agenda muy ocupada.

—De acuerdo —respondió ella, claramente emocionada por haber recibido respuesta de su atractivo jefe.

El ascensor se fue deteniendo en varias plantas en las que la gente fue bajando y dejando más espacio. Aaron se movió solo para dejar pasar a las personas, pero rápidamente se ponía a mi lado, hombro con hombro. Estaba deseando llegar a la primera planta para alejarme de él e irme a casa hasta que, de pronto, el ascensor se detuvo y miré a mi alrededor. Estábamos él y yo solos. Además, una pequeña llave estaba encajada en el panel del ascensor. El sinvergüenza había detenido mi destino.

—Me jode mucho que me dejen a medias —dijo, para después mirarme a los ojos—. Te he hecho una pregunta. Responde.

—No.

—Te he dicho que respondas.

—Y yo te he dicho que no.

Sin esperarlo, me agarró del cuello y me aprisionó contra la pared de espejos, pegando su nariz a la mía. La mandíbula tensa y la ligera presión que sentía en mi cuello me advertían de que, o bien estaba muy enfadado, o tenía un deseo sexual difícil de controlar.

—No me toques las pelotas, Victoria —dijo, en un gruñido—. No me has esperado durante horas, para nada. No me has desobedecido…, para nada. Quiero saber qué querías preguntarme.

—Suéltame.

—Responde.

Empezaba a tener miedo de esa mano rodeándome el cuello. Mano que cada vez ejercía más presión y estaba segura de que mi cara estaba roja como un tomate. No por vergüenza, sino por su agarre.

—Sigues casado.

Aaron me soltó de inmediato y arrugó la frente, mirándome con la cara desencajada.

—¿Qué?

—Solo quería saber por qué no me lo habías dicho. —Me encogí de hombros y llevé la mano a mi cuello, masajeándome—. Pero lo que no entiendo es que, según tú…

—Vete —me interrumpió—. Lárgate de aquí.

Giró la llave y el ascensor se movió. Él me dio la espalda y dejó de hablarme.

Durante los siguientes segundos o minutos que estuvimos descendiendo, él se mantuvo callado, pero tenía las manos cerradas en puños y la respiración agitada. Estaba claro que le había molestado que yo indagara en su vida privada. Tan privada que, ni siendo su *novia*, o amante, lo que fuese yo, tenía acceso a ella.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja y las puertas se abrieron, salí rápidamente de allí. Pero, una vez fuera, miré por encima del hombro y susurré:

—Siento haberme metido en tu vida. No volveré a hacerlo.

19

Lancé un gruñido y me retorcí, escondiéndome debajo de las sábanas. No quería salir de la cama. No quería hacer nada productivo con mi vida. Ni siquiera había encendido el móvil en los últimos cinco días, ni respondido a las llamadas en la puerta. Nada. Mi única meta, había sido sacar a Zeus y hacer vida en la cama. Apenas había comido nada en esos días.

—¡Que te levantes ya! —gritó Carol, tirando nuevamente de las sábanas.

Al descubrirme y abrir los ojos, vi que mis amigos estaban allí, rodeándome. Cerrándolos de nuevo, hundí la cabeza bajo la almohada y me abracé a ella con fuerza. No quería saber nada de nadie.

—Cariño… —Jordi intentó levantar la almohada, pero no se lo permití—. Tienes que salir de la cama. ¿Cuánto hace que no te das una ducha? Mira qué pelos me llevas.

—Dejadme en paz —gruñí.

—¡Y una mierda! —gritó Carol, tirando de la almohada.

Por supuesto, consiguió quitármela y dejarme totalmente al descubierto.

—Vamos, levántate —dijo Lidia, tirándome del brazo.

A regañadientes me dejé llevar hasta el cuarto de baño, donde mi amiga me encerró hasta que me diera una ducha y estuviese decente. Para no oírlos más, les hice caso.

Media hora después, salí del cuarto de baño y me puse el pijama rosa con unicornios estampados por todas partes, las zapatillas rosas y, sin secarme el pelo, salí del dormitorio. Una vez en el comedor, los encontré a todos espachurrados en los sofás, esperándome con un buen cargamento de chucherías, bolsas de patatas, palomitas y refrescos.

—Ven aquí —ordenó Jordi, dando golpecitos a su lado, entre él y Lidia. Carol estaba en el otro sofá—. Cuéntanos qué ha ocurrido para que hayas estado cinco días incomunicada. Estábamos muy preocupados, nena.

—Sobre todo, cuando Aaron nos dijo que no te veía desde hacía días —añadió Lidia.

—¿Aaron? —susurré mirándolos.

Jordi asintió con la cabeza una vez.

—Hemos ido a tomar algo al Pandora y lo hemos encontrado allí. Nos ha parecido raro verle solo, así que le preguntamos dónde estabas

porque no sabíamos nada de ti.

—Y ese subnormal nos ha dicho que no era su puto problema y que llevaba varios días sin verte —añadió Carol.

—¿Lo habéis dejado? —preguntó Lidia, cogiéndome de la mano.

Lo único que salió de mí en ese momento fueron miles de millones de lágrimas que brotaron sin tregua. Por suerte, mis amigos me conocían lo suficiente para tener preparada una caja de pañuelos. Sabían que, si había estado ausente, no estaba bien.

Después de un buen rato aguantando mis berreos y lágrimas, y esperar a que me calmara, Carol pidió sitio para sentarse con nosotros y los cuatro acabamos embutidos en un sofá. Me dieron un abrazo de amigos, de esos que te cortaban la respiración, pero te quitaban todos los males de encima.

—Me echó de su empresa —logré decir al fin—. Fui a preguntarle por algo que había visto en internet, pero en ese momento estaba Amanda, su exmujer, y Aaron no estaba de buen humor. Pidió que me fuera, pero lo esperé para ver si se calmaba. Cuando su secretaria me dijo que se había ido, fui a su despacho para seguirle esperando y me quedé dormida en el sofá.

—¿Y por eso te echó? —preguntó Jordi extrañado.

Negué con la cabeza y me soné la nariz con un pañuelo nuevo.

—Seguía enfadado, pero me preguntó qué era eso que quería preguntarle. Como no había mejorado su humor, decidí no decírselo. Pero me siguió hasta el ascensor y me preguntó otra vez.

—Y se lo contaste —susurró Lidia.

Negué otra vez con la cabeza.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Jordi curioso.

—Me agarró del cuello y me aprisionó contra el espejo del ascensor, exigiéndome que se lo contara.

Mis amigos se miraron en silencio durante unos segundos y después me miraron a mí.

—Lo habrás denunciado —dijo Lidia.

—¿Denunciado? —pregunté horrorizada—. ¿Por qué? No me hizo daño.

—¿Es que esperarás a que te lo haga? —escupió Carol, claramente enfadada—. Lo que te hizo no es normal, tía.

De pronto sonó el timbre, por lo que todos nos quedamos en silencio y miramos a la puerta del recibidor. Hacía días que a mí no me apetecía recibir a nadie, así lo hice saber todas las veces que llamaron a la puerta y no respondí, por lo que aquella vez no fue distinta. No me apetecía abrir.

—Voy a ver —susurró Jordi, levantándose.

Me acurruqué en el sofá, entre Lidia y Carol, recibiendo arrumacos y besos de ambas. Algo raro en Carol, excepto cuando veía que yo no

estaba bien. Entonces salía a la luz su lado cariñoso.

—¿Qué haces aquí? —oímos decir a Jordi—. Será mejor que te vayas.

—Quiero verla —dijo Aaron, quitándome el aliento.

No me apetecía en absoluto verle. No después de lo que ocurrió entre nosotros. Pero, una parte de mí, mi curiosidad… pidió hacerlo y saber por qué estaba ahí, en mi casa, exigiendo verme. ¿No se suponía que habíamos roto? Así creí habérselo hecho saber en mis últimas palabras dirigidas a él, antes de irme.

—Ella no quiere verte —respondió Jordi.

Lo siguiente que oímos fue un golpe seco y a Jordi gritando. Al mirar en aquella dirección, Aaron entró en el comedor y me buscó con la mirada, hasta que me localizó en el sofá, flanqueada por mis amigas. Jordi apareció detrás de él, fulminándolo con la mirada.

—Me ha empujado y ha entrado a la fuerza —informó—. Por si quieres llamar a la policía.

Aaron miró por encima del hombro y le perdonó la vida con la mirada, para después mirarme a mí.

—¿Podemos hablar? —Miró a mis amigas y volvió a clavar la mirada en mis ojos—. A solas.

—Ni lo sueñes —escupió Carol, levantándose con decisión—. ¿Para qué? ¿Para volver a ponerle la mano encima? Vete de aquí.

Aaron arrugó la frente y me miró, una vez más.

—¿Eso les has dicho? ¿Qué te he pegado?

—La cogiste del cuello, cabrón de mierda —gruñó Carol, dando un paso al frente—. Vete de aquí ahora mismo o te juro que…

—¿Qué? —dijo Aaron, dando un paso adelante.

—Por favor… —susurré levantándome—. No empecéis algo que no me gustará cómo termine.

—Quiero hablar contigo —insistió Aaron—. Pero no con tus amigos por aquí.

Miré a mis amigos, que negaron rápidamente con la cabeza, intentando que me olvidara de lo que estaba pensando. Pero no pude, necesitaba saber qué quería decirme.

—¿Podéis dejarnos a solas, por favor? —les pedí.

Lidia entornó los ojos, mirándome fijamente. Después, asintió con la cabeza y cogió a Carol del brazo.

—Te esperamos fuera, en la escalera. Cualquier cosa… —Aaron resopló, pero no dijo nada—. Si en cinco minutos no has dado señales de vida, entraremos. Si necesitáis más tiempo, me mandas un audio.

—Vale —susurré, asintiendo con la cabeza.

—Ni que fuera a matarla —se quejó Aaron.

La respuesta que recibió fue una mirada de Carol, que le advirtió de mil y una torturas si a mí me ocurría algo. Por suerte, Lidia

consiguió arrastrarla hasta el exterior y oí la puerta cerrarse. Aaron se desplazó unos pasos y miró al recibidor, seguramente para cerciorarse de que, efectivamente, nos habían dejado a solas. Miré el teléfono y anoté mentalmente la hora para enviar un audio a Lidia si nuestra conversación excedía de los cinco minutos.

—Está bien —susurró Aaron, acercándose a los sofás.

Yo di unos pasos atrás, alejándome de él, lo que consiguió que Aaron cesara sus pasos y se sentara en el otro, alejado del mío. Conteniendo el aire en mis pulmones, me senté despacio con el móvil entre mis manos. Zeus no tardó en venir corriendo y subirse al sofá, bien pegado a mí, donde se tumbó y no le quitó el ojo de encima a Aaron.

—¿Qué quieres? —musité.

—Ante todo pedirte disculpas por lo que te hice en el ascensor. Tengo mucha tensión y presión encima y lo pagué contigo.

—Vale.

—¿Me perdonas? —Negué con la cabeza, por lo que él suspiró y bajó la mirada—. Me tienes miedo.

—Temo tus reacciones cuando te sientes presionado.

—Por esa misma razón te pedí que te fueras. No quería explotar contigo.

Aunque aquello no me parecía una buena excusa, asentí con la cabeza.

—Está bien, te perdono, pero lo que te dije lo sostengo. No voy a meterme más en tu vida. Ya no tendrás que…

—Tengo un hijo.

Esas tres palabras lograron dejarme sin aliento y obligarme a alzar la mirada para clavarla en sus ojos. Él miraba al suelo, por lo que no pude establecer contacto visual. Lo que sí fui capaz de ver, fue el dolor en ellos.

—¿Qué? —susurré, incapaz de decir algo coherente.

—Ahora mismo no puedo hablar de ello. No era el mejor momento, Vicky, y mucho menos para hablar de él. Aquel día que ocurrió lo del ascensor... Amanda se encargó de ir para recordarme ciertas cosas que me ponen de muy mala leche.

—Pues lo siento mucho —susurré con un nudo en la garganta—, pero ¿qué culpa tengo yo de todo esto?

—Mándale el audio a Lidia —dijo, señalando el móvil que seguía sosteniendo entre mis manos—. O en treinta segundos entrarán y nos interrumpirán.

Desbloqueé la pantalla para ver la hora y efectivamente faltaban pocos segundos para los cinco minutos, por lo que abrí la conversación con Lidia y le mandé un audio.

—Estoy bien. Necesito unos minutos más.

—Diez más —respondió ella.

Bloqueé la pantalla y suspiré, desplazando la mirada hasta Aaron, que hacía crujir sus dedos uno a uno. Parecía nervioso.

—¿Qué más quieres decirme?

—Cuando saliste del ascensor y dijiste aquellas últimas palabras antes de irte… ¿Cortaste la relación?

—Sí.

—¿Y hay alguna posibilidad de recuperarla?

—Siento que tengas que aguantar a Amanda y a Laura, pero yo no puedo vivir así, Aaron. Me he pasado los últimos cinco días metida en la cama, sin ganas de vivir, sin ganas de nada. Me costaría muchísimo volver a confiar en ti después de lo que me hiciste.

—Puedes confiar en mí.

—No lo sé.

Él alzó la mirada hasta mis ojos, dejándola ahí.

—Puedes confiar en mí —insistió.

Me encogí de hombros, conteniendo las lágrimas que luchaban por salir. No tenía claro que pudiera confiar en él. No después de lo que hizo.

—No puedo arriesgarme —susurré.

—¿Cómo puedo demostrártelo? Dime qué quieres y lo haré.

—Quiero que me dejes un tiempo. Necesito volver a ser yo, para ver si puedo ser capaz de perdonarte al cien por cien y empezar de cero.

—Está bien —dijo en un suspiro—. El empleo… Lo necesitas. Por favor, acéptalo. Durante la formación no tendrás que verme y, después, cuando empieces a trabajar, podrás elegir hacerlo fuera de mi despacho. Lo que quieras, pero, por favor, acepta el empleo.

—Lo pensaré.

—Está bien —repitió, asintiendo con la cabeza—. Si aceptas, llama a Susana para que lo arregle todo con Manuel. Estarás dos meses con él, formándote.

—Si acepto —musité, acariciando la cabeza de Zeus.

Sin decir nada más, Aaron se levantó y en un par de largas zancadas desapareció por el recibidor. Segundos después oí la puerta abrirse y a mis amigos hablando. En nada, se plantaron a mi alrededor, mirándome con mudas preguntas.

—Me ha pedido disculpas por lo que hizo —les conté, sin cesar en mis caricias a Zeus—. Y me ha contado que tiene un hijo.

—¿Va a presentártelo? —preguntó Jordi curioso.

—No lo sé.

20

No tenía claro qué iba a ocurrir con mi vida. El único empleo que me había salido era por enchufe y no iba a aceptarlo. Me negué. Me dije a mí misma que no iba a aceptar la limosna de nadie, y mucho menos de Aaron.

Del resto de ofertas, nada. Como si yo no existiese. Como si no tuviese ninguna habilidad para desempeñar un trabajo sin complicaciones.

Había presentado mi candidatura para una empresa de limpieza, otra de producción, como dependienta, secretaria, recepcionista… incluso colgué un anuncio ofreciéndome a pasear perros. Nada funcionó. Eran ya tres semanas las que llevaba buscando un empleo con el que subsistir, y solo dos entrevistas concertadas; en ambos casos, fui descartada sin remordimiento. Del resto, ni rastro. Si mi situación seguía así durante más tiempo, teniendo en cuenta que el paro no era para siempre y que tarde o temprano iba a quedarme sin dinero, la única opción que me quedaba era la de vender el piso. Ese hogar que mis padres compraron con tanto esfuerzo. Se me encogía el corazón solo de pensar en ello, y volvía a la carga rastreando las miles de ofertas de empleo que aparecían en la red, mandando mi currículum a destajo con una pequeña esperanza de que al menos una empresa me tuviese en cuenta, por muy deprimente que fuese el sueldo.

Durante todos esos días, recibí varios mensajes de Aaron que insistía en que aceptara el puesto en su empresa. Los descarté todos; ni quisiera le contesté. Y dejarlo en visto tuvo que funcionar, ya que un buen día se cansó y no volvió a dar señales de vida. Lo agradecí, pues necesitaba volcar mis pocas energías en la búsqueda de empleo.

Dejando el ordenador a un lado sobre el sofá, me levanté para atender a quien fuera que había llamado a mi puerta.

Carol entró como un elefante en una cacharrería gritando algo que no logré entender. La seguí hasta el sofá, donde se dejó caer y siguió hablando:

—¡… compartir piso!

—¿Qué? —susurré sentándome cerca de ella.

—Que puedes venir a mi casa. Compartimos piso. Sabes que mis padres apenas vienen una vez al año y no duran ni veinticuatro horas. Vamos, que ni se enterarán de que estás ahí. ¡Y por Zeus ningún problema! Es una idea estupenda, ¿verdad que sí?

La miré a los ojos intentando descifrar si lo suyo estaba siendo una broma o si iba en serio. Y a juzgar por su mirada… iba en serio.

—Estás de coña —dije de todos modos.

—Sabes que no voy a pedirte alquiler ni gastos. Y la nevera siempre está llena.

—Vale… sí, estás de coña.

—¿Has encontrado trabajo?

Resoplé y cogí el portátil para ponerlo sobre mis piernas. No podía perder tiempo con una tontería así. ¿Quedarme en casa de Carol como una ocupa muerta de hambre? ¡No estaba tan loca ni desesperada! Al menos, no todavía.

—Estoy en ello —susurré, leyendo otro anuncio en el que ya pensaba inscribirme.

Carol bajó la pantalla del ordenador con un rápido movimiento y me lo arrebató con la misma rapidez, alejándolo de mí.

—Descanso, amiga —claudicó—. Nos vamos a tomar algo.

—No puedo perder tiempo, Carol. Devuélveme el ordenador.

—No. Quítate el pijama, ponte algo de ropa, lo que sea… y ven conmigo. Como amiga, tengo la obligación de ayudarte, así que no te resistas y vamos a tomar algo fresquito. Lo necesitas, y lo sabes.

—Tengo refrescos en la nevera.

—También tienes una amiga muy terca que no piensa ceder. Cuanto más tardes en hacerme caso, más tardarás en sumergirte de nuevo en la pantalla del ordenador.

Había cedido. ¿Acaso podía negarme? Carol era la persona más terca que había conocido en mi vida. Y una lianta también, pues había quedado con los demás a mis espaldas. En cuanto entré por la puerta del local al que me había llevado, pude ver a Lidia y a Jordi en una mesa, sacudiendo sus brazos para indicarnos dónde estaban. Les lancé una mirada hastiada, pero su respuesta fueron un par de sonrisas que no pude obviar. Mis amigos me querían y solo intentaban ayudarme.

Llevábamos ya una hora charlando y bebiendo, cuando Carol decidió lanzar la gran noticia. O, al menos, lo que ella consideraba como *la gran noticia*. Lidia y Jordi, al oír la propuesta de nuestra amiga, me miraron y asintieron con la cabeza, coincidiendo con ella en que la idea de ir a vivir a su casa era muy buena y no podía desaprovecharla.

—No voy a ser más dependiente de lo que ya soy —insistí.

Jordi arrugó la frente y sacudió al cabeza.

—Eres una mujer independiente, Vicky.

—Ya, claro. —Sorbí la pajita apurando el contenido de mi vaso—. Una mujer independiente que necesita a sus amigos para algo tan simple como hacer la compra.

—Tener coche está sobrevalorado —comentó Lidia, sacudiendo la mano en el aire.

—Y eso lo dice la que tiene dos a su disposición —contraataqué.

—Son de mis padres —respondió ella, sacando la lengua por mi comentario.

Reí por su reacción y los demás se unieron. Pero cometí el error de creer que el tema se había dado por zanjado.

—Sigo diciendo que es una gran idea —insistió Jordi—. Piénsalo, podrías alquilar el piso y guardar el dinero. ¿Y si te sale empleo? ¡Pues más dinero! Gestionándolo bien, puedes tener un buen cojín del que vivir tranquila.

—No voy a alquilar el piso de mis padres.

—¿Prefieres venderlo? —preguntó Carol, mirándome de reojo.

Resoplé y dejé caer la cabeza sobre la mesa, dándome un buen golpe en la frente. Sin embargo, no me moví. Con los brazos flácidos sobre mis piernas, dejé que mi pelirroja melena se precipitara sobre la mesa, cayendo en cascada por los costados.

—Vicky… —oí decir a Lidia.

—Dejadme en paz —mascullé sin alzar la cabeza.

—Vamos, *Mérida*… —susurró Jordi, apartando el cabello para intentar verme la cara—. No es tan malo como piensas. Será por un tiempo. Además, todos sabemos que aguantar a Carol no está pagado, así que el trueque es justo: tú la aguantas y ella cubre los gastos durante un tiempo.

—Serás capullo —dijo la otra riéndose.

Mi cuerpo vibró antes de que soltara la primera carcajada. Y detrás de una llegó otra, provocando que mis amigos riesen conmigo y yo alzara la cabeza para verlos. A juzgar por la sensación que sentía en mis mejillas, supe que estaba roja como un tomate. Incluso tuve que recoger un par de lágrimas que se habían precipitado por las comisuras de mis ojos a causa de la risa.

Jordi tenía razón; aguantar a Carol no estaba pagado.

El resto de la tarde resultó bastante amena, en especial cuando mis amigos dieron por hecho que había aceptado ir a vivir con Carol. ¡Incluso organizaron una fiesta de bienvenida! Pero no duró mucho y acabaron hablando de hombres a los que hincar el diente. En especial, de los hombres de *ese local* al que se les podría hincar el diente. Yo no quería, pero acabé barriendo con la mirada a mi alrededor, siguiendo las indicaciones de mis amigos por aquel tío o aquel otro. Hasta que mis ojos quedaron clavados sobre un hombre que había en un rincón de la barra, observándome entre las sombras, pues apenas había luz en aquella zona. El local en sí era un lugar en el que la luz no era su mayor virtud, pero él…, aquel hombre, había aprovechado la penumbra de un rincón privilegiado. Al menos eso deduje.

—¿Qué miras con tanto interés? —preguntó Lidia, alzando la cabeza como un suricata para intentar ver lo mismo que miraba yo.

—¿Ese es Aaron? —escupió Carol.

Asentí con la cabeza sin apartar la mirada de sus ojos.

Me sentí como un conejo siendo acechado por su depredador y el corazón me latía con fuerza en el pecho. No por verle después de tanto tiempo, sino por su actitud. Se mantenía serio, con la fijeza de su mirada clavada sobre mí.

—Nos vamos —anunció Lidia, levantándose de la silla.

Aaron frunció el ceño y miró a mis amigos unos segundos antes de volver a clavar sus ojos sobre los míos. Parecía confuso, como si no entendiera el motivo por el cual nos íbamos al haberle visto entre las sombras.

—Vicky… —Jordi tiró de mi brazo y me hizo reaccionar, girando la cabeza para mirar a mis amigos—. Vamos a otro sitio. No me gusta el modo en que te mira.

—Ni a ti ni a nadie —murmuró Carol, que mantenía los dientes apretados y la mirada apartada de Aaron.

Dejando que Lidia se encargara de pagar la consumición, los tres salimos del local y la esperamos en la puerta, juntos, como una piña. Me dio la sensación de que mis amigos me estaban protegiendo. Y mi cuerpo volvió a temblar cuando Aaron salió del local, clavando sus ojos de nuevo sobre mí.

—¿Podemos hablar? —susurró con la voz ronca.

Carol se interpuso entre ambos y alzó un dedo amenazante.

—No te acerques a ella —masculló—. Si no quieres problemas, lárgate y búscate a otra. Vicky ya no está interesada en ti.

—¿Por qué no dejas que sea ella la que lo diga? —respondió él, desviando la mirada hasta sus ojos—. ¿Acaso se ha quedado sin lengua? ¿o es que crees que va a dejarte en evidencia?

Cuando sus ojos volvieron a mí, sentí como si el mismísimo ave fénix resurgiera de sus cenizas. Cerré las manos en puños, cogí aire y di unos pasos al frente, colocándome entre Carol y él.

—Déjame en paz, Aaron.

—Solo quiero hablar.

—Y yo quiero que me dejes en paz. Estoy con mis amigos y no quiero que nada ni nadie estropee este momento.

Él sostuvo la mirada unos segundos antes de suspirar, asentir ligeramente con la cabeza y apretar los labios antes de decir:

—Está bien —murmuró—. En otro momento.

—En ningún otro momento —intervino Carol.

Lidia salió del local y pasó junto a él, fulminándolo con la mirada.

—¿Nos vamos?

—Sí —dijimos Jordi, Carol y yo al unísono.

Dejando que mi amigo enlazara su brazo con el mío, nos separamos de Aaron y nos alejamos de él con necesidad contenida. Pude darme cuenta de que mis amigos iban tan tensos como yo, aunque no logré entender el motivo. Si bien era cierto que el ambiente entre él y yo era muy, pero que muy denso, a ellos no les había hecho nada. De acuerdo, me había cogido del cuello y me asusté, pero seguía dudando que su intención fuera la de hacerme daño. De ser así, no se hubiese detenido.

—¿Qué cojones hacía ahí? —masculló Carol, más para sí misma que para los demás.

—¿Coincidencia? —sugerí. Los tres me miraron con las frentes arrugadas y yo me encogí de hombros—. ¿Qué?

—No creo en las coincidencias —dijo Jordi—. Lo que sí creo es que te está vigilando. ¿Habéis visto cómo la miraba?

—¿Cómo no verlo? —respondió Lidia—. Parecía un felino agazapado entre la maleza, esperando el momento indicado para saltar sobre su presa.

—Y la presa era Vicky —aclaró Carol, por si alguien tenía alguna duda—. Menos mal que estábamos contigo, nena. Nos debes una ronda de chupitos.

—No son ni las ocho —me quejé.

Mis amigos estallaron en carcajadas, hasta que Jordi, recomponiéndose, me dio un beso en la cabeza.

—Yo en tu lugar, me preocuparía por mi bolsillo más que por la hora.

Por supuesto, los cuatro terminamos en un garito a unos cuantos kilómetros del lugar donde nos habíamos encontrado con Aaron. Y, *por supuesto*, hubo bastantes rondas de chupitos que Carol y Lidia se encargaron de pagar. Me negué. Con todas mis fuerzas. Pero en cuanto cedí a tomarme uno… no hubo vuelta atrás. Aquella noche iba a sumarse a las otras en las que habíamos despertado enmarañados en una cama, juntos, con una resaca de mil demonios.

21

Soplé para apartar un mechón de cabello que caía sobre mi frente, aunque de poco sirvió. Estaba tan sudada que se había pegado a mi piel, por lo que tuve que alzar la mano y apartarlo con el dorso de la muñeca, sacudiendo la cabeza para ayudarme, quejándome en silencio por haber sido tan débil al aceptar la oferta de Carol.

A diferencia de las ofertas de empleo de las que todavía no obtenía respuesta, en cuanto anuncié mi piso en alquiler, salieron varios interesados en él. Mi bandeja de correo electrónico estuvo sacando humo durante días, hasta que me mentalicé, engañándome a mí misma, de que estaba haciendo lo correcto y me dispuse a responder uno por uno todos los contactos de mi anuncio, sintiéndome mala persona por meter en mi casa, el que fue el nidito de amor de mis padres, a unos desconocidos que no sabía cómo la iban a tratar.

El resultado fue que seleccioné a una joven pareja, no mucho mayor que yo, que acababa de casarse y buscaban independizarse. Ambos disponían de trabajo estable y me ofrecieron tres meses de fianza, además del mes corriente, lo cual me sorprendió, ya que pedí la friolera de ochocientos euros por el piso, gastos no incluidos, y dos meses de fianza. Si bien había otros pisos en la zona con alquileres muy por encima de ese precio, yo lo consideraba, en cierto modo, un abuso. Supongo que, al ver mi reticencia a alquilarlo, pues me saboteaba a mí misma y buscaba cualquier excusa para no hacerlo, ofrecieron un mes más de fianza para dejarme… ¿tranquila? Eso fue lo que dijo Carol, que me presionó hasta la saciedad para que aceptase el dinero y dejara que esa parejita disfrutara entre las cuatro paredes que tantos recuerdos guardaban.

Lloré como nunca cuando saqué la última caja con mis pertenencias y miré arriba, al balcón del salón, despidiéndome de aquel lugar que, aunque seguía siendo mío, ya no iba a habitar más. Al menos, durante un largo periodo de tiempo. Tres años prorrogables, según el contrato.

Mis amigos me ayudaron, por supuesto, pero ninguno logró convencerme de que estaba haciendo lo correcto. Yo sabía que no, aunque no tenía más opciones.

—Verás que, en un abrir y cerrar de ojos, Zeus y tú volveréis a estar ahí —dijo Carol, achuchándome entre sus brazos.

Estábamos en el sofá de su casa. Nuestros amigos ya se habían marchado y a mí me dio otro bajón en el que no podía parar de llorar.

Ni siquiera los lametones y lamentos de Zeus lograron calmarme. Y el abrazo de mi amiga, por mucho que lo agradeciese, tampoco lo consiguió.

—Mis padres me estarán odiando allá donde estén —balbuceé, llenándole el hombro de mocos.

—Que no, mujer… —Me apretó más fuerte entre sus brazos y me dio un beso en la coronilla—. Tus padres entienden que no tenías opciones y que el paro no dura toda la vida. ¿Acaso preferirían que murieras de hambre? Conociendo a tu padre como lo conocí, estoy segura de que ha estado muchos días gritándote desde el más allá por lo cabezota que eres.

—Mi padre nunca gritaba —me quejé, apartándome de ella para secar mi cara llena de lágrimas—. Refunfuñaba, pero no gritaba.

—Pues refunfuñaba. —Me miró escondiendo una sonrisa en sus ojos y acabó provocando la mía—. ¿Mejor?

—No.

—Bueno, verás que mañana lo ves con otros ojos. ¿Nos vamos a dormir? Que sepas que, aunque tienes un dormitorio para ti solita, hoy tendrás el gran placer de dormir en mi cama. Pero solo porque estás hecha una mierda y necesitas compañía.

—En ocasiones me gustaría que no fueses tan franca.

—Doña Franqueza, me llaman por ahí… —dijo, levantándose y contoneando las caderas, haciéndome reír a carcajadas—. Acompáñeme, plebeya. La guiaré hasta sus aposentos.

—Eres idiota —dije riéndome.

Las dos nos metimos en su dormitorio entre risas, seguidas de Zeus que, tan pronto vio la cama, saltó sobre ella y se acomodó con la cabeza sobre una de las almohadas. Mi pequeño no tenía un pelo de tonto.

—Míralo… —soltó Carol, cogiéndolo en brazos para apartarlo—. No puede ponerse a los pies, no… ¡Tiene que invadir la cama!

—Es de gustos exquisitos.

—Es un niño malcriado —corrigió, observando cómo Zeus se movía de los pies a las almohadas, acomodándose de nuevo mientras la miraba a los ojos—. Malcriado —repitió, incapaz de aguantarse la risa.

El resultado fue que los tres acabamos en la cama de Carol, que por suerte era muy grande, y ambas abrazábamos a Zeus que en cinco segundos ya estaba roncando. Ni siquiera reaccionó cuando mi amiga le cogió de los bigotes y tiró de ellos, riéndose por la cara que se le quedaba al alzarle los labios con los tirones.

—El tío ni se entera —susurró, riéndose bajito.

—Ya sabes que, mientras lo estés tocando, no se quejará.

—Es un santito.

Dejó de tirarle de los bigotes y acarició su abombada cabeza, dándole un beso de buenas noches en el hocico antes de acomodarse sobre su almohada y coger mi mano para darme un apretón.

—Gracias por todo —susurré.

—Agradécemelo mañana con un café —dijo, dejándose llevar poco a poco por los brazos de Morfeo.

22

Por la mañana desperté antes que Carol y me levanté de la cama para preparar café. Sin ni siquiera pasar por el cuarto de baño, arrastré mis pies hasta la cocina y me dispuse a preparar la cafetera, así podía dejarla haciendo el café mientras, entonces sí, iba al baño para limpiarme la cara y adecentar mis pelos de loca, esos que cada mañana, sin excepción, aparecían sobre mi cabeza. Nunca entendí cómo era posible que Lidia, por ejemplo, se levantase con su cabellera prácticamente intacta y yo, sin embargo, parecía un león llegado de la guerra.

—Buenos días, pelirroja.

Me sobresalté al oírlo y di un bote sobre mí misma, derramando el café molido sobre la encimera, montando un buen estruendo cuando el bote cayó al suelo. Suspiré aliviada cuando me di cuenta de que era de plástico y no se había hecho añicos al impactar contra el mármol blanco a mis pies.

—Rubén —susurré con los nervios presentes en mi voz—, qué susto me has dado.

—¿Tan feo soy?

«Todo lo contrario».

Sacudí la cabeza y resoplé, agachándome para recoger la que había liado en un momento.

—Ni siquiera te he visto venir, así que no es por tu aspecto —me sinceré. Al menos, a medias—. No recordaba que estabas aquí.

—¿Problemas de memoria, pelirroja? —preguntó con sorna, agachándose a mi lado para ayudarme a recoger lo del suelo.

—Más bien son demasiadas cosas en la cabeza como para recordarlo todo. Lo siento. La he liado bien. No estoy muy centrada últimamente.

—No te preocupes —susurró, mirándome a los ojos durante el tiempo suficiente para que mis piernas flojearan. ¿Qué me estaba ocurriendo? Se suponía que ya había superado la adicción a Rubén—. Entonces, ¿mi pelirroja favorita ya es oficialmente mi compañera de piso?

—¿Acaso tienes más pelirrojas y esas son menos favoritas? —bromeé, provocando una carcajada de Rubén.

—En realidad, eres la única pelirroja con la que he hablado. Me dais un poquito de miedo, ¿sabes?

—¿Miedo?

—Sí. Imponéis… bastante. No sé. No tiene ninguna lógica, pero bueno. —Sonrió y me miró a los ojos una vez más—. Ya me encargo yo del café, que tengo la esperanza de poder tomar uno y contigo puede resultar un tanto complicado.

—Qué idiota —dije riéndome.

Pero hice caso y me erguí, dejándolo en la cocina para, entonces sí, ir al baño para controlar mis pintas de recién levantada. ¡Y qué pintas! Abrí los ojos como platos al verme reflejada en el espejo. ¿Rubén me había visto de esa guisa?

Durante un buen rato en el que, además, oí que Carol se levantaba y hablaba con su hermano, me di una ducha, me sequé el cabello y me arreglé lo justo para sacar a Zeus a hacer sus necesidades sin que pareciese una vagabunda. Y justo salí del cuarto de baño, que me encontré de morros con Rubén. Otra vez.

—Todo tuyo —le ofrecí, dejándole el cuarto de baño vacío.

—Te has puesto ropa de calle —comentó, dándome un descarado repaso—. ¿Te vas?

—Tengo que sacar a Zeus y no es muy aconsejable salir a la calle en pijama.

—¿Por qué no? —preguntó conteniendo una sonrisa—. ¿Acaso hay alguna ley que lo prohíba?

—Pues no lo sé, la verdad. Lo buscaré.

Ambos sonreímos y él entró en el cuarto de baño al mismo tiempo que dijo:

—Mi hermana ha ido a sacar a Zeus, así que te has preparado para nada. Yo de ti me volvía a poner el pijama.

Resoplé mientras él cerraba la puerta y me dirigí al salón, saliendo al balcón para asomarme con la esperanza de ver a mi amiga con mi perro. Pero nada; ni rastro de ella. ¿Por qué había ido a sacar a Zeus? Era mi responsabilidad y lo último que quería era que mis amigos tuvieran que hacerse cargo de él cuando yo podía hacerlo. En situaciones puntuales… vale. Pero, en ese momento, no era necesario.

Incapaz de quedarme de brazos cruzados mientras mi amiga se había hecho cargo de la salida de Zeus, entré en el salón y observé todo a mi alrededor. Todavía había cajas apiladas en un rincón, así que cogí una y fui a mi dormitorio para empezar a desempaquetar mis cosas. Iban a ser unos días movidos, porque encontrar sitio para tus pertenencias en un piso compartido es complicado. A mí, al menos, me daba la sensación de que invadía un espacio muy personal. Muy de ellos.

Salí del dormitorio con la caja vacía cuando, de pronto, me topé con mi pequeñín.

—¿Dónde has estado sin mí, sinvergüenza? —le dije, soltando la caja para agacharme y darle un achuchón.

—Vicky… —Carol apareció por el recibidor y puso una sonrisa maliciosa—. A partir de ahora seré yo la que saque a Zeus.

Curiosa por sus palabras, arrugué la frente y me erguí, cogiendo de nuevo la caja que había dejado a un lado.

—¿Y eso por qué?

—No sabía que se ligaba tanto teniendo perro. En serio. Vale, confesaré que lo he sacado porque al asomarme al balcón he visto a un guaperas con su perro y he pensado que era una excelente excusa para acercarme a él. Pero es que, nena…, ese tío no solo es guapo a morir, sino que es interesante. ¿Sabes esos hombres que, aunque parezca mentira, tienen cerebro?

—¿Los tíos como yo? —intervino su hermano, saliendo del cuarto de baño con el cabello mojado y un exquisito olor que dilató las aletas de mi nariz.

—Estoy hablando de tíos interesantes, Rubén —contraatacó mi amiga, cruzándose de brazos—. Es decir, todo lo contrario a ti.

—Lo que tú digas, hermanita. Pero qué feo usar el perro de tu amiga para conseguir un polvo, ¿no?

Carol le dio un puñetazo en el hombro y él salió corriendo, riéndose a carcajadas. Cuando Carol me miró a la cara y arrugó su entrecejo, me di cuenta de que yo también estaba riéndome.

—Perdón —susurré alzando las manos—. Es que es justamente lo que has hecho.

—Y lo pienso seguir haciendo. He quedado con él a las cinco para sacar a los perros, así que ya sabes, a partir de ahora, las salidas de Zeus son cosa mía.

—¡Hasta que no lo necesite y se desentienda! —gritó Rubén desde algún punto del gran piso.

Carol puso los ojos en blanco y fue en su busca, seguramente para darle una paliza. Esos dos se llevaban fatal, aunque Rubén quería muchísimo a Carol y simplemente la chinchaba porque se divertía al verla enfadarse. Ella, sin embargo, creía que su hermano le tenía manía. Siempre supuse que así eran las relaciones entre hermanos, pues Lidia tenía algo similar con su hermana pequeña. Jordi y yo éramos hijos únicos.

Aquella tarde, tras presenciar unas cuantas disputas más entre los dos hermanos, al fin logré poner algo de paz y conseguí que aceptasen ver una película conmigo. Habiendo tres sofás en ese gran salón, cada uno se tumbó en uno, con un buen bol de palomitas y refrescos, disfrutando de un ratito de paz en el que, por suerte, no se oyó ni una mosca. La película era bastante interesante, aunque no la elegí yo y temí que no fuese a gustarme, pero debía admitir que los gustos de Carol respecto al cine eran buenos. El thriller que estábamos viendo

en ese momento me tenía con el vello de punta. O quizá no era la película. En un momento en el que desvié la mirada hacia el sofá en el que estaba Rubén, lo pillé mirándome, no obstante, al darse cuenta, giró la cabeza y fingió ver la película.

—Voy a hacer pis —anuncié en voz baja para no molestarlos.

Carol alargó el brazo y cogió el mando para pausar la peli.

—Ve rápido, que estamos en el punto más interesante.

—No hace falta que la paréis. —Rodeé el sofá de puntillas y me encaré al recibidor—. Seguid, tranquilos, voy y vengo.

Corrí y me colé en el cuarto de baño para vaciar la vejiga. Admito que también aproveché para pasarme agua fría por la cara, pues sentía un calor asfixiante y no precisamente porque estuviésemos en verano; haber pillado a Rubén mirándome me había hecho subir la temperatura y tenía que controlarlo como fuese.

Volvía a sentirme como aquella adolescente que fui y eso me fastidió. Se suponía que «lo mío» con Rubén, mi obsesión, no era más que una etapa de la adolescencia. La típica, además: coladita perdida por el hermano de mi amiga. ¡Qué tópico! Pero bien era cierto que Rubén tenía un físico envidiable y, además, era muy guapo. Para colmo, rebosaba educación, era inteligente y bueno. Lo tenía absolutamente todo. Maldita sea, con veintitantos lo seguía teniendo. Al parecer, Aaron había despertado mi apetito sexual a un nivel incontrolable. De haberlo sabido, no hubiese aceptado la oferta de Carol para cohabitar con Rubén. Aunque esa no era la oferta, sí que iba incluido en el *pack* sin que yo recordara ese detalle.

Me miré en el espejo y resoplé apartando un mechón de cabello que me cruzaba el rostro. Tenía que autoconvencerme de que no podía hacer caso a mi cuerpo cuando veía a Rubén. Debía controlarme. Esa era mi nueva meta de vida.

Dándome una última ojeada en el espejo, salí del cuarto de baño y volví al salón, donde esos dos seguían esperándome con la película pausada.

—Joder, tía —se quejó Carol—, has tardado una eternidad.

—Ya te he dicho que no era necesario que la parases —respondí en un susurro, como si estuviésemos en un cine—. Vamos, dale.

Me dejé caer en «mi» sofá y evité en todo momento cruzar la mirada con Rubén, aunque sabía de sobra que él me iba mirando de vez en cuando. No podía negar que lo tenía vigilado por el rabillo del ojo y que mi entrepierna se preguntaba cómo sería ese hombre en la cama. Sacudí la cabeza mentalmente y me centré en la película.

Apenas media hora más tarde, cuando llevábamos poco más de media película, oímos los ronquidos de Carol. Su hermano y yo miramos hacia el sofá donde estaba tumbada, riendo cuando la encontramos con la boca abierta y un pequeño reguero de baba que le

caía por la comisura del labio.

—¿Quieres más palomitas? —preguntó Rubén, levantándose de su sofá.

Asentí con la cabeza al mismo tiempo que yo también me levanté.

—Y otro refresco. Tantas palomitas me han dado mucha sed.

—Bien —susurró.

Siguiéndole con una distancia prudencial, fuimos a la cocina y, mientras él preparaba otra bolsa de palomitas en el microondas, yo saqué dos refrescos de cola de la nevera y los dejé sobre la isla de la cocina, a la espera de que él terminase.

—No lo entiendo, pelirroja —dijo de pronto, sacándome de mis ensoñaciones, que no eran más que recordar a Rubén en el instituto. Lo miré a los ojos con el ceño fruncido, incapaz de saber a qué se refería—. ¿Qué haces con ese tío? En serio, he intentado asimilarlo, pero no soy capaz.

—Ya no estoy con él. —Sellé mis labios cuando solté esas cinco palabras. En especial al ver la cara de Rubén, que alzó las cejas y dejó salir una media sonrisa ladeada—. ¿Qué?

—Me alegra que te hayas dado cuenta de que no pegabais ni con cola.

—En realidad no es por la edad ni el físico. Hizo algo que… no me gustó. —Sacudí la cabeza y sonreí forzosamente—. Pero ya ha pasado. Da igual.

—Entonces… estás libre.

—Supongo.

—Y puedo invitarte a tomar algo. —Alcé las cejas de la sorpresa y él sonrió de nuevo—. O a cenar. O ambas cosas. ¿Qué te parece? ¿Nos vamos tú y yo el sábado por ahí?

—¿Es una…?

—¿Cita? —interrumpió lanzando otra sonrisa que provocó que mis bajos babearan por ella—. Por supuesto. ¿Dónde te gustaría ir?

—Rubén, creo que… Supongo que has bebido demasiada cola.

Me reí con nerviosismo y él soltó una carcajada.

—La cola no emborracha, Vicky. —Oír mi nombre de su boca provocó un huracán en mi estómago. Nunca me había llamado por mi nombre. Yo siempre había sido la «pelirroja»—. Supongo que simplemente ha pasado el tiempo necesario.

—¿El tiempo necesario para qué?

—Para que dejases de ser una niña. —Alzó una mano a modo de silenciosa disculpa—. No lo tomes a mal, es solo que… No veía normal que a mis diecisiete saliese con una niña de catorce. La gente, mejor dicho, no lo hubiese visto normal.

—No entiendo… —Me senté con cuidado en el taburete de la isla y me agarré a ella con fuerza, temiendo caer de bruces al suelo en

cualquier momento—. ¿Te fijaste en mí cuando tenía catorce?

—Incluso antes. Esas pecas… —Sacudió la cabeza y sonrió de nuevo—. Mírate, pelirroja, eres un *bellezón*.

—Soy una chica normal.

—Con una melena de fuego y una constelación en el rostro. —Perdí el aliento por completo y él sonrió una vez más—. Pero si consideras que eres una chica normal… Está bien, lo acepto. En ese caso, me gusta que seas así. Entonces, *pelirroja normal*… ¿aceptas la cita del sábado?

—Pu… Pues… Sí, creo que sí.

—¿Crees que sí? —preguntó burlón.

—No. Quiero decir… Sí. Sí, claro. La acepto.

Él asintió una vez con la cabeza y vertió las palomitas en la fuente, mirándome de reojo en todo momento y poniéndome el vello de punta cada vez que se le escapaba la sonrisa. Esa sonrisa ladeada por la que tantas veces suspiré de adolescente.

Rubén me había invitado a una cita. ¿Acaso estaba soñando?

Una vez hubo terminado con las palomitas, me invitó a seguirle con un simple gesto de cabeza, y ambos volvimos al salón para terminar aquella película que tan enganchada tenía a Carol y que había dejado de ver para ceder a los brazos de Morfeo.

23

El viernes por la tarde todavía seguía en mis mundos de *yupi* pensando en la invitación de Rubén. Carol, al verme tan sonriente y animada me estuvo preguntando por el motivo de mi alegría, pero mentí descaradamente diciéndole que me encontraba bien en su casa. En realidad, me encontraba más que bien, pero el motivo tenía nombre y apellidos.

Al día siguiente de mi pequeña charla con su hermano, volví a despertar antes que Carol y lo encontré en la cocina preparando el café. Él bromeó diciendo que ya se encargaba de ello, pues quería tener la oportunidad de beberlo sin que llegase al suelo con mi torpeza. No pude no reír y me fui al baño para ponerme con mi rutina mañanera. Cuando terminé, tuve que pelear con Carol, que ya se había levantado, porque insistía en que Zeus era cosa suya. Y de nuevo tuvo una discusión muy divertida con su hermano cuando él insistió en que su solidaridad se esfumaría en cuanto ese tío cayese en las garras de Carol. En fin, que acabó sacando ella a Zeus, tal y como quería. Y yo… invertí toda la mañana en mandar currículums a varias empresas más. En algunas incluso pedían estudios que yo no tenía, pero quién sabía, quizá sonaba la flauta y les daba la suficiente pena como para contratarme, aunque fuese para dar los buenos días a los clientes en la puerta. Ni siquiera sabía de qué era la empresa. Mi nivel de necesidad había llegado a ese punto.

Por la tarde volvimos a tirarnos en los sofás para ver otra película. Esa vez la eligió Rubén y resultó ser todo un acierto, aunque Carol, cómo no, se estuvo quejando porque las películas romanticonas, como ella las llamaba, no eran de su agrado. Con esa, sin embargo, no se quedó dormida y la estuvo viendo con interés hasta el final.

El jueves no fue distinto. Rubén preparó de nuevo el café, Carol volvió a encargarse de Zeus y yo fundí las páginas web de ofertas de empleo mandando mi candidatura a ciegas. Totalmente. Ya ni siquiera miraba qué empresa era ni dónde estaba. ¿El sueldo? Me daba igual. Solo quería un mísero trabajo. No pedía tanto, ¿no? Y por la tarde, como en los días anteriores, tocó sesión de cine. En esa ocasión, Carol me arrebató el derecho de elegir película y optó por una de superhéroes. Ni siquiera lograba recordar el título. La verdad es que no fue una mala elección. La vi hasta el final, pero tampoco fue de mis favoritas.

El viernes, sin embargo, no encontré a Rubén preparando el café.

Ese día ya estaba listo cuando me levanté y la cocina olía a café recién hecho. No obstante, él no estaba en casa. Al menos, no estaba a la vista, ya que no me atreví a ojear en su dormitorio. Me dispuse a mi rutina diaria y, esa vez, ya no discutí con Carol. Zeus salía, que era lo importante, y ella estaba contenta porque tenía la excusa perfecta para encontrarse con ese hombre que tanto había llamado su atención.

Aquella tarde también fue distinta como la mañana. Carol, a diferencia de los otros días, no propuso ver una película. En su lugar, me obligó a darme una ducha y, cuando terminé, tenía preparado para mí un vestido de infarto. Pero infarto de los malos. De esos infartos fulminantes que te dejan con los dos pies en la tumba. El vestido era muy, muy corto, de color rojo y con un escote de vértigo. Mi ceja alzada al verlo no sirvió de nada, porque mi amiga se hizo tan pesada, que solo para no oírla más acepté probármelo. Ojo, probármelo. No iba a salir a la calle con eso ni loca. ¡Ni siquiera borracha! De ninguna de las maneras.

Giré sobre mis pies al oír un silbido de admiración detrás de mí.

Rubén, con los brazos cruzados y el hombro apoyado en el marco de la puerta, me dio un repaso tan descarado que temí manchar el suelo con mis babas. Y no solo las de arriba. ¿A él le gustaba cómo me quedaba?

—Este vestido lo diseñaron pensando en ti —dijo sin más.

Sonrió y se marchó, dejándonos a Carol y a mí con la boca abierta.

—Bueno… —dijo ella—, si mi hermano cree eso, y conste que por primera vez en la vida coincidimos en algo, deberías tenerlo en cuenta. —Sacudió la cabeza y me miró con una sonrisa burlona—. Menudo repaso te ha dado. Esta noche ligas seguro. ¡Quizá incluso follas!

—Pero qué bruta eres, en serio. —Miré mi reflejo en el espejo y torcí el morro por lo que veía—. No sé…

—Con los taconazos negros y la melena suelta. No se hable más.

—Pero ¿adónde vamos? Es que no sé por qué me estás haciendo esto, en serio. ¿Qué mal he hecho en esta vida para que una de mis mejores amigas no haga más que intentar emparejarme?

—¿Emparejarte? ¡Ni de coña! Quiero que disfrutes de una vez. Pareces una abuela encerrada en casa. Pasas del ordenador a la tele. ¡Ya solo te faltan los gatos! Aunque Zeus casi que cumple ese papel.

—Busco trabajo —me justifiqué obviando el resto de palabrería.
—En el ordenador —insistió.

—Es como quieren que se haga ahora —aclaré—. Te recuerdo que he ido personalmente a algunas empresas y todas me han dejado claro que quieren los currículums a través de las plataformas de empleo y/o las empresas de trabajo temporal.

—Ya, bueno. Pero hoy toca desconectar, amiga. Es viernes.

—Para mí es como un día más.

Carol se cruzó de brazos y alzó una ceja mostrando su desacuerdo. Quería salir y tenía claro que iba a salirse con la suya. Muy a mi pesar, yo tenía las de perder. Y siendo sincera, tampoco me apetecía mucho librar una batalla que, claramente, no iba a ganar.

—Tengo que prepararme —dijo con la ceja todavía alzada—, y no me apetece perder el tiempo discutiendo algo cuando sabes de sobra que vas a salir perdiendo. ¿Qué tal si aceptas ya y nos ahorras el momento tenso? —Resoplé como respuesta y ella sonrió, bajando al fin esa ceja amenazadora—. ¡Voy a cambiarme!

Media hora más tarde ya estábamos de camino a un local nuevo que habían abierto en la zona centro. Pero que muy centro. Casi me dio un ataque de claustrofobia cuando mi amiga me llevó entre callejones donde, si extendía los brazos a los lados, podía tocar ambos edificios. Ella me miró con mala cara en cuando empezó a oír mis murmullos, pero se le pasó rápidamente cuando, por fin, llegamos al lugar. O eso creí al ver la puerta roja que se alzaba frente a mí.

—Por favor, dime que no es un local de alterne o algo parecido.

—¡Claro que no! Vas a flipar. Es una maravilla.

—¿Ya has estado aquí?

—He visto fotos en Instagram. Oh, Dios mío —exclamó, abriendo mucho los ojos y mirándolo todo a nuestro alrededor—. ¡Me cago en la puta! ¡Qué pasada!

Me callé porque no quería darle la razón. Aquel lugar era más de lo que, a priori, esperaba. Una no podía fiarse de Carol. Bueno, ni de ella ni de mis otros amigos que, como de costumbre, sacudieron los brazos al vernos. El local estaba bastante lleno, aunque debía admitir que nos podíamos desplazar con cierta dignidad sin chocar con nadie. Y la música ni muy alta ni muy baja; el volumen justo para oírla bien y poder hablar sin necesidad de gritar. Debía tener alguna pega y me propuse encontrarla.

—¿A que es increíble? —preguntó Lidia en cuanto estuvimos a su lado—. ¡Mejor que en las fotos!

—¡Ni que lo digas! —coincidió Carol.

—Y lo mejor de todo, chicas —añadió Jordi—, mirad quién es el camarero *buenorro* que va a mimarnos esta noche.

Las tres miramos hacia la barra y, entre la variedad de camareros, se encontraba Salva, el amor platónico de nuestro amigo.

—Así me gusta, nene —apremió Carol.

—Así que estamos aquí porque Salva tiene nuevo curro —comenté. Jordi me guiñó un ojo y las chicas sonrieron sin mirarme—. Bueno, al menos el local parece que está… bien.

—¿Bien? —preguntó Carol con cara de asco—. ¡Está de puta

madre! —Me dio una palmada en el trasero y se marchó contoneando las caderas—. Disfruta un poco.

El disfrute fue más bien nulo. Como de costumbre me quedé vigilando la mesa. No porque mis amigos me dejasen tirada o no me ofreciesen bailar, sino porque siempre tenía alguna excusa para no desperdigarme por ahí. No me apetecía en absoluto mezclarme con extraños que no hacían más que comerme con la mirada y lamerse los labios como gatos que acababan de beber leche. Me daban asco.

—Este vestido te queda genial.

Giré la cabeza en la dirección de la que llegaban esas palabras con su más que reconocible voz, encontrando a Aaron sentado en un taburete demasiado cerca de mí. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí, lo cual me asustó un poco. Que fuese la segunda vez que «nos encontrábamos» en un local también era sospechoso.

—¿Acosándome, señor Medina?

—Hasta la saciedad —admitió—, intentando, por todos los medios, que me perdones y me des otra oportunidad.

—¿Usted no acepta un *no* como respuesta? —Él negó con la cabeza y yo resoplé—. No me interesa, señor Medina. Es demasiado mayor para mí.

—Creo que el tema de la edad ya está más que hablado y superado. ¿Qué tal si buscas otra excusa?

—Está bien. —Lo miré a los ojos con una decisión que desapareció tan rápido como las bragas de Carol caían en picado cuando veía a un chico guapo—. ¿Qué quieres?

—Una segunda oportunidad.

—Eso no me sirve.

¿Por qué me sentía tan pequeña a su lado? ¿Por qué me imponía tanto? No tenía claro si era su posición socioeconómica, su enorme anatomía o esos ojos de penetrante mirada azul, pero era verlo… y mis defensas caían sin control.

—Haré que vuelvas a confiar en mí.

—¿Sabes qué pasa, Aaron? Que la confianza cuesta mucho de conseguir y muy poco de perder.

—Lograré recuperar tu confianza.

—Ya lo veremos —murmuré desviando la mirada.

Me estaba poniendo enferma de calor al mirarlo. Y me tensé de inmediato en cuando noté su mano sobre mi muslo, deslizándose hacia el centro sin ningún pudor.

—Te echo de menos, Vicky.

—No me toques —susurré, incapaz de moverme. Por dentro deseaba que siguiera con sus intenciones—. Por favor.

—Lo estás deseando —murmuró con sus labios rozándome la oreja —. Acompáñame y te enseñaré cuánto me echabas de menos.

—Habla por ti, Aaron.

Su mano cayó sobre mi sexo, con la única barrera del tanga de encaje que llevaba puesto. Inspiré hondo porque, en efecto, esa parte de mi anatomía lo echaba de menos.

—No creo que toda esta humedad sea porque estés sudando. —Me mordió el lóbulo de la oreja y luego lo chupó y succionó—. Acompáñame.

Retiró la mano con rapidez y se levantó del taburete, alejándose de la mesa a paso tranquilo, sin mirar atrás siquiera.

Lo seguí con la mirada, colándose entre la multitud hasta una puerta que abrió y, antes de entrar, me lanzó una fugaz mirada acompañada de una sonrisa ladeada que me contrajo las piernas.

¿De verdad creía que iba a seguirlo?

Pues no estaba equivocado.

Me bajé del taburete y seguí sus pasos, solo que, en mi caso, tuve que llevarme golpes y empujones de los que bailaban en la pista. Yo no imponía como Aaron. No tenía su tamaño. Era una menuda mujer calzada en unos tacones que, como cayese de esa altura, iba a romperme el cuello.

Suspiré aliviada cuando logré llegar a la puerta que se mantenía cerrada. Y dudé unos cuantos segundos más antes de agarrar el pomo y abrirla. El interior estaba oscuro. Demasiado. Alcé la mano en busca de algún lugar al que agarrarme para no caer de bruces al suelo, hasta que topé con otra bastante más grande que la mía, cálida y suave.

—Te tengo —susurró.

Me agarré a él con fuerza y terminé de cerrar la puerta.

—¿Dónde estamos?

Él encendió un mechero y nos iluminó los rostros. La tenue luz apenas me mostraba lo que había a nuestro alrededor más que lo que parecía una estantería a mi derecha a la cual me sujeté cuando Aaron me soltó para apartarse de mí.

¿Adónde iba?

Oí el cierre de un mecanismo metálico y, seguidamente, una luz se encendió de la nada. Una simple bombilla que colgaba del centro de la estancia; un almacén. Arrugué la nariz al ver que estábamos rodeados de cajas, estanterías vacías, polvo y telarañas. Dudé mucho de que ese lugar se hubiese limpiado en años.

—Los nuevos propietarios han habilitado otra zona como almacén y esta ha quedado… obsoleta —aclaró Aaron que, por alguna razón, tenía esa información—. Ven.

Me agarró de la mano y me llevó hasta un rincón donde había una mugrosa mesa que provocó que mi nariz volviese a arrugarse. Yo no era excesivamente escrupulosa, no obstante, aquel lugar era asqueroso. Incluso en el ambiente flotaba un olor amargo que

resultaba bastante desagradable.

—Esto está lleno de mierda —susurré, buscando una superficie donde poder aposentar el trasero sin que me quedase pegada.

—Deja de quejarte —ordenó, sacando un mantel de dudosa higiene del interior de una caja, lo sacudió y lo puso sobre la superficie de la mesa—. Ven aquí, pequeña.

Sin dejar que pudiese obedecer u oponerme, me agarró de la cintura y me elevó entre sus manos, dejándome sentada sobre la tela reseca. Cuando quise darme cuenta, ya había puesto mis manos sobre sus anchos hombros y mis ojos quedaron fijos en los suyos.

—¿Crees que un polvo va a solucionar lo que ocurrió? —le pregunté, entornando los ojos al ver la sonrisa que se iba dibujando en su rostro a medida que formulaba la pregunta—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Solo quiero refrescarte la memoria —dijo, colando una mano bajo el vestido hasta llegar a mi sexo que, en cuanto lo sintió, se contrajo por el contacto—. Aunque parece que ya va viniendo.

—Mi memoria está muy bien, señor Medina.

Un leve gruñido salió por su boca entreabierta antes de morderme el lóbulo de la oreja. Me hizo daño, pero una oleada de placer cubrió el escozor provocado por sus dientes. Sus dedos apartaron la tela de mi tanga y me rozaron la zona sensible de mi sexo, que de nuevo se contrajo ante él.

—Creo que vas a quedarte sin bragas esta noche —murmuró.

—Aaron… —Suspiré, sintiendo cómo introducía dos dedos—, esto no está bien.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—Pues te equivocas, ave fénix... —Arqueó los dedos en mi interior, presionando la zona más sensible—, porque esto está de puta madre.

Durante un tiempo que no fui capaz de procesar, los jadeos y gemidos escaparon a mi control. Aaron era muy hábil, de eso no había duda alguna, pero me preocupaba el modo en que controlaba mi cuerpo sin que yo fuese capaz de hacer nada por evitarlo. Lo deseaba con todas mis fuerzas, aunque sabía que no debía ceder a sus intenciones. No obstante, por un momento pensé que podía hacerlo y darme el lujo de llevarme un último recuerdo con Aaron. Un último cúmulo de sensaciones que solo él me hacía sentir.

Dejando que esos pensamientos se adueñaran de mí, moví las manos hasta la bragueta de su pantalón vaquero que tan bien le quedaba y liberé la presión que debía estar sintiendo. Un gruñido por su parte me dijo que aquello le gustaba. No; lo deseaba.

—Sabía que acabarías cediendo —murmuró al mismo tiempo que oí cómo rompía mis bragas.

—Solo hoy —logré decir, dejando salir el aire de mis pulmones cuando él me penetró con un solo movimiento. Cerré los ojos y tragué con fuerza—. Solo hoy.

—Eso ya lo veremos.

Me agarró de los muslos y empezó una serie de movimientos prohibidos y fuertes que me obligaron a clavar las uñas en sus hombros cubiertos por la fina tela de su camisa blanca. Sus gruñidos ahogados en el hueco de mi cuello hacían vibrar todo mi cuerpo, provocando que mi sexo se contrajera de anticipación. Sabía que iba a tener un orgasmo de los que solo él sabía darme, y deseaba que me hiciese arder en llamas de placer.

—Aaron… —exhalé, notando cómo mi estómago se contraía.

—Así es, pequeña… —susurró—, córrete como tú sabes.

El orgasmo llegó como un alud que me sepultó por completo, dejándome sin respiración. Y por un momento pensé si con Rubén podría llegar a sentir lo mismo. Sacudí la cabeza y me enderecé, bajando el vestido para cubrir mi intimidad. Aaron, que ya estaba guardando su polla en los pantalones, me miró con la frente arrugada.

—¿En qué piensas?

—Que espero que para usted haya sido suficiente —mentí, bajando de la mesa en la que me había sentado—. Tengo que irme.

Quise hacerlo, pero Aaron me agarró del brazo con fuerza. Tanta, que casi me hacía daño.

—¿A qué ha venido esto? —masculló.

—Tengo que irme, señor Medina.

—No eres mi puta, Vicky, así que no tienes que irte. —Me sacudió para colocarme frente a él—. ¿Acaso no eres consciente de lo que acaba de ocurrir?

—Hemos follado —dije, con una seguridad que no esperaba encontrar en mí—. Nada más, señor Medina. Y será la última vez que ocurra, así que… lo dicho: espero que haya sido suficiente.

Entonces sí, me escurrí con rapidez y salí de aquel lugar, tirando del bajo de mi vestido para que no se viesen mis vergüenzas. No llevaba bragas y temí que se pudiese notar ese detalle.

Corrí tanto como mis tacones me lo permitieron, hasta que pude llegar a mi mesa y volver a sentarme en el taburete, vigilando en todo momento el detalle de mis bajos. Por el rabillo del ojo pude ver a Aaron saliendo por la misma puerta, con la mirada clavada sobre mí. Sin embargo, en esa ocasión, no me produjo placer, sino miedo. Fue la mirada más amenazadora que había visto jamás, y me la dedicaba a mí, como una muda promesa que no supe descifrar.

Boté sobre mí misma al sentir una mano en mi hombro y miré a mi derecha, donde mi amiga Lidia me observaba el rostro con los ojos entornados.

—Dime que no —susurró.

Pude oírla de milagro, ya que apenas fue un hilo de voz. Creo que en realidad le leí los labios. Los míos se sellaron con fuerza y suspiré bajando la mirada. Mi amiga se sentó a mi lado y desvió la suya hasta la zona donde había visto a Aaron apenas unos segundos antes. Él ya no estaba allí, por lo que Lidia volvió a mirarme.

—Te he visto entrar en ese almacén y pensé que habías encontrado alguna distracción —dijo, captando mi atención—. Lo que no esperaba ni de lejos era que esa distracción fuese el mismo cabrón que te cogió del cuello y que parece seguirte allá donde vayas. Ve con cuidado, Vicky. No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero ve con mucho cuidado. No me ha gustado nada la cara con la que te estaba mirando hace un momento.

—Le he dejado las cosas claras y no le ha gustado —admití. Mi amiga asintió con la cabeza y dio un sorbo a su bebida—. No tengo muy claro lo que siento por él.

—Yo creo que es una mera atracción sexual, pero quién sabe… De todos modos, creo que para él no eres más que un trofeo. Un joven, precioso y destacable trofeo que quiere a toda costa.

Suspiré y la miré a los ojos.

—Iré con cuidado —aseguré.

Ella sonrió y me dio un apretón en la mano.

24

El sábado por la mañana creí haberme levantado antes que nadie, aunque la resaca que me acompañaba me obligó a arrastrar los pies cual zombi vagando por el piso, sin dejarme abrir bien los ojos por el dolor de cabeza que causaba la luz al quemar mis retinas. Todo eso tampoco me dejó ser consciente de que Rubén estaba en la cocina hasta que choqué con él. Estaba preparando el café, como de costumbre, y me agarró de los hombros al ver que me tambaleaba, frotándome la cara con torpeza.

—¿Con resaca, pelirroja?

Resoplé como respuesta y él me soltó entre risas para seguir preparando la cafetera.

Me senté en un taburete, no sin dificultad, y esperé a que él terminase para poder tomar el necesitado café para poder ser persona. Solo esperaba que no tardase mucho o podía morir en cualquier momento por implosión craneal.

—Tómate esto —susurro, obligándome a abrir los ojos.

Frente a mí había una pastilla y un vaso con zumo de naranja natural. Como si mi vida dependiese de esa pequeña píldora, la cogí y me la tragué casi sin necesidad de beber. Apuré el vaso hasta terminarlo y lo dejé sobre la isla, liberando mis manos para poder hincar los codos sobre la superficie y hundir la cara entre mis manos.

—Me da que me he quedado sin cita… —murmuró, lo suficientemente alto como para que pudiese oírlo.

—No —balbuceé, descubriendo mi rostro—. Me recuperaré en cuanto pueda tomar café.

Dicho y hecho, en ese mismo instante una taza humeante apareció frente a mis narices. Cuando alcé la mirada, vi la deslumbrante sonrisa de Rubén.

—Aquí tienes el café —Se sentó a mi lado y dio un sorbo a su taza —. ¿Adónde fuisteis anoche?

—A un local nuevo del centro. No recuerdo ni cómo vinimos.

—Me llamó mi hermana porque os habíais perdido y no encontrabais ningún taxi. Lo que encontré fue bastante divertido. Ibais como cervatillos, agarrados los unos a los otros para no caer al suelo —dijo riéndose—. Menudo pedo llevabais encima.

—Son una mala influencia —me quejé antes de dar un largo sorbo al café. Casi podía notar cómo se recuperaban mis neuronas—. ¿Adónde iremos hoy?

—Había pensado que podíamos ir al cine y después a cenar donde tú quieras. Invito yo, por supuesto. A ambas cosas —matizó—. ¿Qué te parece?

Sonreí con vagancia por culpa de la resaca y él lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es un buen plan —afirmé asintiendo con la cabeza.

—Me alegra saberlo. —Sonrió de nuevo y desplazó su mano hasta la mía, dándome un apretón—. No sé si recuerdas lo que ocurrió anoche.

Por mi mente aparecieron las imágenes de mi encuentro con Aaron, pero dudé de que Rubén fuese consciente de aquello, a no ser que su hermana se hubiese enterado y…

Cerré los ojos y suspiré, sintiendo mucha vergüenza de mí misma. Ya había quedado con Rubén. Sabía que quería empezar algo conmigo… y yo me fui con Aaron, me acosté con él. Me sentía una persona sucia.

—Yo… —balbuceé—, quiero que sepas que…

—No estuvo tan mal —interrumpió y soltó una leve carcajada—, aunque sabías a alcohol más que a otra cosa.

Abrí los ojos de golpe y los clavé en sus ojos.

—¿Cómo?

—Me besaste, pelirroja. —Se encogió de hombros y sonrió como un niño contento con un caramelo—. No obstante, tuve que recordarte que ibas ebria y que no era el mejor momento para que me metiera en tu cama.

—Te lo pedí —dije muy flojito y, aunque quería que sonara a pregunta, no fue así. Lo afirmé, como si yo fuese consciente de lo ocurrido cuando en realidad no recordaba absolutamente nada—. Madre mía.

—Fue solo un beso. Tranquila. Culpa al alcohol en vena. —Se encogió de hombros sin perder la sonrisa—. Me hiciste dudar, debo admitirlo, pero preferiría que fueses consciente de lo que haces.

—Rubén, lo siento mucho.

—No te preocupes. —Me dio otro apretón y apartó la mano para coger su taza con ambas, soplando despreocupadamente antes de dar un largo sorbo—. ¿Qué peli te apetece ir a ver?

Lo miré en silencio unos segundos, alucinando con la naturalidad con la que ese hombre se tomaba las cosas. Al parecer me abalancé sobre él y… Un momento…

—¿En qué momento ocurrió?

Carol apareció por la puerta de la cocina con la melena revuelta y la mirada fija sobre mí.

—Tenemos que hablar. Ahora.

Desapareciendo tan rápido como había aparecido, me dejó con un

palmo de narices y miré a Rubén, que apretó los labios conteniendo la sonrisa.

—Creo que ahí tienes la respuesta —susurró—. Tuve que cerrarle la puerta de mi dormitorio en las narices para que me dejase en paz. Por suerte iba tan borracha que no tuvo fuerzas para insistir, pero… Ya ves, lo recuerda.

—Te besé delante de ella —lamenté.

—De todos —aclaró—. Fue en la calle. En cuanto bajé del coche para ayudaros a subir.

Hinqué los codos sobre la mesa y me cubrí la cara, pero me obligué a descubrirla cuando oí el grito de Carol llamándome desde su dormitorio. Llenando mis pulmones de aire, me dejé caer del taburete, cogí la taza y salí de la cocina bajo la atenta mirada de Rubén.

—Suerte —susurró.

Alcé el pulgar sin cesar mis pasos y seguí hasta el dormitorio de Carol, donde Lidia y Jordi estaban sentados en su cama, con cara de recién levantados. Él incluso mantenía los ojos cerrados.

—¡¿Puedes explicarme por qué coño…?!

Alcé la mano para interrumpirla y cerré los ojos. La cabeza iba a explotarme si gritaba de ese modo.

—No recuerdo nada.

—¡Qué oportuno! —se quejó—. Besaste a mi hermano, tía.

—Mejor a él que a Aaron —soltó Lidia. La miré riñéndola por el comentario y Carol nos miró a ambas. Jordi decidió que era un buen momento para abrir los ojos—. Quiero decir… Rubén es un buen candidato para olvidar al cabrón de Aaron, ¿no creéis? ¿Qué mal hay en que Vicky y Rubén puedan…?

—¡Es mi hermano! —gritó de nuevo Carol.

—Creo que todavía no les ha quedado claro —dijo el aludido desde el salón—. Yo lo repetiría una vez más, por si acaso.

Carol hizo una peineta hacia la puerta del dormitorio, aunque ahí no había nadie. Después se acercó y cerró la puerta de un sonoro portazo que hizo vibrar las paredes y me provocó un derrame cerebral.

—Carol… —gruñí, llevando una mano a mi cabeza.

—Ni Carol ni mierdas —masculló en un susurro—. No quiero perder tu amistad si lo tuyo con Rubén no funciona.

—No tengo nada con Rubén —aclaré.

—Todavía —soltó Jordi. Las tres lo miramos y él se encogió de hombros—. ¿Qué? ¿Acaso miento? Llevas más tiempo babeando por él que el que yo he estado babeando por Salva. ¡No me jodas, *Mérida*! Ha vuelto de Londres y lo tienes a mano. Tampoco vi que a él le disgustara tu beso, ¿eh? Y no creas que se me escapó el detalle de cómo te miraba.

—No divagues —dijo Carol poniendo los brazos en jarras—. A mi hermano no le gusta Vicky.

La puerta del dormitorio se abrió y la cabeza del mencionado apareció con una sonrisa que enfureció a Carol.

—¿Acaso me lo has preguntado, *hermanita*? Cuidado con tus afirmaciones, ya sabes que sueles perder cuando apuestas.

—¿Nos estás espiando?

Rubén, haciendo caso omiso a su hermana, me miró y sacudió la cabeza.

—¿Te apetece descansar un poco de la resaca y de mi hermana? —Ante mi mudez, sonrió como solía hacer, desarmándome por completo —. Te invito a comer fuera. Te espero en el salón.

Dicho eso, cerró la puerta y su hermana me miró con los ojos inundados de rabia.

—Ni se te ocurra.

Para mi sorpresa, Jordi y Lidia se tiraron de la cama y agarraron a Carol que, al ver sus intenciones, intentó esquivarlos sin éxito.

—¡Corre! —gritó mi amigo, incapaz de contener la risa.

—¡Soltadme, traidores!

No supe cómo, por qué ni en qué momento exacto, pero de pronto me vi saliendo del dormitorio a la carrera, colándome en el mío. Sin ducharme siquiera, me cambié de ropa y me hice una coleta de caballo para disimular mis pelos de loca. Descalza y con las deportivas en las manos, salí corriendo hacia el salón, donde Rubén ya esperaba junto a la puerta con las llaves en la mano y la eterna sonrisa en su rostro.

—¿Lista?

—Ni siquiera me he duchado. —Me agarré a su antebrazo para colocarme una de las deportivas—. Madre mía, tu hermana va a matarme.

—Se le pasará. —Un fuerte golpe procedente del pasillo nos hizo mirar en esa dirección y Rubén me agarró de la mano justo cuando puse el pie en el suelo—. Pero ahora nos tocará correr.

Dicho eso, abrió la puerta y tiró de mí, que solo llevaba una deportiva puesta, colándonos en el ascensor en el mismo instante que oímos a Carol gritando en el salón, por lo que suspiramos aliviados y sonreímos como dos idiotas que acababan de burlar a la muerte. En el trayecto de descenso, me coloqué la otra deportiva y Rubén volvió a cogerme de la mano cuando las puertas del ascensor se abrieron. En esa ocasión, pudimos oír a Carol por las escaleras; al parecer bajaba a la carrera con la firme intención de alcanzarnos.

—¡Corre, corre, corre…! —susurró su hermano tirando de mí.

Me arrastró hasta el coche y, en cuanto nos sentamos, arrancó y salió chirriando ruedas en el *parking*, provocando un sonido que me

hizo apretar los dientes. Lo odiaba, pero la situación era muy cómica.

—Madre mía… —dijo, mirando por el retrovisor con una sonrisa burlona—, la que nos va a caer cuando volvamos a casa.

—No deberíamos… —Él me miró con la ceja alzada y yo me mordí el labio inferior. Al final solté una carcajada y negué con la cabeza—. Sí, tu hermana va a matarnos cuando volvamos.

Rubén me llevó a un restaurante muy discreto donde comimos entre charlas y risas. Me sentí muy cómoda con él. Puede que el hecho de conocerlo de toda la vida y de que fuese mi amor platónico en el instituto, tuviese algo que ver en eso. O puede que simplemente, al fin, estuviese conociendo a Rubén. Al verdadero. Con el que tenía el valor de hablar sin ponerme roja como un tomate o desviar la mirada. No era solo el hermano macizo de mi mejor amiga, sino que era una persona interesante, inteligente y divertida. Una persona «más de mi edad», con el que, además, parecía compartir ciertos gustos y preferencias. ¡Le gustaba leer! Y también creía que las películas románticas no eran un *ñordo* —como las llamaba Carol—, sino que valía la pena verlas. Lo tenía absolutamente todo, sin embargo, en mi mente todavía divagaban imágenes de mi último encuentro con Aaron.

¿Por qué no podía sacármelo de la cabeza?

—Pelirroja… ¿estás bien?

Sacudí la cabeza y miré al frente, a Rubén, mostrando mi mejor falsa sonrisa.

—Sí, perdona. Me había quedado empanada.

—Si te aburro podemos…

—¡No! Por favor, no me aburres. Es solo que… anoche cometí alguna que otra estupidez y me estoy martirizando, recordándolo todo.

—¿Incluido el beso? —preguntó con la frente ligeramente arrugada.

Costaba ver a Rubén serio y en ese momento parecía estarlo.

—No —musité—, eso no lo recuerdo.

—¿Bailaste sobre la barra del bar? —Negué con la cabeza—. ¿Cantaste a pleno pulmón? Porque todos sabemos que tienes muchas virtudes, pero cantar no es una de ellas.

Le tiré la servilleta y ambos reímos.

—No seas idiota. —Negué con la cabeza y apreté los labios—. No, que va, nada de eso.

—¿Entonces?

—Mejor… intentar olvidarlo.

Rubén no pareció muy satisfecho con mi respuesta, pero asintió con la cabeza y lanzó una leve sonrisa.

—Te propongo un pequeño cambio de planes. —Fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. ¿Qué tal si vamos a la playa, cenamos allí… y

después hacemos lo que te apetezca? Donde quieras. Lo que sea. Tú decides, pelirroja. Yo te seguiré allá donde vayas.

Lo miré a los ojos unos segundos en los que, sin darme cuenta, sonreí como una boba. Fui consciente cuando él también sonrió y se mordió el labio inferior, dejando que su mirada viajase fugazmente hasta mis labios.

—¿Dormimos en la playa? —propuse, provocando que él abriera los ojos y la boca, sin responder a mi propuesta—. ¿No te parece un buen plan?

—A ver, pelirroja… que está prohibido dormir en la playa. Y, además, pueden atracarnos. Pero…, bueno, podría jugármela por ti.

Solté una carcajada y me levanté de la silla, provocando que él hiciese lo mismo.

—Mejor no durmamos allí, que sino tu hermana nos dejará en el calabozo tantos días como pueda con tal de castigarnos por lo que le hemos hecho hoy.

—Cierto… —Pasó el brazo alrededor de mi cuello y me apretujó contra su pecho para darme un beso en la cabeza—. Pero está valiendo la pena.

Sonreí por sus palabras y él se fue a la barra para pagar la consumición mientras yo salía a la calle para esperarlo. Cogí aire llenando mis pulmones, dichosa por lo bien que me sentía con Rubén. Era un hombre estupendo que me hacía reír a cada segundo, como si la vida pudiese ser así de maravillosa siempre, para siempre. Y sonreí pensando que quizá podía ser así, hasta que al otro lado de la calle unos ojos se encontraron con los míos y mi sonrisa se desvaneció de golpe. Creo que incluso palidecí.

Aquello ya no podía ser una mera coincidencia.

Nos miramos a los ojos lo que me pareció una eternidad, hasta que los suyos se desplazaron un poco a mi izquierda, donde poco después noté el brazo de Rubén estrechándome de nuevo y lo miré a la cara unos segundos.

—Bien. ¿Nuevo destino?

Con lo que creí una bien gestionada discreción, volví la mirada hacia el punto donde Aaron me había estado observando, sorprendiéndome de no verlo allí. Mi frente se arrugó de inmediato y Rubén me soltó para posicionarse frente a mí, mirándome preocupado.

—¿Estás bien?

Sacudí la cabeza y sonreí con fingida despreocupación.

—Sí. ¡Claro! ¿Has dicho algo de la playa?

Él dio una palmada y frotó las manos.

—A la playa, pues.

25

Durante toda la tarde paseamos por la playa a paso tranquilo, con los zapatos en las manos y los pies hundidos en la arena mojada, recibiendo las pequeñas olas que chocaban en nuestros tobillos, refrescándonos un poco, esquivando a los niños que corrían, algún *frisbee* que pasaba muy cerca de nosotros y, sobre todo, evitando destruir los castillos de arena que encontrábamos a nuestro paso. Hacía calor, pero estábamos tan bien, que no nos importó. Sin embargo, yo no pude dejar de sentir la sensación de que me observaban y en todo momento iba mirando a varias direcciones en busca del causante de mis sensaciones. Sabía que era Aaron. Algo dentro de mí me decía que estaba cerca, al acecho, vigilando todos mis pasos. Y aunque en cierto modo me sentía amenazada, también creí que le preocupaba lo suficiente como para no querer perderme. Lo suficiente para intentar recuperarme. No obstante, me encontraba en un gran dilema que no lograba entender: si tan bien estaba con Rubén y tan perfecto parecía… ¿por qué seguía anhelando que Aaron y yo pudiésemos tener nuestro final feliz?

—No sé cómo decirte esto —soltó de pronto, activando mi curiosidad—. Verás… No quiero que creas que soy un pervertido o un cabrón que va a lo que va. Joder, Vicky, llevo muchos años pensando en ello, aunque no lo creas.

Que no me mirase a la cara me hizo pensar que, posiblemente, pensaba en voz alta. Como si no se hubiese dado cuenta de que estaba exteriorizando sus pensamientos, haciéndome partícipe de ellos. No obstante, deseché esa idea cuando detuve mis pasos y él también lo hizo, mirándome al fin de frente.

—¿A qué te refieres? —pregunté en voz baja, apartándome un mechón de cabello que la ligera brisa del anochecer cruzaba en mi cara.

—Quiero besarte, pero no sé cuándo dejará de ser demasiado pronto para hacerlo. Soy consciente de que acabas de cortar con ese… tipo, y es posible que todavía no estés preparada para… plantearte siquiera una relación.

—¿Eso es lo que quieres?

—¿Besarte?

—Una relación —aclaré, abrazándome a mí misma.

De pronto sentí frío.

Él apretó los labios y guardó la mano libre en el bolsillo de su

pantalón.

—Todavía es pronto —afirmó, asintiendo con la cabeza y reanudando la marcha.

—¿Por qué lo dices? —pregunté corriendo para ponerme a su lado —. Yo no he dicho nada.

—No con la voz. —Sonrió y me miró un instante antes de volver la mirada al frente—. No pasa nada. No tengo prisa.

Parecía que Rubén me conocía mejor que yo a mí misma, pues eso era lo que pensaba en aquel momento.

Era posible que todavía fuese pronto, pero ¿cuándo iba a dejar de serlo? ¿Cuándo iba a estar preparada para abrir mi corazón de nuevo? ¿Acaso seguía cerrado por Aaron? ¿Él seguía metido ahí dentro? Tenía mil preguntas y ninguna respuesta, lo que me dejó bien claro que iba a tenerlo muy complicado para empezar de cero con alguien que, claramente, quería estar conmigo.

Miré a Rubén mientras él seguía andando a paso tranquilo con la mirada al frente, en el horizonte.

—Podemos ir despacio —sugerí—. Conocernos bien y… ver qué ocurre.

—Parece buena idea —susurró sin mirarme, pero sonrió y, desde mi posición, pude ver el pequeño hoyuelo que se marcaba con su sonrisa—. Conocernos —añadió con una leve exhalación.

Unos minutos más tarde, los cuales transcurrieron en silencio mientras el sol terminaba de ponerse, fuimos al cine y elegimos una película aleatoria. Resultó ser de terror, por lo que ambos nos emocionamos, aunque yo temí que aquella noche no iba a dormir. Sí, me daban miedo esas películas. Y era absurdo, porque las disfrutaba como nunca, pero luego no lograba pegar ojo e intentaba mantener los pies a buen recaudo bajo las mantas durante toda la noche. En verano aquello era imposible; no había mantas y mis pies quedaban expuestos a cualquier mano que apareciese por el borde del colchón.

Temí que esa noche iba a tener que dormir con Carol, y no sabía si ella estaría de humor para aceptarme tras nuestra fuga.

Pese a que fuimos al baño antes de entrar en la sala, media hora más tarde ya me estaba removiendo en el asiento, apretando las piernas y pidiéndole a mi vejiga que aguantase la más de una hora que quedaba de película, lo cual iba a ser imposible. Rubén había comprado dos cubos de palomitas indecentes y, a juego, dos colas también desproporcionadas. Debía vaciar el depósito si pretendía seguir comiendo y bebiendo.

—Ahora vengo —susurré acercándome a su oreja—. Me hago pis.

Él sonrió y señaló la pantalla con el mentón.

—¿Quieres que la pause?

Varias personas chistaron al unísono cuando dejé salir una absurda carcajada que molestó al resto de personas que había a nuestro alrededor, por lo que tapé mi boca con una mano y salí de allí llevándome, de regalo, malas caras. Y salí de puntillas, entrecerrando los ojos cuando la luz me cegó unos instantes, hasta que pude ubicarme y encontré los lavabos, donde entré atropelladamente, colándome en un cubículo donde, al fin, pude vaciar mi vejiga.

Sonreí cuando oí que la puerta se abría y pensé que alguien había aprovechado que yo salía para imitarme y darse ese pequeño placer de no sentir el dolor al retener tanto líquido. Me apresuré a limpiarme y subí el pantalón dando saltitos, abrochándolo mientras abría la puerta y salía, dándome de morros contra algo fuerte y blando al mismo tiempo. Un pecho. Un enorme pecho que reconocí de inmediato.

—Aaron, ¿qué…?

Sus manos rodearon mi cara y me empujaron atrás, aprisionándome contra la puerta del cubículo, apresada por su cuerpo.

—¿A qué coño juegas, Vicky? —masculló.

—No te entiendo —susurré, incapaz de apartar la mirada de sus ojos que ardían en llamas pese a lo azules que eran.

—Se suponía que ibas a darme una oportunidad…, sin embargo, estás con ese imbécil con el que, ¡vaya! Según tú, no teníais nada.

—Es un amigo.

—Con el que te comes la boca, sales por ahí y vais al cine. ¿Crees que soy idiota?

—Me estás haciendo daño —me quejé, retorciéndome entre sus manos. Aaron me soltó, aunque siguió bloqueándome el paso con ambos brazos a mis lados, apoyando las manos sobre la superficie de la puerta para que no pudiese salir—. No recuerdo haberlo besado.

—Pero sabes que lo hiciste. Follaste conmigo esa noche, te seguí cuando salisteis del local y vi cómo le comías la boca a ese cabrón, como si yo no valiese nada.

—Te pedí tiempo.

—Te comportas como una puta.

Sus palabras me dejaron sin aliento y, por un momento, no supe qué decir.

—Aaron… tú y yo ya no estamos juntos. No te debo nada.

—¿Que no me debes nada? —gruñó, acercando su rostro al mío—. ¿Debí haber dejado que esos cabrones te violasen esa noche?

—Eso es… Es un golpe muy bajo —susurré, conteniendo las lágrimas en mis ojos.

—Es la puta verdad. Si yo no me hubiese metido…

—Pues… gracias, Aaron. —Él alzó una ceja y yo tragué saliva—. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Me estás vacilando?

—¡No!

—Entonces… ¡¿qué cojones dices, Victoria?! —Intenté escurrirme por debajo de su brazo, pero Aaron me agarró y me sacudió, golpeándome la espalda con tal fuerza, que solté un gemido de dolor —. Merezco esa puta oportunidad.

—Sigues siendo muy controlador y agresivo —susurré, dejando salir las lágrimas que escocían como ácido en mis ojos—. Me sigues haciendo daño.

—Lo siento —musitó, acercando su rostro al mío, rozándome la nariz por el pómulo—. Lo siento, pequeña. Me haces perder los papeles y no sé controlarme. Perdóname. Dame una oportunidad, por favor. Sabes que te quiero. Te quiero como nunca he querido a nadie y me mata verte con otro hombre. —Besó mi mandíbula y puso ambas manos en mi cintura, reteniéndome con cierta delicadeza—. Dijiste que me querías. Es imposible que ya no me quieras, Vicky.

—Aaron… —murmuré con un nudo en la garganta que ardía como si tuviese una bola de fuego en el cuello.

—Por favor —insistió, besándome en el cuello, poniéndome el vello de punta.

Alcé los brazos y le rodeé el cuello, recibiendo su abrazo como respuesta. El cuerpo entero le temblaba y por un momento pensé que podía estar llorando como yo.

—Dame tiempo —susurré antes de darle un beso en el cuello.

—No puedo soportar verte con otro, pequeña. Me dan ganas de matarlo cada vez que lo veo ponerte una mano encima. No sabes cuánto me estoy reteniendo. No lo sabes. No tienes ni idea…

—Te lo suplico. —Cesé el abrazo y cogí su rostro con ambas manos, acariciándole las mejillas con los pulgares—. Dame un poco de tiempo. Déjame pensar. Deja que pueda aclararme. Y…, por favor, deja de seguirme.

—No puedo prometerte lo último —masculló. Su mandíbula se tensaba bajo mis manos y las aparté, desviando la mirada por encima de su hombro—. Pero lo intentaré —añadió.

—Tengo que irme a…

—Casa —ordenó—. Tienes que irte a casa.

—La película todavía no ha… —Me callé al ver que su rostro se endurecía de nuevo y apreté los labios, asintiendo levemente con la cabeza—. Está bien, me iré a casa.

—Sola.

—Aaron…

—Saldrás de aquí y llamarás un taxi para volver a casa, *sola*.

—Él vive ahí —aclaré, provocando que la mandíbula de Aaron volviera a tensarse—. Eh… Confía en mí. No haremos nada. Te lo prometo.

Tras meditarlo unos segundos en los que incluso rechinó los dientes, asintió y dio un paso atrás.

—Confío en ti. —Sacudió la cabeza señalando la puerta—. Vete de aquí antes de que me arrepienta.

Esperé unos segundos en los que observé su rostro y, cuando me vi capaz, salí de allí con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Incluso tenía ganas de vomitar por los nervios que sentía. ¿Qué iba a decirle a Rubén para que volviésemos a casa cuando no llevábamos ni media película?

—Eh, pelirroja. —Él apareció por la puerta de la sala sosteniendo las palomitas y bebidas de ambos—. ¿Estás bien? Me había preocupado, tardabas demasiado y pensé que me habías dejado tirado.

—No me encuentro muy bien —respondí, en cierto modo, con la verdad—. Tengo el estómago revuelto.

Rubén tiró lo que sostenía en un cubo de basura y se acercó a mí, agarrándome la cara con una suavidad que distaba mucho del modo en que lo hacía Aaron.

—Estás pálida, Vicky. ¿Quieres que vayamos a casa?

—Por favor —susurré.

Nos fuimos del cine mientras yo sentía los ojos de Aaron en mi espalda, poniéndome el vello de punta, pero no me giré en ningún momento. No quería confirmarlo, aunque sabía de sobra que así era. Él iba a tenerme controlada en todo momento. No dejaría de seguirme hasta que le diese esa oportunidad que tanto demandaba.

El trayecto en coche transcurrió en silencio, aunque Rubén me iba mirando a ráfagas y, de vez en cuando, me daba un apretón en la rodilla que me estremecía; no tenía claro si para bien o para mal.

—¿He dicho algo que te ha sentado mal?

Fruncí el ceño y aparté la mirada de mi ventanilla para fijarla en sus ojos. Él me miraba a ráfagas para no perder de vista la carretera.

—No… ¿por qué?

—Tengo la sensación de que… Es posible que haya hablado de más o te haya asustado con algo que he dicho. ¿Ha sido por lo de que te quería besar? Oye, yo no… No tengo prisa, ¿vale? He esperado durante años y no me importa esperar un poco más. Solo cuando tú estés lista, ¿de acuerdo?

Solo pude asentir como respuesta y aparté la mirada de nuevo, evitando seguir hablando del tema. El problema no era Rubén, sino Aaron. Sentía que le debía una y que, quizá, podía darle esa oportunidad. Pero ¿cómo hacerlo sin dañar a Rubén? ¿Cómo explicarle que estoy en deuda con Aaron?

Maldije mentalmente y recé para llegar a casa lo antes posible, encerrarme en mi dormitorio y no salir en los siguientes veinte años. Puede que incluso más tarde.

26

Pulsé el botón lateral del móvil para silenciar la llamada y rodé sobre la cama, tapándome con la sábana que, aunque me molestaba, necesitaba como refugio. Eran ya cuatro los días que llevaba encerrada en mi dormitorio, del que solo salía para ir al baño y comer. Los primeros dos días Carol no me habló; seguía resentida por la huida que protagonizamos su hermano y yo. De hecho, pude oír la bronca que tuvieron al respecto. Por suerte, cuando llegamos del cine, ella estaba dormida en el sofá y no pudo pillarme. Tampoco lo intentó en los dos días siguientes, sin embargo, al tercero, llamó a mi puerta.

—Ya no estoy enfadada —dijo—. Al menos… no tanto. —Aguardó unos segundos y llamó de nuevo—. Vicky, ¿estás bien?

No respondí y tampoco temí que ella pudiese entrar, ya que tenía un pestillo y lo había cerrado para mantener mi cueva a salvo. No quería hablar con nadie. No quería saber nada del mundo.

A la hora de la cena, cuando salí, Rubén me observó en silencio como había estado haciendo los días anteriores. Su hermana incluso cruzó un par de miradas cargadas de preguntas y él se encogió de hombros, ambos creyendo que no los estaba viendo. Y, pese a que intentaron entablar conversación conmigo, los monosílabos que usé como respuesta les dejaron bien claro que no estaba por la labor.

Aquel tercer día ni siquiera lo intentaron. Me dieron el espacio que reclamaba en silencio y se limitaron a existir a mi alrededor. Únicamente coincidíamos a la hora de las comidas, incluso en algún cruce por el pasillo o el cuarto de baño cuando iba a hacer pis o ducharme, aunque de esto último tampoco tenía ganas, pero el calor era asfixiante y necesitaba refrescarme de vez en cuando.

Al cuarto día… Asomé la cabeza por la sábana y miré el móvil, que volvía a sonar sobre la mesita.

Era Aaron.

Llevaba horas llamándome y mandándome mensajes que ni siquiera me digné a leer. Silenciaba la llamada y seguía existiendo entre las cuatro paredes de mi dormitorio, pero estaba claro que él no iba a darse por vencido cuando, nada más finalizar esa llamada, entró otra de él.

Llenando mis pulmones de aire que aspiré por la nariz, alargué el brazo y cogí el aparato, descolgando y acercándolo a mi oreja con premeditada lentitud. Oí su respiración al otro lado de la llamada.

—Vicky…

Fue una exhalación. Un leve sonido que apenas llegó a mí y que me puso el vello de punta.

—¿Qué quieres? —pregunté, dándome cuenta de que mi voz era un susurro ronco.

—Hace días que no sé nada de ti.

—Tus guardias frente a la puerta deben ser de lo más aburridas.

Su suspiro se oyó a la perfección, seguido de unos segundos de silencio.

—La verdad es que sí —admitió.

Asentí con la cabeza como si él pudiese verme y me senté en la cama, pellizcándome el puente de la nariz.

—Prometiste que dejarías de seguirme.

—Prometí que lo intentaría. Pequeña… ¿estás bien?

Su pregunta me pilló desprevenida y resoplé mirando a mi alrededor, siendo consciente de que… No, no estaba bien.

—No consigo aclararme.

—¿Podemos vernos? —Ante mi suspiro añadió—: Solo quiero hablar.

—No lo sé, Aaron…

—Solo hablar —insistió con cierto matiz de desesperación—. Necesito verte para poder quedarme tranquilo. Y tú necesitas hablar.

—Está bien —susurré, lanzando la sábana a un lado—. Dame media hora.

—Te espero en la puerta.

—Cómo no…

Colgué la llamada y lancé el teléfono sobre la cama, abriendo el armario para elegir un atuendo discreto y cómodo, lo que resultó en unos *leggins* negros, una camiseta básica también negra y las deportivas, que en esta ocasión eran blancas. No solo quise evitar a toda costa que Aaron se sintiese atraído por mi vestimenta, sino que tampoco me sentía con ánimo de ir más… Menos fúnebre.

Salí del dormitorio topándome con Rubén, que al verme frunció el ceño y me miró de arriba abajo.

—¿Vas a salir?

—Sí —susurré pasando por su lado.

Su mano cayó sobre la mía y me agarró con cuidado, impidiendo que pudiese irme.

—Vicky…

El abrazo que me dio me pilló desprevenida y no supe cómo reaccionar, por lo que me quedé con las manos a los costados de su cuerpo sin tocarlo. Él se separó un poco y me agarró la cara con cariño, mirándome a los ojos con la frente un poco arrugada.

—Cuando quieras hablar… Estoy aquí, ¿vale? No sé qué te ocurre, estamos todos muy preocupados por ti, así que… No sé, sea lo que sea

que te ocurre, puedes confiar en mí.

Asentí con la cabeza y forcé una leve sonrisa que apenas salió.

—Gracias, Rubén. Solo necesito un poco de tiempo. Solo eso.

—Está bien —asintió, soltándome al fin—. Espero que el paseo que vas a dar te ayude.

—Yo también.

Sonreí de nuevo y seguí mi camino hacia la puerta de casa, cruzando el salón donde Carol, que estaba tirada en el sofá, me miró con ojo crítico. Ella me conocía más que Rubén y casi podía decirse que leía las intenciones escritas en mi cara. Sin embargo, no dijo nada. Me siguió con la mirada hasta que desaparecí de su campo de visión y salí de allí como alma que llevaba el diablo, optando por las escaleras y no por el ascensor. Necesitaba quemar antes de encontrarme con Aaron que, para mi nula sorpresa, estaba frente a la puerta con las manos en los bolsillos de aquellos vaqueros que tan bien le quedaban. Unas gafas de sol ocultaban sus ojos y la camiseta blanca contrastaba con la mía. Lo que sí pude ver fue su entrecejo arrugándose cuando me vio.

Cogí aire y salí a la calle, deteniendo el paso frente a él, mirándolo a los ojos pese a que no podía vérselos.

Él alzó la mano y apartó las gafas, analizándome detenidamente.

—Dime que yo no he hecho esto —susurró.

—¿El qué?

—Que hayas… —Señaló mi atuendo y entornó los ojos, analizándome el rostro—. No tienes buena cara.

—No me encuentro muy bien. Quería estar en la cama, pero… —Me encogí de hombros y lo señalé con ambas manos—. Me has llamado.

Aaron asintió con la cabeza, meditando mi respuesta, y señaló el coche tras él.

—Vamos a dar un paseo.

Lo seguí hasta el coche en silencio, sentándome de copiloto sin apenas mirarlo. Solo lo hice de reojo, dándome cuenta de que él sí me miraba a mí. Mucho. Demasiado. Puede que incluso más que a la carretera, temiéndome que pudiésemos tener un accidente.

Al darme cuenta de adónde me llevaba, me tensé y me removí en el asiento. Él me agarró la rodilla como había hecho Rubén, solo que la presión de Aaron era distinta. Más posesiva, más firme.

—Tranquila —susurró—, solo quiero intimidad para poder hablar con calma.

Asentí sin decir palabra y él dejó la mano ahí un rato más, hasta que, tras lo que me pareció una eternidad, la apartó para ponerla en el volante; gesto que agradecí mucho, ya que no me veía capaz de seguir sintiendo el calor de su mano sobre la fina tela que cubría mis piernas.

Agarré el cinturón de seguridad con ambas manos en mi pecho y suspiré. La casa de Aaron seguía siendo una maravilla para la vista, solo que, esa vez, no tan agradable. Sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza que se intensificó cuando bajé del vehículo y Aaron rodeó mis hombros con un brazo, llevándome por el camino. Pero no lo hizo hacia la puerta de entrada, sino que me llevó hasta la piscina que, a la luz del día, ya no era tan espectacular. Al menos no me recordaba a la que tenía guardada en mi mente, por la noche, con unas pocas luces iluminándonos y pétalos rojos por todas partes.

—Sentémonos aquí —propuso en un susurro, llevándome hasta unas tumbonas de lujo que debían costar un dinero que no estaba siendo amortizado—. ¿Tienes frío?

Lo miré confusa y él bajó la mirada hasta mis brazos, que se cruzaban en mi vientre, abrazándome a mí misma.

—No.

—No tienes que protegerte de mí, pequeña. —Llenó sus pulmones de aire cuando vio que yo apretaba los labios—. Fue un error… que no volverá a repetirse.

—Ojalá sea cierto —susurré.

—Lo es —aseguró—. Perdí los papeles, la cordura y el control de mí mismo. Te juro… que no volverá a repetirse. No quiero hacerte daño, Vicky. Solo quiero que pienses en la posibilidad de darme la oportunidad de enmendar mis errores y demostrarte que puedo ser lo que quieres que sea.

—¿Y qué quiero que seas?

—El mejor hombre para estar a tu lado. —Desvié la mirada hasta la piscina, recordando aquella noche en la que, literalmente, me hizo ver las estrellas—. Mi hijo… —susurró, captando mi atención de inmediato—, desapareció hace tres años. Volqué absolutamente todos mis recursos para encontrarlo, pero…

Apretó los labios y se frotó la cabeza. No era capaz de seguir.

—No apareció —susurré.

Él negó y cogió aire con fuerza.

—Mi exmujer me culpa constantemente. Y cada año, en la fecha en la que desapareció, viene para ponerme de mala leche. Sí, Vicky, seguimos casados, pero porque ella se niega a firmar el divorcio si no cedo a unas condiciones que me niego rotundamente a aceptar. Tengo la esperanza de que se canse y firme, dejándome en paz. De todos modos, si seguir casado con esa arpía es el motivo por el que no quieres estar conmigo… lo entiendo. En ese caso, aceptaré sus condiciones y le cederé el setenta y cinco por ciento de las acciones de la empresa.

—¿Quiere el setenta y cinco? —pregunté sorprendida.

—Como mínimo. Según ella, es lo que le toca por nuestro hijo al

que da por muerto. Creo que es la única que está segura de que murió. Yo todavía guardo algo de esperanza, pero ella…

—¿Cómo puede una madre perder la fe de este modo? —susurré.

Aaron desvió la mirada, clavándola sobre la gran roca que descansaba cerca de la piscina. Sin decir palabra, se levantó y se dirigió a ella, guardando las manos en los bolsillos, deteniéndose frente a ella con la mirada baja. En silencio, sin hacer ruido, me levanté y seguí sus pasos, posicionándome a su lado.

—A mi hijo le encantaba esta roca —dijo con la voz ronca—. Decía que en ella había estado clavada la espada Excalibur. —Sonrió de lado y sacudió la cabeza—. Nunca le dije lo contrario y dejé que creyera que así era.

—Puedo imaginarlo.

—Perdí a mi hijo y Amanda me puso los cuernos con mi propio hermano —dijo con dureza—. Él se mató dándose a la fuga con mi mujer. Entiéndeme, Vicky. Tengo mucho miedo de perder a las personas a las que quiero. Cuando veo que puede ser el caso me pongo muy nervioso y pierdo los papeles. No consigo… controlarlo. —Giró un poco para encararse a mí y yo hice lo mismo, quedando cara a cara —. Solo te pido una oportunidad. Una, nada más. Si no funciona… te dejaré en paz.

Con un nudo en la garganta por la información que había recibido, y totalmente perdida en la mirada de ese hombre, asentí con la cabeza y me abalancé sobre él, abrazándolo con fuerza, rodeando su cintura con los brazos.

27

Con las deportivas en las manos y de puntillas para no hacer ruido, cerré la puerta del piso con cuidado y me moví por el pasillo hasta el salón, donde la luz se encendió de sopetón, mostrando a Carol sentada en un sofá, de brazos cruzados y mirada fulminante. Sabía que había llegado mi hora; iba a morir en manos de mi mejor amiga.

—Voy a matarte —aseguró, con el tono de voz necesario para que todo el vello de mi cuerpo se pusiera de punta.

Me había costado una barbaridad convencer a Aaron de que me llevase a casa, pues no podía dejar que mis amigos se preocupasen por mí. Por mi desaparición, mejor dicho. No fue fácil, pero logré que lo entendiera y, tras una sesión de sexo en la piscina, una rica cena y otra sesión de sexo en la isla de la cocina, me llevó de vuelta a casa.

Al menos iba a morir satisfecha.

—Estoy cansadísima —dije, intentando escabullirme por el pasillo que llevaba a los dormitorios.

—Ven aquí ahora mismo, *Victoria*.

Lancé un gruñido al techo y la miré hastiada.

—Odio cuando me llamáis así.

—Te jodes. —Señaló el sofá frente al suyo con los ojos y me fulminó con la mirada una vez más—. Siéntate. Ahora mismo. —Obedecí a desgana y me senté como una india sobre el sofá, a la espera de la bronca que iba a echarme Carol—. ¿Podrías aclararme por qué motivo has pasado toda la tarde y parte de la noche con el cabrón hijo de puta que te agredió física y psicológicamente?

—No exageres.

—No lo defiendas.

Suspiré, frotándome la cara con ambas manos.

—Estábamos hablando.

—Y follando.

—Joder, Carol. ¿Qué más te da? Es mi maldita vida.

—Y tú eres mi maldita amiga, así que me preocupo por ti y tu bienestar. Que me hubiese enfadado por lo tuyo con mi hermano no era motivo para dejarlo tirado y volver a los brazos de ese imbécil. Pero ¿qué coño te pasa? ¿Acaso no recuerdas lo que te hizo?

—Tiene problemas.

—Como todos, y no por ello vamos agrediendo a los demás. Está enfermo, Vicky. Es un tipo peligroso y te estás metiendo en la boca del lobo.

—¿Peligroso? ¡¿Qué dices?!

—¿Por qué lo defiendes? —Me analizó con ojo crítico, hasta que alzó las cejas y abrió la boca, tornándose más seria, si es que eso era posible—. ¿Has vuelto con él?

—Le he dado… una oportunidad.

—Tú eres idiota.

—Oye, vale ya. Me salvó de unos violadores, ¿vale? Tan mal tipo no será, ¿no crees?

—Así que te ha hecho creer que le debes una y ha utilizado esa carta en su beneficio.

—Eres desesperante —mascullé, levantándome del sofá.

Justo cuando me di la vuelta para escabullirme por el pasillo, encontré a Rubén mirándome con seriedad. Incluso podía asegurar que estaba dolido. Al parecer, había oído mi conversación con Carol.

—Rubén…

—No pasa nada —dijo con la voz ronca—. Tranquila. Es… culpa mía.

Sin que me diese tiempo de decir nada, desapareció en la oscuridad del pasillo y oí la puerta de su dormitorio cerrándose, dejándome con mal cuerpo y un sentimiento de culpa enorme que no hizo más que crecer cuando mi amiga, su hermana, dijo:

—Acabas de romperle el corazón. Felicidades.

Cerré los ojos con fuerza y corrí hasta mi dormitorio, cerrando sin ninguna delicadeza. Me dejé caer en la cama y me hice una bola, sin tener claro si había hecho bien o no. ¿Merecía Aaron una oportunidad? ¿La merecía Rubén?

Y así, entre reflexiones de las que no lograba sacar nada en claro, me quedé dormida mientras mis lágrimas se iban precipitando sobre el colchón.

Por la mañana salí del dormitorio cuando olí el café recién hecho. Como un sabueso, seguí el rastro hasta la cocina, donde no encontré a nadie. La cafetera, sin embargo, estaba encendida. Rubén no podía andar muy lejos. Cogí mi taza y esperé a que el café terminase de hacerse. Cuando la cafetera sonó indicando que ya había terminado, la apagué y me serví un buen chorro que acompañé con leche y un poco de azúcar, sentándome en mi taburete de siempre, dándole sorbos al contenido de mi taza que, esperaba, me ayudase a paliar mi dolor de cabeza. No tenía claro si era por la malísima noche que había pasado, por las lágrimas que había derramado o por el reconcome que tenía desde las palabras de Rubén. Lo que sí tenía claro era que, tarde o temprano, mi cerebro iba a implosionar.

—Buenos días —saludó Rubén, recién duchado y vestido, casi sin mirarme.

—Buenos días. ¿Podemos hablar?

—Tengo prisa, Vicky —dijo mientras se servía un poco de café en su taza—. En otro momento, mejor.

—Vale —susurré bajando la mirada.

Sin embargo, la subí cuando vi que él se acercaba a mí y se sentaba en su taburete, con la taza sobre la isla y la mirada clavada en ella.

—No estoy enfadado —dijo, entonces sí, mirándome a los ojos—. Decepcionado, dolido y sintiéndome un idiota…, sí. Pero no estoy enfadado contigo.

—No tienes que sentirte un idiota.

—Claro que sí. Me lancé de cabeza a una piscina que no solo estaba vacía, sino que ya tenía dueño. —Le dio un sorbo al café y dejó la taza sobre el mármol al tiempo que se levantaba del taburete—. Fui un completo y rematado idiota.

—Rubén…

Me quedé con la palabra en la boca cuando desapareció de mi campo de visión. Segundos después, oí la puerta de casa cerrándose y dejándome claro que Rubén no quería hablar. Al menos en ese momento.

La situación no mejoró cuando Carol apareció poco después, fulminándome con la mirada como solo ella sabía hacer. Y yo no pude hacer más que bajar la mirada y aferrarme a mi taza, la cual estaba casi vacía, pero en ese momento no tuve más compañía que esa. Al menos, una que no quisiese matarme por mis decisiones.

—Se le pasará —dijo sin más, sentándose a mi lado—. Mi hermano es demasiado bueno para guardar rencor a nadie.

—Le he hecho daño —admití, consciente de que así había sido.

—Sí —afirmó con dureza—, pero te perdonará, igual que lo haré yo cuando hayas dejado a ese desgraciado.

—¿Y si…?

—No vais a durar mucho —interrumpió antes de dar un sorbo a su café—. Tarde o temprano te darás cuenta de que ese tío no te merece, y que tú mereces algo mucho mejor. Mereces un amor como el de tus padres, maldita sea. —Dejó la taza sonoramente sobre el mármol y me miró a los ojos—. Y me jode decirlo, pero mi hermano puede dártelo.

—Eres bipolar —aseguré, negando con la cabeza.

—No soy bipolar. Sigo pensando que nuestra amistad peligra si empiezas una relación con mi hermano y no sale bien. Pero, joder, no soy gilipollas y sé que él es un buen partido. Y no estoy ciega, Vicky, el muy idiota está coladito por ti desde el instituto.

Boqueando como un pez por la sorpresa de su declaración, abrí los ojos como platos y le di un golpe en el brazo con el dorso de la mano.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Por nuestra amistad —dijo sin más—. Pero mira, ha salido mal.

No contaba con que, años después, seguiría babeando por tus huesos. Qué asco dais, en serio. Si hasta hacéis buena pareja y todo. —Fingió tener una arcada que me arrancó una sonrisa—. Ahora en serio… —Me miró a los ojos y vi una Carol muy distinta a lo que ella solía ser —. Mi hermano es un trozo de pan que bebe los vientos por ti. Si algún día eres capaz de darte cuenta de que Aaron no es lo que necesitas a tu lado, espero que tengas en cuenta los sentimientos de Rubén.

—Siempre has dicho que tu hermano no tiene sentimientos.

—También he dicho que lo odio con toda mi alma, pero nunca admitiré que quizá estoy fingiendo y exagerando un poco. —Torció el morro y se encogió de hombros—. En realidad, es lo único que tengo. Y el muy idiota se preocupa por mí, pese a todo lo que le digo y hago.

—No entiendo por qué lo tratas así, cuando en el fondo lo quieres a rabiar.

—Volqué en él un odio que debería ir enfocado a mi madre. —Volvió a encogerse de hombros y apretó los labios—. Es más fácil odiar a quien tienes cerca, que a una persona que, con suerte, ves una vez al año. —Alargué la mano y tomé la suya, estrechándola con cariño—. En fin, que Rubén no ha huido porque no quiera hablar contigo, sino que tiene una entrevista de trabajo importante. ¿Has hecho planes con el subnormal? —Negué con la cabeza y ella sonrió de oreja a oreja—. Bien, pues vamos a ver qué podemos hacer con esa cara que me llevas. Voy a necesitar todo mi cargamento de cremas y maquillaje para tapar las ojeras. —Paseó la mirada por mi melena—. Pero antes dúchate. Te doy permiso para que cojas todo mi arsenal de cuidado capilar. Vamos a tener que domar la leonera que tienes en la cabeza.

—Yo también te quiero.

—Lo sé. ¿Otro café antes del proceso de tuneado?

Asentí poniendo los ojos en blanco y Carol se apresuró a preparármelo.

Apoyé el codo sobre el mármol y la barbilla en la mano, observando a la amiga que tenía y que, esperaba, nuestra amistad durase toda la vida. Incluso en el más allá. Tanto como fuese posible.

Maldita sea, no merecía los amigos que tenía.

Carol se cruzó de brazos cuando, a mitad del proceso de tuneado, como ella decía, Aaron me llamó y tuve que interrumpir los quehaceres de mi amiga para atender la llamada. No me pasó desapercibida su cara de desagrado. Tampoco el dedo pulgar cruzando su cuello dedicado a Aaron. Y mucho menos los ojos en blanco cuando descolgué y lo primero que dijo él al oír mi voz fue:

—Hola, pequeña.

Como decían mis amigos, mi móvil era para sordos. Podía oír a la persona que había al otro lado de la línea sin tener el aparato en la oreja, por lo que mi amiga había oído a Aaron y eso causó todas sus reacciones.

—Hola —respondí saliendo del dormitorio.

Llevaba el cabello recogido y Carol me estaba haciendo las cejas con las que casi había terminado.

—¿Te apetece venir esta noche? Me encantaría que durmieses conmigo. Te echo de menos.

—¿Esta noche?

—¿Tienes otros planes?

—No. No, qué va. Es que… Bueno, pensé que nos lo tomaríamos con más calma.

—No te estoy pidiendo matrimonio, Vicky. Solo te pido una noche.

—Ya, ya… Lo sé. —Me mordí la uña del pulgar y observé cómo mi amiga aparecía en el salón con los brazos en jarras y una ceja alzada —. Está bien.

—Te recogeré a las nueve.

—Vale —susurré.

Colgamos la llamada y resoplé mirando a Carol.

—¿Por qué no lo mandas a la mierda ya y nos ahorramos tanto drama? —preguntó.

—Porque le prometí darle una oportunidad y… mientras se comporte, se la daré.

—Pues rezaré cada puta noche para que meta la pata. Lo juro por lo que más quiero. Cada. Puta. Noche. Y espero que no sea más de una semana. Si puede ser menos, mejor.

—Está bien. ¿Seguimos?

En ese momento Rubén entró por la puerta y nos pilló en el salón. A mí con el cabello recogido de cualquier manera y a su hermana con los brazos todavía en jarras. Su entrecejo se arrugó poco a poco, mirándonos a ambas, hasta que clavó sus ojos en mí y sacudió la cabeza.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —me interesé, acercándome un paso hacia él que, sorprendiéndome, no se apartó.

Rubén sonrió y dedicó una fugaz mirada a su hermana, que lanzó un resoplido y se marchó, dejándonos a solas.

—Creo que no ha ido mal —dijo al fin—. Gracias por preguntar. Y tú… ¿preparándote para algo especial?

—No, en absoluto. Solo estoy complaciendo las necesidades de tu hermana.

—¡Y las tuyas, cariño! —gritó la aludida—. ¡Que parecías un maldito yeti!

—Entonces… —dijo Rubén conteniendo la risa—. ¿Sesión de cine en casa esta noche?

—Esta noche… —susurré, incapaz de decir nada más.

Él apretó los labios y asintió, fingiendo una sonrisa que pareció muy real.

—O mañana. Cuando puedas. Cuando… puedas —insistió, aunque tuve la sensación de que, en el último momento, decidió omitir lo que iba a decir y se limitó a repetir lo que ya había dicho—. Voy a preparar la comida. Os avisaré cuando esté lista.

—Vale —musité, viéndolo desaparecer hacia la cocina con cierta rapidez.

28

Aaron fue puntual a la hora de recogerme, como siempre, y me llevó a su casa donde tenía la mesa preparada para una cena romántica. Él no quería llamarla así, pero fue la etiqueta que le puse cuando vi que, sobre la mesa, había copas de vino, velas que se apresuró a encender tan pronto llegamos, y pocos segundos después añadió una cubitera con una botella de vino blanco. Me indicó que le gustaba mucho el vestido rojo que había elegido para la ocasión y me informó de que cenaríamos pescado al horno. Además, remató la información diciéndome que tenía algo preparado para mí.

—Después de cenar —apuntó cuando le pregunté qué era.

—¿Y no puede ser antes?

Él negó con la cabeza y me indicó que me sentara en la silla que había apartado de la mesa. Cuando le hice caso, se sentó en la suya y sirvió un par de copas.

—Tenemos cinco minutos antes de que sirva la cena.

—¿Y qué podemos hacer en estos cinco minutos? —pregunté melosa.

—Lo que estás pensando seguro que no. No seas viciosa, Vicky. Tenemos toda la noche para complacer tus deseos más pervertidos.

—En realidad… pensaba en una partida al parchís.

—Seguro que sí —dijo entre risas—. Bueno, yo había pensado que podríamos retomar aquella propuesta que te hice hace un tiempo. —Sacudí la cabeza sin entender a qué se refería y entonces dijo—: Que vengas a vivir conmigo. No sé qué haces en casa de tu amiga y su hermano, pero…

—He alquilado mi piso.

Él arrugó la frente y me miró como si no me creyera.

—¿Por qué?

—Porque no tengo trabajo y era la única opción para salir adelante. En realidad, era venderlo o alquilarlo. La segunda opción… me da ciertas garantías de recuperarlo algún día.

—Entonces puedes venir a vivir conmigo.

—Aaron…

—¿Por qué lo rechazas sin sopesarlo siquiera?

—¿Quién dice que no lo he pensado? Pero esto es una segunda oportunidad y me gustaría poder valorar a dónde irá esta relación antes de hacer una mudanza, ¿no crees? Vivir juntos ahora mismo, tal y como están las cosas, no creo que sea lo más indicado.

—¿Tal y como están las cosas? ¿Acaso no hemos vuelto?

—Sí… —murmuré—, pero estamos en la fase de prueba. Antes de vivir contigo quiero asegurarme de que realmente estamos bien.

—Así que seguirás viviendo bajo el mismo techo que ese…

—Es por él —susurré, siendo consciente del motivo por el que Aaron estaba insistiendo.

—No tienes ninguna necesidad de vivir con ellos.

—Pero es lo que quiero —aplaqué, llevándome un resoplido de Aaron.

Se levantó de la silla sin decir nada y se fue a la cocina para servir los platos. Ni siquiera le pregunté si necesitaba ayuda, tampoco hice ademán de levantarme. Me quedé en mi sitio y sopesé las probabilidades de que nuestra relación fuese a ir bien… o no. Con el rumbo que llevaba, lo que tenía claro era que los celos podían con Aaron y eso iba a ser un impedimento durante toda la vida o el tiempo que durase lo nuestro.

Cuando volvió con los platos, puso uno delante de mí y se sentó mientras ponía el otro en su sitio, empezando a comer sin decir palabra. Imitándolo, cogí los cubiertos y me dispuse a comer, ambos en silencio, sin ni siquiera mirarnos a la cara. Fueron los minutos más tensos de mi vida. O eso creí en ese momento.

—Está bien —dijo tras dejar los cubiertos dentro del plato, indicando que ya había terminado—. Vale, lo acepto. Quieres tener tu… espacio. Quieres ir poco a poco.

—Eso es —susurré.

Aaron asintió con la cabeza y suspiró, mirando a nuestro alrededor a lo tonto. Lo cual me pareció curioso, ya que era su casa y debía tenerla muy vista.

—¿Has terminado de cenar?

Dije que sí con la cabeza y, entonces sí, me levanté para ayudarlo a recoger la mesa y poner los cacharros en el lavavajillas.

No estaba muy convencida de que Aaron hubiese aceptado realmente que me quedaba en casa de mis amigos, pero respeté el silencio y no quise indagar más. No quería tentar a la suerte y provocar una discusión que lanzara por la borda el esfuerzo que ambos estábamos haciendo para que esa segunda oportunidad saliese bien.

Yo, al menos, quería que saliese bien.

Y aunque tenía mucha curiosidad por saber más sobre su matrimonio con Amanda, su hijo y familia en general, me resigné a no preguntar nada para no incomodar a Aaron. Estaba claro que hablar de ciertos temas lo ponían de mal humor y lo pagaba conmigo.

—¿Te ha gustado? —preguntó. Alcé la mirada hasta sus ojos—. La cena. ¿Estaba bien?

—Sí. —Sonreí con franqueza y asentí—. Muy rico. ¿Lo has cocinado tú?

—Aunque parezca mentira… sí. Pero debo admitir que busqué la receta por internet.

—Te ha quedado genial. Seguro que más bueno de lo que se suponía que debía estar.

—No seas pelota, Vicky. —Ambos sonreímos y él cerró el lavavajillas cuando puso el último cacharro dentro—. Vamos al dormitorio.

Lo seguí en silencio mientras mi sexo palpitaba por la anticipación y la necesidad de sentirlo dentro de mí. Le echaba de menos, eso estaba claro. Lo que no tenía tan claro era si echaba de menos a Aaron, o el sexo que él me ofrecía. Era algo que tenía la obligación de averiguar para no hacernos daño a ninguno de los dos. Si solo era sexo… la relación no iba a tener ningún futuro.

Contuve el aliento cuando, al entrar en el dormitorio, vi que en la cama había unas sábanas de satén rojo intenso. Sobre ellas había pétalos de rosa, de un rojo más oscuro, tipo burdeos. Sin tocarlas supe que tendrían un tacto aterciopelado que me encantaba. Y el olor… habían inundado el dormitorio con su fragancia, por lo que cerré los ojos y aspiré con fuerza, embriagándome con él.

—Mi ave fénix merece un nido a su altura —murmuró en mi oreja, rozándome con los labios. Sus brazos me rodearon desde atrás y me apretaron contra su cuerpo—. ¿Qué te parece?

—Que si me sigues comparando con un pajarraco mitológico rompes el romanticismo.

Él soltó una carcajada y mordió el lóbulo de mi oreja para después lamerlo y barrer con sus labios mi cuello, provocando que todo el vello de mi cuerpo se erizara por el placer.

—Me gustaría probar algo nuevo —propuso, colando la mano por debajo del vestido.

—¿El qué?

—Ven —susurró, soltándome el cuerpo para cogerme de la mano y tirar de mí hacia la cama.

En cuanto llegué rocé las sábanas con la yema de los dedos hasta alcanzar un pétalo que cogí y acerqué a mi nariz.

—Huele muy bien.

—Túmbate en el centro de la cama —ordenó sin hacer caso a lo que le había dicho.

Lo miré con la frente arrugada y él señaló la cama con los ojos en una muda orden que no quise discutir. Me apetecía acostarme con él, así que no iba a montar un drama por haber ordenado algo que, con un poco de cariño, hubiese sonado mucho mejor. Aunque hubiese sido con las mismas palabras. Un simple «por favor», por ejemplo.

Llené mis pulmones de aire y fui a quitarme el vestido, pero Aaron negó con la cabeza rápidamente al ver mis intenciones.

—No he dicho que te lo quites, pequeña. Ese placer es para mí.

Resoplé haciéndolo reír y le hice caso. Gateé sobre la gran cama hasta llegar al centro, donde me tumbé con la cabeza sobre las almohadas, también rojas, que tenían un tacto muy agradable. Alcé las manos para acariciarlas y Aaron sonrió con sus ojos clavados sobre mí.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Son muy suaves.

—No tanto como tú —susurró, poniendo las manos sobre mis piernas para acariciarlas lentamente hacia arriba, perdiéndolas bajo el vestido. Me tensé por la anticipación y me retorcí un poco, provocando que él me diera un ligero apretón—. Relájate.

De pronto se sentó a horcajadas sobre mi vientre y me agarró las muñecas con una sola mano, mientras que con la otra sacaba un lazo rojo del bolsillo trasero de su pantalón. En cuanto me di cuenta de lo que pretendía fruncí el ceño.

—No creo que…

—No te hará daño —me cortó, anudándome las muñecas con el lazo que después aseguró en el cabecero de la cama, dejándome bloqueada—. Es un juego, Vicky.

—No me gustan todos los juegos.

—Este te gustará. Estoy seguro de ello.

—No apuestes nada. —Forcejeé en un intento de desasirme… sin éxito—. Por favor, Aaron, suéltame. No me gusta sentirme indefensa.

Él me chistó y bajó por mi cuerpo, perdiéndose entre mis piernas donde hundió la lengua sin reparo, provocándome sentimientos encontrados que me aturdían. Quería que me soltase, pero no quería que dejara de hacer esas maravillas con su lengua.

¡Menuda mierda!

—Aaron… —gimoteé, sin tener muy claro si era por la necesidad de que me soltase o por el placer que estaba sintiendo—. Por favor.

—Deja de quejarte, pequeña. Está claro que te gusta. —Hundió dos dedos en mi interior y gemí de placer, alzando las caderas en un acto reflejo del que me arrepentí al momento. Sí, me gustaba, pero no quería seguir atada—. ¿Lo ves? Te encanta.

—¿Puedes soltarme?

—No.

Me tensé una vez más, aunque en esa ocasión fue por sentir un dedo que acariciaba mi ano con una intención que no me convencía en absoluto.

—Por ahí no, Aaron.

Me chistó de nuevo y sacó los dedos de mi vagina. Suspiré frustrada y apreté los dientes cuando sentí que metía uno de esos

mismos dedos por el agujero equivocado. Al menos para mí, porque él tenía claro dónde quería meterlo.

—Aaron… No.

Su respuesta fue devastadora. Empujó el dedo con fuerza hasta el puño y yo lancé un grito, retorciéndome sobre la cama sin posibilidad de salir de allí. Por mucho que forcejeaba no lograba soltarme y sentía las muñecas doloridas.

—Tranquila —susurró, manteniendo el dedo quieto. Con el pulgar de la otra mano acarició mi clítoris y maldije entre dientes cuando sentí la oleada de placer que me arrasó, obligándome a cerrar los ojos —. Así, pequeña… Muy bien.

En ese momento el dedo que había metido en zona prohibida empezó a moverse y volví a tensarme. No me dolía, pero sí resultaba molesto.

—Algún día follaré este culo que tienes. —Me mordió en el monte de venus y me retorcí sintiendo cómo sacaba el dedo, al fin, de aquel lugar—. Por hoy está bien así.

—¿Puedes soltarme ya?

Él sonrió sin responder y se levantó de la cama para quitarse la ropa. Empezó por la camisa, desabrochando botón a botón con premeditada lentitud sin quitarme los ojos de encima. ¿Cómo podía sentirme tan cachonda con ese gesto tan simple? ¿Cómo, después de lo que me había hecho pese a que le estaba pidiendo que no lo hiciera?

Cuando terminó con la camisa la dejó a un lado de la cama y se puso con los pantalones, con los que también se tomó su tiempo. Mis ojos viajaron hasta su entrepierna, que estaba dura bajo la tela de los calzoncillos. Tanto, que incluso asomaba la punta por el borde, mostrando cuan grande y gruesa era. Se me hizo la boca agua y Aaron sonrió con arrogancia. Él sabía lo que tenía entre las piernas y parecía estar muy orgulloso de ello.

—¿La quieres? —preguntó, agarrándosela por encima de la tela.

Asentí con la cabeza incapaz de apartar la mirada.

Abrí un poco más las piernas cuando vi que él se inclinaba sobre la cama para gatear en mi dirección, hasta que se detuvo y me agarró de la cintura, dándome la vuelta de un rápido movimiento que no pude prever. En un visto y no visto, me encontraba bocabajo sin poder verle. Sus manos, con una firmeza que casi rozaba el dolor, me agarraron de las caderas y me alzaron, obligándome a clavar las rodillas en el colchón.

—¿Estás segura de que la quieres? —susurró a mi oído.

Podía sentir su pecho sobre mi espalda. Mi respiración se aceleró tanto como mi corazón. La quería, por supuesto que sí, siempre y cuando fuese en el lugar adecuado y no por donde, minutos atrás, había entrado sin permiso. Me moví nerviosa debajo de su cuerpo y

sentí su sonrisa rozándome la oreja.

—Pervertida… —gruñó en un susurro antes de clavármela de un solo movimiento que me hizo gritar de placer.

Tras ese movimiento le siguieron muchos más que me llevaron a un estado del que iba a costarme mucho salir. Aaron tenía el control de todo. De absolutamente todo. Y eso me asustaba muchísimo. No negaré que sentí placer. Mucho. Pero también un miedo abrumador. Era dominante en todos los sentidos, y yo temía sentirme tan… sumisa. Tan desprotegida y vulnerable.

29

Giré la cabeza para comprobar que dormía. Su respiración tranquila y acompasada me indicó que así era, por lo que arrastré la sábana de satén conmigo y me envolví con ella para salir del dormitorio. Me dolía todo el maldito cuerpo y observé varios moretones en mi cadera, piernas e incluso en la cintura. Tenía sus dedos marcados en la piel. Mi entrepierna, además, palpitaba de dolor a cada paso que daba. Aaron había sido muy brusco esa noche. Como si hubiese querido marcarme de algún modo que solo él entendía y que a mí no me gustaba. Pese a mis negativas, súplicas y alguna lágrima que escapó a mi control, no paró hasta que hubo terminado. Hasta que él decidió que era suficiente y, al fin, me soltó. En ese momento no fui capaz de moverme; me hice un ovillo y fingí que me dormía, por lo que se acomodó a mi lado sin decir palabra. Ni siquiera me tocó, lo cual en cierto modo agradecí, pero también me extrañó; Aaron era de los que abrazaban a la hora de dormir.

Llegué al salón y miré a mi alrededor en busca de algún lugar donde poder quedarme a solas conmigo misma. El amanecer era inminente y yo no había podido pegar ojo en toda la noche. Ni siquiera cuando él dio por finalizada la tortura.

Suspiré cuando vi la gran roca que brotaba de la tierra junto a la piscina y me encaminé hacia las puertas correderas, abriendo una para salir al jardín trasero. Trepé por la roca con los pies descalzos, resbalando en alguna ocasión hasta llegar a la cima, donde me senté con las piernas encogidas y la sábana roja cubriéndome la cabeza y el cuerpo entero, derramándose por la piedra como si fuese sangre.

Me sentía culpable. No entendía muy bien por qué, pero sentía que lo que había ocurrido, en parte, era culpa mía. No fui capaz de controlar el deseo que Aaron despertaba en mí, y pese al dolor, también sentí placer. Fueron sentimientos encontrados que no supe gestionar y que, quizá, eran los que daban falsas señales a Aaron. Porque yo quería tener sexo con él, sí, pero no de ese tipo. No con dolor, humillación y marcas.

Suspiré cuando los primeros rayos de sol cayeron sobre mi dolorido cuerpo, y apreté los dientes, sin moverme siquiera, cuando oí la puerta corredera abrirse tras de mí. Sabía que Aaron estaba cerca, pero no quise mirarlo.

—Pequeña… ¿qué haces aquí?

Su tono de voz conciliador no tenía nada que ver con el animal que

había sido apenas unas horas antes. Y eran esos detalles los que me desencajaban. Sabía que Aaron podía ser tierno, cariñoso y cuidadoso, pero… ¿qué más podía ser? Aquella noche había llegado al límite de su brusquedad, ¿o podía ser peor?

—Quiero volver a casa —susurré, encogiéndome más cuando oí que se acercaba a mí.

—¿Qué te ocurre?

—Si no puedes llevarme llamaré a Jordi para que venga a recogerme.

Me negué a mirarlo a la cara. Sabía que, de hacerlo, caería rendida a sus pies. Sin embargo, él se encargó de plantarse frente a mí y mirarme con el ceño fruncido. Como si no entendiese lo que le estaba diciendo. Como si mis palabras no tuviesen ninguna lógica.

—Vicky…

Encogí más las piernas al ver que su mano se acercaba a ellas y logré que cesara aquel gesto que, en ese momento, temía. No quería que me tocase. Al menos, durante unos días.

—Por favor —supliqué en un susurro.

—Está bien —aceptó—. Baja de ahí, al menos. Y desayuna algo. ¿Qué te apetece?

—No tengo hambre. —Me moví sobre la roca para bajar y negué con la cabeza cuando vi su intención de ayudarme—. Me daré una ducha.

—Vale —murmuró, siguiendo mis pasos con la mirada.

Entré en la casa sin que él se hubiese movido del sitio y me obligué a no correr hacia el dormitorio. Me moví con fingida calma hasta que, una vez allí, dejé caer la sábana y me encerré en el cuarto de baño, metiéndome en la ducha para limpiarme a conciencia. Incluso pese al dolor de las marcas.

No supe si llegué a soltar alguna lágrima, aunque tampoco me forcé por contenerlas. ¿Cómo había podido ser tan brusco aquella noche? ¿Cómo había podido marcarme de ese modo sin que sintiese remordimiento alguno? ¿Y cómo podía estar tan tranquilo y pacífico esa mañana?

Salí de la ducha y fui a ponerme el vestido, pero Aaron lo había roto al despojarme de él. Lo observé sosteniéndolo frente a mí y acabé lanzándolo al suelo. No iba a poder presentarme en casa con el vestido roto. Carol sospecharía y no me apetecía dar explicaciones de nada. Mucho menos de esa noche. Me acerqué al vestidor y cogí una camiseta y un pantalón deportivo que, aunque eran de Aaron y me vendría enorme, era mejor que un vestido cuyo destino era el cubo de la basura. Una vez con la ropa puesta, me calcé las Converse que, a diferencia del vestido, habían tenido mejor suerte. Aunque mis pies se llevaron una buena sacudida cuando me las arrancó casi de un tirón.

Cuando me decidí a dar la cara, salí al salón y encontré a Aaron en la cocina preparando el desayuno. Por el olor pude adivinar que estaba haciendo tostadas, así lo confirmé cuando, al verme, puso un plato con un par de ellas sobre la isla de la cocina y me miró con cierta tristeza.

—Come algo, por favor.

Qué delicado. Qué distinto al hombre con el que había pasado la noche. ¿Acaso le ocurría como a los hombres lobo y por la noche, a la luz de la luna llena, se transformaba? No tenía ningún sentido, y por eso mismo fue lo único que se me ocurrió.

Por no discutir ni enfadarlo, me acerqué y me senté en un taburete para desayunar. Él tomó la precaución de sentarse a cierta distancia, aunque no me quitó la mirada de encima en ningún momento. Ni siquiera cuando untó las tostadas con mantequilla y mermelada.

—Anoche me pasé —dijo al fin, provocando que yo alzara la mirada hasta sus ojos.

—Bastante.

Le di un bocado a la tostada con tomate, aceite y jamón serrano. No me apetecía comer nada dulce.

Aaron asintió apretando los labios.

—Lo siento.

—Ya, bueno… Un poco tarde, ¿no crees?

Vi que sus ojos se desplazaron hasta mi cuello y arrugó la frente con la mirada clavada allí.

—Joder, me pasé muchísimo. Perdóname, pequeña. Pensé que…

—¿Que me gustaría pese a que no hacía más que decirte que no? —interrumpí, dejando la tostada de mala manera sobre el plato—. Me has hecho daño, Aaron.

—Lo siento —repitió, bajando la mirada hasta su plato. Soltó su tostada y se limpió las manos, levantándose del taburete—. Voy a vestirme y te llevo a casa.

—Gracias —susurré sin mirarlo siquiera.

El camino de vuelta a casa transcurrió en un profundo silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper. Aaron no hacía más que mirarme y de vez en cuando lo oí murmurar algo, sin embargo, no logré entender nada. Parecía que se estaba sermoneando a sí mismo por lo que me había hecho.

Casi me tiré del coche cuando vi que estacionaba en doble fila frente al edificio de Carol, pero él me cogió de la mano y mi cuerpo entero se estremeció ante ese contacto. No tuve claro si fue por miedo o no, pero incluso los dedos de mis pies se contrajeron.

—La he cagado —afirmó—. Soy consciente de ello y no sabes cuánto lo siento. Así que… Como sé que ahora necesitarás tu tiempo y

espacio, no voy a molestarte. Estaré esperando tu llamada para que me dejes arreglar esto. Lo siento mucho, pequeña. Lo siento de veras.

Me soltó en cuanto vio que mis ojos se desplazaron hasta su mano y suspiré sin moverme. Tenía razón, prefería alejarme de él unos cuantos días para aclararme y saber qué iba a hacer con nuestra relación.

—Gracias por traerme.

Fue lo único que pude decir en ese momento. Él asintió con la cabeza a modo de respuesta y, entonces sí, abrí la puerta y me alejé de él, metiéndome con contenida rapidez dentro del edificio. Me abracé a mí misma cuando, ya a solas, sentí escalofríos por todo mi cuerpo. Temblaba sin saber por qué.

Entré en el piso a hurtadillas, con las Converse en la mano para no hacer ruido. Era muy pronto y mi amiga seguramente seguiría durmiendo. Con lo que no conté fue con que Rubén se levantaba pronto para preparar el café y aprovechar al máximo las horas del día.

—¿De quién te escondes, pelirroja?

Detuve mis pasos justo a la entrada del pasillo que llevaba a los dormitorios y me tensé de pies a cabeza. Incluso las Converse cayeron al suelo de cualquier manera, pero no pude darme la vuelta. No fui capaz. Él, sin embargo, se acercó a mí y me rodeó para mirarme de frente, aunque su mirada se endureció cuando sus ojos cayeron sobre mi cuello.

—¿Quién te ha hecho esto? —gruñó, alzando la mano para tocarme. Di un traspiés hacia atrás y caí de culo, temiendo haberme roto el coxis, pero lo que de verdad me dolía era el corazón—. Eh, Vicky, tranquila… —susurró, acuclillándose frente a mí—. No voy a hacerte daño.

Me abalancé sobre él para abrazarlo. Y él, como era de esperar, aceptó con gusto. Incluso me cogió en volandas y me llevó hasta mi dormitorio, donde me dejó con cuidado sobre la cama, sentándose en el borde. Alzando una mano con cierto miedo, apartó un mechón de cabello que me cruzaba la cara y lo puso detrás de mi oreja, mirando de nuevo mi cuello. No sabía qué tenía ahí, pero tanto Aaron como Rubén habían advertido algo que yo desconocía.

—¿Ha sido *él*?

—¿Qué tengo ahí? —susurré con la mirada sobre las sábanas.

No me veía capaz de mirarlo a los ojos.

—Unos putos dedos marcados alrededor de tu cuello —masculló—. ¿Ha sido él?

Encogí las piernas y me abracé a ellas, hundiendo la cara en mis rodillas para llorar. Me tensé cuando sentí su mano acariciándome la cabeza con cuidado, y seguidamente me abrazó, acurrucándome en su pecho.

—¿Qué te ha hecho, pelirroja?

Me aparté de él y recogí mis lágrimas con torpeza, seguía siendo incapaz de mirarlo a la cara.

—¿Puedes dejarme sola, por favor?

—¿Estarás bien?

—Ahora sí. Por favor.

Rubén aguardó unos segundos en silencio, observándome, hasta que me dio un beso en la cabeza y se levantó, saliendo de allí sin estar muy convencido de hacerlo. Se le veía. Podía leer en su rostro las ganas que tenía de estar a mi lado consolándome, ayudándome. Pero yo necesitaba estar sola para llorar todo lo que pudiese y más. Necesitaba sacar la tristeza de mi interior sin que nadie se sintiese mal al verme.

No fui capaz de saber cuánto tiempo pasé encerrada en mi dormitorio. Rubén y Carol llamaron a la puerta en varias ocasiones, pero no entraron en ningún momento y respetaron mi silencio y ausencia. Ellos me conocían lo suficiente para saber que, si estaba alejada del mundo, era porque realmente lo necesitaba. Lo mismo me ocurrió con la muerte de mi padre. Por lo que apagué el móvil y lo guardé en la mesita de noche para que nadie me molestase en mi necesitado aislamiento.

Me levanté pesarosa de la cama y me senté en el borde, con las manos sobre el colchón y los pies descalzos en el suelo, mirándomelos como si fuesen algo nuevo para mí. En realidad, valoraba cuán fuerte estaría mi cuerpo para sostenerme en pie sin que mis piernas flojearan. Cuando creí que podría hacerlo, me levanté y me moví lentamente hasta la puerta, saliendo al fin de esa cueva oscura a la que, sin duda, le hacía falta una buena ventilación. Debí estar varios días encerrada. Al menos un par.

—Vicky —susurró Rubén detrás de mí.

Me giré en la oscuridad y vi su silueta en el recibidor. Apenas podía verle la cara, pero era el único hombre que podía haber en esa casa. El único que podía tener esa voz y ese cariño al pronunciar mi nombre.

—¿Qué hora es?

Al pronunciar esas palabras me di cuenta de lo ronca que tenía la voz.

—Pronto. O tarde, según se mire. ¿Tienes hambre? —Se acercó a mí hasta que pude verle bien el rostro—. Ven, vamos a comer algo.

A diferencia de la última vez, no me estremecí cuando me rodeó por los hombros con el brazo y me llevó hasta los sofás, donde encendió la lámpara de pie y me dejó allí mientras él desaparecía hacia la cocina.

Todavía era de noche, pero no sabía qué hora era.

—Aquí tienes —susurró, dejando una bandeja sobre la mesa de centro en la que había un plato con macarrones a la boloñesa, un vaso y una jarrita con agua—. ¿Estás mejor?

—Un poco —admití—. Necesitaba estar sola.

—Lo sé. —Me dio un beso en la cabeza y señaló la comida—. Come un poco, por favor. Me quedaré más tranquilo.

30

Rubén aguardó a mi lado mientras yo comía. Primero sin muchas ganas, pero mi estómago no solo aceptó lo que le estaba dando, sino que pidió más y acabé terminándome el generoso plato que me había servido. Cuando terminé, me limpié los labios con la servilleta y me acomodé en el sofá, encogiendo las piernas debajo del trasero, con la mirada perdida a la nada.

—Háblame, pelirroja —susurró, trayéndome a la realidad.

Lo miré sin mover la cabeza y me encogí de hombros.

—¿Qué quieres que te diga?

—Por ejemplo, que eres lo suficientemente lista como para no volver a ver a ese tipo nunca más. Porque… fue él el que te hizo esto, ¿verdad? —Asentí con la cabeza y él suspiró, negando con la suya—. No sabes cuánto lo siento.

—No fue culpa tuya.

—Debí haberte protegido de algún modo. De haber sabido que ya te había hecho daño…

Fruncí el ceño y me incorporé un poco, mirándolo a la cara.

—¿A qué te refieres?

—Le pregunté a mi hermana si tenía constancia de que ese cabrón te hubiese puesto la mano encima anteriormente y me contó que ya te había agredido una vez. Te cogió del cuello. —Sus ojos viajaron hasta esa zona y chasqueó la lengua—. Algo muy típico en él, por lo que veo.

—Fue distinto —susurré, llevando una mano hasta mi cuello. En ese momento sentí algo de dolor, aunque no tan fuerte como el de otras partes de mi cuerpo—. No lo hizo… a malas.

—¿De verdad lo estás defendiendo?

—No. Solo digo que… No fue una agresión como tal. Quiero decir… Estábamos… Perdió el control cuando… —Rubén sacudió la cabeza sin entender nada—. En la cama. Fue… brusco.

—¿Te violó?

Dudé con mi respuesta y eso me hizo dudar a mí misma. ¿Me violó? ¿Podía considerarse así o estaría exagerando? De no haber tenido las manos atadas al cabecero, ¿hubiese salido corriendo? Resoplé, incapaz de llegar a una respuesta acertada. No fui capaz de saber qué hubiese hecho en ese momento.

—Fue brusco —repetí.

Él me miró en silencio unos segundos que se me antojaron eternos

y suspiró. Estaba segura de que pensaba cosas horrorosas de Aaron. Cosas que debía pensar yo misma, sin embargo, no era capaz.

—Yo puedo darte lo mismo que tuvieron tus padres, pelirroja. —Contuve el aliento y lo miré a los ojos—. Recuerdo cómo se querían y cuidaban el uno al otro. Sé que anhelas un amor como el suyo… y yo puedo dártelo. Sin dolor. —Alzó una mano y pasó el pulgar por mi mejilla—. Sin lágrimas. Yo solo te pondría la mano encima para adorarte como mereces. —Deslizó la mano y pasó el pulgar por mi labio inferior con cuidado, rozándolo con tanta delicadeza que me puso el vello de punta—. Y las únicas marcas que dejaría sobre tu piel serían mis besos. Te juro que espero que eso fuese suficiente para que te apartaras de una relación tóxica para aceptar otra tan sana… que te parecería irreal.

—Rubén…

—Te quiero, pelirroja. —Sonrió con tristeza—. Desde mucho antes de lo que piensas.

En ese momento me quedé sin respiración y mi boca se abrió lo justo para dejar pasar un poco el aire. Puede que incluso fuese una muda invitación a Rubén, que lo tomó como tal y se inclinó hacia mí con precaución, calibrando mis reacciones que, en ese momento, eran las de esperar aquel beso.

Sin embargo, se apartó bruscamente cuando oímos una puerta abrirse y carraspeó, moviéndose en el sofá para apartarse un poco de mí. Carol, con las marcas de las sábanas en su cara, se acercó tropezando con sus propios pies y se arrodilló frente a mí, cogiéndome de las manos.

—¿Cómo estás? —susurró.

—Mejor —confesé con franqueza. Oír aquellas palabras que había dicho Rubén habían sido como un soplo de aire fresco entre la negrura que me envolvía desde lo ocurrido con Aaron—. He comido.

—Menos mal —dijo en un suspiro. Miró a su hermano y a mí, quizá intentando saber de qué estábamos hablando. Finalmente miró mi cuello y apretó los labios—. Deberías poner una denuncia, Vicky. Todavía tienes las marcas. Estás a tiempo de…

Interrumpí sus palabras negando con la cabeza y ambos hermanos apretaron los dientes, pero no dijeron nada. Carol asintió sin estar de acuerdo y se irguió, dándome una última ojeada que me estremeció un poco.

—Estaré en mi habitación si necesitas algo.

—Vale.

—Jordi y Lidia están aquí. Cualquier cosa…

Asentí y ella se marchó mirándome, hasta que desapareció por el pasillo.

Rubén agarró mi rodilla en un gesto cariñoso y me dio un apretón.

—Son las cuatro y media de la mañana. ¿Dormimos un poco y, cuando nos levantemos, hablamos?

—No sé si podré dormir. No tengo sueño.

—Descansa, al menos. Me he dado cuenta de que no andas muy bien.

—Me duele… el cuerpo.

Me abracé a mí misma al sentir escalofríos por los recuerdos que volvieron a invadirme. Sabía que bajo el pijama largo que me había puesto para que no me vieran, seguían estando las marcas de los dedos de Aaron.

—Estoy seguro de que el cuello no es el único afectado —susurró —. Descansa, pelirroja. En unas horas seguimos con la conversación, si quieres.

Asentí con la cabeza y me levanté despacio, sintiendo las punzadas de dolor que seguían presentes en cada movimiento, recordándome que lo que me había hecho Aaron no era normal. Por eso me había ido. Pero me veía incapaz de denunciarlo. ¿Acaso tener sexo duro era un delito? Temí que se burlaran de mí en la comisaría, especialmente cuando fui con ese mismo hombre a poner una denuncia por aquel intento de violación en el Pandora. Creerían que estaba loca.

Mientras Rubén recogió la mesa de centro después de indicarme que se encargaba él, me escabullí por el pasillo y medité unos segundos antes de decidirme a entrar en el de Carol. Habían puesto un colchón grande en el suelo, a los pies de la cama de Carol. Con ella dormía Lidia. Jordi estaba solo en el otro, por lo que me acerqué de puntillas y me tumbé a su lado, encarada a él, que abrió los ojos como si me hubiese estado esperando.

—¿Cómo está mi *Mérida*? —susurró.

Sonreí y él lo hizo conmigo. Esa referencia a la protagonista de la película *Brave* me gustaba mucho. Cuando la vimos por primera vez, Jordi dijo que aquella era yo. Según él, compartíamos esa melena salvaje y pelirroja, aunque Mérida la tenía rizada y yo… ni liso ni rizado; era un ondulado extraño que, dependiendo del día, decidía decantarse por un estado u otro.

—Ahora mejor —respondí también en un susurro.

Él agarró mi mano y me dio un beso en el dorso para, acto seguido, abrazarse a ella llevándola a su pecho.

—Sabes que estamos contigo, ¿verdad? —Asentí con la cabeza y una lágrima escapó a mi control. Jordi se apresuró a recogerla—. No dejes que nadie destroce tu vida. Y si ves que se tambalea… estaremos a tu lado para sostenerte.

—Tengo los mejores amigos del mundo.

Jordi sonrió y se acercó a mí, abrazándome contra su pecho.

Y así, contra todo pronóstico, me quedé dormida sintiendo una

repentina paz con la que me sentí a salvo.

31

Me vi completamente sola cuando abrí los ojos. El sol entraba con fuerza por la ventana y ambas camas estaban vacías, a excepción de la mía, en la que solo estaba yo. Desorientada sin saber qué hora era ni cuánto había dormido, me levanté y lancé una mueca cuando el dolor de mi entrepierna me recordó que no estaba bien. No al cien por cien. Terminé de levantarme despacio y me colé en el cuarto de baño de Carol, donde adecenté un poco mi melena y observé con rostro impasible las marcas de mi cuello. Empezaban a difuminarse, pero todavía eran visibles. *Bastante* visibles.

Suspiré y alcé la mirada, clavándola en el reflejo del espejo.

—Tienes que alejarte de él —me dije a mí misma—. No es bueno para ti.

Me lavé la cara con agua fría y pellizqué un poco mis pómulos, intentando que cobraran algo de color, aunque las ojeras que lucía contrastaban con la piel rosada que había logrado en mis mejillas, mientras que el resto de la piel lucía tonos blancos y oscuros. La vida y la muerte cohabitando de un modo muy curioso en mi rostro.

Resoplé y salí en busca de mis amigos, a los que encontré en la cocina, sentados alrededor de la isla con un desayuno de campeones. Apenas había espacio sobre la superficie de mármol.

—¿Por qué no me habéis llamado? —me quejé, sentándome en el taburete libre que había entre Rubén y Jordi.

—Necesitabas descansar, pelirroja —dijo el primero, ofreciéndome un plato repleto de aquellos *croissants* de mantequilla que tanto me gustaban—. Los he comprado para ti, aunque estos trogloditas se están poniendo las botas.

—Gracias —susurré, regalándole una sonrisa que se quedó mirando con la suya asomándose poco a poco, hasta que carraspeó y devolvió el plato a su sitio, consciente de que yo ya había cogido unos cuantos *croissants*—. ¿Qué planes tenéis para hoy?

—Yo tengo que acompañar a mi madre al médico —anunció Jordi con la boca llena.

—Nosotras habíamos pensado en salir a comer fuera y darnos una buena sesión de compras —dijo Carol, mirándome con aquellos ojos oscuros y penetrantes que ponía cuando insinuaba cosas.

—No me apetece salir de compras —susurré—, pero id vosotras. Yo me quedaré aquí.

—Tú y yo podríamos ir un rato a la playa —propuso Rubén,

provocando que mis tres amigos nos mirasen con curiosidad—. Te irá bien salir un poco y tomar el aire.

—Me he visto en el espejo y no creo que tenga la mejor cara para salir.

—No sales para contentar a los demás —sentenció Rubén—, a quien no le guste tu cara, que mire hacia otro lado. ¿Qué te parece si hacemos unos bocadillos y comemos allí? Podemos buscar una zona tranquila donde apenas haya gente, así no estaremos tan agobiados.

—Y más solos… —observó Jordi, alzando las cejas repetitivamente.

Rubén soltó una carcajada.

—Parece un buen plan —indiqué mirándolo a los ojos.

Él asintió y le dio un sorbo a su café.

—A la playa, pues.

No tardamos mucho en desperdigarnos. Jordi, tan pronto terminó de desayunar —a las once de la mañana—, se marchó rápidamente para no llegar tarde a la cita médica con su madre. Lidia y Carol no insistieron en que fuese con ellas de compras, pero me llevaron al dormitorio para maquillarme un poco las ojeras y dejarme ropa más decente para salir. Un vestido veraniego de color gris antracita fue el resultado. Y me gustó, debía admitirlo. Mis amigas se miraron en silencio cuando vieron las marcas de mi cuerpo. Algunas todavía dolían y habían adoptado un tono oscuro. Pero provoqué sus sonrisas cuando me miré al espejo sonriendo, agradecida cuando me di cuenta de que las ojeras habían desaparecido gracias a las milagrosas manos de Carol, que tenía un don especial con el maquillaje. De calzado opté por unas manoletinas negras con las que pretendía ir cómoda y, al mismo tiempo, que pudiese guardar en el bolso-mochila que llevaba cuando fuésemos paseando por la arena. Así iban a quedarme las manos libres.

Rubén se encargó de los bocadillos para la comida y también preparó una nevera portátil con bastante hielo, agua y refrescos.

A las doce y media, los cuatro salíamos por la puerta del piso, dividiéndonos en grupos de dos para ocuparse cada cual de sus planes. Los míos me llevaron al garaje con Rubén, donde cargamos la nevera y la bolsa con los bocadillos, entre otras cosas que había metido. Una vez circulando por la carretera en dirección a alguna playa, puso música flojita y me miró con una sonrisa.

—¿Qué? —susurré, incapaz de contener la mía.

—Te brillan los ojos —dijo, mirándome de nuevo—. O estás incubando un *catarrazo* de la leche… o estás contenta. ¿Cuál de las dos es?

—Diría que estoy incubando ese catarro al mismo tiempo que

estoy contenta —bromeé, provocando que él soltase una carcajada—. Muchas gracias, Rubén. Por cuidarme tan bien.

—Siempre —sentenció, cogiendo mi mano para besarme los nudillos—. No lo dudes.

Llegamos a una playa que no conocía, por lo que arrugué un poco mi frente y observé a mi alrededor. Según me indicó Rubén, estábamos en la playa de *l'home mort*, en Sitges. Una pequeña cala en la que apenas había nadie. Pude contar dos personas, lo cual me sorprendió. De todos modos, Rubén me cogió de la mano y me llevó con él, metiéndonos en el agua para rodear unas rocas que daban acceso a otra cala bastante más pequeña en la que no había absolutamente nadie. Estábamos solos, con un acantilado detrás y una preciosa playa frente a nosotros. Era espectacular mirases donde mirases.

—Es… precioso —susurré con la mirada perdida al horizonte.

—No tanto como tú, pero lo intenta. —Sonreí con timidez y él me cogió la mano, una vez más, para llevarme por la pequeña playa—. No hace mucho supe de este lugar y pensé que me encantaría traerte.

—Y aquí estamos.

—Aquí estamos —repitió, mirándome con una deslumbrante sonrisa—. Por donde hemos venido… suele ser zona de nudistas. Esta cala es más tranquila y menos concurrida. ¿Llevas bikini o bañador bajo el vestido?

Cesó los pasos y dejó la nevera sobre la arena. También me soltó la mano para poder descolgar la mochila que tenía en su espalda, donde supuse que llevaba toallas y algo más.

—Sí, pero no voy a bañarme.

—Aquí nadie verá las marcas, pelirroja —dijo sin más—. Solo yo, y créeme si te digo que prefiero no mirarlas, porque despiertan mis instintos más asesinos y, aunque me encantaría que ese tipo acabase bajo tierra… no quiero ir a prisión y dejarte sola.

Extendió las toallas bajo mi incrédula mirada. Se despojó de la ropa, quedándose con el bañador, y me miró con una sonrisa que no encajaba con lo que acababa de decir.

¿Había declarado que mataría por mí? ¿Y que no quería dejarme… sola?

Mis preguntas se desvanecieron cuando fui consciente del cuerpo que tenía Rubén. Era la primera vez que lo veía apenas sin ropa desde que se marchó a Londres, y me había quitado el aliento. ¿En qué momento de la vida había mejorado tanto su aspecto físico? ¿Acaso eso era posible? En el instituto lo vi más de una vez sin camiseta durante los partidos de fútbol o baloncesto, y el Rubén que tenía delante distaba mucho de aquel que recordaba.

Se sentó y me invitó a hacerlo, aunque dudé un poco. Era cierto

que en esa playa no había nadie más que él y yo, pero las marcas en mi piel seguían siendo visibles y no me sentía especialmente orgullosa de ellas. En realidad, deseaba que desapareciesen lo más pronto posible. Al final, armándome de un valor que no supe de dónde salió, me quité el vestido para quedarme en bikini.

Rubén no actuó como un pervertido devorándome con la mirada, sino que aprovechó para sacar un par de refrescos con tanta normalidad que incluso me extrañó. Me tendió uno cuando me senté a su lado y ambos sonreímos. No supe por qué, pero sonreímos.

—¿Por qué eres tan bueno? —pregunté, dejándolo noqueado unos segundos en los que su sonrisa se desvaneció.

Aunque volvió a salir disparada, como era habitual en él.

—Estás formulando mal la pregunta, pelirroja. No es que yo sea tan bueno, sino que te has topado con tíos… *no tan buenos*.

Lo miré a los ojos fijamente y él me aguantó la mirada sin ponerse nervioso. Ni siquiera la desvió para darle un trago al refresco.

—¿Por qué me llamas pelirroja?

—¿Acaso no lo eres? —preguntó burlón. Contuve una carcajada que él soltó—. Apuesto a que soy el único que te llama así.

—Has ganado la apuesta —susurré, analizándome las uñas de las manos.

Jordi me llamaba *Mérida*, Aaron optaba por *pequeña* o *ave fénix*, el resto de los tipos con los que había estado o me había enrollado… soltaron cosas como *cariño*, *cielo* y semejantes. Pero nadie, salvo Rubén, me había puesto un mote tan obvio. Y puede que fuese esa simpleza la que me gustaba.

—Si no te gusta que te llame así…

—¡No! —interrumpí bruscamente, callándolo de golpe—. Sí que me gusta. Me haces sentir… normal. Como soy.

—Vale. —Sonrió y le dio un trago a su refresco—. ¿Tienes hambre? ¿o prefieres que antes nos demos un baño? Esta playa es bastante tranquila. Apenas hay olas.

Apreté los labios y miré en dirección al mar, que se presentaba tranquilo, cristalino y muy, muy apetecible.

—Vale, démonos un baño.

Levantándose él primero, me tendió la mano para ayudarme y, sin soltarme, fuimos a la orilla. El agua estaba fría, contrastando con el calor ambiental. Aquel día estaba siendo más caluroso de lo habitual, como si, de algún modo, nos invitara a meternos en el agua para poder refrescarnos un poco. Y así lo hicimos; Rubén tiró de mí con suavidad sin dejar de mirarme y sin que su sonrisa, aquella por la que tanto suspiré en la adolescencia y tanto me estaba gustando en ese momento, desapareciera de su rostro. Él era la alegría personificada. Aquel soplo de aire fresco que necesitaba.

—Está fría —dije con la voz entrecortada por la risa.

—Será solo un momento. En nada no la notarás tan fría. Ven aquí. —Me abrazó contra su pecho mientras seguía andando, esa vez marcha atrás para que yo pudiese ir de frente—. Estás temblando, pelirroja —susurró a mi oído.

Era cierto; temblaba como una hoja de árbol. Pero no era por el frío. Temblaba porque estaba muy pegada a él y mi cuerpo reaccionó traicionándome.

—Tengo frío —mentí, hundiendo la nariz en su pecho y aspirando con disimulo.

Olía genial. Su piel tostada, tersa y suave era una maravilla.

—Conmigo no corres peligro, Vicky.

—Lo sé —susurré.

Cuando me di cuenta de mis propias palabras alcé la mirada hasta sus ojos. El agua ya nos cubría hasta los hombros y él sonreía, solo que esa vez pude ver tristeza en su mirada.

—No entiendo que alguien sea capaz de hacerte daño —murmuró, alzando las manos hasta mi rostro, acariciándome los pómulos con la yema de los pulgares—. Es una lástima que el maquillaje haya cubierto la preciosa constelación de tu cara.

—Son solo pecas.

—Que con gusto contaría una a una. —Mi respiración se entrecortó y él sonrió antes de darme un beso en la frente que me hizo cerrar los ojos. Sus labios eran suaves y suspiré al sentir el tacto sobre mi piel—. No voy a besarte… todavía.

Abrí los ojos y lo primero que vi fue su sonrisa.

—Todavía —repetí en un susurro, retándolo con una sonrisa que me costó controlar.

—Cuando estés preparada.

Se mordió el labio inferior mientras sus ojos viajaban a mis labios, que en ese momento se encontraban entreabiertos.

En nuestra adolescencia imaginé un millón de veces cómo serían sus besos, y en aquel momento lo estaba imaginando unas cuantas veces más. Me sorprendí siendo consciente de que Rubén podría darme todo aquello que deseaba. Podía ofrecerme mucho más que Aaron. Podía ser ese bote salvavidas que me alejara del hombre que solo sabía hacerme daño.

32

Volvimos a casa bastante tarde, casi a la hora de cenar, y lo hicimos entre risas. La visita a la playa había sido muy fructuosa, y no porque nos hubiésemos besado —que no lo hicimos—, sino porque él se encargó de hacerme sentir increíblemente bien. Me recordó que Vicky, la de siempre, seguía dentro de mí. Aquella que reía por cualquier tontería y que disfrutaba de los pequeños momentos de la vida. Durante todas esas horas me olvidé de Aaron y de lo que me había hecho unas noches atrás. Incluso disfruté como una idiota cuando Rubén propuso ponerme protector solar en la espalda para que no me quemase. Lo hizo con movimientos suaves, controlados y con mucho, muchísimo cuidado. Sus grandes manos adoraron cada centímetro de mi piel y, aunque fui consciente de que se tomó su tiempo para disfrutar de ese contacto, aquello no hizo más que acrecentar mi deseo por él.

—¿Quieres acompañarme a pasear a Zeus? —propuse, mirándolo con un entusiasmo que ni yo misma entendí.

Él asintió con una sonrisa estampada en su rostro. Sonrisa que se había vuelto eterna, al menos mientras estaba conmigo.

—Claro que sí. Aunque apuesto a que mi hermana ya lo ha utilizado para ligarse al vecino.

—Da igual. Él no se queja por salir más veces y me apetece dar un paseo con él.

Aparcó el coche en el garaje del edificio y subimos a casa, donde Carol y Lidia estaban tiradas en el sofá viendo la televisión.

Ambas miraron en nuestra dirección y seguidamente el reloj de sus móviles.

—Vaya horas, ¿no? —se quejó Carol.

—¿Te juzgo yo a ti por la indecente cantidad de ropa que sueles comprar? —contraatacó su hermano.

—Vale, empatados. ¿Queréis ver la peli con nosotras?

—Vamos a pasear a Zeus —informé, cogiendo la correa que colgaba del perchero.

—Lo he sacado hace algo más de media hora.

—Da igual. —Alcé la mano para despedirme por un rato—. Vamos, chico.

Él corrió hasta la puerta y se sentó a la espera de que le pusiese la correa. Como sabía, no iba a quejarse por salir un rato más. Si por el fuese, viviría en la calle. Con sus cincuenta cojines, veinte pelotas y un

buen cargamento de pienso. Bueno, y una estufita, porque era friolero a morir. En realidad… no, no querría vivir en la calle, pero le encantaba salir a dar una vuelta.

—Hasta ahora —se despidió Rubén.

—¿Tú también vas? —preguntó Carol.

—Hasta ahora… —repitió su hermano.

Pudimos oír el resoplido de Carol desde la puerta de la entrada y ambos nos reímos en voz baja para que no pudiese oírnos.

Una vez en la calle, Rubén me cogió de la mano y yo sonreí por ese gesto que no me importó en absoluto. Sentía como si nuestras piezas encajaran a la perfección. Era extraño, pero estaba bien.

Ambos paseamos por la calle como una parejita feliz que sacaba al perro a hacer sus necesidades. Y parecíamos dos idiotas enamorados porque, cada vez que nos mirábamos a la cara, sonreíamos como tal.

Sí, posiblemente lo éramos. Idiotas. Puede que enamorados también. Era algo que debía averiguar, porque durante un breve periodo de tiempo creí estar enamorada de Aaron, y en ese momento no sabía si realmente me había enamorado de él, si estaba enamorada de Rubén, o simplemente me sentía atraída por sus cuerpos. Era un misterio que debía resolver con cierta rapidez, porque era necesario aclarar las dudas para poder seguir adelante.

—¿Vicky?

Cesé mis pasos y miré detrás de mí.

Alex, el amigo de Aaron, se acercaba con su genuina sonrisa, aunque sus ojos analizaban con audacia nuestras manos entrelazadas. Hice un leve intento por deshacerme de la mano de Rubén, pero él me la agarró con la firmeza justa sin hacerme daño e incluso se adelantó un poco a mí, analizando al hombre que había frente a nuestras narices.

—Hola, Alex —saludé con cautela—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Zeus se acercó a él para saludarlo y Alex se acuclilló con rapidez y una enorme sonrisa para acariciarlo—. ¿Qué tal, chico? Veo que te acuerdas de mí.

—Tiene buena memoria —comenté.

Él asintió con la cabeza y se irguió, aunque sus manos seguían jugando con Zeus, que se había puesto a dos patas para interactuar con ese hombre que tan bien le caía.

—Me encantaría quedar contigo un día de estos para… —Sus ojos quedaron pegados a mi cuello más tiempo del normal y yo me removí nerviosa. Miró a Rubén, que le devolvió una mirada fría—. ¿Quién…? —Sacudió la cabeza y frunció el ceño—. Hablé con Aaron el otro día y me dijo que se había pasado contigo, pero…

—Así que eres amigo de Aaron —intervino Rubén dando otro paso al frente.

No soltó mi mano en ningún momento. Tampoco se le veía intención de hacerlo.

Alex alzó ambas manos y dio un paso atrás.

—Soy su amigo, pero no el responsable de sus actos, ¿vale? —Me miró a mí y relajó sus facciones—. ¿Fue él?

Como respuesta solo pude asentir con la cabeza. Alex masculló algo que no logré oír bien y puso los brazos en jarras.

—Me gustaría hablar contigo cuando tengas un momento. —Puso la mano en el bolsillo y sacó la cartera, donde tenía un pequeño bloc y un mini bolígrafo con el que escribió algo. Cuando terminó, me tendió un papel que cogí dubitativa—. Es mi número de teléfono. Si quieres, cuando te vaya bien, me mandas un mensaje y quedamos para tomar un café.

Rubén me miró, pero no dijo nada. No obstante, en su mirada vi advertencia. No un aviso posesivo, sino protector.

—Ya veremos —susurré.

Alex asintió. Pude ver que daba por hecho que no íbamos a hablar, sin embargo, no dijo nada. Lanzó una sonrisa fugaz y acarició una vez más a Zeus.

—Me ha encantado verte otra vez —dijo, alzando la mano para despedirse—. Y que estés bien. Sobre todo, eso.

Guardando las manos en los bolsillos del pantalón, dio media vuelta y se fue en dirección contraria. Rubén, no muy convencido, suspiró y me miró a los ojos.

—¿Lo conoces bien?

—Hemos coincidido un par de veces. Es enfermero.

Él asintió con la cabeza y miró a Alex —su espalda— unos segundos.

—Ahora vengo.

Sin que me diese tiempo de responder o reaccionar, trotó hasta Alex y puso una mano en su hombro para detener el paso. Ambos se miraron, aunque el rostro del interceptado era confuso y tenía la frente arrugada. Rubén le dijo algo, no supe el qué… Y el otro asintió con la cabeza, tendiéndole la mano que estrecharon como señal de… ¿paz?

Observé curiosa incluso cuando Rubén volvió a mi posición a paso tranquilo y Alex siguió su camino, fuera cual fuese.

—¿Qué acaba de ocurrir? —pregunté en un susurro cuando lo tuve frente a mí.

—Parece buena gente, así que… Ódiame, si quieres, pero no está de más que alguien que trabaja en el campo de la salud dé un vistazo a tus magulladuras. Como testigo tampoco estaría mal. Y puedes seguir odiándome por haberlo invitado a casa, *mañana*, cuando termine su turno.

Lo miré a los ojos lo que me pareció una eternidad y procesé toda la información. Por un momento pensé que Rubén estaba marcando territorio o algo parecido. Puede que estuviese acostumbrada al modo de actuar de Aaron, o que estuviese segura de que los hombres iban así por la vida; marcando lo que creían suyo. Sin embargo, Rubén me había demostrado que estaba muy equivocada. Fue un gesto de protección hacia mí.

—Pero conoce a Aaron —pensé en voz alta.

Él asintió con la cabeza y apretó los labios, fijando la mirada hacia ese bultito a lo lejos que se suponía que era Alex.

—Ya. No sé. Algo me dice que no irá mal que sepa la verdad.

—¿Le has dicho que estamos juntos?

Él alzó una ceja y mostró aquella sonrisa que ya me derretía demasiado.

—¿Acaso lo estamos? —Ante mi repentina mudez, él soltó una carcajada y pasó un brazo por mis hombros, estrechándome contra su pecho—. Anda, pelirroja…, sigamos con lo que estábamos haciendo.

Sonreí como una tonta y reanudamos nuestro camino, dando un largo y silencioso paseo que duró casi una hora.

Al volver a casa Zeus fue directo a una de sus camas, donde se dejó caer contento por haber tenido una salida extra con la que no contaba. Carol y Lidia, para nuestra sorpresa, habían pedido comida china para todos y las encontramos preparando la mesa de centro. Nos informaron, además, de que íbamos a ver una película romántica mientras cenábamos, a lo que Rubén y yo sonreímos satisfechos. Carol, sin embargo, bufó algo y se dejó caer en el sofá. Estuve segura de que lo de la película había sido idea de Lidia.

Como siempre, Carol no logró despegar los ojos de la pantalla. Incluso la comida se le caía a medio camino de la boca, lo cual provocó risas y alguna que otra lluvia de alimentos como represalia. Y, como siempre, se quedó frita en el sofá cuando la segunda película —de acción—, apenas iba por la mitad. Por mucho que mi amiga dijese, le gustaban más las *romanticonas*, como ella las llamaba, que las demás. Pero, por algún motivo, tenía que hacerse la dura y aparentar que no era una «blanda».

Aquella noche Lidia también se quedó a dormir, y entre las dos hicimos levantar a Carol del sofá para que se fuese a la cama mientras Rubén limpiaba lo de la cena. Nos coordinamos bastante bien sin apenas decir palabra. Una vez acomodamos a Carol en su cama, Lidia se puso el pijama y yo me marché para darme una ducha. Necesitaba quitarme el salitre del cuerpo y el cabello antes de meterme en la cama. Sentía mi piel reseca y el cabello áspero. Me encantaba la playa, pero odiaba el modo en el que castigaba mi cuerpo.

Una vez duchada, con una toalla de turbante para sujetar el

cabello mojado, me envolví en el albornoz y salí del cuarto de baño. Me apetecía un vaso de leche caliente con miel, por lo que fui a la cocina a preparármelo, encontrando a Rubén sentado en su taburete, con una taza entre sus manos y la mirada perdida.

—¿Dudas existenciales? —pregunté sorprendiéndolo.

Se sobresaltó al oírme; no me esperaba allí, pero sonrió con rapidez y se encogió de hombros.

—Puede. Quizá. Quién sabe.

Me di cuenta del discreto repaso que me dio mientras yo me acercaba a los armarios y me puse de puntillas para intentar alcanzar una taza. Misión imposible; estaban demasiado lejos y yo no era especialmente alta. Sentí su pecho contra mi espalda antes de ver su brazo sobre mi cabeza para alcanzar la dichosa taza.

—Gracias —susurré cuando me la ofreció.

Contuve el aliento al ser consciente de que estaba oliéndome. O eso creí, porque lo oí aspirar por la nariz. Él se separó casi con brusquedad y giré un poco para ver cómo volvía a su taburete, de espaldas a mí. Dispuesta a entablar una conversación seria con él, preparé mi leche con miel y me senté frente a él para quedar cara a cara, aunque la gran isla de la cocina nos separase.

—¿Vas a tomar café a estas horas? Parecerás el *Correcaminos* por el piso —dijo entre risas que logró contagiarme.

—Es leche con miel —aclaré.

—Ah, bueno… —Levantó su taza para darle un sorbo y alzó las cejas cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando—. *Nesquik* —aclaró.

—Ah… —Arrugué la frente y contuve la risa con todas mis fuerzas, aunque supuse que me estaba poniendo roja como un tomate—. Está bien.

—Puedes reírte.

—No, no… No es mi intención…

—Adelante —dijo, acompañándolo con un gesto de mano—. Ríete.

—Es que… —No pude más. Estallé en carcajadas que él acompañó con su risa, negando con la cabeza—. Lo siento. Es que no te vi beber algo así ni de pequeños.

—Ya, yo bebía leche sola. A palo seco. Como un buen machote ibérico.

—Y el *Nesquik* a escondidas, ¿no?

—En mi habitación. No fuese a verme mi madre y me soltara un sermón sobre lo malo que es bla, bla, bla… —Lanzó una mueca hastiada y yo me reí de nuevo—. Ya sabes cómo es.

—Sí… Es especial.

—Si te refieres a *rarita*… Sí, lo es.

—No seré yo la que critique a tu madre.

—Ya lo hago yo por los dos.

Quise hablar con él sobre cómo me sentía con su compañía, lo bien que me trataba y lo a gusto que estaba a su lado, pero, por más que quise, las palabras no salían. No pude hacer más que mirarlo y sonreír cuando él me sonreía a mí, bajar la mirada cuando él también lo hacía y suspirar cuando fui consciente de que, ese día, no iba a poder hacerlo.

Necesitaba más tiempo.

Necesitaba desintoxicarme de Aaron.

33

Por la mañana me levanté con un humor de perros. Había dormido muy mal y, lo poco que logré conciliar el sueño, tuve pesadillas relacionadas a mi último encuentro con Aaron. En mis sueños, él acababa ahogándome con sus propias manos y desperté varias veces boqueando como un pez fuera del agua. No sabía si mi subconsciente me estaba jugando una mala pasada o si era un presagio de lo que podría ocurrirme si volvía a estar con él, pero de lo que sí fui consciente era del mal estado en el que me encontraba. En cuanto me miré al espejo, vi las destacables ojeras y las marcas, cada vez más difusas, en mi cuello. Esperaba con todas mis fuerzas que desapareciesen pronto, porque me dolía ver cómo mis seres queridos las miraban con ojos tristes, y sus labios sellados omitían comentarios al respecto.

—Buenos días, peli… —Rubén se interrumpió y arrugó la frente al ver mi cara. Dejó la taza sobre la encimera para acercarse a mí, acunando mi rostro entre sus manos—. ¿Estás bien?

—He dormido fatal.

—Ven, te prepararé un café.

Me llevó hasta mi taburete y me ayudó a sentarme, cogiéndome de la mano. Una vez me tuvo bien anclada en el lugar, se apresuró a hacerme un café con leche que dejó frente a mí sin quitarme el ojo de encima. Sabía que intentaba adivinar qué me había ocurrido durante la noche para que me hubiese levantado con esa cara, pero no preguntó nada y se limitó a acompañarme en silencio, observándome.

—¿Se sabe algo de la entrevista que hiciste? —le pregunté, sorprendiéndolo por un leve momento.

—Todavía no. Había muchos candidatos de gran nivel y me dijeron que sabría algo en un par de semanas.

—Espero que tengas suerte y te cojan.

—No creo que lo hagan, pero me da igual.

Su respuesta me descolocó y lo miré con la frente ligeramente arrugada. Ni siquiera sabía de qué era la entrevista. Tampoco qué estudios tenía Rubén, aunque si fue a estudiar a Londres… algo bueno debía tener.

—¿Qué estudiaste en Londres?

—Arquitectura. —Se encogió de hombros—. Estudios recién finalizados y todavía no he trabajado, así que lo tengo muy complicado. Especialmente porque…

Selló sus labios y sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Después de la entrevista me enteré de que la empresa es del cabrón que te hizo daño. —Mi respiración se entrecortó y él asintió lentamente con la mirada a otro punto, aunque a ninguno en concreto —. Nos cruzamos en el vestíbulo y no me miró bien. En ese momento supe que no iba a conseguir el puesto. Y…, sinceramente, preferiría no trabajar para él. Soy capaz de respetar a mis jefes siempre y cuando no sean unos cabrones a los que tengo ganas de partirles la cara por hacerle daño a la mujer que quiero.

Otra vez aquella palabra. Otra vez sus sentimientos hacia mí totalmente abiertos, sin censuras. Rubén me quería, y cada vez estaba más convencida de que yo también podía quererlo. Era muy bueno, protector y respetuoso. Pese a su innegable atractivo, del cual él siempre fue totalmente consciente, no había ni un gesto suyo que indicase que lo tenía creído o que pudiese utilizar eso a su favor para conseguirme. Era paciente. Aquella cualidad también destacaba en él. Y a diferencia de muchos hombres; a diferencia de Aaron, Rubén no pretendía conquistarme con su belleza física, sino con su interior, que era incluso más hermoso que la fachada.

—No hemos hablado de lo que me dijiste.

Él sonrió y me miró a los ojos.

—Ya te dije que esperaría a que estuvieses preparada. Simplemente te hice partícipe de lo que siento por ti. Es decisión tuya decidir cuándo, pelirroja. Yo no voy a forzarte. —Miró mi cuello y volvió la mirada a mis ojos—. En ningún sentido.

—No entiendo qué ves en mí.

No lo entendía con ningún hombre. Yo era una chica normal con el cabello naranja y un montón de pecas en la cara. ¿Qué tenía eso de especial? Tampoco era alta. Y mi cuerpo, a mi parecer, era de lo más normal. Carol y Lidia sí que lucían hermosas. A su lado, yo era una más del grupo de las normalitas.

—Aquello que tú eres incapaz de ver —respondió en un susurro—. Tus gestos cuando hablas. Tus curiosos ojos analizándolo todo a tu alrededor. La sonrisa cuando te emocionas y las carcajadas cuando te diviertes. El rubor de tus mejillas cuando te dicen cosas bonitas, como ahora mismo. —Alzó la mano y acarició mi mejilla con el pulgar—. El modo en el que lees y tomas apuntes en una libreta, clavando el lápiz o el bolígrafo en el moño mal hecho que tan bien te queda. —Elevé mis cejas, sorprendida por esas palabras—. Te he observado más de lo que crees, pelirroja. Y me he enamorado de todos esos pequeños detalles que hacen de ti la persona más especial que he conocido. —Apartó la mano de mi cara para coger su taza—. Pero sí tú crees que eres de lo más normalito, una chica sin más, del montón… Pues vale.

Te daré la razón si así eres feliz. Eso no cambiará lo que siento por ti.

Me quedé conmocionada con sus palabras. No había sido consciente de que me había observado tanto. ¿Cuándo fue? ¿En los pocos días que llevaba en su casa? ¿Durante el instituto? Iba a ser un misterio, porque no estaba dispuesta a preguntárselo. Bastante abrumada me sentí al oír todo aquello de su boca.

—¿Qué ocurriría si…? Si decidiese que estoy preparada para rehacer mi vida… a tu lado… ¿Qué ocurriría?

Rubén me miró a los ojos durante un rato largo en el que no ocultó su bonita sonrisa.

—Que sería el tío más feliz del mundo y que haría todo lo posible por hacerte la mujer más feliz, plena y satisfecha del universo. Día a día me esforzaría por hacerte sonreír, porque me encanta cuando lo haces. Y siempre te protegería. De lo que sea; de quien sea.

Carol entró en la cocina en ese momento, pero Rubén y yo no dejamos de mirarnos a los ojos. Él seguía manteniendo su sonrisa y yo, poco a poco, dejé salir la mía. Debimos parecer un par de tortolitos, porque Carol fingió una arcada y se acercó a la cafetera para servirse un café.

—Creo que estoy preparada —susurré, aceptando al fin que Aaron no era el hombre que yo necesitaba.

Rubén, sin embargo, sí. Incluso más de lo que merecía.

Él asintió con la cabeza y le dio un trago a su café, desviando al fin aquella mirada que empezaba a subirme la temperatura de un modo que no debía ser sano. Una extraña necesidad se había adueñado de mí y tenía cara, nombre y un corazón tan grande que nunca supe cómo podía habitar en su pecho sin que le doliese.

—Por favor… —intervino Carol, sentándose en su taburete frente a mí—, si alguna vez veis que pongo esa cara al mirar a un hombre… matadme. Os lo suplico.

Rubén soltó una carcajada y yo le lancé una servilleta.

—Algún día te enamorarás, *hermanita*. Y ese día voy a disfrutar como nunca viéndote perder los vientos por alguien. A parte de las bragas, aunque eso lo pierdes cada día.

—Imbécil —masculló antes de darle un trago a su café solo.

Dediqué la mañana a recoger, ventilar y limpiar mi dormitorio. Cambié las sábanas y sonreí al ver entrar tanta luz en aquel lugar que, durante unos días, se había convertido en una cueva oscura, húmeda y maloliente. Había decidido que ningún hombre iba a hacerme sentir mal nunca más. Y estaba segura de que, con Rubén, aquello no ocurriría.

Después del desayuno se despidió de mí y me dijo que iba a salir a comprar algunas cosas que necesitaba. Pude ver las ganas que tenía de

besarme, pero se contuvo y yo tampoco le di pie a hacerlo. En su lugar, me estrechó contra su pecho con su musculado brazo y me dio un beso en la cabeza. Un gesto muy sencillo que me hacía sentir plena. Me parecía algo muy tierno a lo que no estaba acostumbrada.

Eran más de las doce cuando Carol y yo estábamos de zafarrancho en el salón. Teníamos los sofás fuera de sitio para poder barrer y fregar bien. Nuestras pintas eran de lo más divertido, especialmente las de ella: un pantalón deportivo básico y una camiseta de tirantes que tenía algún que otro agujero. Desconocía que mi amiga, la adicta a la moda, tuviese ropa tan simple. Parecía una persona normal y no la pija que solía ser. Además, la coleta de caballo que se le iba de lado le daba un toque más informal todavía. En ese momento sentí que ambas éramos iguales.

—Mi hermano se ha dejado las llaves —se quejó Carol al oír el timbre. Se acercó al interfono y lanzó un saludo muy típico de ella—. Entra, idiota.

Le dio al botón y dejó la puerta de casa un poco abierta, volviendo al salón donde cogió la fregona y siguió dale que te pego con el suelo mientras yo quitaba el polvo de unos muebles al otro extremo. La música de fondo nos hacía de banda sonora que nos animaba a cantar con lo que fuese que tuviéramos en la mano en ese momento, y a mover las caderas de un modo nada sensual. Simplemente nos dejamos llevar.

En ese momento sonaba *La posada de los muertos*, de *Mägo de Oz*, y Carol y yo perdimos los papeles cantándola a pleno pulmón. Al menos, hasta que unos aplausos interrumpieron el espectáculo y nos dimos la vuelta para ver quién era el que nos estaba aplaudiendo.

No era Rubén.

Carol frunció el ceño y dio unos pasos al frente, fregona en mano, encarándose al tipo que se había colado en su casa.

Él dio unos pasos atrás con las manos alzadas.

—No irás a darme con eso, ¿no?

—¿Quién coño eres y qué haces en mi casa?

—Carol… —susurré, corriendo para posicionarme entre ambos—. Es Alex. Un amigo.

Ella se sorprendió de oír eso y me miró extrañada.

—¿Un *amigo*? ¿Mi hermano lo sabe? Quiero decir…

—Tu hermano me invitó —intervino Alex, aflojando la posición de defensa que había adoptado.

—Ah… —Carol le dio un repaso muy descarado que no me pasó inadvertido. La verdad era que Alex lucía una guapura muy natural. Su cabello rizado de color castaño, la barba de pocos días y unos ojos de base miel con hebras verdes le daban un encanto especial—. Entonces te quedas a comer, ¿no? —Resopló y soltó la fregona,

sacando el móvil del bolsillo del pantalón—. Le voy a cantar las cuarenta —murmuró—. Hoy que me toca cocinar a mí… y se propone invitar a desconocidos.

—No te preocupes por mí —respondió Alex—. No he venido para quedarme a comer.

Mi amiga fue a abrir la boca, pero la puerta de entrada abriéndose interrumpió sus planes y Rubén apareció escrutando con la mirada el salón, que seguía patas arriba.

—¿Han entrado a robar?

—Estamos de limpieza —aclaré con una sonrisa que salió sola.

Él correspondió, hasta que su hermana carraspeó con fuerza y puso los brazos en jarras, señalando a Alex con el mentón.

—Vas a cocinar tú.

—Contaba con ello. —Alzó la mano mostrándonos una bolsa—. Por eso he comprado comida preparada. No me apetece cocinar. Veo que ya has conocido a Alex. ¿Le has mostrado ya tu encantador carácter de mierda?

—Gilipollas. —Una carcajada contenida de Alex captó su atención y arrugó la frente—. ¿Se puede saber de qué te ríes?

Él alzó las manos como respuesta y se mantuvo callado.

—Me llevo a Vicky y Alex un momento —intervino Rubén, cogiéndome de la mano para llevarme hacia el pasillo—. Sigue a lo tuyo, Carol.

—¿Qué mierdas estáis tramando? —se quejó, mirándonos con el rostro desencajado.

Sin embargo, Rubén no respondió y me llevó hasta mi dormitorio, sonriendo levemente cuando vio que al fin entraba luz y ya no parecía una pocilga. Alex entró detrás de nosotros y nos miró expectante.

—Será mejor que vayamos al grano —explicó Rubén—. Aaron agredió físicamente a Vicky y dejó variedad de marcas por todo su cuerpo, no solo las que se ven en el cuello.

Alex apretó los labios y me miró con tristeza.

—No sabes cuánto lo siento —susurró.

—Eres enfermero, ¿no? —preguntó Rubén. Alex asintió mirándolo a la cara—. ¿Podrías darle una ojeada? Me quedaría más tranquilo, porque ella se niega a ir a la policía y tampoco quiere ir al hospital.

—Por supuesto. —Me miró y dio un paso en mi dirección—. Si tú quieres, claro.

En ese momento me sentí intimidada y dudé muchísimo, pero la mirada tranquilizadora de Rubén y su leve asentimiento de cabeza me dieron la valentía suficiente para subir mi camiseta hasta debajo de los pechos, provocando que Alex alzara sus cejas al ver lo que se escondía debajo de la ropa. Alargó el brazo y rozó los moretones con la yema de los dedos. En uno de ellos, en la zona de la cintura, me

hizo daño.

—¿Puedes tumbarte en la cama? Este no tiene buen aspecto.

Sin decir palabra hice caso y me tumbé bocarriba con Alex acuclillado a mi lado y Rubén a los pies de la cama, controlando la situación.

Sus dedos presionaron con cuidado y fue analizando marca tras marca, deteniéndose en la zona de la pelvis donde el pantalón cubría mi cuerpo.

—¿Tienes más ahí?

Asentí conteniendo las lágrimas.

No sabía si Rubén se había fijado en ello cuando estuvimos en la playa, pero en las ingles había moretones que indicaban la fuerza con la que Aaron me había golpeado cuando…

—Nunca creí que diría esto contra Aaron —susurró Alex—, pero tienes que denunciar, Vicky. Una agresión no puede quedar impune. Aaron en ningún momento me comentó esto. Dijo que se había pasado contigo, pero no mencionó que te hubiese golpeado. Esto es inadmisible y…

Se calló de golpe, lo cual provocó que yo me incorporase y lo mirara a la cara, igual que Rubén, solo que él frunció el ceño.

—¿Qué ibas a decir? —pregunté.

Alex se puso en pie y se frotó el cogote con una mano.

—No la creí en su día, pero ahora tengo mis dudas.

Miré a Rubén al mismo tiempo que él me miró a mí. Ninguno de los dos estábamos entendiendo nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó con cautela.

—Amanda, la exmujer de Aaron. —Contuve el aliento cuando oí ese nombre y Rubén volvió a tornarse serio. Él no sabía que Aaron ya había estado casado—. Ella… lleva unos años culpando a Aaron de muchas cosas y siempre creí que era una mujer despechada, pero puede que… En vista de lo que te ha hecho, me da que una de las cosas que contó Amanda es cierta.

—¿Qué te contó? —quise saber, levantándome de la cama para ponerme junto a Rubén.

Él me rodeó con un brazo por la cintura, gesto que no le pasó inadvertido a Alex.

—Amanda me dijo que Aaron le pegaba.

—¿Por qué no la creíste? —preguntó Rubén.

—Apenas los conocía, pero lo poco que sabía de ellos y los había visto juntos… Aaron la cuidaba como si se tratase de su bien más preciado. El cariño y la paciencia con la que la ayudaba a caminar tras el accidente, lo cálido que era al hablarle… No encajaba en absoluto con lo que ella me contó. Pensé que simplemente era una mujer despechada y dolida por la desaparición de su hijo.

—¿Hijo? —preguntó de nuevo Rubén, que estaba más perdido todavía.

—Aaron tiene un hijo —le informé.

—Desapareció poco después del accidente de coche que sufrieron Amanda e Isaac —añadió Alex—. Según me contó Amanda, el hermano de Aaron sabía lo que su hermano le estaba haciendo y quiso llevársela lejos de él. Según Aaron, sin embargo, su mujer le ponía los cuernos con su hermano. La verdad es que Amanda ha acusado a Aaron de muchas cosas, y ahora me sorprendo de ver que, al menos una de ellas, es cierta. —Alzó la mirada hasta mis ojos—. Denúncialo, Vicky.

—¿Y cómo demuestro que él me hizo esto?

—¿Cómo demuestra él que no te lo hizo? —intervino Rubén—. Estuviste en su casa, ¿no? Debe haber algún testigo que pueda confirmarlo.

Alex y yo negamos con la cabeza al mismo tiempo.

—Aaron vive en mitad de la nada —informó él—. En una casa apartada de todo el mundo. Le gusta la soledad.

—Seguro que es por eso —gruñó Rubén.

Pude notar la tensión de su cuerpo pegado al mío. Lo gestionaba bastante bien, debía admitirlo, pero empezaba a conocerlo lo suficiente como para ver más allá de su fachada. Ardía de rabia en su interior por lo que Aaron me había hecho.

—Entonces, si no vas a denunciar… —dijo Alex—, apártate de él.

Carol abrió la puerta de mi dormitorio y nos miró de mala manera, ajena a lo que se hablaba ahí dentro.

—¿Comemos o qué? Tengo hambre.

—Sí… será mejor que comamos algo —respondí, apartándome de Rubén para irme con mi amiga, que ya había tomado rumbo al salón.

Ellos dos se quedaron unos minutos más a solas. Intuí que hablaban de algo que no querían que escuchase. Quizá buscando el modo de poder denunciar a Aaron sin que quedase en papel mojado, lo cual yo ya empezaba a sospechar que no sería posible. No solo no había testigos de que hubiese estado en su casa, sino que, además, Aaron era un hombre poderoso que, seguramente, tendría un buen gabinete de abogados a su disposición. ¿Y qué era yo? Una pobre muerta de hambre que vivía de ocupa en casa de una amiga y su hermano, con un perro loco y apenas dinero para pagar a un abogado medio decente.

Denunciarlo no era una opción.

Apartarme de él para siempre… sí.

34

Alex no solo se quedó a cenar aquella noche, sino que nos ofreció un espectáculo muy entretenido con Carol, la cual parecía odiarlo sin tener motivos para ello y tuvieron un montón de piques muy divertidos con los que Alex parecía disfrutar de lo lindo. Carol ni siquiera sabía que era amigo de Aaron; Rubén y yo le ocultamos esa información, quizá porque ambos nos dimos cuenta de que ella le daba unos repasos a Alex que ni al italiano del restaurante. Le gustaba, pero mi cabezota amiga no iba a admitirlo. Y Alex no tenía perro, así que la excusa de sacar a Zeus para poder verlo no iba a servir con él.

Cuando se despidió después de cenar, lo acompañé hasta la puerta y me dijo que, si necesitaba ayuda, lo que fuese, que contara con él. No le diría nada a Aaron sobre nuestra charla y mucho menos que había visto mis marcas. Comentó que actuaría con él como si nada y que intentaría sacarle información sobre qué fue lo que, según él, «hizo mal» conmigo, tal y como le había dicho en un par de ocasiones. También dejó caer que Aaron suele hablar más de la cuenta cuando bebe, así que seguramente se presentaría en su casa cualquier día de esos para beber unas copas e intentar que declarase haberme agredido.

Dudé que fuese a ser posible conseguirlo, pero le di las gracias y me despedí.

Esa misma noche volví a tener pesadillas. En aquella ocasión, Aaron sonreía con maldad mientras me ahogaba con sus propias manos y pese a los golpes y patadas que le daba, no me soltaba. Gritaba, pero mi voz no salía… Desperté sentada en la cama, gritando y llevando las manos a mi cuello. La puerta de mi dormitorio se abrió de golpe, dando paso a Rubén y Carol que, con sus respectivos pijamas y las sábanas todavía pegadas a sus rostros, entraron como dos toros arrasando con todo.

—Eh, pelirroja, ¿estás bien? —susurró Rubén sentándose a mi lado, acunándome contra su pecho donde hundí la cara y me abracé a él.

No supe si Carol recibió un aviso visual de su hermano o simplemente decidió dejarnos a solas, pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos, cerrando la puerta tras de sí.

—Me ahogaba —musité, agarrándome a su camiseta como si se tratase de un bote salvavidas.

—Ha sido una pesadilla. Estás a salvo. —Me estrechó con ambos brazos y me dio un beso en la cabeza—. Aquí estás a salvo.

—¿Puedes quedarte conmigo? —supliqué, abrazándome con más fuerza a él.

—Haré e iré donde tú me digas. —Me dio un beso en la cabeza y se movió sobre la cama sin dejar de abrazarme, colocándonos a los dos en el centro, donde se tumbó y me acurrucó sobre su pecho—. ¿Estás bien así?

Asentí con la cabeza y cerré los ojos al escuchar los latidos de su corazón. Eran fuertes y rápidos. Quizá demasiado rápidos, pero entonces me di cuenta de que el mío latía con la misma velocidad. Con los ojos anegados de lágrimas como consecuencia de la pesadilla que había vivido, alcé la cabeza y lo miré a los ojos. Él ya tenía la mirada clavada sobre mí y alzó una mano para colocar un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—¿Estás mejor? —susurró.

Asentí con la cabeza y bajé la vista hasta sus labios, que estaban entreabiertos y me invitaban a saborearlos. Quizá no lo hacían, pero yo tuve esa repentina necesidad. Quería saber cómo besaban, a qué sabían, qué me había perdido aquella noche que, ebria, decidí besarlo.

Sin embargo, en ese momento no fui yo la que se lanzó. Rubén puso una mano en mi mejilla e inclinó la cabeza en mi dirección para darme un beso cálido, lento y suave en el que me perdí por completo. No supe que anhelaba esos labios hasta ese preciso instante en el que pude probarlos. Y no supe cuánto le estaba gustando a él hasta que un leve gemido ronco salió de su garganta, obligándose a separarse de mí.

—Voy a tener que controlarme —susurró.

Lo miré a los ojos confusa.

—¿Controlarte?

—No creo que estés en condiciones de… ir a más. No quiero hacerte daño, pelirroja. Y mucho menos por culpa de un imbécil que no supo apreciar lo que tenía entre manos. —Negó con la cabeza y me dio un beso en la frente—. Duerme un poco. Necesitas descansar.

Me animó a apoyar la cabeza de nuevo en su pecho y me acarició el cabello con las manos lentamente, mientras tanto, con la otra mano me acariciaba el brazo que pasé alrededor de su cintura, abrazándolo.

No fui capaz de saber en qué momento me quedé dormida. De lo que sí fui capaz, fue de darme cuenta de que desperté sin haber tenido ninguna pesadilla más y que Rubén seguía protegiéndome entre sus brazos, todavía dormido, ofreciéndome unas vistas dignas de admirar. Y lo hice. Me aparté de su pecho y apoyé el codo en la almohada, con la barbilla en la mano y —seguramente— con una absurda sonrisa en mi rostro. Rubén era guapísimo. Desde que era un niño. Pero la

madurez había hecho un gran trabajo con él y su belleza se había potenciado. No obstante, cuando dormía, era indescriptible. Sus facciones ya de por sí relajadas no tenían ni una pizca de tensión. Sus labios entreabiertos tomaban bocanadas de aire suaves y armoniosas. No roncaba, pero podía oírse cómo respiraba. Y su corazón… Mi mano izquierda seguía apoyada en su pecho, sobre un corazón que latía tranquilo.

Incapaz de controlarme por lo que había frente a mí, me incliné hacia abajo y rocé sus labios con los míos en un intento de sentir lo mismo que había sentido aquella noche. Para mi sorpresa, sus labios se movieron y su lengua salió en busca de la mía, encontrándose en un baile tan bien sincronizado, que parecía que habíamos nacido para ello.

—Así da gusto despertar por las mañanas —dijo con la voz ronca al mismo tiempo que abría los ojos.

Ambos sonreímos y volví a besarlo.

Su mano viajó hasta mi mejilla, sus largos dedos se aferraron a mi nuca entre el cabello e intensificó el beso, si es que aquello era posible. Las cosquillas que sentí en el vientre me advirtieron de que nunca había sentido nada igual. Ni remotamente parecido.

Mordí con suavidad su labio inferior y me aparté un poco.

—Ahora la que se va a tener que controlar seré yo. —Ambos reímos y él me dio un pico antes de incorporarse—. ¿Café?

—Por favor —dijo en un suspiro. Pero entonces sacudió la cabeza y bajó los pies de la cama—. Mejor quédate aquí. Yo preparo el café.

—Pero…

—No hay peros que valgan, pelirroja. —Me tumbó en la cama entre risas y me cubrió con la sábana como si fuese una niña—. Espérame aquí, porque pienso servirte el desayuno como si fueses una señorita de bien.

—¿Acaso no soy una señorita de bien?

—Responderé a esa trampa mortal después del café.

Solté una carcajada y él salió del dormitorio riéndose.

Durante unos minutos soñé despierta imaginando mi vida con Rubén. Era un hombre que solía estar de buen humor, no perdía los papeles —o nunca lo había visto de ese modo— y lo conocía de toda la vida. No supe si él era consciente de ello, pero yo sabía cuál era su color favorito, su comida favorita… Incluso el pie que calzaba —al menos, cuando iba al instituto—. Lo sabía todo de él, lo conocía de toda la vida y me sentía muy, pero que muy bien a su lado.

—Vale… —dijo, entrando en la habitación con una bandeja en las manos—. Intentando que no se me caiga esto de camino a la cama… Cuidado que voy… Te diré que he estado meditando sobre esa trampa mortal y preferiría no responder. Creo que todo esto servirá para

convencerte de que no he insinuado en ningún momento que no seas una señorita de bien.

Dejó la bandeja sobre mis piernas y admiré el banquete que había preparado. Él volvió a la puerta para cerrarla y se colocó a mi lado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas extendidas, cruzadas una sobre la otra.

—¿Todo esto es para mí?

—Para los dos, si no te importa. Tengo el extraño vicio de alimentarme para mantenerme con vida.

Me reí como una idiota por sus palabras y él cogió su taza y un *croissant* que mojó en el café con leche antes de metérselo en la boca. Analicé todos sus movimientos con curiosidad y él me miró de reojo unos instantes, antes de encogerse de hombros.

—¿Dónde metes todo lo que comes?

—No voy a responder a eso. —Casi me atraganté con el café con leche y Rubén me dio unas palmaditas en la espalda—. Qué malpensada eres.

—No tienes ni idea de lo que he pensado —respondí con la voz ahogada.

—Te daré el beneficio de la duda. En cuanto a tu pregunta, puede que tenga un pequeño gimnasio en mi habitación y dedique algún tiempo de mi vida en hacer ejercicio.

—Eso lo explica todo. En mi caso…, como me sigas alimentando así acabaré pareciendo una foca.

—No sería tan malo —reflexionó mirando a la nada—. Creo que serías la primera foca pelirroja del planeta. —Volví a atragantarme, solo que esa vez fue por la risa que me dio justo cuando tragaba un trozo de *croissant*—. Oye, para ya o al final tendré que hacerte el boca a boca.

—Yo te lo he hecho mientras dormías, así que me debes una.

—Tomo nota. ¿Qué te apetece hacer hoy?

Me encogí de hombros y seguí comiendo. La verdad era que, desde que me quedé sin trabajo, no tenía planeado ni un solo día de mi vida, lo cual no tenía claro si era algo bueno… o un maldito fracaso.

—Sorpréndeme.

—Qué reto más interesante… —comentó antes de darle un trago al café—. ¿Qué te parece si cogemos a Zeus y nos vamos a la montaña? Incluso podríamos hacer un picnic.

—Oye… —Lo miré a los ojos sorprendida—, pues suena bien.

—¿Verdad? Soy de ideas rápidas.

Desayunamos entre risas y salimos del dormitorio para llevar todo a la cocina, encontrándonos a Carol en el pasillo que, al ser consciente de que salíamos de la misma habitación y que ambos estábamos bastante animados, se hizo una idea muy equivocada que desencadenó

en —cómo no— una arcada fingida mientras nos seguía hasta la cocina. Pasó un buen rato mirándonos mientras Rubén y yo planeábamos la salida a la montaña, hasta que yo la sorprendí, dejándola sin palabras:

—¿Quieres venir con nosotros? —le pregunté.

Ella nos miró al uno y al otro durante unos segundos. No supe si se estaba planteando la idea de venir, o nos miraba de ese modo porque no nos reconocía.

—Mejor id vosotros dos —dijo finalmente—. Yo llamaré a Lidia para ir por ahí. No os preocupéis.

—¿Por qué no vamos todos? —propuso Rubén, descolocándola más todavía—. Vamos, Carol, no estoy rompiendo tu grupo.

—No entiendo —susurré mirándolos a ambos.

Él selló los labios y mi amiga me miró lanzando un suspiro.

—Hace años… —Hizo un gesto con la mano, como si lo que iba a explicar hubiese ocurrido veinte siglos atrás—, Rubén quería venir conmigo a nuestras salidas de grupo y siempre le dije que no. No quería que por su culpa nosotros acabásemos mal. Digamos que…

—Estaba celosa —terminó Rubén por ella—. Sabía que me gustabas y quería mantenerte lejos de mí.

Miré a Carol con los ojos entornados y ella se encogió de hombros.

—Éramos unos críos, ¿vale? Yo solo quería salvaguardar nuestra amistad.

—Está bien, se supone que ya no somos unos críos. —Rubén puso los brazos en jarras y la miró con las cejas alzadas—. ¿Vamos todos o no?

—¿Sabéis qué? —Carol lanzó una sonrisa que nos dejó descolocados y se tiró del taburete cogiendo la taza—. Id vosotros dos. Os irá bien estar a solas.

—Pelirroja…, me temo que tendremos que anular la salida de hoy. Mi hermana tiene fiebre y delirios, y tengo que llevarla a urgencias.

Carol soltó una carcajada.

—Que no, idiotas. Estoy bien. Lo digo en serio… Disfrutad del día. —Miró a su hermano con seriedad—. Que se despeje un poco.

Nunca supe si mi amiga era consciente de que yo estaba delante o de que había entendido perfectamente sus palabras, pero no me molestaron en absoluto. Ella se preocupaba por mí y sabía que estaba en una época complicada. Cuando me ocurría algo malo me encerraba en mí misma y Rubén había sido el único que logró sacarme de la cueva para que me diera el sol. Me hizo reír cuando yo solo quería llorar. Incluso consiguió que, por largos momentos del día, olvidara a Aaron.

Rubén asintió con la cabeza y Carol se marchó como si nada.

Cada vez tenía más claro que mis amigos valían oro. Pero oro del

bueno; del caro. De ese del que nunca quieres desprenderte porque ya no es por el valor económico, sino por tener la gran suerte de poseerlo.

Y yo tenía una suerte inmensa con mis amigos.

35

Me retorcía en el suelo, abrazándome el abdomen por el ataque de risa que estaba teniendo en aquel momento. Rubén, con fingido enfado que quedaba eclipsado por la sonrisa que se le escapaba, venía hacia mí mojado de pies a cabeza. Y es que mi querido Zeus y él habían estado jugando al pilla pilla, hasta que mi amigo de cuatro patas lo empujó y ambos acabaron sumergidos en el río donde habíamos decidido «acampar» para hacer el picnic.

—¿Te hace gracia, pelirroja? —masculló mostrando los dientes al mismo tiempo que se inclinaba para cogerme.

—¡No, no!

—¡Sí, sí!

—¡Rubén!

—¡Vicky!

—¡Deja de llevarme la contraria! —Vi el río acercarse y me retorcí entre sus brazos—. ¡Rubén, Rubén, Rubén…!

—Veo que le has cogido el gusto a mi nombre —bromeó, justo antes de lanzarse al agua conmigo en brazos.

Zeus, que se lo estaba pasando en grande, también se lanzó y nadó a nuestro alrededor mientras yo me apartaba el cabello de la cara como un caniche mojado.

—¡Está heladísima! —grité, escurriéndome para volver a la orilla, donde salí a cuatro patas con los dientes castañeándome de un modo exagerado.

—¿Sabes qué? —dijo acuclillándose a mi lado con una enorme sonrisa en su rostro—. Mi nombre en tus labios suena fenomenal. Creo que voy a tirarte unas cuantas veces más para poder oírlo.

—No tiene gracia. ¡Estoy muerta de frío!

—Ven, anda. —Me agarró de las axilas y me levantó del suelo, acurrucándome en su pecho para llevarme hasta la mantita que había extendido bajo un árbol. Sí, Rubén era de los que cuidaban hasta el último detalle—. Quítate la ropa. He traído un par de toallas.

—¿Que me quite la ropa? —pregunté con el labio inferior temblándome por el frío.

—Sí. Llevas ropa interior debajo, ¿no? —Asentí con la cabeza—. Pues es como si llevases bikini y no te dio ningún apuro en la playa. Vamos, ropa fuera.

—Madre mía… —murmuré, despegando la camiseta de mi cuerpo para pasármela por la cabeza—. ¿El pantalón también?

Él enarcó una ceja y mascullé un «vale» que le hizo gracia. Cuando estuve desnuda, solo con mi ropa interior y mis ojos mirando a nuestro alrededor, Rubén me envolvió con una toalla y empezó a frotarme los hombros.

—No hay nadie, tranquila. Entre semana es difícil encontrar gente por aquí.

Me hizo sentar sobre la mantita y se despojó de su ropa en unos movimientos tan sensualmente naturales que me calentaron de golpe, quedándose en calzoncillos frente a mí. Estos estaban tan mojados que se le marcaba todo el… «Madre mía». Desvié la mirada y él se sentó a mi lado, cubriéndonos a ambos con otra toalla que había sacado de la bolsa.

—Te acabas de poner roja como un tomate. ¿Qué habrás pensado?

—No quieres saberlo —murmuré.

Él soltó una carcajada y me estrechó más fuerte todavía. Podía sentir el calor de su cuerpo traspasar mi toalla. Era reconfortante y solté un suspiro.

—Ya sabes que no haré nada que pueda dañarte.

—Ese no es el problema, Rubén. —Lo miré a los ojos—. No soy de piedra, ¿sabes?

Él sonrió socarrón y alzó una ceja.

—¿Acaso crees que yo sí?

—Lo parece.

—Así que debería comportarme como un baboso gilipollas e intentar meterte mano constantemente. ¿Es eso? —Arrugué el entrecejo y él soltó una carcajada—. Podría hacerlo. Supongo que no se me daría mal. Pero no es mi estilo, pelirroja. Yo no soy un acosador. Y tampoco seré yo el que marque los tiempos. Ya te dije que…

No pude aguantarlo más. Me estaba superando. Me lancé sobre sus labios y lo acallé de golpe. Esa vez fui yo la que tanteó su boca con mi lengua, recibiendo la suya como regalo de bienvenida y un gemido escapó de la mía. Uno tan sugerente que su mano viajó hasta mi trasero y me elevó del suelo sin esfuerzo para sentarme a horcajadas sobre sus piernas.

—Quiero que sepas que yo no estaba buscando esto cuando te he tirado al río —dijo con la voz ahogada.

—Vale —farfullé, besándolo de nuevo.

—Y que… —Me agarró la cara con ambas manos para mantenerme en el sitio y poder separarse un poco de mi boca—, tu perro nos está mirando.

Ambos giramos la cabeza hacia Zeus, que estaba sentado a nuestro lado con la lengua fuera y la mirada fija en nuestros movimientos.

—Da igual —sentencié, uniendo nuestros labios una vez más.

—No llevo condones. Esto no estaba planeado.

—Tomo anticonceptivos.

—Joder, ya no me quedan excusas —se quejó, moviéndose para tumbarme sobre la mantita. Él se encajó entre mis piernas y hundió la cara en el hueco de mi cuello para colmarme de besos—. Dime que pare.

—No puedo —jadeé.

—Por favor, pelirroja, dime que pare.

—No pares.

—Mierda —masculló.

Apoyándose del antebrazo derecho junto a mi cara, siguió dejando un reguero de besos por mi cuerpo que me iban desarmando más y más, hasta el punto de que ni siquiera noté que me había bajado las braguitas hasta que su mano tocó aquel punto tan sensible de mi cuerpo. Gemí y arqueé el cuerpo por la explosión de sensaciones que estaba sintiendo.

—Todavía estás a tiempo de pedirme que pare —susurró junto a mi oreja, lamiéndome en un punto crítico que me hizo poner los ojos en blanco.

—No… —Los abrí y miré a mi derecha al oír que Zeus se lanzaba a la carrera y una figura se escondía tras los árboles—. ¡Rubén! —grité asustada, empujándolo.

—Joder, ¡lo sabía! No estás pre…

—¡Hay alguien! —mascullé cogiendo la toalla con torpeza para cubrirme.

Él se levantó de un salto y miró a nuestro alrededor con el ceño fruncido, hasta que oyó los ladridos de Zeus y clavó la mirada allí.

—¡Zeus! —gritó—. ¡Chico, ven aquí!

—¿Dónde está? —Me levanté como pude y lo busqué con la mirada—. ¡Zeus!

—Voy a buscarlo. —Cogió los pantalones empapados y se los puso con gran dificultad, pues se le pegaban a la piel y le costaba muchísimo subirlos—. ¿Estás segura de que había alguien?

—Sí. Zeus ha ido detrás.

—Ahora vengo.

Se marchó con rapidez hacia donde mi perro había desaparecido, llamándolo y dando palmadas para animarlo a volver. Con el corazón en un puño, latiendo desbocado sin sentido aparente, me senté sobre la mantita y me hice una bolita bajo la toalla. Esperaba que Zeus no hubiese hecho daño a quien fuese que estaba cerca. No hubiese sido adrede, pero con lo bruto que era… solo con tirarlo al suelo ya podría traerme problemas.

Me sobresalté al oír un alarido y una serie de vocalizaciones que hacían eco entre los árboles. Era Zeus, estaba segura. Me levanté de

un salto y empecé a vestirme con rapidez o, al menos, la que me permitía la ropa mojada que intentaba ponerme de nuevo. Cuando lo logré, después de escupir variedad de improperios, me calcé las deportivas y me dispuse a ir en su busca, sin embargo, lo que encontré al dar un par de pasos me cortó la respiración. Rubén venía corriendo con Zeus en brazos. Incluso con la distancia que nos separaba, pude ver la cantidad de sangre que cubría a mi perro.

—¡Zeus! —grité asustada, aunque era incapaz de moverme.

Rubén llegó a mi lado y lo tumbó sobre la mantita.

Me arrodillé junto a él y lo acaricié con cuidado. Él lanzaba pequeños gemidos, aunque su rabito se movía un poco mostrando su eterna alegría.

—Tiene varios cortes —informó Rubén, que se sacó la camiseta y la puso sobre uno de ellos—, pero este es el más feo. Vamos a tener que hacer un apaño para poder trasladarlo.

—¿Qué hay que hacer? —me interesé rápidamente.

Si podíamos salvarlo, estaba dispuesta a intentarlo todo.

Rubén presionó sobre la herida del abdomen y después cogió mi mano para que hiciese yo la presión.

—Por aquí está perdiendo mucha sangre, así que hay que hacerle presión todo el tiempo, ¿vale? —Asentí con la cabeza y le hice caso—. Bien, voy a buscar el coche, iremos más rápidos así. Tú quédate aquí con él y no dejes de presionar la herida.

—Vale —susurré.

No miré en su dirección cuando oí que Rubén salía corriendo. Lo único que era capaz de hacer fue mirar mis manos haciendo presión sobre la herida, con la camiseta llena de sangre, manchándomelas. Podía ver las gotitas que se deslizaban entre mis dedos y temí que para mi mejor amigo, mi fiel compañero… fuesen sus últimos minutos a mi lado. Pese a todo, él seguía moviendo el rabo e intentaba levantarse.

—Quieto, mi niño —susurré, liberando una mano para acariciarle el cuello—. Ahora vamos al veterinario para que te cure, ¿vale? Te pondrás bien. Estoy aquí.

Logré calmarlo y me pareció que incluso se quedó dormido. Aunque, por un momento, me temí lo peor…, me di cuenta de que seguía respirando tranquilamente, así que me relajé un poco, respiré hondo y seguí presionando la herida, a la espera de que Rubén llegase con el coche y pudiésemos hacer algo.

Durante lo que me pareció demasiado tiempo estuve pensando en quién pudo haberle hecho eso a Zeus. Él era un buen perro; nunca había atacado a nadie. Era de los que avisaban, sí, pero ni siquiera mostraba los dientes. Él gruñía de ese modo tan suyo, con el rabito tieso y la mirada fija. Le bastaba eso para dejar claro que podía con

todo y con todos. Por lo tanto, ¿qué había ocurrido para que alguien hiriera a mi perro? ¿Quién podía tener esa maldad?

Cuando Rubén llegó con el coche todo sucedió más rápido. Lo cargamos y yo me quedé atrás, con él, para poder presionar la herida mientras Rubén conducía todo lo rápido que podía para llegar al veterinario cuanto antes. Y una vez allí, se lo llevaron a urgencias, dejándome en mitad de la sala de espera, con las manos, los brazos y la ropa llenas de sangre. La auxiliar, muy amable y atenta, nos indicó que la operación duraría unas horas y que después, si salía bien, debía quedarse ingresado, por lo que nos animó a marcharnos a casa.

Nos llamarían en cuanto terminasen con la operación para informarnos del resultado.

Llegamos a casa en un profundo silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper. Rubén iba con pies de plomo y me observaba. Mucho. Pero no dijo nada más y se limitó a mirarme y lanzar algún que otro suspiro que no me pasó inadvertido.

Cansada por la caminata que nos habíamos dado y por los acontecimientos, me di una buena ducha y me encerré en mi habitación. Ni siquiera cené esa noche. Durante horas en las que me mantuve despierta en la cama, no hice más que visualizar aquella figura entre los árboles que nos observaba y el ataque hacia Zeus.

Por algún motivo que no pude explicar, pensé en la posibilidad de que fuese Aaron.

Me incorporé de un salto cuando mi móvil sonó a las once y media de la noche; llamaron de la clínica veterinaria para decirme que la operación había salido bien y que Zeus estaba en observación. Al día siguiente podía ir a verlo, así que, un poco más tranquila de saber que mi amigo seguía vivo, me acurruqué en la cama y me dormí pensando en él.

36

Había ido a ver a Zeus al veterinario. Rubén se ofreció a llevarme y estuvimos con él un rato, el que nos permitieron, ofreciéndole caricias y bonitas palabras para que se recuperase. Había salido adelante y despertó bien de la anestesia, pero todavía debía quedarse ingresado unos días más antes de poder volver a casa. Al menos lo vi fuerte, contento y con ganas de vivir, por lo que, aunque me fui de allí con el corazón en un puño, sabía que iba a estar conmigo muy pronto.

Durante todo el día, Rubén y yo apenas hablamos. Me limité a encerrarme en mi dormitorio y él respetó la distancia que marqué. Eso sí, por la noche, entró en mi dormitorio cuando oyó una pesadilla que estaba teniendo. Y de nuevo se había quedado conmigo, protegiéndome entre sus brazos. Ese hombre tenía el cielo ganado.

Aquella tarde me había propuesto agradecer de algún modo a mi amiga y a su hermano todo lo que habían hecho por mí. No solía cocinar, pero debía compensar sus atenciones, tanto hacia mí como por Zeus, al que incluso Carol se acercó a verlo, y pensé que, con la ayuda de internet y los ingredientes adecuados, podía hacer un pastel. Si el plan salía mal, siempre podía recurrir a la pastelería. Lo tenía todo calculado.

Aprovechando que Carol había salido a hacer algo que no logré recordar y que Rubén se había encerrado en su dormitorio para hacer ejercicio, salí para comprar los ingredientes que tenía apuntados en un trozo de papel. Iba a preparar una tarta tres chocolates. Al menos… lo intentaría.

De camino al supermercado, mientras repasaba la lista de ingredientes y pensaba en cómo iba a dejar la cocina con mis pésimas dotes culinarias, volví a sentir que me seguían, por lo que alcé la mirada y barrí a mi alrededor en busca del responsable de mis sensaciones. Solo vi a un hombre mayor con su perrito, un par de mujeres paseando con los cochecitos, charlando entre ellas, y una mujer que salía de su coche y gritaba a alguien por teléfono. La zona en la que vivía Carol era bastante tranquila y en el barrio se conocían todos. Allí no había nadie que no me resultase conocido, aunque fuese de vista.

Sacudí la cabeza y volví a lo mío, entrando en el supermercado con las ideas bien claras: lograría hacer ese pastel, aunque me dejase la piel en ello.

—Victoria.

El vello se me erizó de tal modo que un escalofrío recorrió mi cuerpo. Agarrando el asa del carrito con fuerza, provocando que mis nudillos quedasen blancos por la tensión de mis dedos, miré por encima del hombro y vi a Aaron, que se movía hasta ponerse delante de mí.

—¿Qué haces aquí? —susurré, mirando en varias direcciones en busca de una salida.

—Quiero hablar contigo. —Fui a moverme, pero él agarró el carro y me miró fijamente a los ojos—. No huyas. Solo quiero hablar.

—Lo mismo dijiste la última vez y… —Apreté los labios, conteniendo las lágrimas al recordar lo que me había hecho en nuestro último encuentro—. No hay nada que hablar, Aaron. Tú yo no somos compatibles.

—No puedes dejarme así.

—Tú mismo dijiste que me dejarías en paz si la segunda oportunidad no salía bien.

—No puedes culparme por un pequeño tropiezo. —Arrugué la frente al oír esas palabras y él se acercó a mí—. Fue un error y todos tenemos derecho a cometerlos.

—Me hiciste daño —susurré dando un paso atrás—. Yo no quería eso.

—Tienes una piel muy delicada, pero tus gemidos no decían lo mismo, pequeña. —Llegó hasta mí y me aprisionó contra una estantería—. Te gustó lo que te hice.

—No…

Giré la cara cuando él fue a besarme y entonces me agarró de la barbilla, obligándome a mirarlo a la cara.

—¿Eres consciente de que tu boca dice una cosa y tu cuerpo expresa otra muy distinta?

Apreté los dientes y desvié la mirada. En aquella ocasión mi cuerpo no me estaba traicionando. No sentía nada más que repugnancia por Aaron. Sentía que su mano quemaba mi cara, pero no de placer, sino de asco. En ese momento supe que lo único que me había atado a Aaron era una mera atracción sexual que se había visto eclipsada por Rubén. Con él había una conexión más intensa. Menos carnal.

—Aléjate de mí —gruñí, dándole un manotazo con el que no conseguí nada.

Sin embargo, me soltó cuando alguien carraspeó a nuestro lado. Ambos miramos en aquella dirección; el guardia de seguridad del supermercado dio un paso hacia nosotros.

—Debo pedirle que se marche —le dijo a Aaron, mirándome a ráfagas.

Él masculló algo que no logré entender y me miró a los ojos.

—Nos veremos en otro momento.

—No quiero que te acerques a mí —susurré.

Sentí que mi cuerpo se relajaba cuando vi que se marchaba bajo la atenta mirada del guardia de seguridad, que se acercó a mí tan pronto Aaron salió por la puerta.

—¿Está bien, señorita?

—Sí…, gracias.

—¿Quiere que llame a la policía?

Sacudí la cabeza e intenté sonreír para quitarle importancia.

—No, no se preocupe. Será mejor que… —Miré el carro vacío a mi lado—, me marche a casa.

—¿Necesita que alguien la acompañe?

—No será necesario.

Dejando el carro allí, pasé por su lado y él se apresuró a adelantarme.

—Espéreme en la entrada. Ya ha venido mi compañero y he terminado mi turno. La acompañaré.

Fui incapaz de negarme. Mi yo interior sabía que Aaron estaba fuera y que volvería a acorralarme como había hecho ahí dentro. Estaba muerta de miedo y no sabía cómo lograr que Aaron me dejase en paz. Tenía que aceptar que no quería nada con él. No podía estar con una persona que no me respetaba.

Me posicioné junto al hombre que, en silencio, me acompañó hasta el portal. Él me iba mirando y en ocasiones parecía que quería decir algo, pero no se atrevía. Al menos, hasta que llegamos frente a la puerta del edificio y suspiró.

—Debería denunciar. —Lo miré a los ojos con los míos llenos de lágrimas que no quería dejar salir—. Sé cómo termina esto. No lo piense más y denuncie.

La puerta se abrió antes de que yo pudiese hablar. Rubén, que salía con cierto ánimo, se detuvo de inmediato y nos miró a ambos, clavando su mirada en mí. En mi cara. Me analizó a fondo y su frente se contrajo hasta tal punto que temí que pudiese hacer algo malo. No a mí, pero sí a alguien más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un gruñido que erizó todo el vello de mi cuerpo.

—Ha sufrido un altercado en el supermercado —explicó el guardia —. La he acompañado hasta aquí.

Rubén asintió con la cabeza y le tendió la mano.

—Muchas gracias.

El hombre la estrechó y se marchó, mirando un par de veces atrás, hacia nosotros, como si no se hubiese quedado tranquilo dejándome allí.

—Pelirroja…

Esa única palabra fue suficiente para que mis ojos dejasen de

obedecer y las lágrimas salieron una tras otra, empapándome el rostro. Con el brazo de Rubén alrededor de mis hombros, entramos en el edificio y me llevó a casa. Toda la ansiedad que sentía había salido disparada y lo único que podía hacer era llorar.

—Siéntate —susurró Rubén, que me ayudó a sentarme en el sofá.

Carol apareció a mi lado y me cogió la mano.

Su hermano se sentó al otro lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carol.

—No lo sé —respondió Rubén, que alzó una mano para recoger algunas lágrimas—. ¿Qué ha ocurrido en el supermercado?

—Aaron —musité.

Aquella palabra fue la única que logré escupir, y pensé que no me habían oído, pero Carol apretó mi mano en una especie de espasmo y Rubén se levantó del sofá, como impulsado por un muelle, para dar vueltas frente a nosotras.

—¿Te ha puesto la mano encima?

Antes de que pudiese responder, Carol alzó la suya y cogió mi mentón con cuidado.

—Está claro que sí. Esto son dedos.

Veinte minutos más tarde seguía sentada en aquel sofá, solo que, en esa ocasión, tenía a dos agentes de los *Mossos d'Esquadra* sentados frente a mí, tomándome declaración. Pese a que me había negado, Rubén insistió en que debía denunciarlo, tal y como había dicho el guardia de seguridad, al cual mencioné en mi declaración como testigo de lo ocurrido en el supermercado. No podía demostrar todo lo anterior, pero sí lo de aquel día.

Pese a que me instaron a ir a la comisaría para interponer la denuncia, solo con pensar en salir de casa y encontrarme a Aaron hizo que mi cuerpo temblase. Los agentes propusieron llevarme ellos mismos, pero me negué en redondo.

—Yo la llevaré —se ofreció Rubén, sentándose a mi lado.

Los agentes se marcharon quedando a la espera de que me presentase en la comisaría para interponer la denuncia.

—Estoy segura de que era él —susurré, provocando que Rubén me mirase extrañado—. En el bosque. Era Aaron el que nos miraba.

—Eso significaría que fue él el que…

Asentí con la cabeza, aunque dejó la frase a medias.

Sabía a lo que se refería y aquello no solo me dolía por mi amigo, sino que me hacía hervir la sangre en las venas. Si Aaron había sido el tipo que nos observaba, también era el responsable de las heridas de Zeus. Mi perro, seguramente al reconocerlo, salió corriendo detrás de él. Y Aaron sabía que él no hacía nada, así que lo atacó por meros… ¿celos? ¿Había atacado a mi perro por vengarse de lo que *casi* hicimos Rubén y yo?

—Mirad que Aaron no es santo de mi devoción —dijo Carol—, pero de ahí a creer que él apuñaló a Zeus… Ostras, ¿estáis seguros? Podría caerle un puro muy gordo, ¿eh?

—Ya —escupí con la mirada perdida en el suelo—, ¿y cómo demostraríamos que fue él? Le ha hecho daño a mi perro y se irá de rositas.

Los tres nos quedamos en silencio, hasta que Rubén se levantó del sofá.

—Vamos a poner la denuncia, pelirroja. Esto no puede quedar impune.

Sentí una presión instantánea en mi pecho. Pese a que quería vengar lo que le habían hecho a Zeus, no tenía pruebas y tampoco era mi intención provocar más malestar entre Aaron y yo. Solo lo quería lejos de mí; que me dejase en paz.

—¿Y si vamos mañana? —propuse.

Rubén y Carol se miraron unos segundos antes de que ella dijese:

—Y mañana dirás de ir pasado, y así hasta que hayan pasado varios días y entonces dirás que habrá pasado demasiado tiempo para poner la denuncia. Tienes que ir ahora, Vicky. —Miró a su hermano—. Y también habría que pedir una orden de alejamiento.

Él asintió con la cabeza y me cogió de la mano.

—Vamos —susurró.

37

Ya estaba hecho; había interpuesto una denuncia contra Aaron Medina por agresión y acoso. También por sospechas de que había sido el responsable de apuñalar a Zeus. Fue curioso que el agente que se encargó de nosotros nos hubiese mirado como si la denuncia fuese dirigida a los mismísimos reyes de España, pero no dijo nada y procedió sin hacer ningún comentario, salvo informarnos de que la orden de alejamiento debía tramitarse y que sería notificada en caso de que me la aceptasen. No me sentí muy segura con sus palabras, pero menos era nada y debía tener paciencia.

Al salir de la comisaría, Rubén propuso ir a ver a Zeus para que pudiese quedarme más tranquila y, al llegar a casa, intentase descansar un poco. Aquel hombre me conocía muy bien y sabía qué necesitaba en cada momento.

Zeus, por suerte, había mejorado. Ya andaba y nos dejaron sacarlo por un patio privado de la clínica para que hiciese sus necesidades y le diera el aire. El pobre quería jugar, pero no tenía cuerpo como para que realizase sobreesfuerzos, por lo que tuvimos que contenerlo y pedirle calma o se le saltarían los puntos.

Salí llorando de la clínica cuando oí sus quejas al quedarse de nuevo solo en aquel lugar que, aunque tenía un cojín mullido y excelentes atenciones, no dejaba de ser una jaula.

—Ya has oído al veterinario —susurró Rubén acurrucándome en su pecho—, en un par de días lo tendremos en casa.

—Se me van a hacer eternos.

—Lo sé, pelirroja. Piensa que está vivo y bien.

Cuando llegamos a casa me sobresalté al ver a Amanda sentada en el sofá, con una taza en la mano y sus ojos clavados en mí. Carol, sentada cerca de ella, se levantó y me miró con los labios apretados. Giré los ojos al ver más movimiento y resultó ser Alex, que aguardaba en otro sofá.

—Hola… —saludó Rubén cauteloso.

Alex alzó la mano a modo de saludo y me miró con una leve sonrisa en su rostro.

—Amanda quiere hablar contigo.

Giré la cabeza a mi izquierda, provocando que Rubén también lo hiciese; había dos hombres trajeados a un extremo del salón, sentados en la mesa de comedor.

—Victoria… —Amanda se levantó y señaló el sofá, invitándome a

sentarme con ella.

Recelosa, me acerqué y opté por sentarme donde estaba Carol. Rubén lo hizo a mi lado y me agarró la rodilla con suavidad, dándome un ligero apretón, por lo que cogí su mano y se la estreché, gesto que a Amanda no le pasó inadvertido y sonrió.

—¿Qué quieres? —pregunté quizá un poco brusca.

—Hoy estaba en la empresa de Aaron, con él y nuestros abogados, cuando sin esperarlo ha recibido una notificación que lo ha… enfadado. Bastante. Me ha costado una barbaridad, pero he logrado ojear qué era y ha resultado ser una denuncia tuya. —Asentí con la cabeza sin dejar de mirarla a los ojos—. No lograrás nada —sentenció.

Mi frente se arrugó y tanto Carol como su hermano se miraron. Yo simplemente me quedé sin aliento, aunque algo dentro de mí ya me advertía de que, cualquier cosa que quisiese hacer contra Aaron, iba a quedar en papel mojado. Él era un hombre muy influyente, con mucho dinero y, seguro, demasiados contactos.

—Lo que Amanda quiere decir es que… —dijo Alex, pero ella le interrumpió bruscamente.

—Que no te dejará en paz. —Todos la miramos y ella dejó la taza sobre la mesa de centro, llevando ambas manos a su regado, entrelazando los dedos con cierto nerviosismo contenido—. Para Aaron eres un trofeo, una posesión. No dejará que te alejes y si para ello tiene que hacerte daño, lo hará. ¿Puedo saber qué te ha hecho? No he podido ver mucho de la demanda, la verdad.

—Me hizo daño —me limité a decir, reproduciendo sus propias palabras.

No me apetecía contarle algo tan íntimo a una persona que, hasta el momento, me caía muy mal. Todavía no tenía claro si seguía cayéndome mal o no.

—Te pegó —dijo, y no fue una maldita pregunta.

Dio por hecho que así era.

Asentí levemente y ella suspiró, desviando la mirada.

—Ya no hay marcha atrás —susurró—. Hará lo que sea por tenerte con él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rubén.

Por su rostro creí que no se fiaba de ella.

—Porque llevo más de diez años casada con ese hombre y lo conozco muy bien. ¿Creéis que llevo seguridad privada por capricho? —Señaló con el mentón a los dos hombres que seguían al otro extremo del salón—. Fue la única solución. De nada sirve demandarlo. De nada sirve pedir órdenes de alejamiento… Aaron siempre hace lo que quiere y se sale con la suya, a no ser que tengas la capacidad de proteger tus espaldas constantemente.

—Yo no puedo permitirme tener guardaespaldas —murmuré

pensando en voz alta.

Rubén me dio un apretón en la mano y un beso en la cabeza.

—Yo seré tu maldito guardaespaldas —masculló.

Amanda sonrió con tristeza en los ojos.

—De todos modos… —Carraspeé y me removí en el sofá—. Yo solo he cortado la relación. Tú le pusiste los cuernos.

—Eso te dijo. —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Jamás le puse los cuernos a mi marido, Victoria. Mi relación con Isaac era, simplemente, de cuñados. Acudí a él cuando Aaron me dio el primer bofetón. E intentó llevarme lejos cuando mi marido casi me mató a golpes. —Alcé las cejas, sorprendida—. No creas que todas mis heridas fueron fruto del accidente. Ya tenía alguna costilla rota y cortes en la cara cuando me senté en ese coche, pero el accidente fue muy oportuno y cubrió su rastro.

—Qué hijo de puta… —masculló Carol en un susurro.

Amanda asintió con la cabeza y suspiró.

—Entonces… ¿la infidelidad solo está en la cabeza de Aaron?

—¿Te sorprende? —preguntó, mirándonos a Rubén y a mí—. Porque algo me dice que ya has vivido los celos de Aaron. Estén o no justificados.

—¿Y cómo se le puede parar los pies a un hombre como él? —Quiso saber Rubén.

—Demostrando que mató a nuestro hijo —sentenció Amanda.

Carol, Rubén y yo contuvimos el aliento y nos miramos entre nosotros. Yo también miré a Alex, que se mantenía callado en el otro sofá, pero su mirada se cruzó con la mía y me dijo, sin decir nada, que creía en lo que Amanda había dicho.

—Aaron me dijo que vuestro hijo había desaparecido —susurré, mirando de nuevo a esa mujer.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, claro, para las autoridades mi hijo está desaparecido y no quisieron creerme cuando denuncié a su padre por ello. No hay pruebas que le incriminen.

—Pero… das por hecho que lo mató.

—Cuando Aaron empezó a decir que yo le había puesto los cuernos con su hermano su modo de mirar a nuestro hijo cambió. Elías era rubio, como su tío Isaac cuando era pequeño; como su abuelo Miguel. Pero Aaron interpretó aquello como que, en realidad, era hijo de su hermano y no suyo. Me acusó de haberle mentido. Yo entonces todavía estaba en el hospital, recuperándome del accidente, y él se encargaba de nuestro hijo. Sin embargo, no fue Aaron el que me avisó de la desaparición de Elías, sino la policía. Mi marido tardó unas horas más en llegar y ni siquiera lo vi afectado. Estoy segura…, completamente segura de que Aaron le hizo algo a nuestro hijo. Tú

has estado en su casa, Vicky. ¿Has visto una sola fotografía de él? ¿Algo que indique que tiene un hijo? ¿Algo que haga creer que mantiene la esperanza de que vuelva? —Negué con la cabeza y ella apretó los labios—. En la vida de Aaron, mi hijo nunca existió.

Bajé la mirada y repasé mentalmente toda la vivienda o, al menos, lo que conocía de ella. Y lo cierto era que no existía ninguna foto, ningún tipo de recuerdo. Absolutamente nada que indicase la existencia de…

Fruncí el ceño una fracción de segundo, lo suficiente para que Rubén se diera cuenta e inclinase la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Qué ocurre, pelirroja?

—La roca —susurré.

Todos se extrañaron por mis palabras y se miraron entre ellos sin saber a qué me refería.

—¿Qué roca? —preguntó Alex.

—¿No habéis estado nunca en la zona de la piscina?

Tanto él como Amanda negaron con la cabeza.

—Esa casa la compró él y yo solo he ido allí tres o cuatro veces —dijo Amanda—, y solo para temas judiciales. Se niega a firmar los papeles y me lo está poniendo muy difícil. Creo que sé de qué roca me hablas, pero solo la he visto desde dentro de la vivienda, a través del cristal. No le di importancia, la verdad: es solo una roca.

—Según él… —Sacudí la cabeza y no terminé la frase. ¿Para qué? Estaba más que claro que Aaron mentía en todo y, seguramente, lo que me contó de Amanda sobre el divorcio también era mentira—. Da igual. ¿Y tú? —le pregunté a Alex.

—Las pocas veces que he ido… No, nunca he pisado la zona de la piscina. No suele querer ir allí.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros y yo me mordí el labio inferior meditando en aquello que me rondaba por la cabeza.

—Pelirroja… —susurró Rubén—, ninguno de nosotros tiene la capacidad de leer las mentes. ¿Qué ocurre con la roca?

—Cerca de la piscina hay una gran roca con unas plantas formando una media luna a su alrededor. Aaron me dijo que a su hijo le encantaba decir que ahí había estado clavada la espada Excalibur.

Amanda frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Eso es imposible —escupió—. Aaron compró esa vivienda poco antes del accidente y aquella roca no estaba allí. La casa estaba en reformas y Aaron vivía en la ciudad, en nuestro piso. Es imposible que Elías dijese eso, pues la roca apareció en el jardín después de que él desapareciese.

—Entonces… ¿toda su vida es una mentira?

—Así es Aaron —sentenció encogiéndose de hombros—. Con él

nunca sabrás la verdad, Victoria. Después de más de diez años de matrimonio… yo tampoco sé la verdad sobre su vida. Solo puedo basarme en suposiciones. ¿A ti también te dijo que su madre había muerto en el parto? —Asentí, temiéndome que…—. Pues no es cierto. Cuando su madre murió él tenía diez años.

—¿Cómo murió? —pregunté con un nudo en la garganta.

Todo. Absolutamente todo era mentira.

—En un incendio. Lo supe por Isaac, que me estuvo contando cosas cuando se enteró de lo que me hacía su hermano. La relación con su padre dejó de ir bien desde el momento en el que la madre murió. Al parecer, Miguel nunca creyó que aquel incendio fuese un accidente y señaló a Aaron como el responsable, pero… él lo negó y solo era un niño, así que se limitó a dejarlo de lado. Lo mandó a un internado y de ahí pasó a la universidad, donde yo lo conocí. Bueno, conocí la nube de mentiras que le envuelve, porque poco a poco me he ido enterando de cosas que distan mucho de la realidad.

—Vamos a ver… —Rubén se movió en el sofá hasta quedar sentado en el borde. Carol, a mi otro lado, se removía nerviosa—. ¿Estás diciendo que creéis que Aaron mató a su madre y que tiene todas las papeletas para ser el asesino de vuestro hijo?

Amanda asintió con la cabeza.

Carol y Rubén se miraron un segundo.

—Hay que hacer algo —dijo mi amiga, sacando el móvil del bolsillo al mismo tiempo que se levantó del sofá y se alejó de nosotros.

—¿Qué hacéis? —susurré incrédula.

—Habrá que buscar el modo de protegerte, pelirroja —dijo Rubén, estrechándome con un brazo para darme un beso en la cabeza—. Mientras tanto, no saldrás de aquí.

—¿Voy a tener que vivir encerrada en un piso?

Empezaba a ponerme nerviosa y me levanté, dando vueltas de un lado a otro.

Amanda también se levantó y se acercó a mí, me cogió de las manos y me miró a los ojos.

—No puedes acercarte a Aaron —susurró. Noté que dejaba algo en mis manos—. Aléjate de él tanto como puedas. Intenté que te sintieses incómoda con mis comentarios cuando nos vimos otras veces y te alejases, pero lo único que conseguí fue unirte más a él. Ahora te lo digo directamente y mirándote a los ojos: huye de Aaron. Tú puedes hacerlo. Yo… sigo atada hasta que lo de mi hijo salga a la luz y logre deshacerme de ese hombre.

38

Amanda se marchó dejando un buen gallinero revolucionado en casa. Incluso Alex, que el pobre no había hecho nada, se sintió en peligro. Estaba seguro de que Aaron sabía que había estado ahí, con Amanda, lo cual lo ponía en el punto de mira de su amigo, aunque ya no lo consideraba tan amigo. En realidad, expresó sentir asco de haberse llevado tan bien con una persona que, por lo que Amanda nos había contado, era un asesino sin remordimientos. Si era cierto que había matado a su propio hijo, incluso creyendo que no era suyo, Aaron tenía la sangre muy fría y una mentalidad muy enferma. Debía admitir que no creí que eso pudiese ser cierto. Que pagase para que alguien lo secuestrara… quizá sí, pero ¿matarlo? Aquellas ya eran palabras mayores.

Descubrí que lo que Amanda había dejado en mis manos era un papel con un número de teléfono, supuse que el suyo, por lo que lo guardé celosamente en el bolsillo de mi pantalón sin que nadie se diese cuenta.

Por votación popular, al menos para cubrirle las espaldas durante unas horas, Alex se quedó a dormir en casa. Iba a pasar la noche en mi dormitorio y yo me iría al de Rubén, lo cual no me molestaba en absoluto. A fin de cuentas, habíamos dormido juntos algunas veces debido a mis pesadillas.

Antes de cenar llamé a la clínica donde Zeus seguía ingresado y pregunté cómo se había encontrado ese día. Al parecer se arrancó la vía en un ataque de alegría y juegos al ver a su veterinario, por lo que tuvieron que ponérsela otra vez y asegurarla mejor. De todos modos, lo tenían muy vigilado por ese motivo. Mi chico era un torete muy fuerte que lo aguantaba todo y lo afrontaba con mucha alegría. Deseé tener su misma fuerza y valentía, pues iba a necesitarla para plantarle cara a lo que fuese que Aaron tenía pensado hacer.

Carol se volvió tan paranoica que no hacía más que mirar entre las cortinas hacia la calle, vigilando cualquier movimiento extraño. Alguna que otra vez contuvo la respiración, pero se relajó al darse cuenta de que era algún vecino.

—A cenar —anunció Rubén, que llevaba a la mesa una bandeja con pollo y patatas al horno—. No os acostumbréis a estos manjares, porque hoy estoy generoso, pero mañana quién sabe —bromeó, haciéndonos reír a todos. Incluso a Carol—. ¿Han llegado ya?

Se refería a Lidia y Jordi, que tenían que venir para acompañarnos

en nuestro pequeño confinamiento. Después de que Carol les avisara de lo ocurrido, ambos llegaron a la misma conclusión y estábamos esperándolos. Lidia iría a recoger a Jordi con el coche y vendrían juntos, sin embargo, todavía no habían llegado.

—Me estoy preocupando mucho —murmuró Carol, con el móvil en la oreja mientras se acercaba a una de las ventanas que daba a la calle —. ¿Dónde coño estarán?

Los cuatro nos sobresaltamos cuando el timbre sonó y Rubén soltó una carcajada al darse cuenta de la cara de idiotas que se nos había quedado. Llevé mi mano al pecho, sintiendo los fuertes latidos de mi corazón por el susto y miré a Carol, que intentaba contener la risa y guardaba el móvil en el bolsillo. Todavía la estaba mirando cuando cuatro brazos me rodearon y supe inmediatamente que eran los de mis amigos mostrándome sus muestras de apoyo y cariño.

—Estoy bien, chicos —susurré, devolviéndoles el abrazo como pude.

—Nos lo tenéis que contar todo con pelos y señales —dijo Jordi cesando el abrazo—. Absolutamente todo, ¿me oís? —Pero entonces olfateó el ambiente como un sabueso y se olvidó, por un momento, de lo que estaba diciendo—. ¿Eso es pollo al horno?

Rubén soltó una carcajada y señaló a la mesa para que nos sentásemos.

Los seis lo hicimos en silencio.

Yo me puse entre Rubén y Carol —por petición del primero—, y el resto se repartieron como quisieron en las sillas que quedaban libres. Rubén fue el encargado de servir la comida bajo la atenta mirada de todos, que nos relamíamos los labios como animales hambrientos, y bien era cierto que lo estábamos, pues una vez servida la comida… nos dispusimos a tragar como si no hubiese un mañana. Solo se oía el sonido de los cubiertos en los platos y algún que otro carraspeo, hasta que Jordi empezó a sentirse mejor, con el estómago un poco más lleno, y volvió a la carga:

—A ver, soltad por esas boquitas.

Carol, anhelante de protagonismo, tomó el control de la conversación y les contó lo que Amanda nos había dicho. Ambos fueron olvidando la comida lentamente, hasta que sus cubiertos terminaron dentro del plato y su atención centrada en nuestra amiga, que seguía ofreciendo información sin parar.

—Así que he llamado a mi tío Sebastián para que me ayude con el asuntillo de la seguridad privada para Vicky.

Aquello fue totalmente nuevo para mí, por lo que anulé el recorrido del cubierto hacia mi boca y la miré con el ceño fruncido.

—¿Cómo?

Su tío Sebastián, al que ni siquiera conocía en persona, era

funcionario. Y me temí que su posición le daba cierto… poder. Sí, poder para ponerme algún guardaespaldas sin que yo tuviese que pagar nada. Lo pagaría el estado. Lo pagarían nuestros impuestos.

—Ni hablar —sentencié antes de que Carol pudiese replicar—. No pienso aceptar ningún «favor» de tu tío.

—Pero…

—He dicho que no.

Rubén me cogió la mano y me ofreció un beso en los nudillos.

—Está bien. Terminemos de cenar y ya hablaremos de esto en otro momento.

—No quiero la caridad de nadie —insistí.

—Vale. ¿Qué tal está la cena? —Lo miré a la cara y me ofreció una sonrisa que borró todos los males que sentía en ese momento—. ¿Algo que criticar?

Me mordí el labio inferior y observé la comida, de la cual apenas quedaba un poco que iba a devorar en nada y menos.

—Un pelín soso —bromeé—, pero aceptable.

—Tomo nota.

El resto de la cena transcurrió con cierta normalidad, excepto por el hecho de que Carol y Alex, de nuevo, nos ofrecieron algún que otro espectáculo. Esos dos tenían unos piques que gritaban a los cuatro vientos la atracción que sentían el uno por el otro, pero no iba a ser yo la valiente que se lo dijese a Carol. Y Rubén, a juzgar por su sonrisa contenida, sus discretas observaciones y aquel silencio sepulcral que mantenía, tampoco tenía pensado hacerlo. Nos limitábamos a observarlos y contener las carcajadas mientras ellos dos se mataban verbalmente. Lo mejor fue oír, en boca de Alex, que Carol parecía tener algún tipo de carencia sexo-afectiva —sí, así lo dijo— que provocaba un constante irritamiento de su carácter ya de por sí insoportable. Ahí ya no pudimos contenernos más y todos estallamos en carcajadas. Todos, excepto ella, claro, cuya reacción fue lanzarle una mirada asesina a modo de muda amenaza. Él, en respuesta, le lanzó un beso que la enfureció todavía más.

Entre todos recogimos la mesa y llenamos el lavavajillas, provocando cierto revuelo en la cocina donde solo se oían sonidos y algún que otro murmullo, hasta que terminamos y nos dispersamos. Carol, Lidia y Jordi se fueron al sofá; Alex nos indicó que estaba cansado y preguntó dónde tenía que dormir, por lo que Rubén y yo le informamos de cuál iba a ser su habitación. Una vez solos en la cocina, Rubén me miró a los ojos y dejó que su flamante sonrisa saliese a la luz mientras me servía la última copa de vino. En la cena, entre todos, nos habíamos bebido algunas botellas y ya íbamos un poco achispados.

—Así que hoy vas a dormir en mi cama.

—Eso parece —respondí, incapaz de contener mi sonrisa que asomaba despacio—. ¿Vas a meterme mano?

Él alzó ambas y sacudió la cabeza.

—Solo si me lo pides.

—Si te lo pido… ¿lo harás?

—Ay, pelirroja… Creo que has bebido demasiado —dijo riéndose —. Será mejor que esta noche nos limitemos a dormir.

—En realidad, solo he bebido dos copas durante la cena. El resto se lo han ventilado entre Carol, Lidia y Alex. A Jordi no le ilusiona mucho el vino y apenas ha bebido una copa, aunque le ha sobrado un culo.

—Qué observadora —susurró.

—Mucho —le tenté, lanzándole una sonrisa lobuna que, a decir verdad, no supe de dónde había salido—. Tú has bebido tres. —Señalé la que tenía en la mano—. Esta es la cuarta. —Alcé la mía entre nosotros, acercándome a él poco a poco—. Y mi tercera. Así que no vamos tan bebidos. Solo… achispados.

—Lo suficiente achispados como para hacer alguna tontería — murmuró, con nuestros labios demasiado cerca y sus ojos clavados en ellos—. ¿Me estás provocando?

—Puede.

—¿Estás segura de querer hacerlo?

—¿Por qué no iba a querer? —Rocé mi nariz con la suya, tentándolo. Me aparté lo justo para dar un último sorbo al vino—. Me voy a la cama.

—Joder… —masculló Rubén en un susurro antes de darle un sorbo a su copa—, ahora iré yo.

Asentí con la cabeza y dejé la copa sobre el mármol de la isla, marchándome de la cocina sin mirar atrás. Me sentía empoderada y por algún motivo supe que Rubén había sido el causante de mi actitud. Él no me hacía sentir pequeña ni sumisa; me quería tal y como era.

—¿Ya te vas a dormir? —preguntó Carol desde el sofá.

Aquellos tres se habían puesto una película, aunque no le prestaban mucha atención porque se los oía cuchichear desde la cocina.

—Sí, estoy cansada. Nos vemos mañana.

Lancé un beso al aire que fue correspondido con los suyos y me colé por el pasillo hasta el dormitorio de Rubén, al cual accedí por primera vez. Debía reconocer que incluso me dio apuro abrir la puerta, pero me quedé fascinada con lo que encontré: la habitación estaba muy limpia y olía muy bien, como a frutos rojos. Por algún motivo imaginé que, teniendo el pequeño gimnasio allí, olería a sudor; a hombre. Nada más lejos de la realidad. En su caso podía decirse que

se aplicaba aquello que tanto decía mi padre y que siempre recordaría: un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. Estaba claro que en el dormitorio de Rubén primaba la pulcritud y el orden. No había una sola cosa que dijese que estaba fuera de sitio y el olor… Madre mía, ¡qué bien olía!

Me acerqué a la cama, que era tan grande como la de Carol, y me senté en el borde acariciando las sábanas. En aquel momento pensé que no sabía en qué lado dormía Rubén, por lo que dudé bastante, ya que no quería invadir su espacio. Observé las mesitas de noche, una a cada lado, hasta que di con la respuesta. En la que quedaba más cerca de la puerta, el lado en el que yo me había sentado, había un libro y un cargador de móvil; ergo, ese era su lado de la cama.

Me levanté y la rodeé, tumbándome al otro lado, bajo las sábanas, con una nueva duda que me tuvo un buen rato dándole vueltas. ¿Debía tumbarme bocarriba como una muerta? ¿De lado? Pero ¿de qué lado? ¿Cara a él? ¿De espaldas? ¿Bocabajo ahogándome en la almohada para que no viese lo idiota que era?

Estaba moviéndome sobre el colchón buscando la postura adecuada para no hacer el ridículo, cuando la puerta se abrió y Rubén me pilló de lleno, arrugando la frente una fracción de segundo antes de soltar una sonrisa de las suyas.

—¿Has decidido que ese es tu lado?

—No me digas que es el tuyo —lamenté—. Pensé que…

Señalé lo que había sobre la mesita de noche del otro lado y lo miré a los ojos.

—Has pensado bien. Lo que yo decía: observadora.

Dejándome boquiabierta —y cabe decir, con un calentón del quince—, Rubén se quitó la camiseta y los pantalones, quedándose en calzoncillos. Ni siquiera se inmutó por el reguero de babas que yo había dejado sobre la cama cuando se coló bajo las sábanas y se tumbó de lado, mirándome fijamente, con su mano izquierda debajo de la cabeza y la derecha sobre el colchón. La cama era tan grande y él se puso tan en el borde de su lado, que la distancia entre nosotros se me antojó inmensa.

—¿Me repeles? —susurré.

—Puede —soltó, reproduciendo lo mismo que le había dicho yo en la cocina.

Solté una carcajada contenida y él sonrió, pero se limitó a barrer con la mirada mi rostro, en silencio, tornándose cada vez más serio y centrado en algo.

—¿Qué miras con tanto ahínco?

—Intento contar tus pecas, pero te mueves demasiado y pierdo la cuenta.

—¿En serio pretendes contarlas?

—¿Por qué no? Tarde o temprano lo conseguiré.

39

Contemplé sus ojos barriéndome la cara con lentitud. En algún momento atisbé algún amago de sonrisa que contuvo con cierta discreción, sin perder la concentración en aquel reto que se había propuesto. Contar mis pecas… Madre mía, tenía muchísimas, sobre todo, en la zona de la nariz y en los pómulos. Era imposible que lograse contarlas una a una. Se volvería loco antes de terminar. Sin embargo, siguió con ello y la que perdió los papeles fui yo.

—Bueno, vale ya. —Le solté un manotazo en el brazo—. Me estás poniendo nerviosa.

—Mierda —masculló, apartando al fin la mirada—. He perdido la cuenta, pelirroja. Ahora tendré que volver a empezar.

Me reí; no pude evitarlo. Una carcajada tras otra salió disparada de mi garganta y me retorcí sobre el colchón, provocando una de las preciosas sonrisas de Rubén.

—De verdad estás loco si crees que podrás conseguirlo —le dije con la risa todavía presente en mi voz.

—Algún día —dijo sin más, encogiéndose de hombros.

—Vale, algún día. —Acorté la distancia entre nosotros y lo miré a los ojos—. ¿Sabes? Tu habitación huele muy bien.

—Da gracias al ambientador. No es mérito mío.

—Tú también hueles muy bien —susurré, acercándome todavía más.

Sus ojos bajaron hasta mis labios antes de que yo me lanzara sobre los suyos, provocando una lucha de lenguas en media fracción de segundo. El gruñido que salió de su garganta fue suficiente para saber que aquello le estaba gustando, por lo que me moví más hasta quedar sentada a horcajadas sobre su cadera. Sus manos viajaron hasta la mía y me apretaron contra su cuerpo, sintiendo con rapidez la erección que escondía bajo los calzoncillos.

—No podré preguntarlo más —jadeó contra mis labios—, solo una última vez: ¿estás segura?

—Completamente.

No fui capaz de saber cuándo ni cómo lo había hecho, pero terminé tumbada bocarriba en la cama con el cuerpo de Rubén sobre el mío, encajado entre mis piernas. Abandonó mis labios para besarme la cara, en la nariz y los pómulos; sobre las pecas, descendiendo hasta mi mandíbula y de ahí al cuello, donde acompañó los besos con la lengua, caliente y húmeda que contraían mi entrepierna de un modo

antinatural. Un gemido ronco salió disparado de mi garganta y pude sentir su sonrisa contra mi piel. Una sonrisa de satisfacción cargada de deseo. Sus manos viajaron hasta mi cintura, llevándose la tela del pijama por delante para rozarme la piel con la yema de los dedos. Unos dedos suaves que no solo tocaban; adoraban cada centímetro.

Dicen que las comparaciones son odiosas, sin embargo, no pude evitar comparar las caricias de Rubén con las de Aaron. Fue una fracción de segundo; un tiempo indeterminado pero corto y una voz retumbando en mi cabeza como un eco lejano, casi imperceptible:

Rubén me cuidaba.

Rubén me quería.

Rubén era mejor.

Jadeé cuando sentí su lengua deslizarse por mi estómago y alcé las caderas en un acto instintivo que él no se preocupó en contener. Se amoldó a mis movimientos y siguió con sus planes, que eran deliciosamente suaves, cariñosos, cargados de dulzura.

—No sabes lo bien que sabe tu piel —susurró, lanzándome ráfagas de su cálido aliento contra mi piel sensible.

Me deshice sobre el colchón por sus palabras, como un helado en verano a pleno sol del mediodía. Ya no era lo que decía, sino el tono de voz. *Su* tono de voz. Aquel ronroneo que acompañaba su ya de por si preciosa voz era una delicia a la que me había propuesto hacerme adicta.

Sus labios siguieron descendiendo hasta el borde del pantalón, deteniéndose el tiempo justo para mirarme a los ojos lo necesario para saber que iba bien. Iba muy, pero que muy bien. Llevó las manos allí y tiró de la tela, bajándomelos mientras sus labios seguían adorando cada centímetro de mi piel a su paso.

Jadeé al sentirlos entre mis piernas, en los muslos, sin ni siquiera tocar mi parte sensible. ¿Cómo demonios lo hacía? ¿Cómo podía sentir que llegaría al clímax en cualquier momento, cuando ni siquiera había prestado atención a mi sexo?

—Rubén —gemí, alzando la mano para enlazar los dedos con su cabello corto.

Y en ese momento ocurrió.

Cuando sus labios tocaron los míos, una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo entero. Arqueé la espalda y contuve los jadeos que querían salir de mi garganta. No quería que nadie me oyera, pero me costaba una vida contenerme.

Perdí la noción del tiempo con Rubén entre mis piernas, saboreando incluso rincones que yo creía desconocidos, como si no formasen parte de mi cuerpo y, en aquel momento, hubiesen aparecido allí para él.

El orgasmo no tardó en llegar. Lo contuve tanto como fui capaz;

quería seguir disfrutando de su contacto, pero fue imposible alargarlo y me mordí la lengua para no gritar como un ser poseído por el diablo, pese a que me sentía en el mismísimo cielo.

Todavía me estaba recomponiendo cuando él se deslizó y sus labios volvieron a mi cuello, donde dejó un nuevo camino de besos, esa vez húmedos y más calientes, que me hicieron abrir los ojos y abrazarlo, paseando mis manos por su fuerte y tersa espalda. Podía sentir los músculos moverse bajo mis dedos y su cadera empujando sobre la mía, uniendo nuestros sexos con la única barrera de la tela de sus calzoncillos.

—¿Cómo estás? —susurró, cesando sus caricias para mirarme a los ojos.

Sonreí, seguro que del mismo modo que una niña emocionada, y él me correspondió con aquella sonrisa de la que iba a enamorarme algún día. Puede que incluso ya lo estuviese en ese momento.

—Cuando pueda hacer que mi cerebro funcione responderé a eso.

Él soltó una carcajada y se inclinó para besarme en los labios, colando su lengua descaradamente entre ellos para iniciar una lucha de carne, saliva y deseo que volvió a subir mi temperatura corporal a unos niveles casi inaguantables. Lo necesitaba a él; lo necesitaba dentro de mí, por lo que enrosqué las piernas alrededor de su cintura e hice presión contra mi cuerpo, sintiendo su miembro duro contra mi sexo.

No necesitó más invitación que esa.

Alargó el brazo y abrió un cajón sin ni siquiera mirar la mesita de noche. Sus labios seguían pegados a los míos. Nuestros cuerpos, entrelazados. Apenas oí nada. Apenas sentí más allá de sus labios, hasta que, de un movimiento lento, controlado y cuidadoso, se introdujo en mí. Mi boca se abrió como consecuencia y él volvió a la carga colando la lengua con más fiereza con la que me estaba follando. No, Rubén no me estaba follando; me hacía el amor. Así lo confirmé cuando sus movimientos fueron lentos y estudiados. Despacio, sin prisa, prendándose de cada centímetro de camino, hasta que llegó hasta el fondo y se detuvo.

—Estás tensa.

Su voz fue apenas un ronroneo.

Besó de nuevo sobre mis pecas y cerré los ojos disfrutando de aquel contacto. Sentí cómo mi cuerpo se relajaba ante su invasión, que nada tenía que envidiar a la de… Me obligué a no pensar en él. Lo había expulsado de mi vida. No quería saber nada de esa persona. En ese momento, en ese preciso instante… estaba con Rubén.

Al parecer él sintió cómo me fui relajando, porque volvió a la carga con movimientos tranquilos, sin prisa. Como si tuviésemos toda una vida para disfrutarlos. Y solo por eso lo deseé más.

No le pedí que fuese más rápido, ni más duro. No quise acelerar todo aquello. Disfruté del momento tanto como él y me armé, inconscientemente, de una paciencia que me hizo ver las estrellas una y otra vez, incluso con el techo que había sobre nosotros. Incluso en la tenue luz que nos envolvía.

Arrugué la frente antes de abrir los ojos y mis pupilas se quedaron fijas en el rostro que tenía frente a mí. Su sonrisa, de buena mañana, resultaba un elixir de calma y regocijo. Me miraba en silencio y yo intenté mantenerlo, hasta que no pude más y abrí la boca para decir algo. No obstante, él se adelantó.

—Trescientas veintiocho.

—¿Qué?

—Tienes trescientas veintiocho pecas en la cara.

—Es imposible que las hayas contado todas.

—Dos veces —aseguró complacido. Se inclinó un poco hacia mí y me dio un tierno beso en los labios—. Buenos días, pelirroja. ¿Te apetece un café?

—¿De verdad has contado mis pecas dos veces?

—En realidad, han sido tres. Pero soy consciente de lo extraño que parece, así que la primera, en la que me he descontado porque te has movido, no la tengo en cuenta. ¿Café?

Asentí con la cabeza y me desperecé, retorciendo los brazos sobre mi cabeza mientras él se levantaba. Se puso el pantalón y salió del dormitorio bajo mi atenta mirada, pensando en cómo era posible que Rubén hubiese tenido la paciencia infinita para contar mis pecas. Una a una…

Trescientas veintiocho.

¿Cómo podía algo tan simple y al mismo tiempo extraño, resultar tan bonito? Había contado mis pecas, maldita sea, era increíble.

Volvió con dos tazas en una mano, cogidas por las asas, y un plato con cuatro *croissant* de mantequilla que tanto me gustaban. Supuse que había dos para él y dos para mí, por lo que no pregunté y cogí uno, atacando el segundo en cuanto terminé con el primero. E iba por la mitad, cuando sentí que me miraban y giré la cabeza a mi derecha, encontrando a Rubén observándome con una sonrisa en su cara.

—¿Qué? —pregunté con la boca llena.

—¿Nos hemos levantado con hambre, pelirroja?

—Un poco —afirmé algo avergonzada.

—Eso está bien. ¿Quieres más? Puedes comerte el mío. —Señaló el que quedaba en el plato y yo negué con la cabeza. Con dos tenía suficiente. Pareció estudiar mi decisión y finalmente cogió el que quedaba y le dio un bocado—. ¿Qué quieres hacer hoy?

—Me gustaría ir a ver a Zeus. Quiero confirmar que sigue bien y

que me digan cuándo podrá volver a casa.

—Está bien —respondió risueño—. Voy a darme una ducha y, cuando estés lista, vamos a ver a Zeus.

Asentí y él se levantó de la cama, llevándose su taza y el plato vacío.

Yo me quedé un rato más, terminándome el café mientras él se daba aquella ducha. Cuando supe que había terminado, fue mi turno. Me colé en el cuarto de baño antes de que cualquiera de mis amigos me interceptara por el camino y me despojé del pijama. Mi reflejo en el espejo me ofreció una imagen muy distinta a la que días atrás me devolvía. Los moretones apenas eran un recuerdo imperceptible. Difuminadas coloraciones en las que tenías que fijarte muy bien, aunque fui capaz de darme cuenta de un detalle que me puso el vello de punta: allá donde Rubén había mostrado más hincapié en dejar su rastro, era donde quedaban restos de aquellos tonos. Me pareció como un intento de aliviar el dolor que Aaron había infligido a mi cuerpo. Lo mismo hizo con mi entrepierna, que días atrás había estado dolorida, volcando todo su cariño en aquella zona.

Suspiré y sonreí, mirándome a los ojos en el reflejo.

Me duche con cierta rapidez, ansiosa por ir a ver a mi amigo de cuatro patas, y terminé de vestirme, dispuesta a secarme el cabello, cuando un aviso en mi móvil anuló los planes momentáneamente para ver qué era lo que había recibido, esperanzada de que fuese alguna oferta de empleo. No habíamos hablado de ello, pero el hecho de que Aaron fuese un acosador y un presunto asesino no iba a limitarme en cuanto al empleo. Lo necesitaba y debía llevar una vida medianamente normal.

La sangre se heló en mis venas cuando la notificación que tenía era un mensaje de Aaron. Una fotografía. Cliqué sobre el aviso y la conversación se abrió, mostrándome algo que ya no solo mantenía mi sangre helada, sino que, además, me cortó la respiración.

Era una *selfie* de él sonriendo junto a Zeus.

En el veterinario.

Con la foto había texto: Ya veo que el *caraponi* es fuerte como un toro.

Llevé la mano libre a mi boca, cubriéndomela, mientras el corazón latía desbocado bajo mis costillas.

Aaron estaba con Zeus.

En el veterinario.

Salí disparada del cuarto de baño y llegué a la cocina a la carrera, casi comiéndome el marco de la puerta, con la respiración agitada y sin apenas voz.

—Aaron… Zeus…

Rubén, que tomaba un segundo café junto a mis amigos mientras

me esperaba, se levantó del taburete y se apresuró a ponerse junto a mí.

—¿Qué ocurre?

—Zeus… —susurré, alzando el móvil para que viera la pantalla.

Él miró la fotografía, arrugó la frente y su mirada se heló, dilatándole tanto las pupilas que sus iris parecían negros como el carbón, pese al castaño de sus ojos.

—Nos vamos —informó, con la voz tan dura que incluso infundía cierto miedo.

No por mí, sino por lo que pudiese llegar a hacer.

Con el cabello mojado, seguí a Rubén hasta la puerta de entrada, seguidos de mis amigos y Alex, aunque este último se detuvo en el pasillo cuando Carol cesó sus pasos y le plantó cara.

—Tú te quedas aquí —ordenó.

Él fue a hablar, pero Jordi, que había analizado la situación con rapidez, dio un paso atrás.

—Me quedo con él. Avisadme de cualquier cosa, ¿vale?

Todos asentimos sin decir palabra y salimos a la carrera.

Que Aaron hubiese tenido acceso a Zeus con tanta facilidad me tenía con los nervios a flor de piel. Cada vez estaba más segura de que él había sido el causante de sus heridas, por lo que, teniendo tan fácil acceso, podría rematarlo sin ningún problema. Quién sabía si le había dado algún tipo de veneno en su visita o le habría inyectado algo.

Empecé a temblar en el asiento del coche y Rubén, que pareció darse cuenta, me cogió la mano y la llevó a sus labios para darme un cálido beso.

—Seguro que está bien —susurró.

Carol iba detrás con Lidia y no dijo palabra, con la frente arrugada y los brazos cruzados. Ella, aunque tenía su carácter, adoraba a Zeus casi tanto como yo. Sabía que la idea de que Aaron hubiese podido hacerle algo era suficiente para que mi amiga fuese a por él y lo degollase con sus propias manos. Lidia se había perdido en su mundo, pensando en algo que era imposible adivinar.

40

Entramos en la clínica atropelladamente, casi pasando por encima de un señor que se disponía a salir de allí con su perrito pekinés, el cual nos ladró e incluso me pareció ver que le mordió el tobillo a Rubén, supuse que, de haber tenido dientes, quizá le hubiese hecho daño. La chica de recepción, que siempre se había mostrado muy amable con nosotros, nos observó con la confusión visible en su rostro. No entendía por qué aparecíamos de ese modo.

—Quiero ver a Zeus —farfullé, lanzándome sobre la mesa alta de recepción.

—Eh… sí, claro, espere… Voy a avisar al veterinario…

—¡Quiero ver a Zeus! —grité con fuerza.

La chica salió corriendo y Rubén me abrazó contra su pecho, conteniéndome. Sabía que en cualquier momento iba a romperme en mil pedazos. Especialmente si a mi perro le había ocurrido algo. Especialmente si ese algo era causado por Aaron.

—Victoria.

Me deshice de los brazos de Rubén y miré en aquella dirección, donde el veterinario nos observaba con curiosidad.

—¿Dónde está Zeus?

—En su jaula. ¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? —preguntó Rubén—. Han dejado entrar a un demente para que se acercase a nuestro perro sin que nosotros lo hayamos autorizado. ¿Se hubiesen hecho responsables si ese cabrón lo hubiera agredido de nuevo?

El veterinario palideció y me miró, pero yo estaba demasiado nerviosa para hablar sobre ello, sobre todo, después de oír que Rubén había dicho «nuestro perro». Lo era. *Nuestro* perro. El de todos. E íbamos a cuidarlo y protegerlo hasta el fin de sus días.

Sin decir palabra, pasé por su lado y tomé camino hacia la zona de ingresos. Había pasado varias veces por ahí, por lo que sabía el camino de sobra. Entré por la puerta y me tiré de rodillas al suelo. La jaula de Zeus estaba abajo a la derecha. Él me recibió con lamentos y besos a través de la reja que nos separaba. Su cola iba a toda velocidad y rascaba con las uñas pidiendo salir.

—Nos vamos a casa —susurré abriendo la puerta.

Cuando salió se lanzó sobre mí con una alegría que no lograba contener, por lo que quedé sentada en el suelo con él sobre mis piernas, retorciéndose de contento.

—Él se identificó como pareja de la señorita Victoria —oí que

decía el veterinario, acercándose a la zona donde yo estaba—. Le creímos cuando nos ofreció información verídica del perro, como su nombre, raza, color…, por lo que no hemos sospechado de nada que pudiese indicar que…

—Pienso demandarles por esto —masculló Rubén, que entró por la puerta seguido del veterinario—. ¿Cómo está? —me preguntó, acuclillándose a mi lado para tocarle la cabeza.

—Contento —me limité a decir.

Rubén asintió y se irguió, encarándose al veterinario.

—Quítele la vía y háganos la receta de la medicación que debe tomar. Nos lo llevamos a casa.

—Sí…, claro, ningún problema. Iba a llamar esta tarde para indicarles que ya podían llevárselo.

—Quiero que le hagan una analítica y me aseguren de que no le ha dado o inyectado nada que pueda hacerle daño o matarlo —dije, sin dejar de abrazar a mi peludo amigo, que ya empezaba a calmarse un poco.

El veterinario asintió y desapareció por la puerta en silencio. Rubén fue tras él y Carol se sentó a mi lado, en el suelo, acariciando a Zeus.

—Está bien —susurró, estrechándome por los hombros con el brazo libre—. Ha sido un susto.

—Ha sido un aviso —aseguré con frialdad—. Un aviso de que cuando él quiera… puede hacerme daño.

—No dejaremos que lo haga.

El veterinario se apresuró a realizar las pruebas oportunas para descartar que Aaron le hubiese administrado algo en su visita, ya fuese por ingesta o inyectado. Respiré aliviada cuando nos informó de que no había nada fuera de lo común y que Zeus estaba sano, a falta de que sus heridas terminasen de curar, pues todavía llevaba los puntos y le quedaba un tiempo más hasta que pudiesen quitárselos. Le pusieron un collar isabelino para evitar que pudiera quitarse o lamerse los puntos y me dieron los medicamentos que debía tomar. Por las prisas con las que habíamos salido de casa ni siquiera cogí el bolso, pero a Rubén no le tembló la mano cuando sacó la cartera y pagó todos los cuidados de Zeus, que no salieron en absoluto baratos. Aquella cifra de cuatro números me mareó tanto que respiré hondo y me separé de mis amigos, saliendo a la calle con Zeus en busca de un poco de aire fresco. A él se lo veía contento de poder salir al fin a la calle, pues sus paseos se limitaban al patio interior de la clínica, donde no podía ver a otros perros ni olfatear todo a su paso. Aunque, con el collar isabelino, lo de olfatear le resultaría complicado.

Estaba cagada de miedo, no podía negarlo, pero también sentía la necesidad de ir en busca de Aaron y plantarle cara. En realidad, ni

siquiera tenía que buscarlo. Sabía que estaba cerca de mí en todo momento. Incluso en aquel instante. Llené mis pulmones de aire y alcé la mirada, barriendo con disimulo a mi alrededor mientras Zeus hacía un pis en el árbol que teníamos cerca.

No vi a Aaron, pero supe que estaba ahí, al acecho.

Me sobresalté cuando sentí una mano en mi espalda y giré con rapidez, encontrándome con Rubén que me miraba un poco serio.

—¿Estás bien?

—Me has asustado. —Asentí con la cabeza y miré a Zeus—. Sí, estoy bien. Solo quiero volver a casa.

Rubén soltó una maldición cuando, nada más llegar a casa, Jordi nos informó de que Aaron había estado allí. Al parecer, nuestro amigo escuchó a alguien hablar en el rellano y resultó que la vecina había interceptado a Aaron ahí mismo y le preguntaba quién era y a dónde iba. Jordi, por si acaso, puso la cadena de la puerta y la abrió lo que esta le permitió, apenas asomando la nariz para decirle a Aaron que se marchase o llamaría a la policía. Según mi amigo, a juzgar por la cara de Aaron, no esperaba que hubiese nadie en casa, lo cual nos hizo pensar que, seguramente, pretendía entrar forzando la cerradura. O incluso esperarme en el rellano, como ya había hecho alguna que otra vez en mi casa, cuando venía y yo no estaba ahí.

—Esto tiene que acabar ya —masculló Rubén sacando el móvil del bolsillo.

Se marchó por el pasillo de las habitaciones y se encerró en la suya. Miré a Carol en busca de respuestas, pero ella se encogió de hombros.

—Supongo que estará llamando a sus colegas del instituto. Todavía tiene contacto con ellos.

—Pero… ¿qué pretende hacer? No irá a tomarse la justicia por su mano, ¿no?

Carol se encogió de hombros una vez más y se alejó hacia el sofá, donde Jordi y Alex ya estaban sentados. Lidia se quedó cerca de mí.

No me había dado tiempo de decidir colarme por el pasillo, que Rubén apareció por él acompañado de una tremenda cara de pocos amigos. Estaba enfadado. Mucho. Demasiado.

—Rubén…

Él se acercó a mí y me abrazó contra su pecho. Pude sentir los latidos de su corazón golpeando con fuerza contra las costillas.

—Vayámonos lejos —propuso, separándose un poco de mí—. Mi familia tiene una casa en la montaña, en otra comunidad. Lejos del mundo.

Sus palabras me dejaron sin aliento y miré a Carol, que asintió apoyando a su hermano. Pero algo me decía que Aaron no

descansaría. Nos encontraría y… si tan apartada del mundo estaba, aquello podía darle una ventaja.

—No podemos huir —susurré—. Hay que plantarle cara.

Él no dijo nada más, se limitó a asentir y yo me fui al sofá, sentándome junto a Alex que chocó su hombro con el mío.

—No sé si lo tuyo es valentía o estupidez.

—Puede que ambas —admití.

El grupo nos dejó a solas para hacer la comida. Por algún extraño motivo, querían preparar algo juntos. Como si, de pronto, Rubén estuviese invitado al grupo y fuese uno más.

—¿Por qué dijiste que era muy pelirroja?

Había pensado en ello alguna vez, pero me pareció una tontería sin sentido, Un comentario sin más. Una apreciación ridícula de alguien que habría visto pocos pelirrojos. En ese momento, sin embargo, sentí que debía preguntarlo.

—Amanda también es pelirroja. —Alcé las cejas por la sorpresa y él asintió con la cabeza—. Se tiñe porque sabe que Aaron adoraba su cabello. Decía que era como las llamas del…

—Ave fénix —murmuré. Alex se mostró extrañado por mis palabras—. Es como me llama a mí.

—Me sorprendió ver que la mujer de la que tanto hablaba Aaron… también era pelirroja. En ese momento no lo tuve en cuenta, pero ahora pienso que es una especie de obsesión que tiene. Cuando yo la conocí en el hospital… Llevaba tantos días ingresada que se veía su cabello natural en la raíz. Le pregunté y confesó que era su color natural, pero que llevaba años tiñéndoselo. No me dijo el motivo.

—Yo vi fotografías de ella por internet y en ninguna era pelirroja.

—No sabría decirte, Vicky. Pero te aseguro que es pelirroja.

Alex se marchó poco después de comer. Dijo que no podía esconderse toda la vida y que debía ir a trabajar, ya que había agotado los días libres que se había pedido por asuntos personales.

En cuanto a Rubén, estuvo callado gran parte del día. Apenas dejó salir algún monosílabo, gesto de cabeza o una simple mirada. Algo le rondaba la cabeza y no supe qué era. Tampoco me atreví a preguntárselo. Y en la cama, aunque me invitó a dormir con él, se limitó a eso: dormir. Me abrazó y se dedicó a peinarme el cabello con la mano, como si aquello lo relajara, pero no intentó nada más y yo no quise «obligarlo» a hacer algo que claramente no le apetecía.

41

Habían pasado cinco días desde que recogimos a Zeus en la clínica veterinaria. Y parecía que todo estaba bastante tranquilo. Zeus tenía sus tres salidas al día y la hacíamos en grupo. Todos rodeándome como un muro de protección, no solo por mi amigo peludo, sino por mí. Siempre, sin excepción, mis tres amigos y Rubén vigilaban todo a nuestro alrededor. Cualquier paso, cualquier voz, cualquier mínimo movimiento. Eran unos guardaespaldas geniales. Y Zeus, desconozco si fue por su estado de recuperación o porque sentía la tensión en todos nosotros, apenas hacía sus necesidades pedía volver a casa.

Así que todo iba bien… hasta que aquella mañana recibí un nuevo mensaje de Aaron. En esa ocasión no hubo fotografía, solo texto:

Te suplico que me des la oportunidad de explicarte algunas cosas.

No respondí por razones obvias, pero estuve mirando ese mensaje una y otra vez. Una y otra vez… pensando en cómo podía conseguir que Aaron pagase por sus crímenes. En cómo lograr que la justicia hiciese su trabajo, aunque sin pruebas resultaba muy difícil. Ni siquiera la fotografía de él con Zeus en la clínica sirvió de nada. Rubén me llevó a la comisaría para que diera parte… y no le dieron importancia. Mi perro estaba bien y lo que había hecho, al parecer, no era ningún delito.

Llené mis pulmones de aire leyendo el mensaje una vez más. Había perdido la cuenta de las veces que lo había leído y ninguna de ellas había arrojado nada de luz. Ni una pizca. Lo único que se me ocurría era ignorarlo, pero estaba leyendo una vez más esas palabras, cuando un nuevo mensaje suyo apareció en la pantalla:

Me pasé en el supermercado.
Lo admito.
Fui gilipollas.
Y la foto con Zeus no fue más que para
demostrarte que me preocupaba por él.

Se preocupaba por él…

Resoplé y fui a bloquear el móvil, pero entonces caí en un detalle. Algo que en su momento no pensé y que, en aquel instante, era muy importante. Respiré hondo un par de veces y tecleé en la pantalla:

¿Cómo sabías que Zeus estaba en el veterinario?

¿Cómo sabías que Zeus estaba en *ese* veterinario?

Aaron leyó mi mensaje y empezó a escribir, pero de pronto borró y quedó en línea unos cuantos minutos que se me antojaron eternos. A punto estuve de mandarle un audio gritándole para que respondiese a esas preguntas.

Me lo contó Alex.

Mentira. Mentira. Mentira… Alex no le había dicho nada. Ahí tenía la prueba de que Aaron había sido el responsable de la agresión que sufrió Zeus. Al menos, para mí lo era. La parte buena era que, si había dicho eso, es porque no se había enterado de que Alex había estado con nosotros. Y tampoco Amanda. Se le había escapado esa información.

No quiero que vuelvas a acercarte a mi perro.
Te quiero lejos de nosotros.

Hablemos, por favor.
Déjame que te explique todo.
Te echo muchísimo de menos.
Ya ni siquiera duermo en mi cama.
Cada vez que la veo recuerdo lo que te hice y…
Me siento muy mal, Vicky.
Por favor, hablemos.

Leí sus palabras con calma, y lo leía por segunda vez cuando entonces me llamó. Silencié la llamada inmediatamente y sentí cómo vibraba mientras observaba su nombre en la pantalla. La llamada se cortó y seguidamente entró otra, que de nuevo silencié. Sopesaba la opción de cogerlo o no. Pensaba en algún motivo que me hiciese descolgar y enfrentarme a él, pero no encontraba nada de peso. Nada que me dijera que le debía algo a ese hombre. Y de pronto lo pensé; a él no le debía nada, y a su hijo tampoco…, pero quería saber la verdad. Quería que, si él era el responsable de la desaparición del niño, pagase por ello.

Llené mis pulmones de aire y descolgué al mismo tiempo que me levantaba para cerrar la puerta de mi dormitorio. Los chicos estaban en el comedor charlando sobre algo.

—¿Pequeña?

—No me llames así —gruñí, sentándome de nuevo en la cama—. ¿Qué quieres, Aaron?

—Hablar contigo. —Suspiró y se hizo un silencio bastante

incómodo—. ¿Cómo estás?

—Ahora estoy bien. *Lejos de ti* estoy bien.

Otro largo silencio en el que se oyó un suspiro lejano.

—Lo siento muchísimo —susurró.

—No acepto tus disculpas, pero agradezco que te arrastres de este modo.

—Una vez —farfulló—. Solo te pido una vez más para vernos y hablar cara a cara. En un lugar público, si así te sientes más segura. Por favor, Vicky, solo te pido esto.

—¿Para qué? No tengo nada más que decirte y tampoco quiero tus excusas baratas.

—Solo escúchame. Después podrás irte y no te molestaré más.

Llevé el pulgar a mi boca para morderme la uña.

Lugar público. Una sola conversación… y se iría de nuestras vidas.

Podría ser la solución para quitármelo de encima.

—Está bien —susurré.

—¿En el Pandora te parece bien? —Negué con la cabeza, pero no respondí—. Esta tarde. ¿Sobre las seis? Cuando te vaya bien a ti.

Resoplé y pasé la mano por mi cuello, allá donde días atrás estaban sus dedos marcados. El Pandora estaba lo suficientemente concurrido como para cubrir mis espaldas. Además, al ser por la tarde, el ambiente era tranquilo. La música no estaba alta y la gente no iba bebida. Un solo grito… y estaríamos rodeados de ojos curiosos que podrían testificar en su contra.

—Vale. En el Pandora a las seis.

—¿Vengo a recogerte?

—En el Pandora a las seis —repetí antes de colgar.

Iba a cometer la estupidez de quedar con él, pero no permitiría que me metiera un coche donde él tenía el control absoluto. No. Iría yo misma y volvería yo misma.

Sin embargo, en ese momento caí en el detalle más importante de todos: ¿cómo salir del piso, sola, sin que nadie se diese cuenta?

Resoplé y me dejé caer atrás, sobre la almohada, pensando en las opciones que tenía. Contárselo a mis amigos no era una opción; me prohibirían ir. Contárselo a Rubén tampoco lo era; si aceptase, exigiría acompañarme. Y pasear a Zeus no era una excusa; íbamos en manada para asegurar nuestra protección.

¿Cómo narices, entonces, lograría llegar al pandora sola?

Como si una señal divina hubiese llegado a mí, recordé tener el número de teléfono de Amanda, por lo que hurgué en el cajón de mi escritorio y saqué la agenda, donde lo guardé discretamente. No tardé ni dos segundos en marcar el número de teléfono para llamarla, con el corazón latiéndome con fuerza.

42

Me movía inquieta en el asiento trasero del todoterreno que me había ido a recoger. Mentí a mis amigos, sí. Les dije que Amanda me había llamado y que quería hablar conmigo a solas, por lo que ella misma, con sus guardaespaldas, me vendría a recoger para ir a su casa. Rubén, que notó algo raro en mis palabras, pidió acompañarme abajo y verificar, como hizo, que Amanda me estaba esperando en la puerta. No se quedó tranquilo, pero me dio un intenso beso con mi rostro acunado entre sus manos y, con sus ojos clavados en los míos, susurró: «ve con cuidado».

Esas palabras todavía rebotaban en mi cabeza una y otra vez, provocando que los latidos de mi corazón fuesen fuertes y dolorosos. El zumbido que sentía en los oídos no debía ser buena señal. Quizá eran los nervios.

—Sigo pensando que no es buena idea —comentó Amanda a mi lado.

Llevaba las gafas de sol puestas y la mirada perdida por su ventanilla. Me tomé la libertad de observar detenidamente su larga cabellera negra, sin una pizca de pelirrojo. Nada que dijese que su color natural era el mismo que el mío.

—¿Desde cuándo te tiñes el cabello?

Mi pregunta provocó que ella girase la cabeza tan rápido en mi dirección, que incluso temí que se rompiese el cuello en ese movimiento tan brusco. No dijo nada, solo me observó tras los cristales oscuros de sus gafas, finalmente, asintió una vez y apretó los labios.

—Alex… —susurró.

—Puede ser.

—La obsesión de Aaron por nuestro color de cabello es de siempre. —Su voz era tranquila y pausada. Como si estuviese eligiendo las palabras adecuadas—. Mi color natural desapareció cuando todavía íbamos a la universidad. Yo lo odiaba, porque solía ser motivo de burla de mis compañeros en la infancia y él… él no hacía más que decir cosas bonitas de mi color. Quise saber si se había enamorado de mí o de mi cabello, por eso me lo teñí. Y cuando vi algo en sus ojos cuando vio el cambio, lo cual nunca supe qué era…, decidí dejármelo. Él insistió durante años en que volviese a mi color natural y yo me negué en redondo.

—Su tatuaje de la espalda…

—Ya lo tenía cuando lo conocí —farfulló—. Curioso, ¿verdad? El

ave fénix… Un ser capaz de resurgir de sus cenizas, como parece que hace él cada vez que destruye la vida de alguien. Como si al hacerlo, muriese y volviese a nacer con una mente nueva; una vida nueva. Como si nada hubiese ocurrido. —Ladeó la cabeza, mirándome, aunque yo no lograba ver sus ojos—. A ti también te llamaba así, ¿verdad? —Asentí una sola vez, casi sin mover la cabeza. Ella chasqueó la lengua—. Todavía no he sido capaz de descifrar esa parte de él. Esa obsesión por nuestro cabello y ese… bicho. —Llegamos al Pandora, aunque el todoterreno se detuvo unos metros antes, alejado de la mirada de Aaron—. No puedo acompañarte, Victoria. Si nos ve juntas…, pensará que estamos haciendo algo contra él y puede ser más peligroso. Para las dos —matizó—. ¿Estás segura de querer hablar con él? No va a ofrecerte nada nuevo. No sirve de nada la palabra con ese hombre.

—Quiero saber la verdad.

—¿Qué verdad?

Me desabroché el cinturón y abrí la puerta. Una vez fuera del vehículo, me incliné para mirarla a la cara.

—Quiero saber qué hizo con tu hijo.

Su boca se abrió como si quisiese decir algo y alzó la mano, apartando las gafas de los ojos. La sorpresa era visible en ellos.

—No lo conseguirás —susurró.

Sus ojos se iban llenando de lágrimas.

—Él siente debilidad por nosotras. No sabemos por qué, pero jugar esa baza en su contra puede ser… la solución. —Sonreí pesarosamente y asentí con la cabeza—. Tres horas.

Ella asintió y volvió a colocar las gafas en su sitio.

Cerré la puerta, cogí aire profundamente, llenando mis pulmones, y emprendí rumbo al Pandora.

El vello de todo mi cuerpo se erizó cuando entré en el local y de ahí accedí al jardín repleto de mesas. Me relajé un poco cuando logré ver algunas personas tomando algo, charlando… Incluso había un par de familias con niños. Lugar bastante neutro; a la vista de muchos. Un lugar seguro.

Él, como si me hubiese olido, alzó la mirada de la mesa y la clavó sobre mí. Estaba sentado en la mesa donde yo solía ponerme con mis amigos. Una mesa que, durante un tiempo, desde lo ocurrido con él, no volvió a saber de nosotros. Respiré hondo con disimulo, alcé el mentón y me dirigí allí a pasos firmes. Él se levantó de inmediato y apartó una silla de la mesa, justo a su lado, invitándome a que me sentara allí. Sin embargo, cuando llegué, obvié su muda invitación y aparté otra silla; la que quedaba frente a él. Aaron apretó los labios, asintió una vez y se sentó en su silla. Carraspeó antes de decir:

—Gracias por venir.

Su voz sonó ronca, muy distinta a lo que yo recordaba en él.

Sin embargo, su aspecto era el de siempre: impecable, soberbio, con poder… Con el poder suficiente para hundir mi vida y la de mis amigos con solo chasquear los dedos.

—¿Fue por celos?

Su frente se arrugó al instante y me miró, sacudiendo la cabeza una vez como si no supiese el motivo de mi pregunta.

—Voy… Voy a buscar algo para beber.

Se levantó de la silla como si un fuelle lo hubiese empujado y se alejó con pasos firmes, seguros, como si mi pregunta no lo hubiese desconcertado. O quizá quería ocultarme que sí sabía a qué me refería y pretendía buscar las palabras adecuadas sin que yo me diese cuenta de ello.

No supe cuál de las dos opciones era.

Cinco minutos después volvió con un par de refrescos con hielo. Dejó el mío frente a mí y volvió a su silla, donde se acomodó con calma. Parecía que meditaba algo, aunque finalmente me miró a los ojos y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—¿Qué crees que fue por celos?

Cogí mi vaso y le di un sorbo al refresco de naranja que me había traído. Estaba frío y me ayudó a aclarar mi garganta.

—Atacaste a Zeus. —Sus cejas se alzaron rápidamente y yo clavé la mirada cargada de furia sobre él—. Sabías que era lo único que tenía… y quisiste matarlo.

—Yo no ataqué a Zeus —dijo con voz calmada.

—Nos viste —siseé. Apreté tanto los dientes que temí rompérmelos —. Nos viste, y él te vio… corrió detrás de ti y tú…

—Vicky, no sé de qué me estás hablando.

Negué con la cabeza y le di otro sorbo al refresco.

—No intentes engañarme. —Agarré el vaso con ambas manos y cogí aire—. ¿Qué le ocurrió a tu hijo?

—¿Estoy en un interrogatorio y acabo de enterarme? —Se acomodó en el respaldo y me miró con los ojos entrecerrados—. ¿De qué me acusas exactamente?

Ladeé la cabeza sin quitarle los ojos de encima.

—¿De qué crees que te acuso?

Aaron volvió a apoyar los antebrazos sobre la mesa y me miró. Me observó con atención y calma. Mucha calma.

—No lo sé.

Él dio un trago a su bebida y yo aproveché para dar otro a la mía. Largo, muy largo. Necesitaba lubricar un poco más mi garganta.

—¿Cómo supiste que estaba en el supermercado aquel día?

—Te seguí. —Al menos una verdad entre tanta mentira—. Te he seguido alguna que otra vez, ya lo sabes. Me viste.

—Te vi —aseguré, asintiendo con la cabeza—. Entonces… me seguiste cuando me fui con Rubén y Zeus.

—¿Con ese tipo con el que, según tú, no había nada?

Me froté la cara con ambas manos y resoplé.

Me sentía cansada. Mentalmente embutida.

—Sí, con él —dije con pesadez.

Aaron se encogió de hombros y volvió a recostarse en el respaldo de la silla.

—Quería hablar contigo de un modo calmado y civilizado, pero ya veo que tú solo has venido para acusarme y atacarme.

—He venido para saber la verdad.

—¿Qué verdad?

Su voz seguía siendo calmada, serena. Con una tranquilidad que me sorprendía y, al mismo tiempo, me causaba muchísima curiosidad. Mis preguntas deberían haberlo puesto nervioso. Sin embargo, en su rostro no había más que tranquilidad, ni una arruga en su frente, ninguna gota de sudor. Nada que indicase nerviosismo. Absolutamente nada más que… confianza. Muchísima confianza en sí mismo.

—Tú… —Cerré los ojos y sacudí la cabeza—. Tú… —Llevé las manos a mi cara de nuevo y abrí los ojos como pude. Me sentía… cansada. Muy cansada. Algo hizo *clic* en mi mente—. ¿Qué me has puesto en la bebida?

Lo último que vi fue su sonrisa.

Una sonrisa que no iba a olvidar jamás.

43

Desperté en un lugar oscuro, aunque extrañamente cálido. Muy cálido. Incluso asfixiante. Si no fuese porque estaba sentada y tenía las manos y los tobillos atados, hubiese creído que me habían enterrado viva. Lo que me pareció una mordaza tenía mi boca seca y, aunque intenté lubricarla con la lengua, no lo conseguí. Incluso la tela me dio arcadas y me obligué a cesar los intentos.

Retorcí las muñecas y forcejeé con los pies… en vano. Nada se movió de su lugar. Nada más que un dolor silencioso en las zonas donde las cuerdas se apretaban contra mi piel. Y en ese momento en el que mi mente parecía procesar lo que estaba ocurriendo, empecé a sentir miedo. Grité, pese a la mordaza. Me retorcí, pese a las cuerdas. E intenté ver… pese a la oscuridad. Pero esta última fue invadida por una luz repentina que desveló todo a mi alrededor. Lo que parecía un garaje se abría ante mí, y Aaron, frente a una puerta, me observaba en silencio. Me tensé cuando sus pasos lo acercaron a mí con tranquilidad. Con tanto desinterés… Tenía las manos escondidas en los bolsillos y una sonrisa se dibujó en su rostro cuando llegó frente a mí. Temí que, cuando sacó las manos, tuviese algo con lo que torturarme. Y respiré aliviada al ver que estaban vacías. Se acuclilló frente a mí y me miró a los ojos.

Intenté mantenerme serena, aunque mi respiración agitada no ayudaba en absoluto. Tenía que pensar. Rápido. Desvié la mirada hasta sus manos entrelazadas y él siguió el rumbo, aunque recé para que no se diese cuenta de lo que miraba realmente: su reloj. Quería saber la hora.

Eran las siete y media.

—No voy a tocarte —dijo con voz neutra, alzando la mirada para clavarla en mis ojos—. Solo quiero… que me escuches.

Intenté hablar, pero la mordaza apenas me dejaba vocalizar y él sopesó algo durante unos segundos, hasta que se irguió y pasó por mi lado. Antes de que me diese cuenta, sentí que la mordaza se aflojaba y liberaba mi boca, la cual lubriqué tanto como pude. Y mis ojos se desviaron hasta un botellín de agua que apareció frente a mí, en manos de Aaron, que esta vez llevaba una silla frente a la mía y se sentaba.

—¿Quieres agua?

Asentí sin decir palabra y él me acercó la botella a los labios, alzándola poco a poco. Tragué con ganas y guardé un poco en mi boca, mojándola, antes de tragármelo.

—¿Cómo me has traído aquí? —repetí, aunque en ese momento pude hablar bien, sin mordazas que amortiguaran mis palabras.

—Te drogué… y pude fingir sin problema que te habías desmayado y que te llevaba al hospital. Mis empleados, que sabían de nuestra relación, no han sospechado en absoluto. Incluso se han preocupado por ti y me han ayudado a acomodarte en el coche.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque quería estar contigo *a solas*, no en un lugar lleno de gente y oídos curiosos. Pero sabía que tú no accederías a venir a mi casa, por lo que acepté un lugar público y tú… tú aceptaste el Pandora con tanta facilidad, que no me hiciste pensar mucho.

Parecía que estaba dispuesto a responder con sinceridad, lo cual me confirmó dos cosas: la primera, que no tenía ninguna intención de soltarme. La segunda: que quizá podía sacarle información. La suficiente para aclarar muchas cosas.

—Tu madre no murió al darte a luz.

Él lanzó una media sonrisa y negó con la cabeza.

Se inclinó un poco para dejar el botellín de agua al suelo junto a la pata de su silla y apoyó los codos en las rodillas, con los dedos entrelazados, mirándome a los ojos con fijeza.

—Murió en un incendio.

—¿Qué edad tenías?

—Diez años.

—¿Por qué querías matarla?

Mi pregunta no lo sorprendió, pero tampoco sonrió. Me miró en silencio unos segundos y después bajó la mirada hasta sus manos.

—No quería hacerlo —dijo al fin—. Fue un accidente.

—No te creo.

Él se encogió de hombros y alzó la mirada.

—¿Crees que me importa? Nadie me ha creído nunca, ¿por qué iba a molestarme que tú tampoco lo hicieses?

Apreté los labios y observé aquellos ojos vacíos, sin sentimientos. Ninguna culpa en aquellos iris azules que una vez, que en aquel entonces veía lejana, me habían cautivado. No sentía pena alguna por la muerte de su madre, por lo que no podía creer en sus palabras.

—Atacaste a mi perro.

—Sí.

Mi respiración se entrecortó, aunque intenté por todos los medios que su sinceridad no me sorprendiera. Debía mantenerme serena como él. Debía mantenerlo ocupado… el tiempo suficiente.

—¿Por qué?

Suspiró y ladeó la cabeza para hacer crujir el cuello. Aquel sonido me estremeció, pero seguí aparentando normalidad y no aparté la mirada de su cara. Ni siquiera cuando sus pupilas volvieron a mis ojos

y cogió aire lentamente.

—Quería hacerte el mismo daño que tú me estabas haciendo a mí cuando cediste a acostarte con ese hombre delante de mis putas narices.

—Si no me hubieses seguido…, no lo habrías visto.

—Tú sabías que yo era tu sombra, pequeña.

—No me llames así —siseé.

Él sonrió y yo lo fulminé con la mirada.

—Zeus está a salvo, ¿verdad? Pese a que quería matarlo por lo que me estabas haciendo, deberías agradecerme que no toqué ningún punto vital. Tu perro es fuerte, Vicky, su raza lo es, por lo que… fueron cosquillas para él.

—Hijo de puta… —mascullé.

Su teléfono móvil empezó a sonar en el bolsillo del pantalón y él lo sacó con calma, miró la pantalla y se levantó sin mucha prisa.

—Tengo que cogerlo.

Sin que yo respondiese —tampoco iba a hacerlo—, se alejó y salió por la misma puerta por la que había entrado, momento en el que aproveché para valorar la situación. Estaba en su casa, eso era indiscutible, pero me encontraba en el garaje, al cual no había accedido nunca y algo me dijo que estaba… bajo tierra. La casa quedaba a la altura del terreno, por lo que debía haber alguna entrada subterránea, por algún sitio, por donde acceder con el coche.

Retorcí la cabeza tanto como pude hasta que pude ver, por el rabillo del ojo, la gran puerta de metal que había detrás de mí, a unos metros.

Vale, *sí*, estaba bajo tierra. Sobre mi cabeza se encontraba la vivienda y, teniendo en cuenta que vivía en medio de la nada, gritar no era una opción; nadie más que él me oiría.

Por otra parte, parecía totalmente dispuesto a responder con total sinceridad todas y cada una de mis preguntas. Había admitido atacar a Zeus, y admitió haberlo hecho por celos. «Quería hacerte el mismo daño que tú me estabas haciendo a mí…» Maldito enfermo. Maldito hijo de puta. Y todavía esperaba que le diese las gracias por no haberlo herido de muerte.

Volví a retorcer las muñecas para intentar soltarme. Aaron no podía tener el control sobre mí. No quería que lo tuviese. Iba a quedarme allí hasta resolver todas las dudas sobre él, disponer de todas las respuestas… Pero quería las manos libres para poder escapar cuando fuese el momento. Poder defenderme si era necesario. Incluso cuando sabía que no iba a poder con su tamaño y fuerza, sin embargo, necesitaba esa pequeña seguridad.

No obstante, las cuerdas no cedieron ni un poco, aunque sí que me pellizcaban la piel como dientes afilados, provocándome gemidos y

muecas por el dolor.

Dejé de forcejear cuando oí la puerta que se abría y alcé el mentón cuando sus ojos me encontraron donde él me había dejado. Pude ver la sonrisa que escondían sus ojos, incluso cuando su boca no era más que una línea fina.

—Trabajo… Ya sabes.

No respondí.

Él se sentó de nuevo en la silla y volvió a aquella postura que indicaba lo seguro que estaba ante mí: codos en las rodillas y dedos entrelazados.

—¿Qué fetiche tienes con mi color de cabello?

Su media sonrisa me advirtió de que mi pregunta le resultaba… divertida. Puede que incluso curiosa.

—¿Por qué tengo la sensación de que has hablado con Amanda?

—No tengo ningún interés en esa mujer —escupí con rabia.

Y esperé con todas mis fuerzas que él me creyera.

Me observó unos segundos en silencio, analizándome, y yo le devolví una mirada cargada de furia, como si realmente odiase a esa mujer.

—Entonces, ¿cómo has averiguado… tanto?

—No soy idiota, Aaron.

—Ni siquiera lo he insinuado. —Apretó los labios y suspiró, asintiendo una vez con la cabeza—. Está bien… Sí, tengo un fetiche con tu color de cabello.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—No te creo.

Él abrió las manos y se encogió de hombros como diciendo «¿por qué iba a mentirte?»

—¿Acaso no estoy respondiendo a todas tus curiosas preguntas?

—¿Acaso me estás respondiendo con la verdad?

—Por supuesto que no. Es que me gusta declararme culpable de cosas que, en realidad, no he hecho. —Su ironía me dejó muda y él sonrió—. Me gusta ese color. No hay más.

—Está bien —murmuré. Tenía que pensar rápido en más preguntas antes de llegar a la que, posiblemente, lo pondría nervioso—. ¿Por qué te separaste de Amanda?

—¿Cuándo será mi turno para las preguntas? Creo que estás siendo un poco egoísta, ¿no crees?

—Vale. —Cuadré los hombros y alcé el mentón, no sin antes darle una ojeada a su reloj. Las ocho…—. Dispara.

—¿Por qué me sustituiste con tanta facilidad?

Ni siquiera tuvo que pensarla, por lo que era algo a lo que le había estado dando vueltas. Seguramente… algo que, de algún modo, lo

atormentaba. Cogí aire llenando mis pulmones y lo solté despacio. Muy despacio.

—No fue fácil.

Y era cierto. No porque no quisiera, sino porque no podía. Sus marcas, su forma de tratarme… me había marcado de algún modo. Ya no solo físico.

—Sin embargo… estás con él.

—Me trata bien.

Aaron asintió lentamente con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Así que por un error del cual te pedí perdón… ya fue suficiente para decidir que yo no te he tratado bien.

—Me hiciste daño.

—Te di lo que tu cuerpo pedía —masculló. Su cuerpo se había tensado, pero cogió aire y se relajó poco a poco. Como si intentase… autocontrolarse—. Puede que interpretara mal las señales. Es posible. De nuevo… te pido disculpas.

—Sin embargo, aquí me tienes, atada de pies y manos, retenida en contra de mi voluntad en… ¿tu casa? —Él asintió una vez—. Y me has drogado para traerme aquí.

—¿Hubieses venido voluntariamente?

—No —escupí.

—¿Por qué aceptaste quedar conmigo?

Esa pregunta fue sencilla y saltaba a la vista que tenía la respuesta, de todos modos, le di el placer de responder:

—Quería respuestas.

—¿Por qué?

—Porque no me fio de ti. Porque atacaste a mi perro. Porque me has estado acosando durante semanas… ¿Sigo? ¿o con esto tienes suficiente?

Él sonrió y ladeó un poco la cabeza sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Por qué te interesa tanto mi reloj?

44

Mierda, mierda, mierda… Se había dado cuenta de ello. Había visto mi inquietud en cuanto a la hora, pese a que intenté disimularlo todo lo que pude. Tragué el nudo que se había formado en mi garganta y pensé una respuesta rápida y convincente. Algo que no levantara sospechas. Algo que, en cierto modo, también me ofreciera respuestas.

—Quiero saber cuánto tardas en matarme.

Su sonrisa se desvaneció y unas ligeras arrugas se formaron en su frente. Lo había descolocado, eso estaba claro.

—¿Por qué crees que quiero matarte?

—¿Lo harás?

—No es mi intención. Ya te he dicho que solo quiero hablar.

—Entonces… suéltame. Si solo quieres hablar, quítame estas cuerdas. Llévame a tu casa, arriba… Sabes que no puedo contigo. Sabes que no tengo modo de escapar. Vives en mitad de la nada, maldita sea.

—No puedo arriesgarme.

—Por favor… —supliqué en un susurro. Apenas me quedaba voluntad para mantenerme firme, impasible—. Me duelen las muñecas.

Aaron apretó los labios y me analizó profundamente, en silencio. Lo hizo durante tanto tiempo que me moví inquieta y me… asustó. Sí, me asustó tanto que desvié la mirada para que no viese las lágrimas que se iban acumulando en mis ojos. La fortaleza que había intentado mantener se esfumaba. Y solo eran las ocho y media. Solo eran las ocho… y media.

—Está bien —susurró, sorprendiéndome tanto que alcé la mirada y la clavé en sus ojos, con tal ápice de esperanza que él alzó un dedo entre nosotros—. No intentes jugármela, Vicky. Corro más que tú, tengo más fuerza que tú… Y no quiero hacerte daño, pero… si me obligas…

—No lo haré —farfullé, negando con la cabeza para enfatizar mis palabras—. No lo haré.

Celebré el triunfo mentalmente cuando él se levantó y me rodeó. Y casi lloré de la alegría cuando sentí mis muñecas libres. Llevé las manos a mi regazo, masajeándome la piel enrojecida e hinchada, dolorida por las ataduras. Noté que liberaba mis tobillos…, pero no intenté levantarme. No hice nada que pudiese hacerle desconfiar de mí.

—¿Tienes hambre? —preguntó mientras me agarró del codo, instándome a que me levantase de la silla.

Obedecí y me quedé de pie, sin dar un paso siquiera, hasta que él, sin soltarme, empezó a andar y tiró de mi con suavidad.

—La verdad es que no —susurré.

No dijo nada más.

Me llevó hacia la puerta en la que, al abrirla, aparecieron unas escaleras que daban a la planta superior. Sin soltarme, subió despacio, a mi ritmo por las piernas entumecidas, hasta que otra puerta se interpuso en nuestro camino y él la abrió… descubriendo el pasillo de la casa. Aquel pasillo por el que pasé tantas veces… sin saber que esa puerta llevaba a un garaje del cual desconocía su existencia.

—¿Por qué siempre aparcas el coche fuera si tienes garaje?

—Me gusta tenerlo a mano.

Me llevó hasta el salón y me hizo sentar en un taburete de la isla. Obedecí sin rechistar y él se alejó, mirándome de soslayo. Abrió un armario y sacó pan de molde. No dejó de vigilarme mientras preparaba unas tostadas y las servía frente a mí. Con la misma destreza, preparó un plato en el que había tomates maduros y una jarrita de aceite. Después puso a mi disposición algo de embutido al que no hice caso.

—No tengo hambre —repetí, por si no me había oído.

—Come algo. Por poco que sea.

Por no llevarle la contraria… cogí una tostada y obedecí. La unté con el tomate, añadí un poco de aceite y cogí lo primero que pillé del embutido: jamón cocido. Le di un bocado a desgana bajo la atenta mirada de Aaron, que pareció relajarse y se sentó en otro taburete.

—¿Tú no comes? —pregunté con voz inocente.

Él estudió mi rostro unos segundos y finalmente decidió coger la otra tostada e imitar mis movimientos. Le dio un bocado sin dejar de mirarme, y masticó lentamente mientras hacía lo mismo.

En el ambiente se instaló un silencio que me inquietaba, pero me aferré a la calma que habitaba en algún lugar dentro de mí y me mantuve firme, paciente… Y fingí no sentirme intimidada por su mirada escrutadora.

—Son las nueve —informó con calma—. Como puedes ver, sigues viva. Y estás comiendo.

Asentí una vez, pero no lo hice por sus últimas palabras ni como agradecimiento, sino por saber que quedaba menos. Una hora… Solo necesitaba una hora más.

Desvié la mirada hasta la roca que brotaba de la tierra. La gran roca cerca de la piscina. Aaron había mentido sobre el niño. Había dicho cosas que, en realidad, nunca ocurrieron. Y me perdí en una tristeza abrumadora que me absorbió al pensar en ese pequeño.

—Algo me dice que tienes más preguntas. —Desvié la mirada hasta su rostro y él hizo un gesto de cabeza, señalándome fugazmente—. Dime, ¿en qué piensas?

—Dijiste que… Me explicaste que tu hijo había dicho que en esa roca había estado clavada la espada Excalibur. —Él asintió una vez sin quitarme los ojos de encima—. También era mentira, ¿verdad? —Dejó de respirar. Por dos malditos segundos… dejó de respirar. Cuando tomó la primera bocanada de aire, que además pude percibir que había sido forzada, desvié la mirada hasta la roca—. Pero esa roca significa algo para ti. Vi cómo la mirabas… Vi la tristeza en tus ojos. Una tristeza que no pudiste fingir.

—La tristeza es el único sentimiento que no se puede fingir —murmuró.

—¿Qué hay en esa roca, Aaron? —Lo miré a los ojos y él me devolvió la mirada—. ¿Qué secretos esconde?

—Mis peores pesadillas.

—¿Y cuáles son? —Él negó con la cabeza y desvió la mirada hasta el plato vacío—. Si quieres que confíe en ti… necesito que me lo cuentes. Que me lo cuentes todo.

—No vas a entenderlo —susurró sin mirarme siquiera.

Armándome de valor, extendí el brazo sobre la mesa y le cogí la mano. Por un momento se sobresaltó, pero miró aquel gesto y alzó la mirada hasta mis ojos. Había… pena. Sí, había pena en ellos. «La tristeza es el único sentimiento que no se puede fingir» había dicho Aaron, y qué razón tenía. Pero seguía sin encajar nada sobre su hijo, aquella roca y las mentiras que me había contado de él.

—Vale, otra pregunta —susurré en un intento de que se sintiera más relajado—. ¿Por qué Alex y tú sois amigos? ¿Cómo os conocisteis?

—En el hospital —dijo con la voz ronca. Carraspeó y tomó un sorbo de agua—. Cuando Amanda y mi hermano tuvieron el accidente… Conocí a Alex en el hospital. Yo pasé muchas horas allí cuidando de ella y él hacía muchos turnos dobles, así que…

—¿Cuidando de ella? —pregunté—, ¿o vigilándola?

Aaron sonrió levemente y asintió una vez.

—Vigilándola —admitió.

—Entonces… él no te conoce. No al cien por cien. No conoce tus secretos… más oscuros.

—No conoce nada de mí. Solo lo que yo he querido que creyera. —Suspiré y solté su mano. Alex ya sabía que Aaron mentía y que no estaba bien de la cabeza, pero si lo oyera decir esas palabras…—. Tienes más preguntas, ¿verdad?

—El accidente que sufrieron tu hermano y Amanda no fue casual.

No fue una pregunta, pero me sorprendí cuando Aaron asintió con la cabeza y mi corazón se paró lo suficiente para que él se diese

cuenta.

—No quería matarlo. Solo quería… asustarlo. Evitar que se llevase a mi mujer. Te juro que… Yo no quería matarlo, Vicky.

Desvié la mirada hasta la roca y la dejé ahí.

No quería matarlo, pero lo hizo. Solo quería… asustarlo. Solo quería mantener a su mujer a su lado, incluso cuando ella huía de él, de sus abusos, de su agresividad.

«Su modo de mirar a nuestro hijo cambió», había dicho Amanda. «Aaron interpretó aquello como que, en realidad, era hijo de su hermano y no suyo».

Arrugué la frente y seguí mirando aquella roca. Una gran roca hundida en la tierra. Una gran roca que no estuvo allí cuando su hijo estaba con ellos. Como si fuese una… lápida. Una maldita lápida. Contuve el aliento y miré a Aaron a los ojos. Él me observaba con los ojos entornados y noté la tensión de su cuerpo. En aquel momento, supe que mis pensamientos se veían reflejados en mi rostro y que él se había dado cuenta de la conclusión a la que yo había llegado.

—Mataste a tu hijo… —susurré, dejando que las lágrimas saliesen sin control, deslizándose por mis mejillas.

Su rostro entristeció todavía más, pero no apartó la mirada.

—Fue un accidente —murmuró.

—Lo mataste y lo… —Tragué con dificultad. Apenas podía respirar —. Lo enterraste en tu propio jardín.

—¡Fue un accidente! —gritó. Me dejé caer del taburete y di unos pasos atrás mientras él se levantaba y venía hacia mí poco a poco—. Te he dicho que no ibas a entenderlo. No quería hacerle daño. Lo juro. Fue… un accidente. No me di cuenta. No era consciente de que… No podía volver atrás. ¡No podía! ¿Qué querías que hiciese, Victoria? — Mi nombre completo… Mala señal—. ¡No quería ir a prisión por un maldito accidente!

—¡Era tu hijo! —Tropecé con una mesita auxiliar y me agarré a ella—. Me has tenido engañada todo este tiempo. —Negué con la cabeza y seguí moviéndome, de espaldas, encarada a él—. No te acerques a mí.

—¿Por qué? —gruñó. Tenía las manos cerradas en puños y su rostro se iba endureciendo más y más—. ¿Para que puedas irte con ese cabrón? ¿Para que le des algo que es mío?

—No soy tuya —murmuré. Rodeé la mesa de centro despacio; él seguía acechándome lentamente—. Soy libre de decidir con quién quiero compartir mi vida.

—No será con él —aseguró. Negó con la cabeza para dar más énfasis a sus palabras—. No voy a compartirte con *nadie*. No he intentado mantenerte a mi lado para que ahora otro cabrón se quede contigo sin ningún esfuerzo. No voy a consentirlo.

—¿Mantenerme a tu lado? —mascullé—. Ni siquiera quise vivir contigo. ¿No te dice nada eso?

—Tampoco cuando te quedaste sin trabajo —dijo, en un tono que no me gustó en absoluto—. Tantos movimientos… Tantos intentos… Sin embargo, te has negado siempre.

—¿A qué te refieres?

Empecé a rodear el otro sofá despacio.

Quedaba poco. Muy poco.

—¿Crees de verdad que aquel día la cagaste en tu trabajo? Dos años allí, sin ninguna metedura de pata por tu parte… y un buen día ocurre. ¿De verdad estás tan ciega?

—Tú… —susurré.

—Pero ni siquiera así aceptaste vivir conmigo. Te ofrecí una vida de lujo en bandeja. Te ofrecí todo lo que tenía…

—Incluso un niño muerto en tu jardín —escupí con rabia.

Me arrepentí de inmediato al ver su rostro y tropecé con el canto del sofá, tambaleándome y temiendo caer al suelo, pero me recompuse como pude y seguí caminando de espaldas. Apenas dos metros nos separaban.

—No puedes huir, Vicky.

—Así que vas a matarme. —Choqué con otra mesita auxiliar y me detuve. Él siguió andando en mi dirección. Lentamente. Como un maldito depredador—. ¿También dirás que fue un accidente? ¿Vas a enterrarme junto a tu hijo?

—No quiero matarte —murmuró mirándome a los ojos.

—Pero lo harás, porque no pienso quedarme aquí.

—Vicky… —gruñó a escaso medio metro de mí.

Entonces lo vi: su intención de abalanzarse sobre mí, tal y como sabía que haría. En ese momento cogí el jarrón que había sobre la mesita y lo llevé a su cabeza. Su cuerpo cayó inerte al suelo y un pequeño charco de sangre empezó a formarse bajo su cabeza. ¿Lo había matado? ¿Me había convertido en una asesina como él? No pretendía hacerlo. Solo quería… apartarlo. Aturdirlo lo suficiente para poder escapar y correr… Correr hasta que ellos llegaran y me sacaran de allí.

Los latidos desbocados de mi corazón retumbaban en mis oídos y me quedé en *shock*, mirando el cuerpo de Aaron tendido en el suelo. La sangre cada vez se extendía más y más… y yo apenas podía respirar.

No supe cómo, pero logré mover un pie… y otro… hasta que llegué a la puerta de la casa e intenté abrirla… sin éxito. La había cerrado con llave y no estaba a la vista. Corrí hasta las puertas correderas del jardín, con el mismo resultado. Cerradas. Llevé las manos a mi cabeza y chasqueé la lengua mirando en varias

direcciones. Tenía que salir de allí. Necesitaba salir de allí… Palidecí cuando vi, tras el sofá, que una pierna de Aaron se flexionaba despacio, muy despacio. Mi corazón se desbocó y busqué con la mirada algo, lo que fuese, hasta que mis ojos se clavaron en uno de los taburetes de la isla. Me acerqué con rapidez y lo cogí con ambas manos, lanzándolo contra el cristal que había cerca de mí. Este se rompió en pedazos montando un buen estruendo y antes de salir lancé una ojeada tras el sofá. Había sangre en el suelo, pero Aaron no estaba. Ya no veía sus piernas. Contuve un grito y salí corriendo para rodear la casa y tomar el camino.

Tenía que correr con todas mis fuerzas.

Tenía que ser rápida.

Tenía que salir de allí.

Dejé salir un grito cuando, llegando a la esquina, Aaron apareció por ahí. Tenía la cara ensangrentada y la furia emanaba de sus ojos. Derrapé y volví atrás, corriendo en dirección a la piscina. Debía rodearla a interponerla entre ambos. Mantener una distancia de seguridad que me mantuviera alejada de él hasta que ellos llegaran. Necesitaba tiempo. Apenas unos minutos. Quizás apenas un suspiro. Sin embargo, ese suspiro fue el aire que salió de mis pulmones cuando algo me golpeó y caí de bruces al suelo, junto al borde de la piscina que una vez, un tiempo atrás, tanto me había fascinado.

—No irás con él —gruñó Aaron agarrándome del cabello.

Grité y alcé las manos, arañando las suyas.

—Por favor… —supliqué con una mueca de dolor, no solo físico, sino más profundo.

—Si no eres mía…

Fue lo último que oí antes de que mi cabeza se sumergiera en el agua de la piscina y sus últimas palabras quedaran amortiguadas, lejanas, borrosas.

Seguí arañando sus manos y pataleé. Me sacudí tanto como pude y deseé desgarrarle las manos que me sujetaban, rezando para que llegaran a tiempo; para que me sacaran de allí y poder volver a casa. Cuando el aire empezó a salir de mis pulmones supe que esa sería mi última exhalación. Perdí las fuerzas y mis manos se aflojaron. Y sonreí. Sonreí porque había dejado las cosas atadas por si algo se torcía. Sonreí porque, pese a que estaba muriendo, la verdad saldría a la luz. Sonreí porque morí siendo querida por personas que eran importantes para mí: mis amigos; Rubén.

Me sacudí cuando el agua llenó mis pulmones, quemándome por dentro, y sentí todos los espasmos hasta que todo se volvió negro.

Todo se volvió… negro.

La carta

Hola, chicos.

No sabéis cuánto siento lo que he hecho.

Necesitaba respuestas y necesitaba terminar con esto.

La verdad es que, si estáis leyendo esta carta, significa que las cosas han salido mal. Muy, muy mal…

He tenido una reunión con Aaron en un lugar público, y Amanda tenía órdenes de entregaros esta carta si yo no daba señales de vida en las siguientes tres horas. Ojalá y pueda hablar con ella para decirle que no os la tiene que entregar; que estoy bien y que vuelvo a casa, con vosotros. Pero, si me estáis leyendo… En fin, lo siento mucho.

Lidia, Carol y Jordi: habéis sido mis mejores amigos. Aquel pilar donde me he sostenido cuando mi mundo se tambaleaba. Habéis sido mi familia cuando me quedé sin ella. Habéis sido el mejor regalo que la vida pudo darme y estoy agradecida de haberos conocido y de haber compartido tanto con vosotros. Sigo pensando que fuisteis una mala influencia, sobre todo, cuando me levantaba con unas resacas del quince, pero os he querido siempre.

Siempre.

Rubén… Gracias.

Mil gracias por haberme hecho sentir cosas tan bonitas.

Mil gracias por haberme demostrado que podía tener un amor como el que anhelaba.

No me odies, por favor. Mi única finalidad era sacar a la luz la verdad, demostrar que Aaron había hecho mucho daño y que la justicia hiciese su trabajo, dejándonos libres al fin. No ha podido ser, pero quiero que sepas que hubiese compartido mi vida contigo, siempre, hasta mi último aliento. Me hubiese gustado envejecer contigo y dejar que contases mis pecas tantas veces como quisieras.

Te debo tanto…, tantísimo…

Por favor, quédate con Zeus. Sé que mis amigos pueden cuidar de él perfectamente, pero quiero que te quedes con ese pedacito de mí. Necesito que lo cuides tanto como yo lo cuidé; que lo quieras tanto como yo lo quise. Y que le hables de mí… cuando puedas hacerlo. Cuando estés listo. Cuando el corazón te deje.

Sé que me quieres con toda tu alma y siento no haberte correspondido como querías. Siento no haber llegado a la altura.

Te quiero.

No te lo había dicho…, pero te quiero.

Por favor, avisad a la policía de que llevo un collar que ha grabado todo lo que ha ocurrido. Todo. Espero que sea suficiente para que Aaron pague por sus crímenes, sean cuales sean.

Haced que se pudra en la cárcel.

Haced que mi muerte no haya sido en vano.

Epílogo

Rubén

No recuerdo en qué momento exacto me enamoré de aquella pelirroja de melena ardiente que tenía una constelación en su rostro. Era preciosa la mirase por donde la mirase, y siempre iba con aquella sonrisa que podía curar todos los males. La conocí cuando ella tenía cinco años y yo ocho. Fue en su quinto cumpleaños, para ser exactos. Su madre había ido a recogernos para la fiesta que celebraban en un centro recreativo con bolas, colchonetas… y una pequeña criatura de ojos grandes y verdes fue la que nos recibió. Quedé fascinado por el color de su cabello, la manta de pecas sobre su nariz y pómulos, y esa sonrisa que nunca, jamás, olvidaré.

Aquella fue la primera vez de muchísimas otras en los siguientes diez años.

En el colegio dedicaba mi rato de recreo a observarla de lejos. En ocasiones temí verme como un acosador; un monstruo. Pero no podía dejar de mirarla y admirar todas y cada una de sus virtudes. Jamás encontré un defecto en ella.

Cuando pasé al instituto dejé de verla. Mi hermana y ella quedaban con la pandilla y yo tenía demasiados deberes para poder disfrutar de su compañía. A Carol tampoco le hacía gracia que invadiera un espacio en su grupo, así que me resigné a saber de ella por boca de mi hermana las pocas veces que charlábamos. Al menos, hasta que un buen día, en mi tercer curso de la ESO, salí al recreo y me topé con ella. Yo tenía quince años; ella doce y nuestro choque resultó en carpetas, libretas y libros esparcidos por el suelo, sus mejillas enrojecidas por la vergüenza y mis ojos clavados en aquella criatura que me había arrancado el aliento de cuajo. Había cambiado. Mucho, además. Empezaba a ser una mujer, su rostro ya no era tan infantil, había ganado altura y tenía un cuerpo estilizado. Sin embargo, lo que captó mi más absoluta atención fueron sus ojos, que se movían nerviosos de un lado a otro mientras recogía lo que se había desperdigado por el suelo.

Me acuclillé frente a ella para ayudarla.

—Lo siento —susurré—, iba mirando a otro lado.

—No pasa nada —farfulló mientras seguía apilando papeles y libretas.

Recogimos todo y nos erguimos, aunque ella miraba en varias direcciones como buscando una forma de salir huyendo. Carraspeé y guardé mis manos en los bolsillos, conteniendo una sonrisa al ver que sus mejillas volvían a incendiarse cuando sus ojos pasaron por mi cara.

—¿Has perdido a mi hermana?

—Siempre —admitió torciendo los labios en un gesto que me pareció muy sexy*—, y no sé dónde está el aula de música.*

Me hice a un lado y señalé hacia un pasillo a la derecha.

—Por ahí, cuarta puerta a la izquierda. Suerte con la profesora

Gabriella.

—¿Suerte?

—Grita mucho —cuchicheé.

—Ah… Pues… Pues gracias.

Seguí su rumbo con la mirada hasta que la perdí de vista en el pasillo que le había indicado.

Y de nuevo me deleité observándola los siguientes tres años que coincidimos.

Ella apenas me hablaba, pero podía notar sus ojos sobre mí, que desviaba tan rápido como los míos se desplazaban hasta ella y le sonreía. Por el modo en que mi hermana le hablaba y me miraba con asco, llevándose una peineta de mi parte, sabía que hablaban de mí. Y sabía que yo le gustaba a esa preciosa pelirroja que se cruzó en mi vida entre bolas y colchonetas.

Fue en mi primer curso de bachillerato cuando fui consciente de que estaba enamorado de la amiga de mi hermana. No recuerdo cómo, cuándo ni por qué lo supe, pero sé que así fue. Y cometí la imprudencia de contárselo a mi madre un día que, de puro milagro, coincidimos en casa.

Mis padres apenas estaban con nosotros y pasaban interminables temporadas fuera de casa. A medida que crecíamos, ellos estaban menos tiempo con nosotros. Y ese día en el que mi madre me preguntó cómo me iban los estudios, lo solté. Le dije que me gustaba Vicky. Mi pelirroja favorita desde que tenía ocho años.

Mi madre torció el gesto e hizo una pausa que no me gustó. Unos minutos después, abrió la boca:

—No está a tu altura, hijo. Céntrate en los estudios, que es lo importante.

—¿Quién dice que no está a mi altura?

—Es muy joven para ti. ¿Qué pensará todo el mundo? Eres casi adulto y ella es una niña, Rubén. No se te ocurra dejar mal a esta familia por una chica de la que te has encaprichado, ¿entendido?

—No es un capricho.

—¿Entendido? —insistió.

Y yo, que en ese momento todavía respetaba a mis padres, asentí.

Me alejé de Vicky y me marché a estudiar a Londres en cuanto terminé el bachillerato.

Cuando volví unos años más tarde, me topé con mi pelirroja favorita… acompañada de un hombre que casi podía ser su padre. En ese instante odié a mi madre y a mí mismo por haber cedido a su presión. Nuestra relación había dejado de ser familiar, más allá de los lazos de sangre de los que no podía desprenderme. Sus palabras hacia Vicky unos años atrás habían logrado distanciarnos. En realidad, yo me distancié… de todos. No soportaba a mi familia y solo mantenía cierta armonía con Carol, aunque mi hermana creía que también la odiaba a ella. En definitiva, que en el

instante en el que vi a mi pelirroja con ese tipo, la sangre hirvió dentro de mí como si me hubiese sumergido en el flameante cabello de aquella mujer que durante años se asentó en mi mente. Sin embargo, supe gestionarlo y no dejé de sonreír, contento, al menos, de verla después de algunos años.

Y celebrando que aquel hombre se marchase con un ataque de celos dejándola ahí.

No sabría describir cómo me sentí cuando aceptó tener una cita conmigo.

Tampoco cómo me sentí cuando al fin estuvimos juntos.

Ni cómo me cayó la noticia de su muerte.

Ella nos había dejado una carta. En realidad, se la dio a Amanda, que fue la responsable de que Vicky, mi pelirroja, mi chica… estuviese muerta. Ella fue la que la llevó a la boca del lobo y la dejó ahí, sola, desprotegida.

Cuando leí aquella carta… el mundo cayó a mis pies. Me desplomé, aunque me recompuse con cierta esperanza. Quizá… Quizá podíamos llegar a tiempo. Quizá podía sacarla de allí.

Pero aquel no fue el final que esperaba. Cuando llegamos a casa de Aaron con la policía lo encontramos sentado en el suelo, apoyado en el cristal del ventanal, junto a uno hecho añicos. La cara cubierta de sangre captó nuestra atención, pero nos olvidamos de él tan rápido como seguimos el rumbo de su mirada perdida… hacia la piscina. Vicky estaba ahí, tumbada bocabajo, con la cabeza sumergida. Grité y corrí hacia ella. La saqué del agua, intenté que volviese con nosotros… durante mucho tiempo. Demasiado. La ambulancia llegó y yo todavía seguía intentándolo, gritando, golpeando su pecho para expulsar el agua con la que se ahogó. Con la que ese hijo de puta la ahogó.

Fui al velatorio y al entierro porque se lo debía a ella, no porque quisiese aceptar que ya no estaba entre nosotros. Y lloré a mares, gritando como un poseído incluso cuando mi hermana me abrazó y sostuvo como nunca había hecho.

Tuve ganas de matar a Aaron.

Quise hacerle sentir lo mismo que tuvo que sentir ella.

Pero no tenía esa oportunidad.

Desplazo la mirada sobre la fotografía de su lápida Estoy sentado en el suelo, sobre el césped, con la vista borrosa por las lágrimas, emborronando la imagen de mi pelirroja que sonreía como solo ella sabía hacerlo, iluminando todo a su alrededor.

—Volveremos a vernos… —susurro, deslizando la yema de los dedos sobre su rostro—, pronto.

Fin.